LIBRO dot.com

LAS HAZAÑAS DE ROCAMBOLE

PONSON DU TERRAIL



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

CAPITULO I

«La Mouette», bricbarca mercante francés, hacía la travesía de Liverpool al Havre, llevando entre sus pasajeros a un joven de mediana estatura, de unos veintiséis a veintiocho años, pelo rubio y rostro simpático, pese a la máscara de impasibilidad que caracteriza a los hijos de la altiva Albión. Vestía ropas de viaje: pantalón a grandes cuadros grises y negros, manta escocesa enrollada alrededor de un gabán corto de amplios bolsillos y color rosáceo, y una gorra escocesa cuyas cintas flotaban sobre sus hombros. Portaba una cartera de viaje con un diccionario francés-inglés, un monóculo, una petaca y una botellita de ron. Colgada del otro brazo llevaba una gran manta. El capitán del barco le llamaba sir Arturo y el pasajero no hacía más que preguntarse:

-¿Me habré vuelto realmente inglés, un gentleman de esos que se interesan por las carreras de caballos de Epsom, por una novela de Dickens, escriben versos en el periódico de su ciudad natal y regresar de su tercer viaje alrededor del mundo, mientras sueñan casarse con una señorita vaporosa, de cutis rosado, ojos azules y cabello rojo?

Sir Arturo se repetía aquello, pero la verdad es que pensaba en París. Pronunciar la palabra era emocionarse como al nombrar a una madre. ¡París! La tierra de los audaces, de los filósofos y de los soldados. ¡París! La patria de los que tienen el corazón con deseo de dominio y el cerebro con fulgor de genio.

-He pasado cuatro años entre la niebla inglesa de Londres -suspiraba el llamado sir Arturo-. Cultivando la virtud como un plebeyo, viviendo modestamente con mis diez mil libras de renta, soñando con ver el celeste deslumbramiento de ese París nocturno y resplandeciente que va de Tortoni al bois, a través del sol de los Campos Elíseos, y aguantando a las hijas casaderas de los tenderos de la cité cuando por las noches iba a tomar el té con ellos. Un año más y sir Arturo, gentleman angloindio, se hubiera casado con miss Ana Perkins o con la misteriosa viuda de las tres Estrellas. Afortunadamente, recordé que me había llamado el vizconde de Cambolh, luego el marqués don Iñigo de los Montes, y que había presidido «El Club de las Sotas de Copas», a quien el infortunado maestro sir Williams vaticinó un brillante porvenir.

Y Rocambole, pues no era otro el pasajero que así pensaba y vestía de tal guisa, continuó paseándose por la cubierta de la embarcación, contemplando las ya no lejanas costas francesas.

-¡Pobre sir Williams! -suspiró, pensativo, al cabo de un instante-. ¡Era un hombre de genio! Pero, ¡qué desgraciado! Jamás encontraba el camino del éxito en sus magníficas inspiraciones. ¡Ah, si tuviera yo su talento!

Rocambole despertó bruscamente de su ensueño al oír un ruido inusitado que repercutía en el buque. La imperiosa y dura voz del capitán resonó por todas partes, gritando

-¡Todo el mundo al puente!

-¿Qué sucederá? -se preguntó Rocambole-. Si aún no hace una hora que lo dejé y se iba a la cama.

Regresó al puente y descubrió al capitán en su puesto. Daba órdenes a los marineros para que arriaran las velas, mientras los pasajeros aparecían consternados. Rocambole se dirigió a un joven rubio, alto y delgado que vestía de marinero y por un galón de plata en su gorra de hule indicaba que era oficial de marina. El joven conservaba su tranquilidad y sonreía en medio de la consternación general, mientras

dirigía su anteojo hacia el horizonte.

-Caballero, ¿podría indicarme qué significa todo esto? -le preguntó en inglés Rocambole-. ¿Por qué hacen subir al pasaje a cubierta y arrían las velas?

-Vamos a tener una turbonada -respondió el joven, también en inglés.

-¿Quiere decir que tendremos tormenta? ¿Y cómo, si no hay una nube en el cielo?

-Para usted, no. Nosotros, la gente de mar, ya la hemos visto hacia el Oeste. Tenga mi anteojo y fíjese en aquel puntito que parece una vela.

-Sí -dijo Rocambole, después de mirar un instante.

-Antes de una hora, todo el cielo estará cubierto y tendremos rayos, truenos y este mar tan tranquilo se pondrá tan furioso que nuestro barco parecerá una cáscara de nuez encima de las olas. Basta un jirón de tela puesto al viento, o un foque sin arriar, para que naufra, guemos.

-¿Es posible que esa nubecilla le haga a usted presagiar tanto daño? -preguntó Rocambole, un poco admirado por su clara explicación.

-Caballero, soy marino -respondió el joven, sonriente-. Los marinos estudiamos el cielo tan constantemente que rara vez nos equivocamos.

-De modo que tendremos tempestad y estamos en peligro -dijo Rocambole, al cual no le agradaba la idea de dormir bajo las algas.

-Los marineros estamos tan acostumbrados a sacrificar nuestra vida, que siempre tomamos las cosas por lo peor -comentó el joven, siempre sonriente-. Claro que es posible que exagere un poco. Además, el capitán conoce su oficio y la tripulación es buena.

-¿Usted sólo es pasajero?

-Sí, soy alférez de navío de la Compañía de Indias.

Rocambole parpadeó admirado al oír tal respuesta. Aquello le recordaba algo interesante.

-¿Va usted al Havre? -preguntó.

-No, a París. Debo tener una madre y una hermana a quienes no veo desde hace dieciocho años..., desde el día -añadió emocionado- en que embarqué como grumete en un buque de la Compañía de Indias. Entonces tenía diez años.

Aquellas palabras estremecieron a Rocambole, que olvidó la cercana tormenta y la perspectiva de naufragio. Aquella historia la había leído en el cuaderno de notas de sir Williams. ¿No sería aquel desconocido el protagonista de ella?

-Así que es usted francés- murmuró.

-Si -respondió el joven, con un afirmativo movimiento de cabeza-. Comprendo que le extrañe, pero el que esté en la Compañía de Indias se debe a secretos de familia.

Rocambole indicó con un gesto ambiguo que no deseaba traspasar los límites de la discreción, y el joven marino, tras una cortés inclinación, le dijo:

-Perdone que le abandone un momento, pero debo recoger unos documentos muy importantes, que no me gustaría perder si naufragamos. Incluso me echaré con ellos al agua, si es preciso.

Rocambole correspondió a su saludo y le dejó marchar. Sin embargo, no dejó de pensar en cuanto le había dicho. Si aquel hombre era el muchacho a quien se referían las notas escritas por sir Williams años atrás, debía prestar atención. Podría, incluso, atreverse a formular un tenebroso proyecto.

-Francés -murmuraba, mientras vigilaba los pasos del marino con ánimo de captarse su confianza, para conseguir su secreto-. Al servicio de la Compañía de Indias. Hace dieciocho años que abandonó París embarcando como grumete. Sin duda, éste es el hijo de la marquesa a quien sir Williams se refería en sus notas.

Pensando en tales cosas, no se dio cuenta que la nubecilla, como profetizara el

joven marino, se había agrandado de tal manera que habían desaparecido las estrellas y la luna. Ya sólo había una brisa que empezaba a agitar débilmente las aguas, luego arrancó sordos crujidos a la arboladura de buque y al final estalló en tormenta.

-¡Trueno de Dios! -exclamó un marino-. Ya empezamos.

Las tinieblas eran totales y en medio de ellas, apenas disipadas aquí y allá por un farol o alguna linterna, empezó a resonar la estridente e imperiosa voz del capitán, los gemidos de algunas aterradas mujeres y el rugido del huracán, que se elevaba a lo lejos y se acercaba, amenazador y siniestro.

-¡Demonio! -exclamó Rocambole, al ver encresparse las olas de lívida espuma-. Me parece que mañana no estaremos en el Havre.

-Pida a Dios que mañana estemos en este mundo -dijo una voz a su lado-. Si se lo concede, habrá obtenido un gran resultado.

Rocambole se volvió y descubrió tras él al oficial de la Compañía de Indias. Se había quitado el chaquetón de marino y llevaba por toda vestimenta una camisa de lana, un pantalón de dril y su gorrita de uniforme. En bandolera, colgado, llevaba un canuto de hojalata, como los usados por los soldados al licenciarse. Las culatas de dos pistolas asomaban de una faja que le ceñía el talle.

-Este es mi traje de mar -le dijo a Rocambole-. Si hay que tirarse al agua, mi impedimenta no me molestará mucho.

-Creo que ha tomado demasiadas precauciones. No hay tanto peligro como imagina.

-Eso parece, pero es engañoso. Estamos en el canal de la Mancha y a unas diez leguas queda la costa. El viento puede estrellarnos contra cualquier arrecife. ¿No ve cómo corremos de norte a sur, a pesar de tener cargadas todas las velas?

Apenas acabó de hablar, cuando resonó una voz de mando que ordenaba enérgicamente:

-¡Cortad el palo mayor!

Antes de que fuera obedecida esta orden, el palo mayor caía con gran estrépito sobre el puente y el grumete del vigía gritaba con espanto

-¡Tierra, tierra!

Rocambole, que había corrido a salvar sus cosas más indispensables, comprendió que el oficial de la Compañía de Indias estaba en lo cierto. También se desprendió de parte de sus ropas y se preparó para cualquier eventualidad. No estaba dispuesto a quedarse en el fondo del mar y menos ahora, que podía estar en contacto con uno de los antiguos proyectos de sir Williams. En cuanto le fue posible, regresó junto al joven oficial. En cubierta todo era desorden, tumulto y espanto. El mismo capitán parecía incapaz de dominar la situación.

-Esto se acaba -dijo a Rocambole el joven marino cuando estuvieron juntos.

-¿Tan pronto? -exclamó el falso inglés, asombrado.

-Me temo que si no se remedia la situación, no tardaremos en ir a pique. Mire allá -dijo, extendiendo la mano hacia el Sur-. La tierra está a dos o tres leguas y será difícil evitar que el buque se estrelle. Esta costa se halla salpicada de escollos y cuando menos se piense...

El marino no acabó su frase. Un espantoso choque, seguido de un tremendo grito de desesperación, conmovió el ámbito del buque.

-¡Al agua! ¡Al agua! -gritaron varias voces.

-¡Botes al mar!

Rocambole y su compañero no lo habían pensado mucho y ya estaban en el agua, nadando el uno al lado del otro.

«Nos salvaremos o pereceremos juntos -pensaba el

hijo adoptivo de la viuda Fipart-. No dejo a mi marqués así me muera.»

En medio de la profunda oscuridad, se oían los gritos de dolor de la tripulación y de los pasajeros que abandonaban el buque. Rocambole, al cabo de una hora y pese a ser un gran nadador, empezó a notar cansancio. Delante de él iba el joven marino, que se volvió para gritarle

-¡Valor, un esfuerzo más y llegaremos! Estamos a pocas brazas de una masa oscura.

-¿Es la costa? -preguntó Rocambole, preocupado ante la disminución de sus fuerzas.

-No. Sólo es un islote, pero podremos descansar en él.

Rocambole ponía en juego toda su energía moral. Faltaban sólo unas brazas, pero su último esfuerzo acabó por agarrotar sus miembros. El desfallecimiento invadió su cuerpo repentinamente y apenas logró pedir socorro a su compañero, cuando ya se le cerraban los ojos y desaparecía bajo una ola. El marino, dueño de toda su fuerza y su vigor, retrocedió a por él, y cuando lo sacó, asiéndole de los cabellos, Rocambole estaba completamente desmayado.

Al recobrar el sentido, la ardiente claridad del sol había sucedido a las tinieblas y a la tempestad. Todo era calma y Rocambole ya no se sentía luchando con la muerte. Se hallaba tumbado sobre una roca y en plena mar, solo. Se extrañó. ¿Cómo se encontraba allí? Hizo esfuerzos por recordarlo todo y otra vez se sintió en medio de las aguas, nadando desesperadamente para escapar de las profundidades del océano. Pero, ¿y su compañero? ¿Qué había sido de él?

Se levantó trabajosamente y empezó a reconocer el islote que pisaba. Estaba desprovisto de toda vegetación y cubierto de conchas y moluscos en las orillas. Algunas gaviotas, alcaravanes y otros pájaros de mar describían círculos rápidos sobre su cabeza. Recorrió el islote y con desesperación reconoció que estaba desierto. A punto de convencerse de que su compañero de infortunio había continuado nadando hasta la costa, descubrió algo que relucía al sol. Se aproximó y comprobó que se trataba del canuto de hojalata donde el marino, sin duda, guardaba sus documentos. A su lado estaban las pistolas y la faja que usara su amigo. Evidentemente, pensó, su compañero debía de encontrarse en alguna parte del islote, durmiendo en alguna grieta o cavidad Se puso nuevamente en marcha y al cabo de unos ins tantes oyó un ruido, débil al principio, que no era el confuso rumor del mar. En seguida éste fue haciéndose más claro, y Rocambole distinguió una voz humana que pedía socorro. Buscó atentamente por el lugar y por fin llegó ante un agujero, de cuyo fondo salían los lamentos.

-¡Ah! -gritó el marino, al verle aparecer-. ¿Al fin me ha oído?

-Sí -respondió Rocambole-. Sí, mi querido salvador, y ahora voy a poder...

Se interrumpió para examinar con detenimiento la cavidad circular, desprovista de asperezas, en que había caído el marino. En el borde existían musgos y líquenes que lo hacían resbaladizo, y el fondo era más ancho que la parte superior, que se cerraba como un embudo.

-Vi pasar un buque esta mañana -dijo el marino, desde abajo-. Usted se hallaba rendido y dormía. Yo me había tumbado a su lado y en seguida eché a correr, agitando los brazos y gritando. Sin darme cuenta y en mi precipitación por llegar al extremo de este arrecife, pisé en falso y caí en este agujero. Creo que me hubiera muerto de hambre si usted no llega a aparecer.

-Ya estoy aquí -dijo Rocambole-. Pero no sé cómo voy a sacarle. Si bajo, no podremos subir ninguno, y aún me encuentro demasiado débil para poder izarle tendiéndole las manos.

-Cerca de donde le dejé anoche están mis pistolas y mi faja -indicó el joven marino-. La faja es de pelo de cabra del Tibet. Tiene ocho pies de larga y es sólida. Si me echa una de sus puntas y amarra la otra a un saliente...

-Voy a buscarla -dijo Rocambole-. Sí, voy a buscarla inmediatamente.

Y desapareció intentando correr, pero estaba demasiado débil y extenuado. Llegó lentamente al lado de los objetos vistos anteriormente y mientras caminaba hacia donde se hallaba el marino, un pensamiento fue poblando su cerebro.

-Si no saco de ahí a ese hombre, no podrá salir nunca. A esta roca no llega una barca de pesca ni por casualidad. Y si ese canuto tiene lo que imagino, marchándome de aquí sería marqués en menos de veinticuatro horas. Pero un marqués de verdad, con buenos bla-

sones y setenta y cinco mil libras de renté. Yo no he arrojado al muchacho dentro del agujero. Tampoco estoy obligado a sacarle, y menos encontrándome tan débil. Vamos, Rocambole, déjate de sensiblerías y aprovecha la ocasión, que puedes ser marqués de verdad. Claro que él evitó que me ahogara. Pero yo soy filósofo y pienso que la Providencia tenía sus miras al disponer que me salvase. Seguramente ha querido convertirle en santo y añadir su nombre al martirologio.

Y Rocambole, sin fatigarse más, se sentó en la arena y empezó el examen de los objetos del marino. Abrió el canuto de hojalata y extrajo los papeles que contenía. El primero era un nombramiento de alférez de navío al servicio de la Compañía de Indias, extendido a nombre de Federico Alberto Honorato de Chamery, nacido en París el 25 de julio de 1830.

-¡Vaya, vaya! -exclamó Rocambole, después de haberse enterado de aquello-. Sir Williams se tomó un trabajo inútil escribiendo los nombres y los números en un idioma desconocido. Continuemos instruyéndonos.

Una carta, cuya fina y estilizada letra parecía ser de mujer, llamó su atención. Empezó su lectura. Decía:

«Mi querido hijo: Hace dieciséis años que me fuiste robado. Hasta ayer, en el lecho de muerte de tu padre, no supe qué había sido de ti. El marqués de Chamery murió anoche, suplicándome que te buscara por todo el mundo, yo que te creía muerto y te lloraba desde hace dieciséis años.

»Envío esta carta al Almirantazgo inglés, con la esperanza de que llegue a tu poder y corras a echarte en brazos de tu madre y de tu hermana, según deseo de tu padre, el cual, en su última hora, se arrepintió de su injusto rigor y me confesó el motivo de su extraña conducta durante tanto tiempo. Desde hace dieciséis años, él vivía en las buhardillas de palacio y no le dirigía la palabra ni daba un beso a tu hermana. A los ojos del mundo parecíamos un matrimonio muy unido, pero en la intimidad todo era desolación. Tu hermana y yo creíamos que estaba loco, pero ayer supimos el secreto de este horrible misterio. Dicho secreto, hijo mío, es el siguiente:

»El señor de Chamery, tu padre, hace treinta años no tenía más fortuna que mil escudos de renta y su sueldo de coronel de húsares. Era pariente lejano mío. Yo tampoco tenía fortuna, pero nos amábamos y nos casamos. Poco después fue designado para formar parte de la expedición de Argel, y no queriéndome dejar sola en París, me confió a la marquesa de Chamery, su pariente, que durante el verano habitaba un castillo en los alrededores de Blois, llamado el Naranjal. Héctor de Chamery, su hijo y marqués, se enamoró de mí con una pasión violenta durante mi

estancia en el Naranjal. Me fue preciso querer mucho a tu padre para resistir a las obsesiones y persecuciones del marqués. Afortunadamente, mi querido hijo, regresó tu padre y le pedí que nos fuésemos de allí inmediatamente. Tres meses después, mientras tu padre y yo nos instalábamos en un pueblecito de los Vosgos, el marqués tuvo una disputa insignificante en el bulevar, se batió y se dejó matar por una estocada que le atravesó el pulmón. Murió después de horribles sufrimientos y tras hacer testamento. Instituía a tu padre heredero universal en perjuicio, hasta ayer no lo supe, de una hermana natural suya cuya existencia ignorábamos.

»La marquesa de Chamery se había quedado viuda a los veintisiete años, sin más hijo que Héctor, entonces de tres años. No se casó de nuevo porque, si lo hacía, su difunto esposo la despojaba de la tutela y usufructo de la mitad de la fortuna de su hijo. Esto obligó a la marquesa a continuar viuda, pero no a evitar el nacimiento de una niña que al principio se crió ocultamente y luego fue introducida en el castillo del Naranjal. Héctor de Chamery conocía su existencia y juró odio implacable a la hija de la deshonra. Al instituir heredero universal a tu padre, en detrimento de la hermana natural, levantó tempestades de odio en el corazón de su madre.

»Ahora comprenderás, querido hijo, la atroz venganza de aquella mujer. La fatalidad había querido que tu hermana naciese tres meses después de la muerte de Héctor de Chamery.

»Cinco años después de aquello, tú ya tenías diez, la viuda de Chamery murió en su castillo del Naranjal, pero antes llamó a tu padre para que le tributase los últimos honores. En aquellos días fue cuando tú desapareciste de casa. Una noche alguien te raptó y jamás se supo cómo y quién lo hizo. Ayer averigüé que él, tu padre, había sido el causante de esta desdichada separación. El, que deseaba que ignorases el crimen de tu madre y que no disfrutases de una fortuna que, a sus ojos, provenía de un origen vergonzoso.

»Sí, hijo mío, tu padre me lo confesó todo y me dio detalles de cómo se llevó a cabo tu rapto, y todo por la venganza de aquella mujer que en su lecho de muerte le entregó una infame carta redactada en los siguientes términos "Mi querido primo : Héctor te nombró su heredero universal y en tu candidez de hombre honrado has creído muy natural que la rama menor de los Chamery herede a la mayor, que se extingue. Pero semejante motivo es absurdo. Héctor ha querido desposeer a su hermana Andrea, que tiene hoy quince años, a quien he criado como pariente y en realidad es hija mía. No le dejo más que unos pobres ahorros. Estoy persuadida, querido primo, que harás algo por ella. Sobre todo cuando sepas que Héctor amó a tu esposa y no es a ti a quien deja heredero, sino a su hija Blanca."»

»Marquesa viuda de Chamery.»

»Ya comprenderás, hijo mío, el efecto fulminante que produciría aquella carta en el ánimo de tu padre. Aparecía ante sus ojos como una mujer que ha faltado a todos sus deberes. Tu hermana fue la hija del crimen, ya que su nacimiento coincidía con la estancia en la casa de aquella abominable mujer. Como supondrás, cuando leí aquella carta supliqué de rodillas a Dios que iluminara a tu padre para que creyese en mi inocencia. Por lo visto, mi gesto y mi voz le arrancaron mi perdón y fue entonces cuando me reveló que vivías y que él te había raptado. Ahora, hijo mío, te escribo y te suplico que vuelvas.

»Sin duda habrás llegado a ser un buen oficial y un muchacho guapo. Tal vez te consideres huérfano y sin fortuna. ¡Oh, ven, hijo mío, ven! Tu madre, que te ha

llorado durante dieciséis años, te espera con los brazos abiertos.»

»Marquesa Marta de Chamery.»

»Calle de Vanneau, 27, en mi palacio.»

Aquí terminaba la carta de la marquesa, carta que Rocambole consideró interesantísima. La colocó junto al nombramiento de oficial del joven marqués Federico Alberto Honorato de Chamery, y pasó a revisar los otros documentos : unas memorias del interesado donde detallaba la última entrevista con su padre, antes de embarcarlo para Inglaterra en compañía de un fiel amigo, oficial de la Marina inglesa.

-Bien -exclamó Rocambole-. Creo que con esto es suficiente para saber que las notas de sir Williams se refieren exactamente a la marquesa de Chamery. El hijo esperado está en un lindo agujerito, del que no saldrá más que con mi permiso y con mi ayuda. Rocambole, no seas tan caritativo, piensa en las setenta y cinco mil libras de renta.

Se puso en pie y echó una mirada al mar, explorando los cuatro puntos cardinales. El mar continuaba en calina, el cielo era puro y en el horizonte no se divisaba vela alguna.

«Es evidente -pensó Rocambole- que en el estado en que se encuentra el pobre marqués, morirá dentro de unas horas, si alguien no le ayuda. El tiempo es sober- bio, y por lo menos en ocho días no pasará por aquí ni una lancha con algún marino que pueda encontrar su cuerpo. Si me voy, no cometeré ninguna mala acción. No tengo por qué matar al pobre e inútil marqués.»

Rocambole puso nuevamente los papeles del joven marino en el canuto de hojalata. Sujetó éste con su cinturón. Se enrolló la faja en que el infortunado cifraba su salvación. Guardó las pistolas y se subió a una roca cortada a pico.

-Mucha caminata es -murmuró, contemplando el brazo de mar que lo separaba de la lejana costa-, pero

esta vez me acordaré de Bougival y de la compuerta de Marly. Además, cuando uno se llama marqués de Chamery, oficial de Marina al servicio de la Compañía de Indias, es preciso ser buen nadador.

Y sin pensarlo un instante más, se arrojó al agua con el valor de quien va en busca de un marquesado y de setenta y cinco mil libras de renta.

CAPITULO II

Un martes de Carnaval en París, poco después de las tres de la tarde, la multitud se apiñaba en el bulevar de Saint-Martin para seguir con curiosidad e interés la vocinglería y las canciones de algunos saltimbanquis establecidos con sus barracas en los solares de la calle du Chateau d'Eau y en los del barrio del Temple. Había una docena de teatrillos de feria, uno al lado del otro, que se disputaban el favor de la muchedumbre. Uno de ellos hacía gran competencia a sus vecinos. Los curiosos subían en tropel los cinco peldaños de su escalera exterior y entraban de dos en dos, o de cuatro en cuatro, en su interior, casi sin interrupción. Tras aquella cortina parecía ocultarse un asombroso misterio cuyo descubrimiento sólo costaba quince céntimos.

Una joven vestida con malla encarnada y una falda de terciopelo bailaba sobre el

tablado delantero de aquella barraca. Se acompañaba de una pandereta y de unas castañuelas, y a menudo interrumpía su baile y su canción para animar al gentío con las siguientes palabras:

-Entren, señoras y señores. Vean ustedes a O'Penny, el gran jefe indio, tatuado, a quien sus enemigos cortaron la lengua y le arrancaron los ojos. ¡Entren, señoras y señores! La entrada sólo cuesta quince céntimos.

La joven volvía a tocar las castañuelas, bailaba un bolero, caía tras una maravillosa pirueta sobre sus dos pies y continuaba su anuncio diciendo:

-Entren, señoras y señores, O'Penny es un salvaje de las tierras australes cuya historia voy a referirles con el canto de los músicos de su país.

La joven animaba al saltimbanqui que estaba junto a ella con una pandereta, para que lo acompañase en el recitado de su cantinela mientras ella pasaba lentamente sus dedos por la estirada piel de su pandereta.

-O'Penny -decía- es un gran jefe, valiente en el combate, prudente en consejo, como su antepasada, la serpiente azul. Durante la última luna, O'Penny embarcó en su piragua con treinta guerreros. Marchó a la isla de Nan-Kiva, donde reinaba su enemigo mortal, el Gran Buitre. Sin embargo, no era el reino de Nan-Kiva lo que ambicionaba O'Penny, ni el gran collar de perlas que el Gran Buitre llevaba en su cuello.

La joven bohemia interrumpió su discurso y empezó a bailar, mientras animaba con viveza

-Entren, señoras y señores. En el interior del teatro sabrán el final de la hermosa historia en presencia de O'Penny.

La multitud entraba y salía al cuarto de hora, con. vencida de que había visto un jefe salvaje de las razas australianas.

Entre los espectadores que se hallaban en la calle y vacilaban entre su curiosidad y la autenticidad del relato, se encontraba un joven muy bien vestido, con guantes de color lila y un puro en la boca. Se había acercado al teatrillo, con objeto de admirar a la bella bailarina, pero su discurso le había llamado poderosamente la atención. Después de un instante de contemplar las tor- neadas piernas de la joven bohemia y admirar su atractivo, permaneció pensativo y curioso por conocer el final de la historia de O'Penny. Se decidió a subir las escaleras y, tras sonreír abiertamente a la muchacha, lanzó cinco francos al gorro del payaso que hacía de portero y entró en el teatro.

El interior de la barraca era una gran sala amueblada con bancos. En el fondo, protegido por una valla de ma- dera, se elevaba una especie de trono, adornado con terciopelo negro, en el que se sentaba O'Penny. Su cabeza estaba coronada de plumas de gallo y de loro, formando una especie de diadema. Vestía un taparrabos de paño amarillo y el resto del cuerpo, desnudo, presentaba una serie de tatuajes azules, rojos, verdes y lívidos. Colgados de los hombros y cruzados ante el pecho tenía un arco y un carcaj que lo hacían más ridículo. En realidad era

un ser repulsivo. Su rostro, cubierto de tatuajes, mos- traba unos ojos medio cerrados. Los párpados, hincha. dos. Una boca cuyo labio superior estaba agujereado por debajo de la nariz para colgar un anillo de cobre. De las orejas y de la nariz también colgaban anillos.

O'Penny se mantenía inmóvil, en la actitud de un hombre indiferente a cuanto sucedía a su alrededor.

La joven explicó que O'Penny se había enamorado de la mujer del Gran Buitre, su enemigo, y que trató de raptarla. Pero cayó en poder de su rival, que le cortó la lengua, le saltó un ojo y lo vendió al capitán de un buque inglés, el cual lo había traído

a Europa.

El joven de los guantes color lila, que se había dejado seducir por el discurso de la titiritera, experimentó, como todos, un sentimiento de repulsión a la vista de aquella cara. No obstante, la contempló con tenaz atención, como si pretendiera reconstruir sus primitivos rasgos. Su examen se prolongó mucho, sin que O`Penny diera muestras de encontrarse molesto. Los espectadores fueron sucediéndose y el propietario repetía por enésima vez su relato, cuando el elegante joven decidió llamar su atención.

El saltimbanqui, poco acostumbrado a ver personas de guante entre su público, interrumpió su discurso, miró con expresión de orgullo y dijo:

-Estoy a sus órdenes, señor conde.

-No soy conde -respondió el joven en voz alta-. Sólo deseo preguntarle una cosa.

-Le escucho, señor...

El saltimbanqui dudó entre nombrarle conde o duque, ya que estaba convencido de que aquel espectador tenía un título. Fue el mismo joven de los guantes color lila quien se lo dio.

-Marqués -dijo sencillamente.

-Escucho, señor marqués -respondió ceremoniosamente el saltimbanqui.

-¿Entiende algún idioma europeo ese jefe salvaje?

-El inglés, señor marqués.

-Señor O'Penny -dijo el joven, dirigiéndose en inglés al jefe australiano, sin hacer caso de la curiosidad de los otros espectadores-. ¿Tiene la bondad de decirme a bordo de qué buque ha venido a Europa? ¿Fue el «Fulton», el «Perseverante» o el «Fowler»?

Al oír esta última palabra, O'Penny se estremeció

vivamente. Hizo un brusco movimiento sobre su tronco y el saltimbanqui gritó, emocionado:

-¡Vean ustedes, señoras y señores! O´Penny comprende el inglés. Si aún tuviese lengua, cabría respondido al señor marqués.

El aludido no esperó a oír su perorata. Se había escurrido fuera de la barraca y se dirigió a la volatinera, para decirle al oído

-¿Quiere ganarse diez luises, amable muchacha?

-¡Oh, sí, señor! -respondió ella, deslumbrada-. ¿Qué es preciso hacer?

-¿Dónde vive usted?

-Ahí, señor -respondió ella ingenuamente, mientras señalaba el teatrillo-. Soy la mujer del payaso, y cuidamos de O'Penny por la noche mientras el amo va a dormir a la ciudad. Tiene un cuarto en La Villette.

-¿A qué hora cierran?

-A medianoche.

-Si llamase a la puerta de esta barraca sobre las dos de la madrugada, ¿me abrirían usted o su marido?

-Sí -respondió, asombrada, la volatinera.

El joven de los guantes lila dejó caer un luís dentro de la pandereta de la mujer y se alejó, escurriéndose entre la multitud, que murmuraba escandalizada ante aquella escena de seducción pública. La muchacha, olvidando su cháchara, le vio alejarse, atravesar la calle y subir a un elegante faetón tirado por un caballo inglés y custodiado por un lacayito vestido de azul.

-¡Vaya conducta la de estos señoritingos! -gritó entre la multitud una señora gruesa, ya entrada en años-. ¡Son descarados como ellos solos! Mire que querer corromper a una muchacha ante todo el mundo...

-¡Calle el pico, vieja! -gritó el payaso desde lo alto de su tablado-. Interrumpe el espectáculo. ¡Vamos, música, música!

Y el marido filósofo recogió la pandereta de su alocada compañera, la cual continuó tranquilamente su baile y su cantinela.

A las dos de la madrugada, el lugar donde las barracas de los saltimbanquis habían atraído tanto gentío se encontraba casi desierto, a pesar de los bailes que se celebraban en los teatros de la Gaite y del Ambigú. Frente a la barraca donde se exhibía el jefe australiano se detuvo una berlina y un joven abrigado con gabán y oculto el rostro en una gran bufanda descendió del

coche, se dirigió al teatrillo, subió los peldaños del tablado y llamó suavemente.

-¿Quién es? -preguntó en el interior la joven y fresca voz de una muchacha.

-El que ustedes esperan -respondió el joven, que entró en el teatrillo al abrirse la puerta de éste.

El interior de la barraca se había convertido en dormitorio. La bailarina se encontraba sentada sobre sus piernas, cruzadas encima de un jergón que parecía ser el lecho conyugal del payaso y de su seductora esposa. Un poco más lejos, al otro extremo del local, ardía una vela colocada sobre una mesa en la que se encontraban restos de una miserable comida y se veía al jefe austra- liano O'Penny durmiendo sobre un saco de paja y tapado con una manta raída.

-Mi marido ha tenido que acompañar al amo -dijo con naturalidad la joven-. Se encontraba un poco bebido.

-Mi querida muchacha -dijo el joven, cerrando la puerta del teatrillo lentamente-. Ya veo que es usted muy bonita, pero no he venido a decirle eso.

La volatinera hizo una mueca de circunstancias y el joven se acercó a ella, sacando diez luises de su bolsillo para ponerlos sobre la mesa con la destreza de un croupier.

-Aquí está lo ofrecido -dijo-. Y ahora hablemos de lo que me interesa. Quiero saber algo acerca del salvaje. Dígame cuanto sepa.

-¡Oh, señor! -exclamó la muchacha, cada vez más extrañada por el cariz que tomaba aquella cita-. Sólo sé lo que me ha oído decir en público. Hace poco tiempo que Franfeluche y yo estamos al servicio del señor Bobino.

-¿Quiénes son esos individuos?

-Franfeluche es mi marido, el payaso, y el señor Bobino, el amo. Franfeluche y yo hacíamos de hércules y bailábamos en la cuerda floja, pero el oficio no da mucho. Hace tres meses conocimos en Boulogne al señor Bobino, el cual venía de Londres con su salvaje. Nos contrató por veinte francos al mes y la comida.

-Eso es una miseria -replicó el joven-. ¿Dónde compró al salvaje?

-Supongo que en Londres. Nunca nos lo ha dicho. Habla muy poco.

-Escúcheme, muchacha. Voy a darle mil francos y me llevaré a ese salvaje, ¿le parece bien?

-¡Mil francos! -exclamó ella, contenta y asombrada-. Por ese dinero, Franfeluche deja que se lleve al señor Bobino y a su barraca.

-Perfecto -comentó el joven, abriendo su cartera para sacar un par de billetes de quinientos francos-. Voy a despertarle y a preguntar si quiere venir conmigo.

-¡Pero, señor! -exclamó la muchacha, asombrada-. ¿Qué quiere hacer con él? No tiene apariencia de dedicarse a enseñar monstruos.

-Se equivoca, mi querida amiga -dijo el joven, volviéndose a ella-. Soy director del circo Imperial de San Petersburgo. A propósito, ¿conoce usted el inglés?

-No, señor.

El joven se desentendió de ella y dio un golpe en el hombro de O'Penny.

-El señor marqués de Chamery -dijo, despertándole- desea presentar sus respetos al infortunado baronet sir Williams.

O'Penny dio un salto en su jergón y se levantó como impulsado por un resorte.

Aquel nombre le había conmocionado de tal manera que hasta intentó hablar, sin conseguir más que exhalar un sordo rugido. El ojo que conservaba un poco de visión concentró toda su potencia y dirigió una moribunda mirada al hombre que acababa de despertarle.

-Vamos, pobre viejo -le dijo el llamado marqués de Chamery-. Siéntate. Ya veo que me has reconocido -y apoyó una mano sobre el hombro del salvaje para obligarle a sentarse-. Tranquilízate, que tu sobrino Rocambole no va a causarte mal alguno. Hablemos, aunque no tengas la sinhueso.

El salvaje continuaba agitándose en el saco de paja, pero su horrible cara parecía haber adquirido una repentina expresión de feroz alegría. Mientras tanto, la volatinera los contemplaba con admiración, sin entender lo que hablaban.

-Te he estado llorando mucho tiempo, viejo mío -dijo el marqués-. Me imaginaba que los salvajes te habrían comido asado a la parrilla, pero veo que se conformaron con tatuarte. Eso y lo que te hizo la excelente Baccarat...

Aquel nombre hizo temblar al hombre tatuado y de sus crispados labios se escapó un rugido de furor.

-¡Está bien, está bien! -murmuró Rocambole-. Ya veo que no te han embrutecido del todo. Aún te queda algo de sir Williams y eso me gusta, querido tío. Claro que hay que reconocer que ya no eres el apuesto vizconde Andrés, ni el lindo baronet sir Williams que enloquecía a las muchachas. Entre los salvajes y Baccarat te han desfigurado de tal modo que para reconocerte ha sido preciso todo mi cariño filial.

El marqués de Chamery, o Rocambole, se sentó familiarmente sobre el jergón de O'Penny y continuó

-Ya comprenderás, querido tío, que al descubrirte por casualidad no podía dejar a mi pariente, a mi bienhechor, al hombre a quien debo cuanto soy, en la miserable situación en que se halla. Eso no podía hacerlo el marqués de Chamery.

Al oír aquel título, el semblante del hombre tatuado se contrajo horriblemente, como si hiciera esfuerzos por recordar un detalle medio olvidado.

-No te extrañe verme convertido en marqués de Chamery. Es un nombre que te será familiar. Lo encontré en tus notas -de nuevo se estremeció el salvaje y él continuó-: Ya te lo contaré todo. Ahora sé formal y despachemos. ¿Quieres seguir aquí?

O'Penny, que con su ojo medio apagado seguía mirando con fijeza a Rocambole, negó con la cabeza.

-Prefieres venir conmigo para que te cuide con mucho mimo, ¿no es así? -ante la afirmación del salvaje añadió-: Pues, vamos en seguida. Puede regresar tu amo y tendríamos que hacer nuevos tratos -y Rocambole se encaró con la joven, a la que preguntó en francés-: ¿Tiene por ahí alguna capa que venderme, preciosa?

-Aquí está la de Franfeluche -dijo la muchacha, al ver que aquel hombre le daba un nuevo luis-. No está muy nueva, pero puede servirle.

Rocambole la colocó sobre los hombros de O´Penny, que se dejó abrigar como un niño. Después le puso en la cabeza su acostumbrada corona de plumas.

-Como hoy es martes de Carnaval -continuó diciendo Rocambole, en inglés-, podrás salir a la calle de esa manera. Te tomarán por el californiano del baile de la Opera.

El supuesto marqués de Chamery enrolló los dos billetes de quinientos francos y los dejó caer con delicadeza entre las manos de la ilegítima esposa del payaso Franfeluche.

-Adiós, pequeña. Si volvemos a vernos, tendré mucho gusto en renovar muestra amistad.

La volatinera abrió la puerta de la barraca. Rocambole cogió del brazo a O'Penny y lo ayudó a salir del teatrito. Le hizo atravesar la calle y lo condujo a su berlina.

-¿Adónde va el señor marqués? -preguntó el cochero, abriéndole la puerta.

-A la calle Suresnes -respondió Rocambole.

Y luego se instaló en el interior, junto a O'Penny.

El coche emprendió la marcha.

-Ahora iremos a mi piso de soltero -dijo Rocambole-. Y allí te verá un médico. Será interesante comprobar qué puede hacer por ti, aunque no te convierta en un buen mozo.

Rocambole instaló a O'Penny en su piso y después de inventar una historia verosímil para justificar su estado ante el médico, dejó que éste lo reconociese. El doctor, después de examinar con detenimiento el repugnante rostro del supuesto salvaje, afirmó que podría quitarle los tatuajes con el riesgo de que perdiera la poca visión que tenía en el único ojo útil. Rocambole habló en inglés con O'Penny para preguntar:

-¿Sabes todavía escribir?

El aludido cogió la pluma y con letra temblona, pero legible, trazó las siguientes palabras: «Me acuerdo de todo y tengo sed de venganza».

-Eso está bien -comentó Rocambole-. Como ése será el único medio que tendrás para hablar conmigo y muchas veces estaremos a oscuras, procura escribir cerrando el único ojo que te queda sano.

Volvió a coger la pluma y escribió: «Aunque estuviera completamente ciego, adivinaría a mis enemigos sólo al tacto».

-Perfectamente -exclamó Rocambole, y se reunió con el doctor, a quien dijo-: Bien, puede empezar su curación de ese pobre hombre. No necesita la vista para nada.

Mientras O'Penny, o sir Williams, quedaba al cuidado del doctor y de un bien pagado criado que servía al falso marqués de Chamery en su piso de soltero, éste regresaba a su palacio de la calle Vernouil, donde el portero le entregó una carta que acababa de llegar para él. Decía:

«El duque y la duquesa de Sallandrera ruegan al señor marqués de Chamery que les conceda el honor de comer con ellos el miércoles próximo.»

-¡Caramba! -exclamó Rocambole-. Parece que mis asuntos marchan bien por este lado. Iré, claro que iré.

Un mes más tarde, Rocambole volvía a encontrarse en el cuartito de la calle Suresnes, en compañía de sir Williams. El doctor había cumplido su palabra. Había borrado los tatuajes y dejado ciego al baronet. La pérdida de aquel ojo que imprimiera a su fisonomía un aspecto repulsivo, había contribuido a darle un semblante más humano. Vestido como estaba, sir Williams tenía el aspecto de un mecánico desfigurado por la explosión de una caldera.

-Bien, querido tío -decía Rocambole, sentado cómodamente en un largo diván, sin abandonar la contempla, ción de su maestro en picardías, arrellanado blandamente frente a él en un sillón cercano a la chimenea-. Ya estamos nuevamente reunidos. Ese asno que te ha cuidado no ha sabido darte mejor aspecto, mas aún puedes pasar por héroe de una hermosa historia patriótica.

La frase provocó una de aquellas amargas y burlonas sonrisas tan características de sir Williams, quien, pese a las cicatrices, parecía demostrar que poseía su perversa inteligencia.

-Ahora ya estás presentable -decía Rocambole-. Te llevaré a casa, donde hace un

mes no podías ni asomar tu pintarrajeado rostro. Te aseguro que serás el hombre de la semana. He hablado de ti como de un Julio Gerard mejorado por Juan Bart y Duguay Trouin. Has matado tigres a cientos, los cipayos te cortaron la lengua y volaste tu cañonera por no rendirte a los piratas. Te condecoró la Compañía de Indias y para mi hermana, la bella y casta Blanca de Chamery, como para Fabián, su marido, eres el hombre a quien debo la vida. Vas a pegarte la gran vida en mi palacio, si es que quieres aconsejarme bien.

El ciego afirmó con un movimiento de cabeza.

-No sé si piensas como yo -prosiguió Rocambole-, pero me parece que deberías recordar que eres afortunado porque un hombre joven, guapo, atrevido, escéptico, sin prejuicios y sin creencias, un hombre como yo, que posee una buena situación y una buena renta, no sólo va a vengarte, sino que también te proporcionará toda clase de lujos y comodidades, con tal de que le aconsejes un poco.

Sir Williams, con una pantomima de las más movidas, agitó la cabeza, satisfecho, y sonrió cruelmente a través de sus cicatrices.

-En mi lugar, un imbécil hubiera pensado: «Sir Williams me hará traición aunque sólo sea. para consolarse de su infortunio». Pero yo pensé: «Sir Williams no tenía muy buena suerte, pero era un genio, un sabio como hay pocos. Yo tengo el pie en el estribo, pero si tras de mí estuviera sir Williams y me aconsejase, creo que llegaría a todo, a embajador, a ministro e incluso a rey».

Estas palabras estremecieron al ciego, que se agitó en su asiento, visiblemente satisfecho.

-Ahora comprenderás por qué no he vacilado en tomarte como oráculo. Pero antes, déjame que te cuente cuál ha sido la base de mi conducta, porque hasta ahora ni tú ni yo habíamos triunfado. Creíamos que para hacer el pastel de liebre era necesaria la liebre, y eso es falso. Fíjate en los comedores de franco y medio el cubierto; sirven cordero por gamo.

El ciego sonrió y Rocambole prosiguió su discurso:

-El señor de Sartines, teniente general de policía, fue el primero que pensó en reclutar agentes de policía secreta entre los ladrones. Se sirvió del mal para hacer el bien. Nosotros nos hemos servido de canallas para hacer el mal y nos hemos perdido. Así que he pensado que lo mejor sería contar con la ayuda de personas honradas y con el bien hacer el mal. ¿Qué te parece?

Sir Williams movió reiterativamente la cabeza, como si estuviera diciéndole: Perfecto, perfecto...

-Desde hace cuatro meses suplanto a un marqués -agregó Rocambole-. Me va muy bien y sólo me rodea la virtud. Mi hermana es un ángel, mi cuñado es un caballero de otra época. Tengo amigos en la mejor sociedad y cuando te haya puesto al corriente de mis asuntos, utilizaremos a toda esta buena gente como piezas de ajedrez en provecho de nuestra ambición.

El rostro surcado de cicatrices continuaba expresando su más viva satisfacción. Parecía cumplimentar a su discípulo por los progresos obtenidos con su filosofía práctica.

-Ahora voy a contarte cómo llegué a instalarme en París y convertirme en el esperado y querido marqués de Chamery.

Sir Williams se recostó en su butaca, como tenía por costumbre, y adoptó la actitud atenta del hombre que espera oír cosas interesantes.

CAPITULO III

Rocambole no fue directamente, desde el islote donde abandonó al joven marqués de Chamery, a París. Tardó casi tres meses en aparecer en la ciudad, y cuando lo hizo fue aprovechando una coyuntura que le permitió establecerse sin ningún género de dudas como el auténtico Federico Alberto Honorato de Chamery.

El tiempo transcurrido entre el naufragio y su reaparición lo dedicó a instruirse como correspondía al personaje que debía suplantar. Se fue a Londres, contrató como criado a un viejo soldado de las colonias y se enteró con detalle de los acontecimientos y costumbres de la India. En Plymouth también se dedicó a adquirir conocimientos propios de un oficial. Sólo cuando estuvo preparado como correspondía a su importante papel, emprendió la ruta de París.

En esta ciudad aún permaneció varios días estudiando el terreno que debía pisar. Supo que Andrea, la hermanastra de Héctor de Chamery, atacaba ferozmente a la actual marquesa y a su hija Blanca, a las que odiaba y a las que trataba de despojar de lo que consideraba suyo. Por otra parte, Andrea, hija de un notario apellidado Brunot y de la madre de Héctor, era una mujer mundana, audaz, caprichosa, que no reparaba en habladurías con tal de satisfacer su ansia de vivir. Para no acabar dilapidando su apreciable renta, se hacía mantener por un barón que le doblaba la edad y que era sumamente generoso. Ella también lo era, pero con los jóvenes que estaban de moda en el bois de Boulogne y en los salones de París. Uno de sus últimos rendidos adoradores era Rolando de Clayet, joven pariente del vizconde Fabián de Asmolles, novio de Blanca Chamery, con quien se había batido en duelo por causa de la coqueta y desvergonzada Andrea Brunot.

Esta, que se creía desposeída de la herencia y del apellido Chamery, el cual pretendía llevar a toda costa, había encontrado entre viejos legajos un testamento por el cual la heredad de los Chamery, ahora en manos de la rama segunda, debía pasar a manos de unos lejanos parientes, los Chamery-Chameroy, al faltar el heredero. El último descendiente de dicha rama era un libertino arruinado y endeudado llamado Edgardo, con quien, para hacer valer estos derechos, Andrea decidió casarse a cambio de salvarle de sus acreedores. La boda se celebró un par de días antes de la aparición de Rocambole en casa de la viuda Chamery. Aquella mañana, precisamente, el señor Rossignol, abogado por cuenta de Andrea Brunot, se había personado en el domicilio de la marquesa para decirle, una vez en su presencia:

-Señora marquesa, soy el abogado del señor barón de Chamery-Chameroy, primo suyo, y de la señora baronesa de Chamery-Chameroy, igualmente prima suya.

-Continúe -dijo con altivez la señora de Chamery, sin tomar en cuenta la intención de las últimas palabras.

-Antes de entablar un pleito -prosiguió Rossignol-, en el que perdería toda su fortuna, el barón de Chamery. Chameroy, mi cliente, ha considerado oportuno proponerle una transacción.

-Un pleito, una transacción, mi fortuna -murmuró la señora de Chamery, sin salir de su asombro. Y añadió, volviéndose a Fabián-: Este hombre está loco.

-Perdone, señora -dijo con insolencia Rossignol-. En seguida la convenceré de lo contrario, porque si se entabla el pleito, perderá y con ello su hija Blanca quedará arruinada totalmente.

-Caballero -interrumpió con dignidad la mujer-. Jamás he oído llamar así a mi hija por un desconocido. -Perdone, aunque esto no hace al caso -replicó el abogado-. El

barón de Chamery-Chameroy se ha casado con su prima...

-Disculpe -interrumpió con dignidad la marquesa. Jamás he reconocido el parentesco que usted establece entre la señorita Andrea Brunoy y yo.

-Eso tampoco importa en el asunto-replicó el abogado-. El barón se ha casado con ella, que ha llevado en dote diecinueve mil libras de renta y un testamento.

Fabián, que se encontraba presente en la entrevista, dijo con tono burlón:

-¿Un testamento?

-Sí, del caballero de Chamery, tío del marqués Héctor de Chamery, a quien la señora ha heredado. He aquí la copia -y ante el asombro creciente de la marquesa y de Fabián, el abogado sacó de su cartera el referido testamento y lo leyó en voz alta.

La señora de Chamery jamás supo de su existencia y podía considerarlo falso, pero sabía que su hijo vivía y su existencia anulaba aquel documento. Sin embargo, su lectura produjo tal efecto sobre su enfermiza naturaleza, que estuvo a punto de desmayarse. Fabián la sostuvo en sus brazos, mientras el señor Rossignol seguía con sus conclusiones.

-Teniendo en cuenta que el señor Alberto Federico Honorato de Chamery ha muerto...

-¡Muerto! -exclamó la mujer, crispándose para levantarse trastornada, como si aquel hombre fuera el asesino de su hijo-. ¿Dice que ha muerto? ¿Quién lo ha dicho? ¿Cómo lo sabe?

-Señora -respondió Rossignol, un poco intimidado y juzgando prudente no encolerizarla más-. Creo que después de dieciocho años...

Un grito de alegría se escapó del pecho de la marquesa, que cayó rendida, pero triunfante, en brazos de Fabián, mientras le decía:

-Eche de aquí a este hombre, Fabián. No sabe que mi hijo no ha muerto, que lo esperamos y que va a venir.

-¡Pobre mujer! -murmuró Rossignol, creyéndola loca-. El dolor la extravía.

-¿Como osa decir eso? -replicó Fabián-. Sepa que esta mañana hemos recibido carta del Almirantazgo, donde se nos comunica que «el marqués de Chamery ha presentado su dimisión de alférez de navío de la Marina inglesa al servicio de la Compañía de Indias, el día 8 de abril del año último. Dimisión que fue aceptada. El señor Chamery embarcó inmediatamente para Europa y llegó a Londres el día 5 de noviembre del mismo año. Se presentó, según consta en los registros del Almirantazgo, en las oficinas de Marina para visar sus documentos».

-Mi hijo embarcó para Francia en el pequeño mercante «La Mouette -agregó, triunfante y risueña la marquesa-. Ya no tardará en llegar.

-¿Ha dicho usted «La Mouette»? -preguntó suspicazmente Rossignol.

-Sí -replicó el señor de Asmolles-. ¿Sucede algo?

-Que ese mercante -informó el abogado, con desca- rada y cruel alegría- se perdió totalmente hace tres meses en la travesía de Liverpool al Havre. Todos los que viajaban a bordo murieron.

La señora de Chamery dio un grito y cayó desmayada. Blanca de Chamery apareció, asustada; al ver a su madre, corrió a sostenerla, mientras pedía socorro, enloquecida. Fabián de Asmolles se había precipitado sobre Rossignol y con rabia lo agarraba del cuello, mientras decía con desesperación:

-¡Miserable, miserable! Acabas de matar a la señora de Chamery. Mereces el cadalso, asesino.

-¡Suéltame! -rugía Rossignol-. «La Mouette» se perdió, naufragó. Nadie escapó con vida. Mi cliente, el señor barón, ganará el pleito. Ya sabrán quién soy.

Rossignol no pudo decir más. Habían aparecido varios criados a las llamadas

desesperadas de Blanca, y Fabián les entregó al abogado, el cual luchaba por desasirse.

-Llevaos a este hombre -les dijo el vizconde-. Sacadlo fuera de aquí y moledlo a golpes. Acaba de asesinar a vuestra ama.

Dos lacayos se echaron encima de Rossignol, mientras otros trataban de atender a la señora Chamery. El abogado se debatía inútilmente entre las manos que le apretaban la garganta para ahogar sus gritos. Los criados hubieran cumplido al pie de la letra las órdenes de Fabián, si un nuevo personaje, aparecido repentinamente en la puerta, no hubiera exclamado:

-¿Quién afirma que todos los pasajeros de «La Mouette» han muerto?

-Todos, todos -rugió Rossignol, debatiéndose entre los aprehensores-. Yo lo afirmo.

-Todos, excepto yo: Alberto Federico Honorato de Chamery.

Dos gritos de alegría acogieron aquellas palabras, mientras Rosignol rugía de espanto y de rabia, pretendiendo escapar.

-Chamery, hermano mío -exclamó Fabián, acudiendo hacia el recién llegado-. ¡Este hombre acaba de matar a tu madre!

El que decía ser Alberto se precipitó a la habitación inmediata, adonde ya le había precedido Blanca.

-¡Madre mía, madre mía! -murmuró, acudiendo a la mujer, que continuaba desmayada.

El médico, que se presentó en seguida, le prodigó sus cuidados y la hizo volver en sí. Pero la débil y enferma naturaleza de la mujer ya no fue capaz de recuperarse. Se recobró un poco, mas apenas si reconoció a Blanca, a Fabián y a aquel hijo lleno de juventud y de vida por quien ella moría. Los miró riendo, con la mirada brillante por la fiebre y el delirio. Pasó algunas horas delirando y luego entró en una especie de letargo. Hacia las tres de la madrugada murió sin haber podido reconocer ni bendecir a sus hijos, los cuales, arrodillados al pie de su cama, la lloraban entristecidos.

A las cuarenta y ocho horas de sucedido aquello, dos hombres, cogidos de la mano, regresaban tristes y silenciosos del cementerio del Sur, hasta donde habían acompañado el cadáver de la marquesa de Chamery. Eran el vizconde Asmolles y aquel joven marino llegado para recoger el último suspiro de la que decía ser su madre.

-Amigo, hermano mío -dijo éste, apoyando sus manos sobre los hombros del vizconde-, porque tú lo serás, Fabián, y harás dichosa a nuestra querida Blanca. Ahora vas a acompañarme. Debo cumplir un último deber.

-¡Oh, sí! -murmuró, emocionado, Fabián.

-Hay un hombre, un caballero sin honor -continuó el supuesto marqués de Chamery- que, no satisfecho con prostituir sus apellidos y su título al casarse con una perdida, comparte el odio de esa desdichada y su rencor hacia nuestra casa. Tal hombre ha asesinado a nuestra madre. Voy a matarle.

-Está bien -dijo sencillamente el vizconde.

Y ambos se dirigieron a la calle Saint-Florentin, donde se había instalado el barón de Chamery-Chameroy, después de su boda con Andrea Brunot.

Los criados de Andrea les hicieron pasar a la sala después de decirles que los señores estaban en casa. Poco más tarde apareció el barón que reconoció a Fabián por haberlo visto en otras ocasiones. Adivinó lo que pretendía, aunque Fabián lo saludó en silencio y cedió la palabra a su futuro cuñado.

-¿El señor de Chameroy? -preguntó Rocambole, dando un paso hacia el barón.

-Yo soy.

-Soy el marqués Alberto de Chamery -dijo con aplomo Rocambole-. Supongo que

adivinará el objeto de mi visita.

-Caballero...

-Hace cuarenta y ocho horas que he regresado al hogar paterno -prosiguió Rocambole, con un tono de voz grave y triste, que ungía de solemnidad su discurso-. Me escapé de él hace dieciocho años, y he encontrado a mi madre herida de muerte por un miserable enviado por una mujerzuela ladrona de apellidos...

-¡Caballero! --exclamó el barón.

-¡Espere! -dijo imperiosamente Rocambole-. He dicho mujerzuela ladrona de apellidos, la cual, basada en la vergonzosa especulación de mi posible muerte, acaba de casarse con uno de esos degenerados...

-¡Basta, caballero! -gritó el barón, enrojecido el rostro-. Le comprendo y estoy a sus órdenes. Mañana, donde usted quiera.

-No. Ahora mismo.

-Está bien, caballero. ¿Qué arma prefiere?

-Lo mismo da. ¿Le parece bien la espada?

Fabián se dirigió a la puerta. Rocambole le siguió, y el barón iba a salir con ellos cuando apareció la flamante Andrea, quien al ver al vizconde, en seguida comprendió lo que iba a suceder.

-Déjenos pasar, señora -dijo en voz baja Fabián-. Tal vez se quede usted viuda dentro de una hora, y entonces podrá casarse con su adorado Rolando de Clayet.

La mujer le miró irguiendo la cabeza y dejó paso al vizconde de Asmolles, el cual le dirigió una mirada de desprecio.

-Señores -dijo el barón de Chameroy, una vez en el patio-. No tengo testigos.

-Demos veinte pasos por la calle y seguramente encontraremos alguno -replicó Rocambole. -Conformes -admitió el barón.

Una hora más tarde se encontraban todos reunidos en el lugar de la cita, el bois de Boulogne. Rocambole y Fabián llevaban un par de espadas y otro de pistolas. Fabián pretendía continuar el duelo en caso de que cayera su amigo. Arreglaron sobre el terreno las condiciones del duelo y los dos adversarios se despojaron de sus levitas y se pusieron en guardia.

«Palabra de honor que nunca me he batido por una causa tan noble -pensó Rocambole, mientras recordaba repentinamente sus diferentes duelos-. ¡Ah, si sir Williams me viese esgrimir la espada para vengar a mi noble madre, la marquesa de Chamery!»

El falso marqués se acordó de su maravillosa destreza y de la famosa estocada de los cien luises, que le había enseñado aquel portero de la calle Rochechouart. Sin pensarlo, atacó a su adversario con la sangre iría y la prudencia del espadachín consumado.

Chameroy tampoco era un enemigo despreciable. Pertenecía a la antigua escuela de esgrima francesa, mantenía el cuerpo derecho, la pierna tendida, se batía silenciosamente y no se tiraba a fondo nunca. Desgraciadamente, en aquellos momentos estaba irritado y tenía por adversario a un hombre que buscaba setenta y cinco mil francos de renta, que le había tratado como al último de los miserables y que deseaba vengar la muerte de su madre. Aquello era suficiente para turbar su ánimo.

Por el contrario, Rocambole era el bandido audaz, sin fe ni ley, el hombre que una vez identificado con el marqués de Chamery, estaba dispuesto a representar su papel a conciencia. Se encontraba allí con toda la tranquilidad de un jugador de oficio, que conoce la importancia de la partida que empieza.

«¿Quién se atreverá a dudar de mí cuando haya matado al hombre que causó la muerte de mi supuesta madre?», se decía.

El combate fue encarnizado, pero breve. Chameroy se defendió con toda la energía de un hombre que se sabe condenado. Hirió dos veces a Rocambole, pero éste, cuya sangre manaba de un hombro y del bajo vientre, empleó su famosa estocada de los cien luises, se tiró a fondo y tumbó cuán largo era al barón de Chamery-Chameroy.

«Creo que ya está listo», pensó, y agregó en voz alta: -¡He vengado a mi madre!

Las heridas de Rocambole eran leves, pero él se apoyó en el brazo de Fabián para llegar hasta el coche, mientras los guardias del bois acudieron en ayuda del barón, que aún respiraba, y lo trasladaron al suyo.

Durante los días que siguieron, todo Paris habló del suceso. El marqués de Chamery fue el personaje de moda. La Prensa hablaba de él, daba detalles de su vida, una vida novelesca y fabulosa que se había inventado Rocambole, apoyada sobre la realidad y en el hecho de que la verdad de la desaparición del hijo de la casa paterna pertenecía a un secreto de familia que no debía revelarse.

La multitud acudía a firmar en las listas del palacio" de Chamery, mientras el fingido marqués guardaba cama a causa de sus heridas. Cuando salió por primera vez, acompañado de su futuro cuñado, los conocidos le tributaron una ovación y Rocambole, cuyos documentos lo acreditaban como verdadero marqués de Chamery, quedó convertido públicamente en un personaje rico y rodeado de una familia aristocrática.

-He sido el hombre de moda de la temporada -seguía diciendo Rocambole al ciego, que le escuchaba atentamente-. La muerte de la marquesa de Chamery retrasaba la boda de Blanca. Su aislamiento y mi juventud no me permitieron que terminara el luto y pedimos dispensa a la iglesia. El matrimonio se celebró con toda sencillez, tres meses después de la muerte de la marquesa, o sea hace seis semanas. Tanto ellos como yo íbamos de luto. Eso viste mucho. Fabián y Blanca vivirán conmigo hasta que termine el luto y luego tomarán posesión del palacio de la calle Babylone. Antes, éste perteneció a una mujer de moda que debes recordar, la baronesa de Saint-Luce. Al día siguiente de la boda fuimos a nuestra posesión del Naranjal, a fin de pasar allí quince días. Hacía ocho días que había regresado de la finca, cuando te encontré por casualidad. Ahora, viejo mío, desde hace un mes que mi hermana está casada, hago vida de soltero y concurro a salones. Entro en la casa del duque de Sallandrera como en la mía propia. Es un español con muchos millones en Cuba y una hija de la que está enamorado un imbécil: quiero casarme con ella.

Sir Williams hizo un movimiento de cabeza, como si considerase demasiado ambiciosa la pretensión de Rocambole, pero su antiguo discípulo no le tomó en cuenta y prosiguió diciendo:

-El duque de Sallandrera es un hombre de cincuenta años, cuya nobleza se percibe a una legua. Posee una inmensa fortuna y capacidad política. Es diputado en Cortes y como sólo tiene una hija, se propone obtener de la reina la autorización para transmitir a su yerno ¡su apellido, su nobleza y su ducado, cuando case a la señorita Pepita Concepción. Bonita bicoca, ¿eh? -y Rocambole se interrumpió para reír, divertido por ello. ¿Te imaginas, querido tío, cómo estaré dentro de poco convertido en duque de Sallandrera, grande de España y ministro plenipotenciario en cualquier sitio?

El ciego hizo con la cabeza un ligero movimiento de aprobación, y Rocambole prosiguió:

-La señorita Concepción me acoge favorablemente. Creo que me ama. Su madre, la duquesa, me considera encantador por motivos que ya te contaré en momento más oportuno. Sin embargo, me falta conquistar al duque para que apruebe el matrimonio. Creo que sería posible sí descubriese alguna pista de recuerdos desagradables de su juventud, o de sus locuras de soltero. ¿Comprendes, querido tío?

El movimiento de afirmación de la cabeza de sir Williams fue rotundo.

-También tengo en proyecto otros dos estupendos negocios. Uno me llevaría al desenlace del otro. Figúrate que mi cuñado, sin saberlo, heredará una fortuna de doscientas mil a trescientas mil libras de renta. Aún no he madurado bien la cosa, pero ya hablaremos de ello más tarde. Ahora pensemos en ti, o en tus enemigos, que son los míos. Comprenderás que después de mi regreso a París he podido informarme de muchas cosas.

Sir Williams se agitó nerviosamente en su butaca. -He tenido la curiosidad de saber qué era de tu querido hermano el conde de Kergaz -el rostro de sir Williams adquirió una expresión de odio feroz-. Armando continúa disfrutando de una felicidad insolente: siempre filántropo, siempre querido por su mujer y por su hijo. Nuestra querida Baccarat se convirtió en la condesa de Artoff, pero dicho matrimonio casi ha sido un secreto.

El ciego volvió a agitarse ante el nombre de Baccarat y su semblante mostró una mezcla de odio y de espanto. -Aún te acuerdas del "Fowler", ¿eh? -comentó Rocambole-. Te daré un consejo antes de seguir hablándote de ella.

Sir Williams permaneció inmóvil, aunque en su rostro se pintó la curiosidad. El falso marqués siguió diciendo:

-Tu odio hacia Armando te ha llevado a perder dos veces. Creo que sería mejor dejarlo tranquilo y dedicarnos de lleno a Baccarat. A ésta sí que podemos hacerle la batalla dura, pues aunque ella no lo sepa todavía, me estorba en mis proyectos acerca de la señorita de Sallandrera, lo mismo que me estorbó cuando era vizconde de Cambolh. Está muy lejos de sospechar que su presencia en París perjudica al marqués de Chamery; por eso he decidido que, a partir de esta tarde y bajo el nombre de Walter Bright, te instales en mi palacio. Estarás de acuerdo, ¿no?

Sir Williams dejó vagar por su rostro, surcado de cicatrices, una sonrisa y luego afirmó con varios asentimientos de cabeza. ¿Qué otra cosa mejor podría esperar?

Pocos días más tarde, Rocambole, después de haber estado en la residencia de los Sallandrera, entró en su palacio de la calle Verneuil, donde no se quedó, como tenla por costumbre, en el piso que había cedido a Blanca de Chamery, vizcondesa de Asmolles. Subió directamente a las habitaciones ocupadas por el fingido Walter Bright, a quien dijo:

-Querido tío, tengo algo muy importante que decirte. Quiero que de ello saques alguna conclusión.

Sir William estaba cómodamente abrigado con una bata, un gorro de seda y zapatillas forradas. Tenía todo el aspecto de un rico propietario. Al oír a Rocambole, su rostro se animó y sonrió.

-En primer lugar te diré que la jovencita me quiere. Cuando hoy fui a verla, la encontré en su estudio. Ya sabes que le gusta pintar. Allí estaba su primo don José, que la ronda asiduamente y a quien ella no tuvo reparo alguno en zaherir ante roí con puyas, burlas e incluso queriendo olvidarse de su presencia. Pero el tal don José es pesado como el plomo. Yo esperaba poder que- darme a solas con la joven, pero él continuaba allí, dispuesto a no cederme el sitio. Concepción debió de adivinar su pensamiento, ya que en seguida dejó de hablar, de ser simpática y se mostró pensativa. De repente, don José sacó el reloj y creí que por fin se asombraría de la hora que era y se marcharía. Pero, ¡qué va!, don José continuó allí. ¿Y sabes lo que dijo?

El ciego negó con un movimiento de cabeza, dando muestras de escuchar muy atentamente.

-Preguntó si el duque iría a comer, y que le esperaría porque tenia graves noticias

que comunicarle. Noticias de Cádiz, dijo, con un tono mordaz y cruel, que puso lívida a Concepción. Luego, ella me dirigió una mirada que parecía rogarme que me fuese. Y cuando me despedí y me dio su mano, ésta temblaba y con otra mirada muy significativa tuve la sensación de que deseaba confiarse a mi. ¿Lo crees posible? ¿Qué debo hacer, tío?

Rocambole puso una pizarra sobre las rodillas de sir Williams y un pizarrín en sus dedos y le invitó a escribir. Este garrapateó: «Espera a que Concepción acuda a ti, te escriba o te dé una cita».

-Bueno, pero, ¿y con don José? -preguntó Rocambole, borrando lo escrito.

El ciego escribió: «Espíalo, síguele desde esta misma noche. Disfrázate. Debe de ocultar algo».

-Sí -dijo Rocambole-. Eso es lo mismo que yo pienso. Don José es rico, está de moda, tiene caballos, concurre a las carreras, pierde grandes cantidades en el juego, y algún vicio más debe de tener escondido en la manga. Seguramente una querida.

«Averígualo», escribió sir Williams en la pizarra. -Si. Será lo mejor.

Y diciendo esto, se separó de sir Williams.

CAPITULO IV

Aquella misma noche, Rocambole, disfrazado de palafrenero inglés, estuvo esperando la salida de don José del palacio de los Sallandrera. Cuando este personaje abandonó aquella mansión lo siguió hasta su casa de la calle Ponthieu, en los Campos Elíseos. Un cuarto de hora más tarde lo vio salir a pie y vestido con un gabán, una gorra, barba muy larga y fumando en pipa. El hidalgo se dirigió a paso rápido a la calle Miromesnil y por ella subió a la plaza de Laborde, en el barrio conocido por la Polonia Chica. Atravesó la plaza y fue a una casita situada en el extremo norte. A los pocos momentos, en dicha casa se entreabrió una ventana y asomó un pañuelo blanco, a modo de señal. Don José emprendió la marcha hacia una calle próxima y Rocambole le vio detenerse ante un mísero postigo. Don José abrió la puerta con una llave y desapareció en las tinieblas de un pasillo largo y estrecho.

-¡Pardiez! -exclamó Rocambole, asombrado-. Esta parece su casa.

Permaneció esperando allí algo más de una hora. En aquella época, la calle Rocher estaba muy mal alumbrada y apenas si tenía tránsito-. Pasada la medianoche, se abrió el postigo y apareció don José. Le oyó despedirse de una mujer cuya voz tenía un timbre fresco y revelaba juventud.

Don José se marchó, pero Rocambole no le siguió. Se limitó a permanecer allí para averiguar los detalles de aquella vivienda. Conocida la casa, decidió dejar para el día siguiente las demás averiguaciones. Sin embargo, no pudo hacerlo. A la mañana siguiente, un lacayo de Concepción de Sallandrera fue a verle con una nota de su ama en la que le citaba para aquella noche a las doce. Le rogaba que se disfrazase.

Rocambole asistió a la cita. El lacayo negro de Concepción lo esperaba en el bulevar de los Inválidos para llevarlo junto a su ama, que lo esperaba en un gabinete tapizado con tela oscura y alumbrado débilmente por una lámpara con pantalla de porcelana pintada.

La señorita de Sallandrera contaba diecinueve años, pero tenía la presencia de una mujer de veintitrés. Había nacido en Sevilla y era hermosa: el talle, flexible; el cabello negro azabache; los ojos, de un azul sombrío; los labios, de un rojo vivo y las manos,

pequeñas y adorables. Era un tipo que había llamado la atención del todo París. El primer año de su estancia en dicha ciudad, merced a su inmensa dote, tuvo infinidad de pretendientes: condes, marqueses, barones, banqueros y grandes industriales, pero ninguno interesó a Concepción. Su padre despidió a todos muy cortésmente y ella dijo que con dieciséis años no tenía ganas de casarse. Vivía con absoluta libertad. Sus padres no le exigían cuentas de sus acciones y ella era lo que entonces se llamaba una leona: montaba a caballo por la mañana, acompañada de un criado; durante el día salía en coche a pasear por los bulevares y se iba de compras con los criados, o a estudiar al Louvre y copiar algún cuadro. Le gustaba la pintura. Era una aventajada discípula de Murillo y de Velázquez.

Cierta mañana, paseando por el bois de Boulogne, se le desbocó el caballo y estuvo a punto de arrojarla al estanque. Rocambole se cruzó en su camino y pudo cogerla antes de que el animal entrase en el agua. Ella dio las gracias más efusivas a su salvador, le preguntó el nombre y así supo que se trataba del marqués de Chamery. Al día siguiente, el duque de Sallandrera visitó personalmente a Rocambole en su palacio para agradecerle lo que había hecho por su hija. Días más tarde fue invitado a un baile celebrado en el palacio de la calle Babylone, y quince días después comía con los señores de Sallandrera. Desde entonces, las visitas de Rocambole a los duques fueron más frecuentes, pero últimamente quien lo recibía con más agrado era Concepción. En aquella ocasión, ésta le esperaba en pie y cuando él se le aproximó para estrechar su mano, ella dijo:

-Gracias por haber venido. Veo que he acertado al confiar en usted -y le indicó un asiento, después de que él se inclinara y la saludase respetuosamente-. Señor marqués, seguro que si mañana dijera usted en cualquier salón que la señorita de Sallandrera lo ha citado a medianoche en su gabinete, nadie le creería. Pero si hoy yo dijese al señor marqués de Chamery que estoy en una situación tal que necesito confiarme a un hombre de honor, como usted...

-No sólo juzgaría que es muy natural que haya pensado en él, sino que se lo agradecería de rodillas -replicó Rocambole, completando el pensamiento de la joven.

-Antes de decirle cuál es el favor que espero de su persona -prosiguió la muchacha-, necesito enterarle de cosas que ignora todo París y que incluso son secretos de familia. No he dudado en confiarme a usted.

-Sé guardar un secreto.

-Le creo, por eso quiero decirle que dentro de quince días me iré a España y que antes de dos meses debo casarme con mi primo José.

Rocambole no pestañeó, pero la mujer advirtió que se ponía pálido. Prosiguió diciendo:

-Mi primo es hermano menor de Pedro, marqués de Alvar, al que estoy prometida hace seis años. Desde hace cinco, Pedro se muere de una enfermedad espantosa. El infeliz sucumbe a una lepra inmensa que le corroe la faz y lo ha convertido en un objeto de horror.

-¡Es asombroso! -murmuró el falso marqués, impresionado por la confidencia.

-Ha perdido la vista continuó Concepción- y se está desmoronando poco a poco. Esta mañana, mi padre ha recibido carta de Cádiz, en la que se le comunica que la enfermedad ha llegado a su última fase y, a lo sumo, dentro de un mes habrá muerto. Cuando esto ocurra, yo pasaré a ser la prometida de José y un mes más tarde, su esposa. Debo casarme con él porque es preciso.

Concepción pronunció con cierta repugnancia las últimas palabras, lo que obligó a exclamar a Rocambole: -¿Se va a casar pese a no amarle?

-Lo manda mi padre y él es inflexible en sus decisiones. Mi negativa seria como

matarlo. Sin embargo, odio a José tanto como amaba a su hermano. Le odio, porque es un cobarde asesino.

Rocambole se estremeció al ver brillar en los ojos de la joven una mirada ardiente, destructora.

-Le odio tanto -prosiguió ella-, que creo que moriré el día en que me convierta en su esposa. -¿Quiere que le mate en duelo? -preguntó por cortesía Rocambole, mas con un acento de resolución que conmovió a la mujer.

-No -replicó ella, sonriendo con tristeza-. Al menos de momento no resolvería nada. Déjeme que le explique -se levantó y abrió el cajón de un mueble, para coger un rollo de papeles bastante voluminoso-. Voy a entregarle este manuscrito de mi puño y letra. Es la obra de mis noches de insomnio y de las veladas que hurté a las exigencias de la sociedad. Cuando lo haya leído, vuelva a verme y entonces le diré lo que deseo.

-Señorita -dijo Rocambole, cogiendo el manuscrito-. Me encerraré en casa para leer estas páginas. Mañana a estas horas me tendrá a sus órdenes.

-A esta hora le espero mañana, aquí mismo. En la puerta encontrará a mi lacayo.

Cuando Rocambole iniciaba la retirada, Concepción le cogió del brazo y le dijo, con una confianza algo apasionada:

-Es extraño que una joven, en mi situación, se comporte así, ¿no es cierto? Apenas hace dos meses que le conozco, y en vez de echarme en brazos de mi padre acudo a un desconocido -Rocambole estuvo a punto de responderle, pero se hallaba pendiente de sus palabras y de su mirada y esperó a que ella añadiese-: Confío en que cuando haya leído mi historia comprenderá por qué una pobre mujer, colocada entre verdugos y víctimas, ha buscado un hombre leal.

Rocambole comprendió en seguida que había llegado el momento de dar un paso tímido y a la vez seguro, para terminar de ganarse el corazón de la joven y hermosa sevillana.

-Señorita -dijo, con una tierna emoción que conmovió a Concepción-. No sé cuáles pueden ser esos verdugos ni quiénes las víctimas que la rodean, pero le agradezco que se haya acordado de mí. Sería dichoso pudiendo arriesgar la vida por usted.

La joven se arreboló. Una extraña sensación la sobrecogía y cuando él tomó sus manos y se las estrechó fuertemente en tanto la miraba directamente a los ojos, percibió que todo en su interior se encendía hasta el punto de turbarla y estremecerla, pese a sus esfuerzos para no demostrarlo.

-Créame -murmuró Rocambole-. En el prosaico siglo en que vivimos, entre gente metida en negocios y mezquinos cálculos, es raro y hasta difícil que un hombre galante encuentre ocasión de consagrarse a la mujer cuya mirada hace estremecer su corazón.

La señorita de Sallandrera se puso más encarnada todavía, pero no hizo movimiento alguno para eludir la proximidad del hombre, que la tenia cogida. Sólo murmuró:

-No sé si me ama, pero le creo, y por eso me he dirigido a usted. Mentiría si le dijera que le quiero. En el fondo de mi corazón aún guardo el recuerdo de ese desdichado Pedro. Mas si me salva, si logra arrancarme de las manos de don José y hacerme digna de escoger un protector, le prometo que seré una esposa honrada. Adiós -añadió, con un gesto casi suplicante, mientras le miraba-. Váyase. Hasta mañana.

Rocambole obedeció y en el pasillo volvió a encontrar al lacayo negro, el cual le condujo hasta la puerta que daba al bulevar de los Inválidos. Sonrió, pensando en la joven. No sabía lo que pretendía, pero sí estaba seguro de que le amaba y de que

intentaba engañarse creyendo amar todavía a don Pedro.

Cuando llegó al palacio de la calle Verneuil, Rocambole subió al cuarto de sir Williams, el cual estaba a punto de acostarse, con la ayuda del sirviente, a quien despidió Rocambole para quedarse a solas con el que llamaba tío y leerle el contenido de los papeles que le entregara la joven aristócrata española. En la portada, Concepción había escrito: «Notas para la historia secreta de la noble familia de Sallandrera, y destinadas al marqués de Chamery, en quien tengo absoluta confianza».

-¡Vaya, vaya! -exclamó Rocambole-. Parece que inspiro confianza. ¡Diablos!

Viendo que la falsa risa de los buenos tiempos de sir Williams reaparecía en los deformes labios de quien le escuchaba, el marqués Alberto Federico Honorato de Chamery se dispuso a leer el manuscrito.

Empezaba éste refiriendo la historia del castillo de Sallandrera, situado en Navarra, en la vertiente de una sierra árida y dominando un valle triste y desierto. Su construcción se remontaba a la época de la Reconquista, cuando un Sallandrera, compañero de Pelayo, lo levantó allí, como a un soldado cubierto de armadura, para que permaneciese solo en medio de un campo de batalla sembrado de cadáveres.

Sus muros estaban cargados de historia: Fernando e Isabel habían pasado allí una noche. También Carlos V lo tomó como descanso y Felipe II lo asaltó e hizo decapitar a un Sallandrera rebelde. El último sitio lo sufrió en 1809, cuando España derrotaba a los ejércitos de Napoleón, y en tales días, precisamente, nacía el secreto en que iban a estar prendidos los Sallandreras y los Alvar.

El capitán don Pedro de Alvar mandaba la fortaleza, bloqueada desde hacia seis semanas por los ejércitos imperiales. El general francés había ofrecido perdonar la vida a la guarnición, si ésta consentía en rendirse. Incluso se habló de nombrar coronel del ejército del rey don José, más conocido por Pepe Botella, a don Pedro de Alvar como pago a la rendición del castillo. Pero a don Pedro se le encontró muerto al pie de las murallas, al día siguiente de la visita de parlamentario francés. El castillo resistió ocho días más, y un armisticio le salvó de los horrores del hambre y de la vergüenza de la capitulación.

La misteriosa muerte del capitán don Pedro de Alvar fue un secreto impenetrable, sólo conocido por el duque de Sallandrera, padre de Concepción.

La duquesa de Sallandrera, abuela de Concepción, viuda a los veintisiete años, se enamoró del capitán don Pedro de Alvar y se casó con él, pese a la oposición de toda su familia. Llevaba casada cinco años, cuando los franceses entraron en España para proclamar rey a José Bonaparte. La duquesa obligó a su marido a encerrarse con sus soldados en el castillo para defenderlo, y añadió:

-Mi hijo, que pronto cumplirá trece años, peleará a tu lado por su patria y por su rey.

La noche en que el parlamentario francés se entrevistó con el capitán de la fortaleza, el joven duque asistió al encuentro, debidamente escondido, y así supo cómo su padrastro intentaba rendir la fortaleza para medrar en los ejércitos de Napoleón. Esperó a que estuviera solo y entonces, amenazándole con una pistola, lo abordó y le hizo salir del castillo. Lo condujo hasta un pequeño puente levadizo que existía entre la plataforma del norte y la plataforma del sur. Aquel puente, durante la Edad Media, había tenido otro doble uso: el de hacer desaparecer a los prisioneros de guerra. Don Pedro de Alvar se encontró de pie en medio del tablón, cuando el pequeño duque de Sallandrera aún no lo había pisado. Este le dio la orden de detenerse y quitó la clavija del extremo que permitía bascular el tablón. El capitán sólo tuvo tiempo de gritar, mientras se precipitaba en el abismo. Dos días después, los franceses encontraron el cadáver, destrozado entre las rocas, y comprendieron que era

preciso renunciar a la esperanza de rendición. La duquesa viuda ignoró siempre la traición de don Pedro y cómo murió. El niño guardó el secreto y la muerte del capitán se atribuyó a un accidente. Pero don Pedro dejaba un hijo, hermanastro del duque de Sallandrera y cinco años menor que él. Los dos hermanos crecieron juntos y se querían entrañablemente: el mayor, olvidando que su hermano era hijo de un traidor y el último, ignorando que quien tanto quería había matado a su padre.

El duque de Sallandrera y don Ramón de Alvar, su hermano, eran a los veinte años oficiales del cuerpo de guardia de S. M. Carlos IV. Ambos se enamoraron de una joven de la nobleza castellana. El duque fue generoso y sacrificó su amor, dotó espléndidamente a don Ramón y éste se casó con doña Luisa. Al año siguiente, ésta dio a luz dos hijos gemelos. El mayor se llamó Pedro y el segundo, José. Pero poco después de nacer, el capitán Ramón de Alvar y el duque acompañaron a S. M. Católica desde Madrid a El Escorial, como oficiales de su guardia. Ambos seguían queriéndose como hermanos gemelos.

Una tarde, mientras el duque estaba de servicio con el rey, a quien acompañaba en una cacería, don Ramón permanecía en palacio escribiendo a su esposa. Llegó un soldado y le entregó una carta del padre Basilio, cura de San Jerónimo, en la que le rogaba que fuese a ver a un moribundo, el cual deseaba revelarle un secreto importante.

El moribundo era un antiguo soldado que estuvo de centinela en el castillo la noche en que el joven duque pasó, con el capitán don Pedro de Alvar, hacia la plataforma del norte, y presenció, aterrado, el despeñamiento del padre de Ramón. Aquella revelación enfrentó a los dos oficiales. El duque no deseaba aceptar el duelo, pero Ramón, tras insultarlo, terminó abofeteándole. El de Sallandrera perdió la cabeza. Olvidó que aquel hombre era su hermano y desenvainó la espada para enfrentarse a Ramón. La lucha apenas duró dos minutos. La espada del duque atravesó el corazón de Ramón, el cual cayó sin exhalar un suspiro. Aquella muerte instantánea dejó alelado toda la noche al duque, pero a la mañana siguiente se presentó al monarca y le confesó cuanto había sucedido. El rey comprendió a aquella alma caballeresca y la absolvió. Se comunicó a la hermosa Luisa, la viuda, que su marido había muerto en Francia cumpliendo una misión secreta. El duque hizo educar a los hijos de Luisa y de Ramón y los consideró como suyos. Años más tarde, se casó y al nacer su hija, Concepción, juró sobre un crucifijo que don Pedro, el mayor de los gemelos, sería esposo de la muchacha. Al cumplir doce años, Concepción fue prometida solemnemente. Pero el duque aún llegó a más. Por si Pedro llegaba a morir, prometió que José sería el esposo de la joven, para no dejar que se extinguiese su apellido y que disfrutasen de todos sus bienes.

Este último juramento constituiría la desgracia de la joven Concepción y el motivo que impulsó a don José por el camino del crimen.

Don Pedro y don José tenían veintisiete años, siete más que Concepción. Los tres se habían criado en un cortijo llamado «La Granadera», situado a tres leguas de Granada. Don Pedro era noble y serio, de carácter franco y dulce. Por el contrario, don José era duro, tiránico, sin corazón y dominado por la ambición. Concepción quería a Pedro, mas José aseguraba amar a la muchacha y un día se lo dijo a ésta. Lo que más amargaba a José no era que su hermano heredase todos los bienes de los Sallandrera, sino que también se casase con la muchacha, y esto sólo le hacía ir tras de Concepción. Sin embargo, José era un juerguista empedernido, un señorito andaluz, en el amplio y gastado uso de la palabra.

Un año en que el duque de Sallandrera había aceptado una misión diplomática y abandonara «La Granadera», José adquirió en seguida reputación de libertino. Sus

amores con una gitana bohemia, que aseguraba ser descendiente de moros granadinos, promovieron tal escándalo que intervino la duquesa de Sallandrera y ordenó al joven que se fuera a Madrid si quería seguir con su clase de vida. José se echó a sus pies y le juró que no volvería a ver a la gitana. Esta se llamaba Fátima, era joven y muy hermosa. Había brillado en Madrid, Granada, Sevilla y Cádiz, lugares en que la juventud rica y noble se disputaba sus favores. Gastaba un lujoso tren de vida y habitaba un palacio con su familia en Granada: su madre y tres hermanos, mozos jóvenes y vigorosos, sin profesión conocida y a quienes el rumor público acusaba de ser bandoleros en la Sierra.

José y Fátima se veían todas las noches en «La Granadera», pese a la promesa del primero hecha a la duquesa. En cierta ocasión a la señorita de Sallandrera, que no podía dormir, le dio por salir a tomar el fresco al jardín y descubrió a la pareja. También escuchó la conversación que ambos sostenían y que hacía referencia a una enfermedad contagiosa y mortal que hasta entonces nadie sabía cómo se curaba. Los hermanos de la gitana habían traído de África a un negrito que se hallaba atacado por ella y mediante una mascarilla pensaban contagiársela a alguien.

Un año más tarde, Pedro salió de cacería y fue atacado por unos bandidos en el monte, cuando supieron de quién se trataba. Le produjeron heridas superficiales en casi todo el cuerpo y en la cara, donde le aplicaron una especie de mascarilla El incidente fue olvidado y no se le concedió importancia, pero meses más tarde, Pedro apareció aquejado de una extraña dolencia que fue tomando cuerpo, pese a las atenciones de los médicos, los cuales al foral, declararon que estaba leproso.

La revelación de aquel hecho recordó a Concepción lo hablado cierta noche de verano en el patio de «La Granadera», entre José y Fátima. Se desmayó, estuvo varios días febril y en sus delirios José pudo enterarse de que su prima sabia algo. Cuando la joven se encontró bien, ambos se enfrentaron y como la muchacha intentase denunciar a su primo, éste la amenazó revelándole el secreto que conocía: el asesinato de su padre y de su abuelo a manos del duque de Sallandrera.

Cuando Pedro se fue a Cádiz para aislarse de todo contacto, rogó al duque que le prometiera que su hermano José, a quien quería entrañablemente, heredaría su puesto y se casaría con Concepción. El duque lo prometió y cuando comunicó a su hija tal promesa, ésta se negó a aceptarlo y dijo a su padre que odiaba a José. Entonces el padre, de rodillas y con lágrimas en los ojos, le confesó el doble crimen que había envenenado su existencia y le suplicó que le permitiera reparar de aquella manera su culpa. Concepción se resignó y accedió a ser la esposa de José, cuando Pedro hubiese muerto.

Aquel invierno, el duque de Sallandrera tuvo que trasladarse a París y con él fueron su hija y su esposa. En primavera compraron el palacio de la calle Babylone. José permanecía en España, y Concepción no quería regresar a ella. Al cabo de dos años, los duques seguían en París, y José, seguro de que a su hermano no le quedaba mucho tiempo de vida, decidió velar por su prometida y desde hacía un año Concepción se veía obligada a soportar todos los días la presencia de aquel monstruo. Se acercaba la hora de ser su esposa y por eso habla redactado aquel manuscrito. Deseaba encontrar una mano protectora que la librase de un hombre al que odiaba.

Cuando Rocambole terminó de leer el manuscrito de la señorita Concepción de Sallandrera, se volvió a sir Williams y dijo:

-¿Qué tal, tío? ¿Qué piensas de todo esto?

El ciego hizo señas de que quería escribir y su discípulo le dio la pizarra, donde sir

Williams dio la siguiente respuesta:

«Cuando se poseen semejantes secretos, es preciso convertirse en marido de la señorita de Sallandrera. Obedécela ciegamente, sálvala de don José y conviértete en su libertador.»

-También ése es mi parecer -respondió Rocambole-. Pero, ¿cómo voy a conseguirlo?

El ciego se encogió de hombros y luego se dio una palmada en la frente. Rocambole sonrió. Tenía fe en sir Williams y a él ya se le ocurriría alguna cosa.

-Buenas noches, viejo mío -saludó, despidiéndose-. Duerme bien, si puedes, y hasta mañana.

Antes de acostarse, Rocambole se fumó un excelente cigarro puro y se bebió una copa de vino de Málaga. Después, mientras dormía, soñó conque se había casado con la señorita Concepción de Sallandrera y era un grande de España.

A la mañana siguiente se levantó con el mejor humor del mundo. Sus labios tenían una sonrisa feliz. Pensaba en su hermoso sueño, el cual, sí el diablo le ayudaba, él haría realidad.

Volvió a ojear el manuscrito para estudiar bien el carácter de su rival y al final reconoció que era hombre de talento, pero con demasiada ferocidad.

Visitó a su supuesta hermana Blanca de Chamery, la cual se encontraba sola en su dormitorio, en traje de mañana. La saludó con un fraternal beso en la frente y luego le preguntó:

-¿Dónde está Fabián?

-Volverá pronto. Salió temprano a dar una vuelta a caballo.

-¿Me das de desayunar, Blanca?

-Claro que sí.

-Entonces me quedo -dijo Rocambole, sentándose cerca de la joven y conservando entre las suyas una de sus manos-. ¿Sabes, Blanca? Tengo veintiocho años.

-Claro que lo sé -replicó ella, sonriente-. Y he aquí que te encuentras viejo.

-Deberías buscarme esposa.

-¡Cómo! -exclamó Blanca, poniéndose encarnada y observando melancólicamente a quien creía su hermano-. ¿Tan pronto?

-Si, me aburro.

-¿Con nosotros? ¡Qué ingrato!

-¿Egoísta? -murmuró él, cogiendo las manos de la joven-. Pero si estoy siempre contigo, hermanita.

Blanca se ruborizó nuevamente y guardó silencio.

-Mira -añadió él-. Hay días en que estoy tentado de tener celos de Fabián.

La muchacha no respondió, porque en aquel instante entraba su marido, que acudió a estrechar la mano de Rocambole. Poco después ambos se encontraban a la mesa y Fabián comentaba con buen humor:

-¡Vaya, vaya! ¿Sabes, querido Alberto, que he averiguado cosas muy buenas sobre ti? ¡Caramba, estás enamorado!

-¿Yo? Me gustaría saber de quién -replicó Rocambole, con expresión inocente.

-Creo que en la calle Babylone habita cierto español, el duque de Sallandrera, que tiene una hija...

-¿La señorita Concepción? -murmuró Rocambole, ruborizándose un poco y dando muestras de confusión.

-Confiesa que estás enamorado de ella -repuso Fabián-. Se te encuentra allí todos los días. Además, no veo mal alguno en ello. El duque es noble y rico, su hija es bonita...

Blanca miró de soslayo a su hermano y murmuró: -¿Por eso me decías hace un momento que te buscase novia?

-Mas -prosiguió Fabián- todos los días va al palacio un joven español, pariente del duque de Sallandrera, un tal don José...

-Sí, su novio -afirmó Rocambole.

-¿Es posible? -exclamó Blanca.

-Ya veis cómo os equivocáis. Estaría loco si pretendiese a una mujer medio casada.

-¡Bah! -exclamó Fabián-. Los matrimonios se deshacen. ¡Quién sabe!

El vizconde de Asmolles no insistió, pero Rocambole comprendió que en él tenía un valioso aliado para llegar hasta la señorita de Sallandrera.

Después del almuerzo, Rocambole fue al club a pasar la tarde. Allí cenó y a las nueve de la noche se dirigió a la calle Suresnes, para cambiarse de indumentaria e ir, poco antes de las diez, a espiar la visita misteriosa de don José. Este apareció embozado y disfrazado como la víspera, emprendió el camino de la plaza de Laborde y desapareció en la casa número siete de la calle Rocher. Como la noche anterior, Rocambole esperó hasta las once, hora en que el español abandonó con paso rápido aquella casa y regresó a su domicilio. No cerró la puerta con mucha rapidez, por lo que Rocambole descubrió que tenía preparado el tílburi para salir de nuevo. El falso marqués pensó que mientras José se despojaba del disfraz, él tendría tiempo de agenciarse un vehículo en la parada más cercana. Lo hizo así, y cuando regresaba a la calle Ponthieu, salía el coche de don José.

-Si no le pierdes de vista, te daré cinco francos de propina -indicó al cochero de su vieja berlina de alquiler.

Rocambole no perdió de vista el vehículo de don José. Este bajó por los Campos Elíseos, entró por la calle Royale y siguió por el bulevar hasta pararse en la esquina dé la calle Godot-de-Mauroy. Allí bajó su dueño, el cual despidió el coche y empezó a pasearse por la acera. Pero Rocambole tenía que acudir a su cita con la señorita Concepción y ya eran casi las doce. Por ello abandonó la vigilancia y marchó a entrevistarse con la encantadora joven Sallandrera, a quien prometió que antes de ocho días don José quizá estuviese muerto o moribundo.

«No sé cómo sucederá -pensaba Rocambole, al dejarla-. Confío en que mí honorable amigo sir Williams me ayude a cumplir la promesa.»

CAPITULO V

Banco era una joven de dieciséis años, rubia, con ojos azules de reflejos verdes, labios sonrosados, pies y manos de niña, talle esbelto y delicado. No era ni alta ni baja, y cuando andaba lo hacía con la desenvoltura indolente propia de la mujer andaluza. Sin embargo, ella había nacido en París, de padres españoles, porteros en la casa señorial de un general también español.

Cosa extraña. El padre de Banco era castellano, la madre andaluza y ambos morenos como las aceitunas negras. Sin embargo, la hija era rubia como un rayo de sol, cual si hubiera nacido en Escocia o en Dinamarca.

La chica, a los quince años, levantó el vuelo y se fue en una berlina a la calle Castiglione, donde encontró el más elegante entresuelo que pueda soñar una mujer coqueta. Sobre un cojín de tafilete verde, un príncipe ruso, que poseía centenares de pueblos y millares de siervos, le ofreció las llaves de dicho entresuelo. El cojín era

una cartera. Y desde hacía un año, Banco era una mujer muy de moda en todo París: poseía caballos de lujo, diamantes como se ven pocos, daba reuniones de las que hablaba la Prensa y, no obstante, apenas si tenía algo más de dieciséis años.

Banco era, en toda la extensión de la palabra, una fanfarrona del vicio.

Tenía por señora de compañía a una mujer muy bella en otro tiempo llamada Carlo, apócope de Carlota, nacida en una frutería y presumiendo de antepasados. Desde que Banco había salido de la casa paterna, deseó e intentó hacer las paces con su familia. Sus padres, altivos como hidalgos, se negaron rotundamente a recibir a la hija y a los parlamentarios que ésta enviaba. No querían saber nada de ella. Esto irritó a la joven, por lo que deseaba humillarlos. Carlota también atizaba caritativamente el fuego y le decía, medio en broma y medio en serio:

-¡Humilla de una vez a esos porteros orgullosos! Búscate un español de nobleza y que te lleve un día en su coche hasta la mansión donde ellos se encuentran.

A Banco le agradó la idea y, aprovechando la primera ausencia de su príncipe ruso, puso manos a la obra. Fue por los Italianos y allí se fijó en un joven alto y guapo, de cabello y bigotes negros, y buena apostura. Supo que se llamaba don José de Alvar, que era rico y noble, y que aunque conocía al general español donde vivían los porteros, no le importó llevar a cabo semejante broma. Desde aquel momento, Banco puso toda su voluntad en conseguir a don José. La sociedad aristócrata que éste frecuentaba era inasequible a Banco; por tanto, ella se las ingenió de un modo novelesco y romántico para celebrar su primera entrevista con él.

Una noche, al volver don José de su misteriosa visita a la calle Rocher, encontró en su casa una esquela llegada por correo. Tenía una bonita letra y carecía de firma. Se adivinaba que era de mujer. Decía:

«Si don José de Alvar ha heredado la bravura de sus antepasados y no teme las aventuras galantes, ni retrocede ante las apariencias de peligro, mañana, jueves, a las once y media de la noche, se presentará en la esquina del bulevar y de la calle Godot de Mauroy. Allí se le acercará un hombre que en español le pedirá que lo siga. Don José le seguirá y hará lo que el hombre le diga.»

Don José acudid a la cita y así empezó una hermosa y fantástica aventura con una delicada joven rubia que dijo llamarse Olga, ser hija de un príncipe polaco y estar casada con un príncipe ruso, brutal y duro, que había llegado con ella a los más vergonzosos y estúpidos arranques de celos.

Ocho días llevaba don José disfrutando de aquella sorprendente aventura cuando una noche, sin advertir que le seguían, un individuo de traje extraño y cabellos rubios se acercó al coche que acababa de recogerle en la entrada de la calle Godot de Mauroy, para solicitar encender un cigarro en el farol. El desconocido fingió darse prisa, mas echó una ojeada al interior del vehículo y vio a un hombre de gran barba, al cochero y, junto a los faroles, el número del coche y la dirección del alquilador.

A la mañana siguiente, el tilburi del marqués de Chamery se detuvo ante la puerta de dicho alquilador de caballos y de coches. El marqués pidió que le enseñaran varios troncos de caballos y diversos coches, y por fin descubrió uno muy curioso. Le dijeron que estaba muy bien alquilado por un mes y que sólo trabajaba tres horas diarias.

Una hora más tarde se presentó en el mismo lugar un palafrenero de origen británico, de cabellos color de zanahoria, cara rojiza y nariz colorada. Dijo llamarse John y pidió colocación al dueño. A la una, el tal John se fue a comer con los demás

cocheros a un restaurante de la vecindad. Ya había hecho amistad con el que limpiaba el simón misterioso que conducía a don José a un lugar más misterioso todavía Una botella de vino empezó a soltar la lengua del cochero y a cimentar la amistad entre ambos hombres. La promesa de ganar mil francos hizo el resto. Y aquella misma noche, el palafrenero ocupó el asiento del cochero cuando éste sacó de la cochera el simón.

El hombre de la barba estaba esperando en la calle de Castiglione. Reconoció el coche e hizo poco caso del cochero. John se dirigió a Godot de Mauroy. Don José estaba en su puesto. Como ya era costumbre, el hombre de la barba volvió a vendar los ojos al español y ambos subieron al coche. El simón se dirigió hacia el Norte, subió Clichy, salió de Paris, atravesó Batignolles y fue a detenerse ante una preciosa casita de campo situada en Asnieres, a la izquierda del puente del ferrocarril. El hombre de la barba guió a don José, y John bajó del pescante y ató el caballo a la verja del jardín. Después se introdujo en el interior del coche y esperó la llegada del barbudo. Un puñal en la garganta y cien luises de recompensa si hablaba soltaron la lengua del hombre de la barba larga.

A la mañana siguiente, cuando Banco se disponía a volver a Asnieres, oyó sonar la campanilla de la puerta de su piso de la calle Castiglione y tres minutos más tarde un lacayo le presentó una tarjeta en bandejita de plata. Ella se negó a recibir la visita, pero el criado insistió, diciendo:

-Ese señor ha entrado en el salón. Me ha empujado, y mientras me daba su tarjeta, me dijo que usted estaba en casa y que cuando viera de parte de quién venía, lo recibiría.

Banco, algo asombrada por aquella audacia, volvió a leer el nombre de Morton Tinner, esq. Volvió la cartulina y vio escrito en español: A propósito de don José de Alvar.

-No le reconozco -replicó la joven-. Pero dile que pase.

Apresuradamente arrojó el sombrero y el chal sobre un mueble y se sentó en una butaca con gracia perfecta y coqueta. Morton Tinner entró. Tenía facha de inglés residente en la India. Su cabellera rizada casi parecía crespa; sus grandes patillas, casi ralas, aún le daban más aspecto de hombre de color. Vestía impecablemente como un caballero.

-Señora -dijo en un francés dificultoso, mientras ella lo observaba con curiosidad-. ¿Habla usted inglés o español?

-Bastante español.

-Entonces me expresaré en este idioma -dijo el hombre, en español-. Hablo muy mal el francés. Supongo que sabrá que vengo a hablarle de don José, ¿no?

-¿Den José? -exclamó ella con ingenuidad, después de haberle ofrecido asiento-. ¿De qué don José me habla?

-Del joven español que ha convertido usted en amante suyo -replicó él con toda tranquilidad.

-¡Caballero! -exclamó Banco, tomando una actitud de indignada.

-No se moleste. Sé que lo lleva todas las noches, con los ojos vendados, a su casita de Asnieres.

-¡Diablos! Está usted bastante enterado. ¿Acaso viene de su parte? -preguntó con suspicacia.

-Querida niña -prosiguió sir Morton con tono de suficiencia-. Vengo a hablarle de él. Los motivos serían largos de explicar. Yo me intereso por él y por usted.

-Gracias -respondió la joven, sonriendo burlonamente y recobrando su casi fanfarrón aplomo. -Soy amigo del príncipe Kuzmitch.

-¿Del ruso? -murmuró Banco, palideciendo.

-El príncipe la quiere mucho, la ama muchísimo -prosiguió él-, y se arruinaría con tal de complacerla.

-Eso ya lo sé -replicó Banco-. Lo trato con mucho mimo, lo saboreo tranquilamente. Tengo tiempo.

-Figúrese que supiera las escapatorias con don José...

-¿Cómo podría saberlas?

-De la misma manera que las supe yo.

Banco se quedó paralizada, como si estuviera durmiendo y le disparasen un pistoletazo. Se irguió, examinó al hombre que tenía ante ella y empezó a decir insinuantemente:

-Es verdad, y sin duda usted viene...

-No pretendo obtener dinero a cambio de mi discreción -cortó sir Morton-, sino hablarle como un amigo.

-¡Claro! -murmuró Banco, mirándole con desconfianza-. ¿Y dice que es amigo de mi ruso?

-Exacto.

-¿Y amigo de don José? -Seguramente.

-No le entiendo.

-Soy un inglés cazador -dijo Morton, arrellanándose en su butaca, mientras sonreía-. He viajado mucho, cazado osos en Rusia con el príncipe Kuzmitch y perdices en España con don José. Por eso quiero ser amigo de los dos.

-¿Y mío?

-También, claro está.

-¿No le parece eso algo difícil?

-Créame, no tanto. Mientras su príncipe descanse tranquilamente sobre la almohada de la confianza y mientras don José crea que es usted la princesa polaca esposa de un general ruso...

-¡Vaya! ¿También sabe eso?

-Lo sé todo, hija mía -replicó sir Morton, sonriente, mientras Banco fruncía el entrecejo y empezaba a sentirse muy incómoda ante quien sabía todos sus secretos-. Don José la amará, pero si llegase a saber su verdadera posición...

-¿Qué?

-En vez de amarla, renunciaría a sus excursiones nocturnas.

-Me importa poco. Por mí, ya puede hacer lo que guste.

-¿Y quién la presentará en casa de un general español que yo conozco?

-¿También sabe eso? -exclamó la joven asombrada-. ¡Diantre!

-Ya le dije que conozco toda la historia

-Acabemos de una vez -replicó ella, un poco turbada y temerosa-. ¿Qué pretende de mí?

-Hija mía, sólo quiero una cosa muy sencilla: que escoja entre perder a don José y a su príncipe...

-¿O qué? -dijo Banco, interesada.

-O interesarme en su juego.

-¿Para qué?

-Ese es mi secreto. Su príncipe no sabrá nada y don José continuará amándola y tomando en serio la intriga. Creerá de buena fe que es usted una princesa polaca.

-¿Y me presentará en casa del general?

-Lo más seguro.

-De acuerdo -dijo la joven-. Acepto lo que usted me propone.

-Mi enhorabuena, y como deseo que nos entendamos bien, debo prevenirla que cuando se juega a medias conmigo es preciso ser callado como una tumba. A la menor indiscreción, sigue una puñalada.

Banco levantó la cabeza y fijó los ojos en su visitanto. Aquella mirada fría y resuelta la convenció inmediatamente de que estaba en poder de aquel hombre. Aquella noche, Banco dijo a don José, el cual se habla dejado conducir con los ojos vendados a la casita de Asnieres:

-Amigo mío, posiblemente uno de estos días le ofrezca una buena noticia. Claro que a lo mejor incurro en presunción.

-¿Por qué? -dijo don José, que no comprendía sus enigmáticas palabras, pero sí la sugeridora mirada que ella le dirigía.

-Tal vez no considere como buena noticia la posibilidad de pasar un día entero a mi lado: al aire libre, a la luz del sol, lejos de este encierro. -Y con la mano indicó el lindo gabinete donde se reunían, mientras continuaba con una graciosa sonrisa-: Este encierro que nos oprime como el terrible misterio que nos rodea.

-Pero eso sería un día maravilloso -exclamó entusiasmado el español.

-Bueno -cortó ella-. Aún no sé si resultará factible. Espero estar libre, pero no tengo la seguridad de lograrlo.

-Pero, en fin..., ¿cuándo... podría ser? -comentó don José, con ojos brillantes de amor y de alegría.

-Escúcheme. ¿Tiene un criado de confianza, un hombre adicto?

-Ya lo creo. Un hombre que depende de mí. Su vida está en mis manos.

-¡Ah! -exclamó ella, con sencillez-. Eso sí que es original. Sólo un español sería capaz de algo semejante. Me contará su historia, ¿no? Claro que ese hombre es el que nos interesa -añadió Banco, al ver que él dudaba-. Que vaya todas las tardes a las tres a pasearse por las Tullerías vestido de librea y con una escarapela azul, para reconocerlo.

-Y ¿luego...? -inquirió el español.

-Ya sabrá más tarde lo demás.

-¡Qué enigmático es todo esto!

-¿Verdad que sí? -comentó ella, con una sonrisa y una mirada muy elocuentes.

-Enigmático y delicioso -agregó don José, tomándola de las manos para besarla.

-¿Me contará la historia de su criado? -dijo Banco, con un sugestivo mohín, mientras lo rehuía.

-No faltaba más -repuso él, muy satisfecho-. Se llama Zampa y es un gran colaborador. Me sirve con una fidelidad inigualable.

Al día siguiente, a las tres de la tarde, Zampa fue a pasearse por las Tullerías mientras su amo, don José, acudía a la calle Babylone para hacer la corte oficialmente a la señorita Concepción de Sallandrera.

Zampa, que era de Portugal, poseía casi todos los secretos de su amo y también que éste era raptado todas las noches. El deseo de saber lo que don José ignoraba sobre la desconocida le hizo acudir a las Tullerías como si fuera a resolver una cuestión personal. Cuando llegó al jardín, empezó a pasear y poco después se le acercó un individuo vestido de forma extraña: hopalanda con el peto cruzado de cordones, gorra de piel, pantalón ajustado y gris, las botas vueltas y un rostro melancólico rodeado de cabellos albinos.

-¿Se llama usted Zampa, el hombre adicto al servicio de don José? -le preguntó, deteniéndose ante el portugués

-Sin duda -replicó Zampa, asombrado.

-Vamos a sentarnos allá abajo, al pie de la estatua de Espartaco. Es un lugar más

desierto.

Zampa siguió a aquel hombre, el cual fue a sentarse a dos pasos de la obra del escultor Foyatier.

-Así que usted es Zampa -dijo el desconocido-. El hombre que don José tomó a su servicio para librarle del cadalso.

El lacayo se estremeció y se puso tan pálido como la estatua del esclavo romano. Creía que don José nunca había revelado el secreto de su misteriosa asociación.

-Eso fue hace seis años, ¿verdad? -prosiguió el desconocido-. Por tonto, aún está fuera de los beneficios de la prescripción. Una palabra dirigida al procurador imperial de Francia y sería detenido y entregado a la justicia española. Don José no podría salvarle por mucha influencia que tuviese, ¿verdad?

-¿Qué quiere de mí?-balbució Zampa, al comprender que la tranquilidad de que gozaba desde hacia seis años podía perderse con una palabra.

-Hay dos hombres con derecho de vida y de muerte sobre usted -prosiguió el desconocido-: don José y yo. Don José ha guardado mal el secreto, ya que yo lo conozco.

Zampa, que había bajado la cabeza, apretó los puños y exclamó:

-¡Me vengaré!

-La adhesión que le tenía duró poco, y si aún le sirve fielmente, sólo es por temor. Pero si le pido que haga traición...

-¿Usted? -exclamó Zampa, aterrado.

-Soy más fuerte que don José -replicó el desconocido, con una sonrisa enigmática-. Y quiero destruir a su amo.

El odio brilló en los ojos del portugués Zampa. Seguramente perdonaba más la indiscreción de don José que el haberlo tenido tan avasallado durante seis años.

-Para lograr lo que me he propuesto -dijo el deseonocido- te necesito. Claro que soy generoso y te pagaré con largueza. Dime, ¿cuánto ganas?

-Don José me da mil escudos -respondió Zampa, en quien empezaba a clavar sus garras la codicia.

-¿Y cuánto le robas?

-Diez mil francos.

-¿Esperas algo?

-Cuando se case con la señorita de Sallandrera, me nombrará mayordomo suyo y entonces disfrutaré de un modesto bienestar.

-Tus esperanzas son vanas. Don José nunca se casará con la señorita de Sallandrera, y si lo hace, al día siguiente será asesinado.

Zampa le miró sorprendido y empezó a convencerse de que tenía ante si a un hombre fiel a aquella misteriosa querida del español.

-¡Diablos! -exclamó-. Esto se pone feo.

-Si don José vive, no conocerá tu traición, y si muere, serás pagado espléndidamente. El día en que yo` sepa lo que don José va a hacer todas las noches a la calle Rocher, tú recibirás diez mil francos.

-¿Y luego? -inquirió Zampa, sumamente interesado.

-Tendrás cien mil francos más en tu bolsa el día en que su matrimonio con la señorita de Sallandrera sea imposible. Entretanto, tus honorarios serán de dos mil francos al mes. -Y el hombre de la hopalanda sacó una cartera y de ella extrajo un billete de mil francos, que entregó a Zampa-. Aquí tienes la primera quincena.

Zampa se sentó sin cumplidos al lado del hombre que le compraba tan caro y empezó a decirle:

-En la calle Rocher vive su querida, la gitana Fátima. Todas las noches, a las diez,

va a verla. Yo voy allí durante el día. Somos los únicos hombres que ha visto la gitana desde que está en París. Voy de levita negra y corbata blanca. Paso por médico porque es necesario que esa mujer a quien nadie ve pase por enferma y tenga un médico.

-Así que tú entras por la plaza de Laborde.

-Y don José, por la calle Rocher, a través de otra casa que comunica con ella. El portero de la casa sólo me conoce a mí.

-¿Y la tal casa no cuenta más que con esas dos salidas?

-Aún hay otra que no conocen ni la gitana ni sus criados. Don José la hizo construir antes de que ella llegase a París. Estaba muy celoso y quería espiar cuanto la gitana hiciese y hablara. En el espesor de la pared maestra del gabinete practicó un especie de escondite, al que se baja por una trampilla situada en el último piso de la calle Rocher.

-¿Se puede entrar en el gabinete desde ese escondite? -le interrumpió el desconocido de la hopalanda. -Sí. A través de un cuadro de Zurbarán que lo disimula entre la chimenea y la ventana.

-Entonces, me llevarás mañana a ese escondite cuando don José tenga que ir a la casa. ¿Vendrás aquí a las nueve?

-De acuerdo -respondió Zampa, poniéndose en pie al ver concluida la entrevista-. No faltaré.

Saludó con una gran inclinación y se marchó, mientras el desconocido aún continuó allí, sentado, un buen rato.

Fátima era una gitana de veintitrés años, bella hasta el punto de enloquecer a un santo y de seducir a un pintor que buscara un tipo desconocido y olvidado. No vestía con tristes oropeles ni harapos. En sus brazos no se veían brazaletes de cobre, ni su cuello se adornaba con cuentas de vidrio. Gitana como sus padres, habla inclinado frentes a su paso, bailado en grandes escenarios de Italia y de España. Fiel a las tradiciones y creencias de sus abuelos, despreciaba la civilización y de ella sólo había tomado su educación y el amor al lujo y al dinero.

Cuando don José entró a verla aquella noche, se hallaba vestida con un traje de terciopelo negro con vueltas encarnadas, adornado con lentejuelas de oro. El traje era corto y estaba ceñido al talle. Descubría unas piernas nerviosas y maravillosamente torneadas. Llevaba una camelia encarnada en su cabellera negra y enormes pendientes de brillantes centelleaban sobre su bronceado cuello, brillantes con menos fulgor que sus grandes ojos, de profundos y móviles reflejos.

-¡Por fin has venido! -exclamó al ver entrar a su amante y saliendo a su encuentro, sonriente-. Ven aquí, sol de mi vida. Ya creí que no vendrías, amado mío.

-Pero si vengo todas las noches -replicó don José, con una especie de resignación forzada.

-SI, es verdad -admitió ella, y, mirándole con alegría febril, añadió-: A veces creo que estoy celosa.

-¿Celosa, tú? -rió el español, divertido.

-Claro que estoy celosa -dijo Fátima-. De tus criados, que te ven a todas horas, del mundo que te rodea y en el que no puedo entrar, de tus perros favoritos... -Eres una locuela.

-Lo que tú quieras, pero si te tuvieran encerrado un año, como yo lo estoy en esta prisión dorada, con la prohibición de salir, de asomarte, de no respirar el aire a tu antojo...

-Fátima -dijo con seriedad don José-. Sólo te amo a ti. No hay más en este mundo, ni tan siquiera esa novia que me desprecia y que me odia. Tranquilízate -prosiguió, con un acento y una sonrisa que hubieran hecho temblar a Concepción-. Tranquilízate,

Fátima, porque el día que me case con mi prima y su padre me haya transmitido su grandeza y sus títulos, Concepción y yo seremos como dos extraños. No amo más que a una mujer en el mundo y esa eres tú.

-Te creo -replicó ella con vehemencia-. Creo cuanto dices con tus ojos que hablan, con tu sonrisa..., pero cuando no estás aquí, mi pensamiento te sigue a través del París que habito y que no he visto nunca. Te veo admirado, envidiado, como si las mujeres que encuentras a tu paso se embellecieran solamente para ti... Y entonces deseo que todas las mujeres del mundo tengan una sola cabeza para poder cortarla de un tajo.

-No tienes por qué preocuparte más. Pronto acabará todo esto. Dentro de quince días me iré a Cádiz. -Una sonrisa de crueldad se dibujó en sus labios, mientras añadía con acento de sombría satisfacción-: Don Pedro se muere.

-¡Ah! -exclamó Fátima, inclinando la cabeza-. Mucho tuve que quererte para cometer semejante crimen. Don José no respondió y ella, que se apoyaba sobre su pecho y lo acariciaba tiernamente, le miró con desconfianza, al descubrir un pañuelo que él había sacado. Se lo arrebató dando un grito y corrió a la chimenea para coger un puñal.

-¡Ah, traidor! -chilló-. ¿De dónde has sacado este pañuelo de mujer con una C y una S entrelazadas? Don José vio el puñal junto a él, los centelleantes ojos de la gitana, y sin quererlo, palideció.

-¿Has dicho una C y una S? -dijo, al reponerse.

-Huelo su perfume -exclamó con voz sombría la gitana-. Dime de quién es. Habla o te mato.

El, más sereno, se cruzó de brazos y, sonriendo, dijo:

-Prefiero callarme.

-¡José, José! Mira lo que haces, que todavía no me conoces -amenazó Fátima, poniéndole el puñal sobre el pecho-. Si me has engañado, te mataré.

-¿Estás loca? -replicó él, echándose a reír-. Esas iniciales son las de mi prima: Concepción Sallandrera. Hoy estuve en su estudio, había olvidado el pañuelo y ella me prestó éste.

-Has tenido suerte al encontrar esa explicación -murmuró Fátima, dejando caer sin fuerza el brazo armado, aunque su mirada continuaba revelando desconfianza-. Te ha salvado la vida.

-Pero, tonta. Si es la pura verdad -comentó él-. Además, no me dan miedo tus amenazas.

-Pues haces mal, porque el día que me traiciones... -volvió a sentarse a su lado y le miró con fijeza-. José, tú no sabes que el día en que renuncié a seguir mi vida errante y te amé, y me dejé encerrar para no vivir más que para ti, me juré matarte si otra mujer rozaba sus labios con los tuyos.

-Eso ya me lo dijiste en otra ocasión.

-¿Y crees que soy capaz de faltar a mi juramento?

-Te juro que no te he hecho traición -comentó él, molesto.

-Sin embargo -dijo ella, mirándole con ojos pensativos-, he soñado esta noche una cosa horrible: es- tabas en un baile cuyos invitados llevaban un traje extraño y tenían el rostro cubierto por un antifaz.

-¿Yo estaba en ese baile? -murmuró él, escéptico.

-Dabas el brazo a una mujer que amabas y le hablabas al oído.

-Entonces -replicó, alegre, don José-, eras tú.

-No. Aquella mujer llevaba una cruz de oro al cuello.

-Y eso, ¿qué tiene que ver?

-No podía ser yo, porque no soy cristiana y me río de tu religión.

-¡Bah! Son tonterías -exclamó él con desenfado-. No quiero más que a ti. Tus celos son insoportables, Fátima.

-Te amo.

-Yo también, ¿qué más quieres?

-Persuadirte de que entre nosotros -dijo fogosamente- hay un lazo indisoluble: nuestro amor y nuestro crimen.

Don José se estremeció al oír las sombrías palabras de la gitana y permaneció en silencio.

-Antes de manchar mis manos con la sangre de tu hermano para que pudieses garantizarte la posesión de su prometida, aún podías abandonarme, José -prosiguió la mujer-. Pero después, no. Me perteneces por completo y para toda la vida. El crimen es una cadena irrompible.

-Fátima, háblame de tu amor -protestó don José, encogiéndose de hombros-, pero no de eso que llamas nuestra crimen. Además, no lo cometimos ni tú ni yo. Fueron tus hermanos por la promesa de cien mil ducados de la dote de mi futura esposa.

-Es cierto, mis hermanos son unos bandidos miserables que matan por dinero...

-Se hacen pagar caro.

-Pero el día que yo quiera, no me cobran nada por tu muerte.

-Estás loca, querida Fátima -dijo don José, poniéndose en pie. Y la besó en la frente-. Estás ofendiéndome al poner en duda mi juramento. Te amo y no quiero a nadie más que a ti.

-¿De veras? -insistió ella, tratando de sondearle con la mirada.

-Palabra de hidalgo. -Y se embozó en su capa, se puso la barba postiza y se encasquetó la gorra-. Adiós, van a ser las once y media. El duque de Sallandrera tiene a veces la ocurrencia de presentarse en casa a la salida del círculo.

-Adiós -dijo ella, acompañándole hasta la puerta de la sala-. Dame ese pañuelo.

-¡Qué locura! -dijo, entregándoselo-. Diré a Concepción que lo he perdido.

La gitana se apoderó de él y lo hizo trizas ante don José, el cual no pestañeó. Luego se marchó pensando que si no supiera su secreto ni tuviese suspendido sobre la cabeza el puñal de sus hermanos, ya la habría dejado para siempre, porque él a quien quería era a su princesa polaca.

Fátima permaneció en el pasillo hasta que se extinguieron los pasos de su amante. Regresó a su gabinete y retrocedió aterrada, mientras ahogaba un grito de espanto. Ante ella estaba un hombre, un desconocido que parecía haber surgido de la tierra, ya que la única puerta de la habitación la ocupaba ella.

-¿Quién es usted? -preguntó, asustada al verle con el puñal que ella había tenido momentos antes-. ¿Qué quiere?

-Hablarle de don José. Pase y siéntese. Lo que tengo que decirle nos llevará un poco de tiempo.

Y sin que Fátima fuera capaz de oponer resistencia, cerró la puerta y la hizo sentar junto a sí, mientras ella lo miraba con estupor, al no comprender cómo se había introducido en su casa.

CAPITULO VI

A la noche siguiente, aproximadamente sobre las diez, Fátima se acordó de las recomendaciones del misterioso personaje de la hopalanda. Fue al jarrón de china que

había sobre la chimenea, lo levantó y encontró un papelito doblado a la manera que los gitanos doblan las cartas. Lo acompañaba un paquetito lacrado y decía: «Si no deseas morir, toma el polvo que contiene ese paquete.»

La gitana rompió el sello de lacre y encontró dentro

un polvillo blanco y fino. Dudó unos instantes antes de echarlos en un vaso de agua. Una vez en ésta, los polvos se disolvieron sin que el agua perdiera su transparencia. Fátima se la bebió y casi en el mismo instante se oyó un ligero ruido en el salón e inmediatamente apareció don José.

-Buenas noches, Fátima mía -saludó el hombre, sonriente y tranquilo, acudiendo a abrazarla y besarla con cariño.

La joven sintió una horrible palpitación y tuvo la certidumbre de que don José la traicionaba, como le había dicho su extraño visitante. El hombre se quitó la capa y enseñó una botella, aún en su funda de paja.

-Te traigo una sorpresa -dijo-. He recibido de España esta botella de vino de Málaga.

-¡Oh, vino de Málaga! -exclamó la gitana, con alegría infantil-. ¡Vino de nuestra tierra!

El negro que servía acudió a la llamada de don José y éste le pidió vasos para beber. La orden se cumplió en seguida.

-Déjame ser tu escanciadora -dijo Fátima; cogiendo la botella para destaparla.

Le miró con toda su pasión puesta en los ojos, a pesar del odio que abrasaba su corazón, y después de servir los dos vasos, una sospecha le hizo temer el envenenamiento. Esperó a que don José bebiese.

-A tu salud -brindó el hombre, sonriendo, y de un trago se bebió el vino. Ella lo imitó.

Los dos amantes pasaron casi una hora juntos, y llegadas las once y media, don José se dispuso a despedirse, luego de abrumar a la gitana con sus muestras de amor.

-Adiós -le dijo, estrechándola contra sí-. Y no seas celosa.

-¿Lo he sido esta noche? -preguntó ella, mirándole como si hubiera querido fascinarle.

-No. Lo reconozco.

-Pues todos los días me verás igual. Te amo y creo en tu amor -murmuró, mientras lo acompañaba hasta el corredor. Allí se estrechó a él con más fuerza y repi. tió con frenesí-: Adiós, adiós.

Don José salió y encontró en el comedor de la casa a la vieja que había criado a Fátima y que cuidaba de ella. Le preguntó:

-¿A qué hora suele levantarse tu señora?

-A las diez.

-Mañana puedes dejarla dormir hasta mediodía. Está muy cansada.- Y se alejó, sonriendo cruelmente, mientras pensaba: «¡Pobre Fátima! Aún no ha cumplido veinticuatro años y ya va a morir.»

Fátima, al regresar al gabinete, retrocedió estupefacta. Otra vez estaba allí aquel desconocido de la víspera. El extraño personaje parecía el diablo; entraba y desaparecía como por arte de magia.

-¿Has bebido de eso? -le preguntó, señalando la botella de Málaga.

-Sí -respondió la gitana.

El desconocido se acercó a una jaula en la que había un pequeño jilguero. Cogió la botella, escanció unas gotas de vino en el vaso que usara Fátima y luego tomó un terrón de azúcar del azucarero que había allí cerca. Lo impregnó del licor y lo dio a comer al pajarillo, ante la asombrada mirada de Fátima.

-Pero, ¿qué hace? -preguntó-. Es un vino excelente. Pruébelo.

El desconocido no respondió, pero le señaló al jilguero, el cual, después de picotear el terrón de azúcar, empezó a aletear inciertamente, se agitó durante unos minutos y al final cayó, herido de muerte.

-Ya lo ves -repuso calmosamente el hombre-. Con este vino se mata a un perro en tres minutos y en veinticuatro horas convierte en cadáver a una mujer bonita como tú. ¡Don José acaba de envenenarte!

-¡No! -murmuró, aterrada, la gitana.

-Sí, hija mía. Ese don José, al que tanto amas y al cual amenazas de muerte, se ha adelantado a ti y te ha envenenado para quedarse libre y amar tranquilamente a tu rival.

-¡Lo mataré! -rugió la joven, furiosa-. Ya que tengo veinticuatro horas, lo mataré.

Cogió 'su puñal y lo blandió, mientras el hombre de la hopalanda sonreía.

-No necesitas eso -dijo-. Don José también bebió Málaga contigo.

-¡Es verdad! Entonces, ¿por qué ha querido matarme, si él...?

-El ha tomado un contraveneno y no morirá. Igual que tú, al tomar aquellos polvos blancos.

-¡Ah, menos mal! -replicó la gitana, llena de alegría-. Ya decía yo que usted era mi padre.

-¿Cómo?

-¿No es usted el diablo? Mi madre estuvo en un aquelarre y...

-Sí, sí -cortó el desconocido-. Yo soy tu salvación y me debes la venganza. Como verás, ha pretendido envenenarte y de no ser por mí...

-¡Cobarde! ¡Traidor! -rugió ella, apretando convulsivamente el puñal-. Déme la prueba de su traición y ya verá cómo le mato.

-La tendrás en su momento, pero ahora fíjate bien en lo que voy a decirte -dijo el desconocido-. Cuando mañana te encuentre, recíbelo cariñosamente, como si nada hubiera pasado. Fingirás que duermes hasta las tres o las cuatro. Sólo entonces avisarás a tu nodriza. A don José le dirás que tuviste gran dolor de cabeza y un sueño prolongado que lo atribuirás al opio. El opio, a veces, es un buen. contraveneno. Y ahora, buenas noches y hasta mañana.

Fátima se dejó vendar de nuevo los ojos y su misterioso compañero desapareció, luego de decirle al oído:

-Desconfía del criado negro y de tu nodriza.

En aquellos momentos, don José llegaba a casa de Banco. Había salido de su casa más enamorado que nunca porque el día anterior ella había olvidado los momentos de tortura soportados al lado de su marido. Sin embargo, aquella noche la encontró tan pálida, tan triste y abatida, que no pudo reprimir un grito de asombro e inquietud.

-La muerte está conmigo -dijo Banco.

-¿Qué quiere decir con que tiene la muerte? -preguntó don José.

-El mal que sufro es largo de explicar -dijo ella, haciéndole sentar a su lado-. Es necesario que me escuche porque, amigo mío, vamos a separarnos.

-¿Separarnos? Eso es imposible. -Y don José empezó a imaginarse que estaba perdidamente enamorado y que le sería imposible vivir sin ella. Como su silencio era más elocuente que cualquier palabra, se echó a los pies de la joven y exclamó-: ¿Quiere matarme?

-¡Caballero! -exclamó ella, vivamente emocionada-. No le comprendo. Explíquese mejor.

-Pero, señora... -balbució el español, al ver su sangre fría y aquel cambio en su actitud-. Es imposible que se marche. La amo, se lo juro.

-Esto es demasiado -exclamó Banco, soltando una carcajada-. ¿Cómo puede asegurar que me ama? ¡Impostor!

-¿Acaso no ve mi actitud, el tono de mi voz, la emoción que me embarga...? La quiero.

-Siéntese frente a mí y respóndame a lo que voy a preguntarle -dijo Banco, con un matiz imperioso que dominó a don José-. Usted es don José de Alvar, sobrino de don Pablo, duque de Sallandrera.

-Sí, señora -respondió el español, estremeciéndose al oírla.

-El duque tiene una hija -prosiguió ella con calma-. Dicen que usted se casará con Concepción.

-Permítame que le explique -comentó él, al comprender el motivo de la irritación de Banco-. Tengo un hermano mayor llamado Pedro que es el novio de mi prima Concepción.

-¡Ah! -exclamó la falsa polaca.

-Mi hermano está enfermo y mi tío no quiere que sus títulos y dignidades salgan de la familia. Antes de que la hubiera conocido a usted, se convino en que yo me casaría con mi prima, caso de que muriese mi hermano. Pero Pedro vivirá, y...

-No siga -cortó ella con un gesto-. No hace falta que continúe. No quiero impedirle que realice una unión afortunada que, además, le convertiría en un personaje envidiado.

-¡Es usted un ángel! -exclamó el español, entusiasmado.

-Ya ve -prosiguió la joven, con una magnanimidad aparente-. Soy de raza eslava, don José. He pasado mi juventud entre gitanos. Me han mecido al arrullo de sangrientas leyendas y vi correr la sangre a mi alrededor como en París se ven correr ríos de champaña. Soy demasiado gran señora para mostrarme celosa de una esposa..., pero seré despiadada con una rival, con una querida.

Don José se estremeció al oír aquellas palabras. ¿Lo sabía?

-Esa mujer a la que amó antes que a mí. Esa mujer, a la que amará todavía. ¡Oh! Necesito su sangre -exclamó apasionadamente Banco, mientras el español palidecía-. ¿Ha amado a una mujer que se llama Fátima?

-¿Quién le ha dicho eso? -exclamó él, dando un salto-. La han confundido.

-Sé que todavía la quiere -replicó Banco-. La visita todas las noches al dar las diez. No niegue que vive en la plaza de Laborde.

El permaneció en silencio. Se preguntaba cómo habría podido saberlo aquella mujer. Al parecer, su amor secreto no estaba tan oculto como suponía.

-Don José -continuó ella resueltamente-. Necesito la vida de esa mujer. ¡O no me volverá a ver!

El español se dominó. Por lo visto, sólo se trataba de aquello. Pensó que ya que sabía la existencia de Fátima y deseaba su muerte, lo mejor era darle a entender que lo haría por ella y que por su culpa quedaría convertido en un asesino.

-Señora, le juro que ya no amo a esa mujer. No volveré a verla más.

-Es necesario que muera.

-¡Dios mío! -exclamó el español, aparentando un violento esfuerzo-. ¿Quiere que me convierta en asesino?

-Sí, si me ama. De lo contrario, se conformará con no volver a verme.

-¡Eso, no! -Y luego añadió en voz más baja-: Puesto que lo exige, morirá esta noche.

-Está bien -comentó ella, dirigiéndole una sonrisa enigmática y fría.

Luego, sin añadir una palabra, la joven se despidió de él con la mano y desapareció. En seguida entró el hombre barbudo para vendar los ojos a don José y

llevarlo a la plaza de Godot de Mauroy. El hidalgo regresó a su casa, bastante aturdido por las revelaciones y las exigencias de su amada. Imaginó que a aquellas horas Fátima ya estaba retorciéndose en las convulsiones de la agonía y no pudo conciliar el sueño. En varias ocasiones creyó que la gitana se le aparecía para reprocharle su muerte. Al final, con los primeros reflejos del alba, se levantó y trató de distraer sus angustias saliendo a dar un paseo a caballo. A mediodía, un lacayo le retiró la montura y él entró en el café de París. No quería regresar a su casa, temiendo encontrar la noticia de la muerte de Fátima. Por la tarde fue al palacio de Sallandrera y pasó todo el tiempo con el duque y con su esposa. Concepción trabajaba en su estudio. Don José, después de cenar, regresó a la calle Ponthieu, donde le esperaba Zampa.

-¿Qué hay? -le preguntó al portugués, con voz temblorosa de emoción-. ¿Y Fátima? ¿No han venido el negro o la nodriza?

-No he visto a nadie. No sé nada.

-Entonces, es que no ha muerto -murmuró don José, asustado.

-¡Bah! -replicó el portugués-. Eso no es posible, si ha tomado mi veneno.

-Lo tomó. ¡Vaya si lo tomó!

-Entonces, ha muerto -exclamó con tal seguridad Zampa, que don José no dudó más tiempo.

A las diez tuvo el valor de ir a la calle Rocher. Subió a la casa de la bruñidora y recorrió el pasillo que comunicaba con la otra vivienda. Se detuvo en la antecámara, esperando oír el llanto del negro y de la nodriza, pero en la habitación sólo reinaba el silencio. Atravesó el salón, vio un rayo de luz que salía del gabinete y llamó a la puerta.

-Adelante -invitó una voz que le trastornó por completo.

Detrás de aquella puerta, Fátima le sonreía, llena de vida.

Media hora más tarde, don José, asustadísimo, regresaba a su casa. Zampa, al verle, pensó que tenía corazón de liebre y que no había podido soportar la visión del cadáver. Pero don José, que se había visto amenazado nuevamente por el puñal de la gitana, le dijo, irritado

-Fátima vive.

-¿Que vive? -exclamó el portugués, asombradísimo-. ¡Si eso es imposible! Estoy seguro de la eficacia de mi veneno.

-Por lo visto, había tomado opio -dijo don José-. Me contó que se había encontrado muy mal a causa del opio. Lo mejor es que no sospecha, pero sigue amenazándome. ¡Si no hubiera sido por ese contraveneno!

Zampa se le quedó mirando y empezó a acordarse del hombre de la hopalanda y el cabello amarillento. Aquello era como un rayo de luz. Se había dejado engañar. Aquel hombre no trabajaba para la polaca, sino para la gitana. Prudentemente, comentó con su amo

-Bien. Habrá que inventar otro procedimiento.

-Sí. Ya veremos qué se hace -murmuró don José, estremeciéndose al pensar que la gitana podía hacer

que lo matasen cualquier día, si se enteraba de su traición.

Se despojó de su disfraz y volvió a arreglarse para acudir a su acostumbrada cita de la plaza Godot de Mauroy y marchar con el barbudo. Apenas había salido de la casa, Zampa oyó llamar a la puerta y se encontró frente a frente con el hombre de la hopalanda.

-Vamos, pícaro -dijo Rocambole, pues de él se trataba, mientras Zampa cogía un candelabro para acompañarlo-. Ya se ve, por las ceremonias que me otorgas, que no tienes la cabeza muy segura.

Zampa experimentó un escalofrío y se sintió a disgusto al verle tan sonriente y benévolo. Rocambole se sentó junto a la lumbre y examinó los muebles y cortinajes de aquella sala, mientras decía con tono displicente:

-Qué, ¿no tienes nada que contarme?

-La gitana no ha muerto -replicó Zampa en actitud medrosa.

-Ya lo sé.

-¡Ah! No me había equivocado -manifestó el portugués, un poco satisfecho-. Usted fue quien le dio el contraveneno. ¿No cree que se burla de mí?

-¿A qué viene eso?

-En vez de obrar por cuenta de la princesa polaca...

-Obro por mi cuenta -replicó con frialdad Rocambole-. Mis asuntos no te interesan. Te pago y debes servirme. Conténtate con desempeñar tu oficio. Y pronto, ya que dentro de un momento regresará tu amo.

-No. Aún tardará una hora o dos.

-Llegará ahora mismo y quiero que me ocultes don de pueda oír y observar.

Zampa le miró con asombro y al fin lo condujo a un tocador que comunicaba con la antesala.

-Suceda lo que suceda, obedece a tu amo -le dijo Rocambole-. Pero ten cuidado con advertirle de mi presencia. Morirías inmediatamente.

El criado se quedó petrificado al ver el revólver que empuñaba Rocambole. Además, su mirada y su tono eran tan dominadores que sólo se atrevió a decir

-Me callaré.

-Si por casualidad me sucediese alguna desgracia, mañana te denunciaría una persona que me espera. ¿Entiendes?

-Sí -replicó el portugués-. No tendré más remedio que serle adicto.

Aquellos dos hombres, nacidos para comprenderse, cambiaron una sonrisa y Rocambole se encerró en el tocador. Pocos minutos después, sonó la campanilla de la puerta y luego apareció don José, muy furioso. Llevaba una carta en la mano, carta que enseñó a Zampa.

-Fíjate en esto -exclamó, irritado-. Dice que la he engañado y que no vuelva a esperar su coche hasta que cumpla mi juramento.

-Ya lo veo -murmuró Zampa, después de leer la carta-. Es preciso que escoja entre Fátima y la princesa.

-Ya he elegido: amo a la princesa. Pero, ¿cómo vamos a matar a Fátima, si tus drogas son inofensivas? Creo que lo mejor es usar el puñal. Es lo más seguro, y el opio no impedirá que se clave en su cuerpo. Pagaré bien.

-Eso me repugna -dijo Zampa-. Pero Narciso se encargaría de ello.

Don José se quedó pensativo durante un segundo. El negro que servía a Fátima podía hacerlo. Se hallaba de acuerdo con la nodriza. Esta no sería obstáculo y la gitana moriría sin sospechar nada.

-Bien. Ve a buscarle.

Zampa se inclinó ceremoniosamente y fue en busca de Narciso.

CAPITULO VII

Sir Williams levantó la cabeza al oír ruido de pasos. Hacía tres días que Rocambole no iba a visitarle ni a darle cuenta de sus gestiones y estaba impaciente

por saber cómo iba la intriga de su discípulo. Este le saludó muy cordialmente.

-Perdóname, querido tío, por haberte abandonado de tal modo, pero he estado cumpliendo al pie de la letra tus instrucciones.

El ciego hizo un gesto de aprobación y su semblante, surcado de cicatrices, pareció iluminarse por la ansiedad de conocer los resultados. Rocambole se sentó a la cabecera de su cama y le dijo:

-Vengo a narrarte mi Ríada. ¡Y qué obra más estupenda gracias a tu ingenio!

Sir Williams esbozó una sonrisa con apariencia de mueca y se dispuso a escuchar, embelesado, al falso marqués de Chamery.

-Empezaré diciéndote, querido tío, que anoche Narciso, el criado negro de la gitana, apuñaló por equivocación a su nodriza, con quien esperaba huir después de robar a la pobre Fátima. Llegué a tiempo de salvar a la muchacha, a la cual tengo escondida en mi pisito de la calle Suresnes. Don José ha recibido el pañuelo, tinto en sangre, de un perrillo de lanas, que llevará convencidísimo a su princesa polaca. Ya he obligado a ésta que le escribiera para que hoy no saliese de casa hasta las cinco y que volviera a estar en ella a las diez de la noche.

El ciego frunció sus tumefactos labios en gesto de aprobación y Rocambole prosiguió diciendo:

-Ya veo que te gusta cómo trabajo. Yo tengo suerte. Esta tarde nos reuniremos en el palacio de Sallandrera, en la cena de despedida. Veremos cómo reacciona don José. Concepción no me negará asistir al baile del general español y todo saldrá perfectamente. Tú, pobre viejo, habrías sido burlado en mi puesto. Nunca has tenido suerte. Te cortan la lengua, te pintarrajean y yo llego a marqués y dispongo de caballos ingleses.

Aquella burla puso lívido e iracundo al ciego.

-Consuélate -añadió Rocambole-. Más adelante procuraré serte agradable y te serviré a tu querida amiga Baccarat con salsa distinguida. ¡Será un bocado de rey! Esta promesa hizo olvidar a sir Williams su repentina cólera, a la vez que una horrorosa sonrisa se dibujó en sus labios. Rocambole le estrechó la mano afectuosamente y le dejó para reunirse con su hermana Blanca. Almorzó con su familia y después se fue a la calle Suresnes, para saber cómo había pasado Fátima la noche. Allí se disfrazó de Morton Tynner y pasó por la calle Castiglione para dar instrucciones a Banco sobre lo que debía exigir a don José, cuando éste se presentase aquella noche a verlo en su casa. Más tarde dio una vuelta por el club, donde perdió algún dinero jugando, y a las cinco, convertido en el marqués de Chamery, cumplido caballero desde todos los puntos de vista, se presentó en el palacio del duque de Sallandrera para asistir a la cena de despedida que éste ofrecía a sus amistades parisinas.

El marqués, como amigo íntimo de la casa, subió al segundo piso, tras preguntar si la señorita Concepción continuaba en su estudio. Tenía la esperanza de encontrarla sola, pero la rodeaban esas nulidades elegantes, comparsas de la buena sociedad, que parecen recibir del destino la misión de estorbar entrevistas, impedir citas y colocar inocentemente su torpeza en los sitios donde resulta molesta.

Concepción de Sallandrera atendía con sonrisa melancólica los frívolos cumplidos que aquel conjunto de seres prodigaba a su reciente cuadro. Había una vieja literata, cinco jóvenes vizcondes, jugadores de Bolsa durante el día, de bacará durante la noche, y tuteadores de jockeys en la cuadra. Rocambole saludó a todos con impertinencia no exenta de cortesía y se acercó a Concepción, la cual aparecía muy pálida.

Minutos más tarde llegó don José. Estaba sombrío y meditabundo. La polaca no habla acudido a su cita de las cinco y ello debía apenarle. Uno de los contertulios

exclamó al verle

-¡Caramba! Tiene usted cara de conspirador.

-¿Yo? -preguntó don José, estremeciéndose.

-¿No será usted el autor del drama de la calle Rocher? -dijo la literata, mirándole con algo de burla. Aquellas palabras sobresaltaron al hidalgo. Se puso lívido, pero el estudio estaba sumido en una penumbra que evitaba distinguir su turbación. Sólo Rocambole observó su estremecimiento.

-¿De qué drama habla usted? -preguntó un vizcondesito.

-El asesinato que se cometió la noche pasada -respondió la literata miope y con nariz respingona, que se dirigió a don José-. Perdone la broma, pero el asesinato sí que se cometió.

-¿Qué asesinato?

Rocambole se había aproximado a Concepción y le susurró:

-Escuche y fíjese en don José.

-Es un drama horrible -añadió la literata-. Durante la noche y en la calle Rocher, donde yo vivo, han asesinado a una mujer.

-Creo, señora -dijo don José, esforzándose en hablar con tranquilidad-, que va a contarnos uno de sus acostumbrados folletines lúgubres.

-Caballero, le digo la verdad.

-Veamos de qué se trata -intervino con displicencia Rocambole.

-La realidad es que esta mañana todo el barrio se encontraba en los alrededores de la plaza Laborde -dijo la literata-. No sé los detalles, pero seguramente a estas horas ya los habrán dado todos los periódicos.

-¡Hombre! -exclamó Rocambole-. Precisamente mi ayuda de cámara me dio uno al salir. Tal vez diga algo. -Y lo sacó del bolsillo para desplegarlo con perfecta indiferencia ante el interés de todos-. Sí, aquí está.

Concepción, medio oculta por su caballete, miraba con atención a don José, que se había quedado lívido y sufría mil torturas ante el temor de delatarse. Excepto ella, todos los demás sólo miraban a Rocambole, el cual tenía entre sus manos el diario, cuyo artículo empezó a leer:

-Misterioso asesinato en la calle Rocher. Existe en la calle Rocher cierta casa con dos salidas, una por el número siete de dicha calle y otra que da a la plaza de Laborde. Hace un año, aproximadamente, una silla de postas se detuvo en la plaza de Laborde. Descendieron tres personas: una joven que parecía enferma, una señora mayor que debía ser la criada y un negro. Los tres entraron en la casa y tomaron posesión del cuarto piso. Desde entonces, nadie vio a la joven. La criada y el negro salían todos los días a la compra, hablaban español y decían que su señora estaba enferma. Todas las mañanas iba a visitarla un señor vestido de negro que debía ser su médico. Y cada noche, a eso de las diez, otro hombre con traje de obrero entraba por la calle Rocher, según se desprende de las declaraciones de una mujer llamada Coralia, bruñidora de oficio, que vivía en el cuarto piso y cuya vivienda comunicaba, por medio de un corredor, con la de la española. El supuesto obrero entraba por allí todas las noches para visitar a la enferma.

»Ayer noche, la señora Coralia se ausentó de su domicilio, según su costumbre, y cuando regresó esta mañana halló abiertas todas las puertas de la casa. Esta la encontró desierta y en desorden. Los muebles estaban tirados y un reguero de sangre salía de la alcoba. Coralia huyó asustada y pidió socorro. Acudieron los demás inquilinos, que llegaron, hasta la alcoba. Tendida en la cama y cubierta con unas sábanas encontraron a una mujer asesinada...

-¡Qué curioso! -exclamó Rocambole-. ¿No le parece, don José?

-Sí, muy curioso. En efecto -murmuró el español, haciendo esfuerzos por contener su angustia, mientras Concepción lo espiaba con interés.

-La mujer asesinada -continuó leyendo Rocamboleno era la joven enferma, sino la criada.

-¡Oh, oh! -exclamaron todos a coro.

Don José se quedó pálido por completo y estuvo a punto de desmayarse ante la inesperada revelación. -La criada española -prosiguió leyendo el falso marqués- estaba acostada en el lecho de su ama y ésta y el criado negro habían desaparecido, sin que pueda saberse nada de su paradero. ¿Quién es el asesino? ¿El negro, la joven, o el desconocido que iba todas las noches a la casa? La justicia logrará descifrar tan horrible crimen. En fin, tras un cuadro de Zurbarán se encontró un nuevo pasadizo secreto, a través del cual se puede espiar cuanto sucede en las demás habitaciones de la casa. ¡He aquí un nuevo e indescifrable misterio!» -Rocambole plegó el diario y se volvió a la literata-. Señora, esto parece sacado de una de sus novelas.

La literata se inclinó, satisfecha, mientras los vizcondecitos empezaron a chismorrear entre ellos. El marqués de Chamery, que estaba junto a Concepción, le tendió el brazo y ésta, tan pálida y temblorosa como don José, se cogió a él fuertemente.

-Por favor, señorita -susurró Rocambole-. No ponga esa cara, no se traicione o todo está perdido. La mujer asesinada era la nodriza, el negro es el asesino, quien pagó al asesino fue él y la gitana es la joven de la calle Rocher. Ha matado a don Pedro para llegar hasta usted, y para suprimir el único obstáculo ha querido desembarazarse de su cómplice.

El número de invitados al banquete del duque era grande, y entre ellos, Concepción pudo reponerse de la impresión causada por tales noticias. Rocambole cenó a su lado y cuando llegó la hora de los brindis y reinaba más barullo, le dijo:

-Si quiere que la salve, tendrá que obedecerme ciegamente.

-Prometo hacerlo así.

-Además, tenga fortaleza. Hay que guardar bien este nuevo secreto en las profundidades del corazón. Es preciso que el próximo miércoles asista al baile ofrecido por su compatriota, el general Castro, aunque tenga que dar el brazo a ese monstruo.

-Iré -murmuró Concepción-. Pierda cuidado.

Don José, que había pasado la cena como un suplicio de muerte, escapó de allí nada más acabar. Huyó sin que su fuga fuese advertida momentáneamente. Lo que más le aterraba, lo que le heló la sangre, no fue saber que había sido capaz de cometer otro crimen, sino la revelación del error cometido por el negro. Narciso se había equivocado, luego Fátima vivía. Y viva la gitana, suponía caer, tarde o temprano, bajo los puñales de sus hermanos. Aquella amenaza era terrible. Hasta él parecía llegar el cadalso con la guillotina esperándolo. Pero lo que le aguardaba cuando llegó a su domicilio, después de estar caminando como un autómata por las calles, fue una carta de Fátima. Una carta que don José leyó y releyó infinidad de veces. No comprendía su misterioso significado. Aquella mansedumbre de su amante, aquella huida de la gitana a la vez que casi le perdonaba y le dejaba totalmente libre, era algo incomprensible para él. Pero como ser humano abismado de orgullo, acabó por creer lo que decía la carta y pensó que si Fátima se marchaba y lo dejaba libre, perdonándolo, era porque aún seguía queriéndole, y esto sólo le hizo exclamar, en medio de una malsana alegría:

-¡Dios, qué tonta es!

Hacía dos horas que se había tranquilizado de las pasadas angustias en el palacio

de Sallandrera. También se había olvidado de la visita de la supuesta princesa polaca, y antes de dar las once y media se lo recordó el ruido de un carruaje que entraba en el patio. Se estremeció, corrió a la antesala y pegó el oído a la puerta. En la escalera se producía ruido de pasos. Luego llamaron levemente a la campanilla y él tembló de pies a cabeza. Abrió y se encontró con una señora que llevaba el rostro cubierto por un velo. Ella entró y se dirigió a la sala, guiada por la claridad de una lámpara. Allí se levantó el velo y don José cayó de rodillas mientras exclamaba, emocionado

-¡Olga, Olga mía!

-No puedo disponer más que de un momento, amigo mío -replicó Banco, dejando besar su mano al español, antes de tomar asiento-. Hoy también me persigue mi tirano.

-¿Todavía? -dijo con vehemencia el hidalgo-. Quisiera matar a ese hombre.

-Más adelante..., ya veremos -concedió Banco-. Hoy sólo quiero darle las gracias y traerle la recompensa. ¿Es cierto que ha muerto Fátima?

-Es indudable -murmuró don José, con voz insegura.

-No lo lamentará, ¿verdad?

-¿Cómo, si sólo la quiero a usted?

Banco dio un grito de alegría y añadió cariñosamente

-Me gustaría que estuviésemos más tiempo juntos. ¿Qué le parece si fuésemos a bailar una noche? El miércoles, por ejemplo. Mi marido sale fuera y su compatriota, el general Castro, da un baile de trajes. Es obligatorio el disfraz.

-¿Un baile? Pero...

-No admito réplica -agregó ella con tono burlón y presentándole la mejilla para que la besase-. Me enviará dos invitaciones.

-¿Dos?

-Una para mi y otra para mi dama de compañía.

-¿Y adónde se las envío?

-El miércoles por la mañana vendrán a recogerlas con una carta mía. Le diré en ella qué disfraz llevaré y escríbame diciendo cuál será el suyo.

-Conforme.

-Entonces, amigo mío... -Se puso en pie y se aproximó a él cariñosamente-. Adiós. Es preciso que me vaya. ¿Me ama mucho? -Dejó que don José la tomase suavemente en sus brazos y la besara ligeramente. Luego huyó mientras decía-: Le quiero; no me siga ni se asome a la ventana. Adiós.

Se bajó el velo sobre el rostro y desapareció en la escalera. Segundos después, don José oyó el ruido de un carruaje que se alejaba.

Tres días más tarde, poco después de las once de la noche y mientras empezaban a formarse los primeros rigodones en los salones del general Castro y de su esposa, una abigarrada muchedumbre subía por la escalera de la mansión, adornada con arbustos raros y flores exóticas. En el patio entró y se detuvo ante la monumental escalinata un elegante droski tirado por cuatro caballos blancos enjaezados a la rusa. Del carruaje se apearon dos señoras con el rostro oculto por el antifaz. Vestían como aldeanas de Varsovia y en sus escotes, sobre el busto, brillaban los diamantes. Por la pedrería y los bordados en oro de sus trajes se adivinaba que debían poseer una regia fortuna.

Dos jóvenes disfrazados de mosqueteros que subían la amplia escalinata de mármol se apartaron para dejarles paso entre murmullos de admiración. Una era joven y rubia, muy atractiva. La otra, más gruesa, le doblaba la edad. En la puerta del primer salón enseñaron sus invitaciones al mayordomo. Este se limitó a mirar a la más joven, supuesta condesa Olga Vronska, para quien don José había solicitado aquella mañana, como caso excepcional, un par de invitaciones.

Ambas entraron del brazo en el salón y en seguida atrajeron todas las miradas. Un caballero que se separó de un grupo formado por varios señores le salió al encuentro. Vestía como uno de los miembros del Consejo de los Diez veneciano.

-Han sido ustedes puntuales -les dijo en inglés y a media voz.

La esbelta joven, que iba al lado de la dama gruesa, dio el brazo al veneciano y prorrumpió en una discreta carcajada.

-¿Es así como hay que presentarse en la alta sociedad? -murmuró divertida.

-Tu hidalgo es muy inocente -replicó el veneciano.

-Ya lo creo. Bien inocente.

-Toma a las mujeres galantes por duquesas con la mayor facilidad del mundo.

-He visto a mi padre a la entrada.

-Seguramente está muy lejos de sospechar que el droski que pasó por delante de él pertenecía a su hija, convertida en princesa.

La dama gruesa sonrió, divertida, y Banco añadió:

-¿Dónde está mi hidalgo? Son cerca de las doce.

-Te olvidas que es el prometido de la señorita de Sallandrera. Vendrá con ella y con los duques. Y ahora, dime: ¿supongo que no amarás a don José?

-Ni pensarlo.

-Es para evitar el peligro de una torpeza.

-Me llamo Banco, hijo mío, y en las mujeres de mi clase no está permitido hacer una tontería tan grande como enamorarse. ¡Estaríamos listas!

-Pues fíjate bien en lo que voy a decirte: don José llegará vistiendo un dominó oscuro con un lazo de cinta verde en el hombro. Te buscará y te cogerás a su brazo. Lo llevarás a un rincón y allí representas la escena de celos para que responda con tiernas promesas de amor. Si ves un dominó azul con un lazo de cinta color cereza en el hombro, levanta la voz.

-¿Y tendré esa escena de escándalo que tanto he soñado y tan cara me cuesta?

-¡Diablos! Eso es cuenta tuya. Cuando te avise que puedes abandonar a don José, te quitas la careta, si quieres, y el general te reconocerá.

-Más de uno dirá que soy Banco -agregó la joven, entusiasmada-. Mi padre se quedará asombrado y al fin me habré vengado de esta familia que rechaza mis auxilios. ¿Y si me preguntan cómo he venido?

-Enseñas la invitación. ¿No eres la condesa Olga Vronska? Dices que te la ha dado don José de Alvar...

-Y si, furioso, dice que soy su querida...

-Don José inventará un cuento. ¿No sabes que quiere casarse con la señorita de Sallandrera?

-Pero mi ruso puede enterarse de todo cuando vuelva.

-¡No hagas caso! Le cuentas la mitad de la verdad y ya verás cómo le parece una broma muy divertida. Don José será la víctima. Anda, paséate y baila. Yo tengo que irme.

-¿Le volveré a ver?

-Supongo, pero ojo con lo que haces. Si no me obedeces, es posible que al salir de aquí recibas una puñalada.

-Obedeceré -replicó Banco, estremecida por la amenaza-. Don José nunca sabrá que nos hemos puesto de acuerdo para engañarle.

El veneciano se alejó, mientras las dos mujeres siguieron por los salones, donde la concurrencia iba en aumento. El veneciano salió a la calle, tomó un modesto coche de punto y ordenó al cochero que lo llevara a la calle de Suresnes. En el dormitorio de aquella casa y junto a la chimenea, Rocambole encontró a Fátima.

-¡Ya era hora! -exclamó al ver a Rocambole-. ¿Podré vengarme esta noche?

-Dentro de una hora. Vas a verlo con tu rival y podrás oírle cuanto diga. ¡Anda, arréglate!

-Ya estoy.

-Pues, entonces, ponte ese dominó sobre los hombros, mientras yo me cambio.

Rocambole pasó a su tocador y se vistió de arlequín, amarillo y azul, sobre el que se puso un dominó. Luego dio a Fátima un antifaz y cogió un pañuelo, con el cual vendó los ojos de la gitana para salir de la casa.

-Apóyate en mi y ven -dijo el falso marqués, ofreciéndole el brazo-. No está lejos la hora de tu venganza.

Bajaron la escalera y en la calle encontraron el coche de punto. Rocambole dio la dirección y emprendieron el regreso al barrio de Beaujon. Poco antes de llegar al palacio del general español, Rocambole descendió del coche y dejó que Fátima llegase sola con la invitación recogida a la acompañante de Banco.

El falso marqués de Chamery fue a pie a recoger su coche, situado una travesía más abajo, y en él se presentó ante el palacio cuando Fátima empezaba a subir los peldaños de la monumental escalera de la entrada.

A la medianoche, más de trescientos invitados llenaban los salones, en los que reinaba el estrépito melodioso de una orquesta compuesta por más de sesenta profesores. Los lacayos se hallaban a la entrada de los salones y apenas se fijaban ya. en las cartulinas que enseñaban los que iban llegando. Tras la gitana entró el falso marqués Alberto Honorato Federico de Chamery. En el patio acababa de entrar el carruaje del duque de Sallandrera. De él descendieron dos mujeres y un hombre: don José, la duquesa y su hija Concepción. El hidalgo daba el brazo a la duquesa. En el momento en que pasaron ante el marqués de Chamery, éste tomó del brazo a Fátima y le susurró:

-Ahí tienes a don José, pero cálmate. La mujer que le acompaña es su futura suegra. La otra, Concepción. -Concepción no se casará jamás con don José -afirmó la gitana, con voz sorda-. Don José morirá antes de que suene la hora de su boda.

-Es posible -murmuró Rocambole, atravesando los salones con su acompañante-. Dentro de un momento te enseñaré a tu rival del brazo de don José. Pero ya sabes tu promesa: debes respetar la vida de esa mujer.

-Ya se lo he jurado -dijo la gitana-. Ella no es culpable

-Entonces, quédate aquí y espérame. Si quieres bailar...

-No. Quiero vengarme -respondió Fátima con voz sorda, mientras apretaba con fuerza el puñal que ocultaba bajo su dominó-. Cada minuto que pasa me parece un siglo.

-Ten paciencia y baila, entretanto.

Y Rocambole se separó de ella, que se quedó apoyada en una columna de mármol, como una sombría y siniestra aparición semejante a las de Venecia, en la época del Consejo de los Diez, que se presentaban en las fiestas y sembraban el terror en ellas.

El falso marqués de Chamery descubrió en la sala inmediata a don José disponiéndose a bailar un rigodón con su princesa polaca. Observó que en aquellos instantes regresaba la duquesa de Sallandrera, del brazo del general, y detrás iban la generala y Concepción. Rocambole se aproximó a ésta y la invitó a bailar. La condujo frente a la polaca y a don José, para preguntarles si querían hacerles un vis a vis.

-Señorita -dijo Rocambole en voz muy baja, cuando la orquesta empezó el rigodón-. ¿No es ése don José? Concepción se estremeció al reconocer a Rocambole por su voz.

-Ha hecho bien en venir -agregó él-. Se acerca la hora de su salvación. Supongo

que sufrirá de una manera horrorosa, sobre todo hace un momento, cuando dio el brazo a ese asesino. Mírele bien, porque no volverá a bailar más con él.

-¡Dios mío, Dios mío! -exclamó la joven, con voz temblorosa-. ¿Va a morir?

-Supongo que Dios le castigará de alguna manera por sus crueldades. Está sentenciado.

-Pero, ¿dónde se encuentra el verdugo? ¿No será usted? -preguntó la joven consternada.

-No. Será una mujer... Aquella mujer.

-¿La gitana? -murmuró con espanto Concepción.

-Vamos, señorita, por favor -suplicó Rocambole, emocionado-. Váyase inmediatamente del baile y llévese a su madre. Dígale que se encuentra mal, pero márchese.

-Mamá -dijo Concepción-. Me ahogo, vámonos, te lo ruego.

La duquesa tuvo miedo. Creyó que su hija iba a desmayarse y casi en brazos la hizo salir de los salones, con la ayuda de Rocambole. Este pidió un coche y las dejó dentro de él, mientras la duquesa, trastornada, gritaba al lacayo:

-¡A casa! ¡Rápido! No te entretengas.

El carruaje emprendió la marcha y Rocambole regresó al baile. Con la mirada buscó a don José, pero no lo encontró. Al final lo descubrió con la polaca en los jardines. Entonces volvió en busca de la gitana, que seguía apoyada en la columna.

-Ven. Ha llegado la hora.

-¡Al fin! -rugió Fátima, ahogada por el furor. Fueron a los jardines y en uno de los paseos Rocambole se detuvo. Sacó un frasquito que llevaba en un bolsillo y se lo dio a la gitana.

-Toma, echa un trago, no vayas a desfallecer en el último instante y todo se pierda.

La gitana cogió el frasco, lo destapó y se lo bebió de un trago.

-¡Qué amargo es! -exclamó, tirando el frasco vacío.

-Sí, pero la venganza es dulce. Vamos a esa alameda. La tomó de la mano y continuó guiándola hasta la entrada de un cenador formado por árboles. Un hombre que llevaba un dominó oscuro hablaba en voz baja con una hermosa mujer a quien medio abrazaba cariñosamente.

-Míralos -indicó Rocambole-. Puedes escuchar, si quieres.

Fátima se escondió entre los árboles y se aproximó cautelosamente hasta llegar donde estaba don José, que no oía ruido alguno a causa del embeleso que le consumía.

Rocambole vio cómo la gitana sacaba su puñal y lo blandía en el aire mientras escuchaba, enfurecida. Sin hacer ruido, el joven se alejó de puntillas hasta llegar a un lugar apartado, donde se despojó del dominó.

-Bien. La cosa está hecha. Esa pobre Fátima no tiene tiempo más que para acabar con don José. Ahora me casaré con Concepción.

Cuando concluía su monólogo, oyóse un grito de dolor y de agonía. Rocambole se marchó del baile, pensando que la gitana había cumplido su palabra. Don José estaba muerto.

CAPITULO VIII

Don. José de Alvar había muerto apuñalado por Fátima. Banco se desmayó del susto y la gitana se retorció poco después, entre gemidos de muerte, gracias al veneno

que Rocambole le había hecho beber momentos antes de cometer el crimen. La concurrencia quedó aterrada ante la tragedia. Unos se llevaron a don José, otros cogieron a Fátima en medio de sus agónicas convulsiones, y unos terceros atendieron a la desmayada Banco. Cuando a ésta le quitaron el antifaz, alguien la reconoció y la muchacha terminó mofándose de todos como había deseado, incluido su padre, el cual, avergonzado, quiso sacarla de allí a la fuerza.

Rocambole se enteró de todo ello al día siguiente, mientras almorzaba en el club. Después se fue a ver el cadáver de la gitana, aún depositado en uno de los salones del palacio del general español. Luego se llegó hasta el palacio del duque de Sallandrera, en donde habían acogido el cadáver de don José. No le dejaron entrar. Le indicaron que al día siguiente se celebraría el entierro. Dejó su tarjeta y regresó a su casa, en donde Fabián lo acogió de bastante buen humor. Cenó con su familia y más tarde se fue al club. Esperaba que Concepción le enviase una carta o le avisara. A la salida del club reconoció al negrito de la joven que le llevaba una larga carta. Decidió encerrarse en su dormitorio para leerla.

La carta, escrita con letra menuda y apretada, tenía un alcance imprevisto para la muchacha. En ella se expresaba de un modo que daba a entender que Rocambole la compadeciese por haberse visto en la dura necesidad de procurar la muerte de su primo José. Pero al mismo tiempo le daba las gracias por haberla ayudado en tal operación. Lo que en apariencia carecía de lógica, sólo tenía un significado: Concepción amaba al marqués de Chamery, aunque éste, en realidad, sólo era el hijo adoptivo de la tía Fipart y el mismo que había enviado al cadalso a Nicolo.

Por la mañana, después de vestirse de negro con intención de asistir a la conducción del cadáver de don José al cementerio, subió a ver a sir Williams para darle cuenta de la carta de la señorita de Sallandrera. Cuando Rocambole se la hubo leído, el ciego escribió en la pizarra que tenía para comunicarse:

«Es indudable que hemos adelantado mucho. Te ama y el mayor obstáculo ya no existe. Sin embargo...»

-Sin embargo, ¿qué? -apuró Rocambole, al ver que el ciego se había detenido y daba vueltas al lápiz entre sus dedos.

«El duque es grande de España, tiene setecientas mil libras de renta, que ahora aumentará con las herencias de Pedro y de José. El marqués de Chamery, aunque noble, pertenece a una nobleza inferior.»

-¡Diablos, querido tío! -exclamó con indignación Rocambole-. Mis antepasados estuvieron en Malta.

Sir Williams sonrió con indulgencia y mientras se encogía de hombros, escribió en la pizarra:

«¿Acaso olvidas, querido sobrino, que la viuda Fipart te cerró esa puerta? Además, tu renta es una friolera.»

-¡Bah! -protestó el joven, molesto-. Con tal que ella me quiera de verdad...

«El duque tendrá otras miras para ella. Algún gran señor que la haya pretendido.»

-El antiguo conde de Chateau-Mailly, que actualmente es duque por la muerte de su tío, aquel vejestorio que pretendía casarse con la perfumista Malassis. ¿Te: acuerdas?

El ciego afirmó con un movimiento de cabeza. Escribió

«Ahí está el peligro. Muerto don José, el conde insistirá.»

-El peligro se halla en otra parte -replicó Rocambole-. Acuérdate de Baccarat. Se marchó a Rusia y aquí la esperan a primeros de mes. Ella trataba al duque y a la familia Sallandrera. Hasta creo que le gustaba que ellos se casasen.

Sir Williams, que se había estremecido al oír el nombre de su temible enemiga,

hizo vivos gestos para que Rocambole le informase de más cosas sobre la condesa de Artoff.

-Hasta ahora he encontrado a diez personas que

conocieron al vizconde de Cambolh y otras tantas a don Iñigo de los Montes, pero ninguna me ha reconocido. Baccarat puede hacerlo. Ella y su esposo tratan mucho a los Sallandrera, a quienes conocieron hace dos años en Wiesbaden. El conde de Artoff fue quien introdujo al duque de Chateau-Mailly en el palacio de los Sallandrera. Y acuérdate, querido tío, de que tú fuiste quien antaño puso en relaciones a toda esa gente.

El ciego suspiró profundamente y su discípulo agregó:

-Será conveniente aprovechar que los Sallandrera marchan a España para ocuparnos de Baccarat. Si nos hubiésemos ocupado menos del filántropo de tu hermano y un poco más de Baccarat, seguramente estarías con lengua y con ojos. Quién sabe -prosiguió con tono burlón- si no te habrías retirado a vivir tranquilamente con esa linda Sara a la que pretendías hacer tu amante.

Sir Williams palideció al oír el nombre de la joven judía, lo cual hizo exclamar a Rocambole, mientras sonreía:

-Aún sigues enamorado, ¿eh? Pues bien, si quieres, combinaremos un plan para acabar con Baccarat y, de paso, no estaría mal darte a Sara como recompensa por tu sabiduría.

Con sus gestos y su actitud, el ciego dio pruebas de una alegría feroz. Rocambole sacó su reloj y se despidió para acudir al funeral, dejando a sir Williams en una terrible sobreexcitación provocada por el recuerdo de la hebrea, primera y misteriosa causa de todos sus fracasos, y por la cual seguía experimentando un deseo violento y feroz.

Aquella noche, a las doce, Rocambole se presentó como otras veces en la puertecilla del bulevar de los Inválidos, para acudir a la cita con la señorita de Sallandrera. El negrito estaba allí para conducirle ante su ama. Concepción le esperaba en su estudio. Estaba tan conmovida cuando él entró, que no tuvo fuerzas para abandonar su asiento. Rocambole se mostró admirablemente confuso, mientras caminaba desde la puerta hasta ella. Balbució palabras incoherentes y permaneció en pie, mientras el corazón de la joven palpitaba con tal fuerza que durante unos minutos no pudo pronunciar ninguna palabra.

Rocambole la cogió de una mano y ella ya no pudo

hacer más esfuerzos por dominarse. Lo abrazó acongojadamente y, refugiándose en su pecho, empezó a murmurar de forma atropellada:

-¡Cuánto he sufrido durante estos dos días!

-No ha sufrido sola, señorita.

-No puedo resistirlo -añadió la joven, esforzándose por dominarse-. Me oprime el temor de que hayamos matado a mi padre.

-No tenga remordimientos por la muerte de ese miserable don José. No lo hemos matado nosotros, sino Dios, que es justo. También se encargará de abrir los ojos a quienes lloran a los asesinos, como si éstos fueran víctimas. -Y agregó con súbita vehemencia-: Si hay que compadecer a alguien, señorita, será a quien la vea alejarse para siempre.

-No, eso no -respondió con viveza Concepción-. Regresaremos a París antes de un mes. Mi padre le tiene horror a España... Quiere vivir en Francia.

Rocambole la tomó de los brazos y la separó un poco para mirar su rostro, como si temiera ahogarse de felicidad. Luego inició el gesto de besarla. Concepción retiró con viveza el rostro, pero dijo sin cólera:

-Cuando le revelé mis amarguras y acepté su protección, le dije que sería agradecida si mi corazón, probado por tantos dolores, no estuviera muerto a un amor...

Se quedó sin voz a causa, de la emoción que la embargaba. Parecía estar leyendo en el fondo de su corazón. La verdad no la dejaba tranquila. Rocambole lo comprendió en seguida y la atrajo de nuevo hacia sí. Ella no opuso resistencia alguna y el fingido marqués la besó apasionadamente.

-¡Dios mío! -exclamó la muchacha, desasiéndose-. Márchese y deje que me vaya. Espere mi regreso. Volveré dentro de un mes.

Rocambole la obedeció y se separó de ella, pero no tuvo valor para marcharse. Volvió el rostro para contemplar el delicado perfil de la muchacha, y sintió una entrañable sacudida. Durante más de un minuto permanecieron en silencio. Rocambole percibía la respiración de ella y su perfume embriagador, que le excitaba y le dejaba insatisfecho.

-Concepción -dijo con voz conmovida, que la estremeció hasta el fondo del alma-. La amo, la quiero.

No supo cómo ocurrieron las cosas. La enlazó y la besó sin contener más tiempo su instinto. Por un instante se sintió transportado a un mundo maravilloso y extraño. Era como emerger de una vorágine y cabalgar sobre una llameante onda incendiaria.

Concepción no supo cuánto duró aquello ni por qué sucedió. Sintió terror en medio del placer y se retiró débilmente para mirarle, algo turbada. Susurró, enfrentándole su hermosísimo rostro, pálido y exaltado

-Antes de que lo conociera, todo era tan distinto...

-Ya sé que sólo soy un pobre caballero francés que posee una modesta fortuna y lleva un título oscuro, casi indigno de aliarse con un Sallandrera...

-Todos los caballeros son iguales -replicó ella con sencillez y emoción subyugadora-. Los reyes otorgan los títulos, pero el tiempo consagra los linajes. El suyo es tan antiguo como el mío.

Parecía como si las palabras se aferrasen a su garganta y le costara decir el párrafo que anhelaba. Luego lo contempló con sus inmensos ojos, enrojecidos, brillantes. Sus húmedos labios, ligeramente entreabiertos, parecían temblar y querer enloquecerlo.

Rocambole la tomó entre sus brazos y la estrechó con fuerza. Concepción le echó los brazos al cuello y se besaron con violencia. De nuevo Rocambole tuvo la sensación de que viajaba en una nube y que la señorita de Sallandrera le sujetaba de la nuca para que no cayese.

El hielo se había roto entre los dos jóvenes. El fingido marqués de Chamery formuló su pensamiento con toda claridad:

-Aspiro a casarme contigo, pero temo no ser bastante noble ni rico.

-Eres muy modesto -respondió Concepción, todavía con más claridad-. Espérame.

Rocambole se quedó tenso, mirándola. Ella no decía que le amaba, pero no podía dudarlo por más tiempo. La tomó de la cintura, pero ella se inmovilizó, mirándole con fijeza. Negó lentamente con la cabeza y quedaron en silencio durante un buen rato. Uno frente a otro. Ambos pensando en ellos.

-¿Y si te escribiera en ese tiempo? -murmuró él.

-Te contestaría. Recibiría las cartas en secreto y las contestaría -murmuró la joven, mientras acariciaba una de las manos de Rocambole.

Empezaron a sonar las secas y metálicas campanadas de un reloj. La muchacha se sobresaltó y, moviéndose con viveza, exclamó, en tanto se levantaba:

-¡Dios mío! Márchese, 'se lo suplico.

-¿Tan pronto?

-Mi padre no se acuesta nunca antes de las dos. A veces se le ocurre subir a verme,

y si lo encuentra aquí, estamos perdidos.

-Bien. Me marcho -comentó Rocambole, con cierto ahogo.

-Hasta dentro de un mes -dijo ella, acompañándole al final del pasillo-. Adiós.

El cogió su rostro entre sus manos y la besó en los labios. La joven se separó bruscamente de él y corrió a encerrarse en su estudio. Ocultó su rostro entre las manos y se echó a llorar, en tanto murmuraba:

-¡Dios mío, Dios mío! Le quiero.

Al salir del palacio de Sallandrera por la puertecita del jardín, Rocambole caminaba como un triunfador. Pensaba que, a poca ayuda que le prestase el diablo, moriría dentro de la piel de un grande de España. Aquello, además de agradable, resultaba emocionante.

Llegó al bulevar de los Inválidos cuando empezaba a caer una llovizna suave y molesta que azotaba el rostro. El lugar estaba desierto y él apretó el paso para alcanzar su berlina, que se encontraba bajando hacia el muelle. Apenas había recorrido la mitad del camino, cuando llamaron su atención unos gritos de socorro y palabras breves e iracundas. Descubrió a dos personas que disputaban violentamente. Apresuró más el paso y no tardó en ver que eran un hombre y una mujer que se defendía de los golpes que le propinaba su agresor. Rocambole intervino, dando un tremendo puñetazo en la nuca al agresor, al que hizo caer, aturdido.

-¡Lárgate y deja en paz a esta mujer, o te rompo la cabeza! -le amenazó Rocambole, cuando el individuo trataba de incorporarse y con rabia apretaba los puños.

El hombre no estaba dispuesto a dejarse intimidar, pero el bastoncillo de Rocambole ejecutó un molinete y le sacudió tal golpe que le obligó a abandonar cobardemente el lugar. La mujer seguía temblando cuando Rocambole se volvió a ella para brindarle su protección. Luego, al oír la voz que le daba las gracias, se impresionó y un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Antes de que pudiera reaccionar, tomó de un brazo a la mujer y la obligó a caminar hasta situarla ante la luz de los faroles de su berlina. Al ver su rostro exclamó, estupefacto:

-¡Baccarat!

-Se equivoca, caballero -replicó la mujer, un poco intrigada por aquella inesperada actitud-. Nunca me he llamado así.

-¿No? -replicó Rocambole, confundido y asombrado.

La examinó con atención. Aquéllos eran el talle esbelto y flexible de Baccarat, sus magníficos cabellos rubios, su sonrisa triste y cariñosa y el puro y correcto óvalo de su rostro. Claro que parecía un poco demacrada y hasta vestía andrajos, pero antes de volver a ser Baccarat se hizo llamar la señora Charmet y solía distribuir limosnas en los barrios míseros. Temió que Baccarat le hubiera reconocido, pero en seguida comprendió que si realmente aquella mujer hubiera sido Baccarat, no se habría dejado amenazar por el hombre que la había golpeado.

-Sin duda me equivoco -murmuró Rocambole-. Pero se parece mucho a una persona que conocí hace tiempo. -La miró otra vez y añadió-: De todos modos, no tema nada, señora. Dígame adónde quiere que la acompañe. Tengo aquí mi coche.

La mujer se ruborizó al verle abrir la portezuela invitándola a subir y balbució, haciendo un gran esfuerzo:

-Caballero..., no tengo casa... Vivía con ese hombre y, como me maltrataba..., escapé de él.

-Bien. Suba a mi coche y, de momento, la llevaré a una casa donde estará segura. -Como viese que ella vacilaba, la empujó, la hizo sentar y se colocó a su lado. Gritó a su cochero-: ¡A la calle Suresnes!

Rocambole interrogó a su viajera, que dijo llamarse Rebeca y ser hija de una judía que se enamoró de un obrero que no quiso casarse con ella por cuestiones religiosas. El hombre, grabador de oficio, se había casado poco después con la que seria madre de Baccarat y de Cereza.

Tal noticia entusiasmó a Rocambole, el cual, después de oír cómo la chica quedó huérfana cuando tenia cinco años y a los quince se había ido a vivir con un estudiante al Barrio Latino, de donde fue cayendo hasta llegar a Augusto, el hombre que le pegaba, comentó:

-De modo que odia a esa mujer que es hermana suya y que se le parece tanto.

-La odio con toda mi alma.

-Eso está bien -replicó con frialdad Rocambole-. Yo también la odio y si aceptase mis consejos podría vengarse de ella y vengarme a mí. La quise mucho, ¿sabe? Y me pisoteó.

-Comprendo -murmuró ella, quedándose pensativa antes de añadir con feroz ingenuidad-: No tengo a quien amar, necesito odiar a alguien. Pero no sé cómo vengarme.

-No se inquiete. Yo la ayudaré -añadió Rocambole, viendo con satisfacción que aquel rostro demacrado adquiría una expresión de alegría cruel-. Ahora se quedará en mi casa, como si fuera la suya. Mi criado la servirá y yo vendré a verla todos los días.

Rebeca creyó que se burlaba de ella y le miró con desconfianza, pero la berlina ya había llegado a la calle Suresnes, y Rocambole la invitó a descender de ella para subir al piso. Una vez en él, le ofreció un asiento.

-¿Vive usted aquí? -preguntó ella, sin salir de su asombro.

-No, pero este piso es mío.

-Entonces, debe de ser muy rico -exclamó con admiración la muchacha.

-Lo suficiente para llenar todos los meses su cofia con monedas de veinte francos -replicó Rocambole, disponiéndose a dejarla-. Instálese a su gusto, que yo volveré mañana. Buenas noches -salió de la habitación y se dirigió al criado, el cual seguía en la antesala-. Da a esa mujer cuanto pida, pero no la dejes marchar. Me respondes de ella.

El criado se inclinó y Rocambole regresó a su coche para ordenar que lo llevaran a su palacio. Eran más de las dos de la madrugada, pero sabía que sir Williams le esperaría con impaciencia para conocer el resultado de su entrevista con Concepción, aunque a él lo que más le interesaba contarle era aquel inesperado encuentro con la hermana natural de Baccarat.

Sir Williams, después de escuchar, embelesado, los rápidos progresos amorosos de su discípulo en el corazón de la joven señorita de Sallandrera, se quedó asombrado y conmovido al oírle decir

-¿No decías que mientras Concepción se iba a España debíamos entretener nuestros ocios ocupándonos de Baccarat? Pues adivina a quién he encontrado hace un momento.

«¿Es que Baccarat ha llegado a París?», escribió el ciego, estremeciéndose.

-No, pero he descubierto a la hermana natural de Baccarat y se le parece como una gota de agua a otra gota de agua. Y creo que tú, que eres hombre de talento, encontrarás el medio de utilizarla.

Y le relató la especie de secuestro que acababa de practicar, mientras el rostro del ciego se animaba, se formaban arrugas en su frente y sus ojos se movían con extraña expresión en sus órbitas.

-¿Qué te parece? -terminó Rocambole-. Está visto que has debido de fumar la pipa con el diablo, ya que éste te favorece.

El ciego apoyó la cabeza en sus manos y se entregó a una profunda meditación, sin que su discípulo se atreviese a interrumpirle. Luego cogió la pizarra y escribió:

«Márchate a la cama y mañana hablaremos. Estoy a punto de encontrar una solución.»

Obediente a los consejos de su maestro, el marqués de Chamery regresó a su cuarto, guardó con mucho cuidado las cartas de Concepción y se metió en la cama. Al día siguiente se levantó tarde y decidió almorzar con sus hermanos. Fue en busca de la vizcondesa de Asmolles y en el saloncito de fumadores se encontró a Fabián con su pariente y amigo, Rolando de Clayet, el joven con quien meses antes se había batido en el Bois de Boulogne por causa de Andrea Brunot.

-¡Caramba! -exclamó Fabián, al ver a su cuñado-. Llegas a tiempo de oír la historia de Rolando.

-¿De qué se trata? -preguntó Rocambole, . estrechando la mano del invitado, cuya alargada y melancólica cara parodiaba al joven Werther-. Pero, ¿sigue enamorado todavía?

-¡Ay! -suspiró el infeliz.

-Claro -dijo Fabián, riéndose-. Pero no de Andrea. Por lo visto, su viaje a Alemania le ha curado, aunque vuelve con una nueva pena en el corazón.

-Eso es lo que se dice «un clavo saca otro clavo» -comentó Rocambole.

-Imagínate -replicó, enfático, Fabián-. El pobre Rolando huye de París con el corazón lacerado y sin ilusiones para buscar consuelo entre la polvareda de las carreteras, entre la umbría Selva Negra y en la cocina de los hoteles germánicos. Jura que no regresará hasta hallarse completamente curado...

-Y lo estaba -replicó el aludido-. Después de tres meses me sentía con el corazón vacío, pero al empezar el cuarto mes...

-Una pasión alemana -atajó Rocambole.

-No, rusa -corrigió Fabián-. No sé detalles, pero como el amor necesita desahogo, Rolando nos lo va a contar todo.

-¡Dios mío! -clamó con tristeza el joven-. Pero si todo me es desconocido. Sólo sé que la amo.

-¡Qué efecto! -exclamó, irónico, Rocambole-. ¡Vaya frase! La amo.

-Hasta la muerte -añadió Rolando-. Y no se ría; en realidad padezco mucho.

-Y en París piensas curarte del amor nacido en Alemania, ¿no? -dijo Fabián, sonriente.

-Apenas la he visto y ni siquiera le he hablado -respondió Rolando, moviendo la cabeza con expresión dolorida.

-Amigo mío -comentó Rocambole-. Usted no es un hombre, es un barril de pólvora. ¡Pardiez! Amar hasta la muerte a una mujer con la que ni ha hablado. ¡Eso sólo ocurre en las novelas!

-Es que mi amor es toda una novela.

-¿Puede leerse?

-La vi en Baden -empezó a contar Rolando-. Hacía pocos días que había llegado y echaba de menos París. Un amigo casual me llevó al baile de la Casa de Conversación. Me dijo que iba a mostrarme a la mujer más bonita que había en la ciudad. Me contó quién era y fui al baile, impulsado por una gran curiosidad. Yo había oído hablar mucho de aquella mujer y cuando la vi me enamoré perdidamente de ella.

-¡Caramba, qué pronto se enamora usted! -exclamó Rocambole, riendo-. ¿Y quién era esa hermosa mujer?

-La condesa de Artoff, que en otros tiempos era conocida por Baccarat.

Aquella revelación conmovió a Rocambole. Era una tremenda sorpresa que lo puso

alerta, mientras lo estremecía. Prestó suma atención al relato que Rolando, con una mano en el corazón, explicaba con una sonrisa melancólica:

-El siguiente día lo pasé dando vueltas por los paseos y alrededores de la Conversación. Tenía la esperanza de encontrármela, pero fue imposible. Por la noche decidí cenar en el hotel donde se hospedaban los condes y supe que éstos habían dejado Baden aquella misma mañana para irse a Heidelberg.

-Y se fue a Heidelberg, ¿no? -inquirió Rocambole, aparentando buen humor-. Allí la encontró...

-Le salvé la vida -rectificó Rolando, con acento de ridículo orgullo.

-Alto, perdone -interrumpió Rocambole-. Explíquese bien. ¿Salvó la vida de la condesa?

-Sí, y cuando sepan lo sucedido comprenderán que no le haya hablado y que apenas la haya visto.

-Eso me parece muy raro -comentó Rocambole.

-Es que la locura de mi amigo Rolando se ha convertido en una monomanía -manifestó Fabián-. Ahora vamos a almorzar y luego continuaremos el relato de tus aventuras.

Cogió por un brazo a Rolando de Clayet, y Rocambole les siguió, muy pensativo. Si a sir Williams no le pareciese mal, una bonita solución sería tener un joven entusiasta y loco que se enamorase de Baccarat. El rudo conde de Artoff podía encargarse del resto.

Terminado el almuerzo, el vizconde Fabián de Asmolles llevó al salón de fumar a su pretendido cuñado Rocambole y a su amigo Rolando, el cual durante la comida había tenido el buen gusto de no hablar ni una palabra de Baccarat. Pero tomando el café y fumando unos cigarros les siguió relatando cómo había estado siguiendo a su dama, que solía dar un paseo en barca casi todas las tardes en compañía de dos cosacos. El la espiaba y cierto día que su yola se deslizaba dando bordadas, zozobró. Los cosacos no sabían nadar y la condesa estuvo a punto de ahogarse. Rolando se zambulló, acudió en su auxilio y desmayada pero con vida, la sacó a tierra. Los cosacos, que habían logrado recuperar la barca, llegaron a tierra, se apoderaron de la desmayada condesa, le saludaron con mucha seriedad y lo dejaron abandonado en la orilla.

-Eso fue una descortesía -comentó Fabián.

-Mayor fue cuando dos horas más tarde me presenté en su casa para saber cómo seguía y uno de los cosacos, al reconocerme, me dio con las puertas en las narices.

-¡Diablos, sí que es celoso el conde! -murmuró Rocambole.

-Al día siguiente envié una tarjeta, confiando en que la condesa se dignaría responderme, y así fue. Recibí una misiva en la que decía que no olvidaría mi acto y confiaba que iría a visitarla, pasados quince días, en París.

-Eso era tanto como decir que no deseaba verte -indicó Fabián-. ¿Qué hiciste?

-Pensé lo mismo, pero como recibí carta de mi tío urgiendo mi presencia para un asunto de familia, me fui al Franco Condado, esperando que con el viaje se curase mi naciente pasión. Luego he llegado aquí y estoy peor que cuando emprendí el viaje a Heidelberg... Claro que, dentro de ocho días, la condesa estará aquí -agregó, animándose súbitamente-. Y entonces será preciso que la vea y que me ame.

-¡Oh, oh! -exclamó Fabián-. Eso de que «será preciso», me resulta muy gracioso.

-A mí también -replicó Rocambole, sonriendo mientras se ponía en pie-. En fin, les dejo. Tengo que salir -y agregó, dirigiéndose a Rolando-: Espero que su amor sea felicidad más que tragedia.

Y el fingido marqués salió del saloncito y subió al dormitorio de sir Williams. El

ciego estaba sentado en su butaca, bien abrigado con su bata y la frente perlada de sudor.

-¡Vaya! -exclamó Rocambole-. Parece que has pensado mucho. ¿Qué has discurrido?

«¿Cuándo vuelve Baccarat?», escribió en la pizarra el ciego.

-Dentro de ocho días. Lo acabo de saber con certeza.

«Es necesario encontrar a un joven entusiasta, ardiente y bastante alocado, para que se enamore de la condesa de Artoff. Creo que, una vez encontrado el joven, Baccarat pasará muy malos ratos.»

Al leer Rocambole aquella frase luminosa, empezó a sonreír y contó al ciego lo que acababa de saber. Una repugnante sonrisa apareció en el rostro del mutilado.

-Querido tío -concluyó Rocambole-. Como verás, tus lecciones no caen en saco roto. Yo también había pensado en este joven entusiasta y enamoradizo que anda chalado por Baccarat.

El ciego volvió a escribir:

«Siendo así, ya sé lo que vamos a hacer. Fíjate bien.» Y sir Williams empezó a trazar su nueva maquinación, nacida del odio y de la venganza que tan apasionadamente movían a aquel genio del mal.

CAPITULO IX

Rolando de Clayet, el fatuo joven que se había batido con el vizconde Fabián de Asmolles por amor a la señorita Andrea Brunot, que usurpaba el apellido de «Chamery» y que después de la boda de ésta se marchó a Alemania para curarse de su pasión, vivía en París desde hacía ocho días con la nueva pasión que le había inspirado la condesa de Artoff. Durante ese tiempo, a pesar de creerse el hombre más desgraciado, el más fatalmente herido por el amor, había paseado por todas partes. Se le había visto el viernes en la ópera, todas las noches en su club, en el bois y en los Campos Elíseos desde las doce hasta las cuatro de la tarde, a caballo o guiando su faetón. Vio a veinte amigos y a todos les confió, bajo promesa de la mayor reserva, las desdichas que le inspiraba el amor por la condesa de Artoff. Rolando era un verdadero fanfarrón del vicio. Había estudiado algo de la vida en las novelas de su época, mucho en la intimidad de otros jóvenes tan locos y emancipados al salir del colegio como él, y como él persuadidos de que la edad de la suprema sabiduría son los veinte años; el amigo más seguro, el sastre que presta dinero; la mujer menos respetable, la que manifiesta ser insensible a las declaraciones de los jovenzuelos; y la más digna de ser amada, aquella que señalaron las miradas de tres o cuatro aventuras escandalosas. Rolando era uno de esos hombres que, no habiendo amado realmente nunca, siempre han profanado el amor verdadero. Y la nueva pasión hacia Baccarat, de que tanta gala hizo ante Rocambole y Fabián, era más vanidad que atracción y simpatía.

Aquella mañana estaba Rolando en su casa de la calle Provence. Un piso de soltero muy cómodo, pero extravagantemente distribuido: trofeos en el comedor, retratos de mujeres en la sala, una colección de pipas turcas, orientales, indias y chinas en el fumadero, y un tocador semejante al que ciertas mujeres desean encontrar en casa de un soltero. Rolando se tomaba con seriedad y con minucioso cuidado la extraordinaria ocupación de anudarse la corbata. Germán, su ayuda de cámara, que le había sido recomendado por Rocambole, le ayudaba en tan grave operación y a la vez le

informaba de aquello que su verdadero señor quería que Rolando supiese la llegada de Baccarat a París y su estancia de incógnito en Passy, en la calle la Pompe.

-Pero, ¿por qué de incógnito? -inquirió el fatuo joven.

-Eso es lo que la doncella no sabe. Me dijo que en Passy, pero no la calle ni el número -agregó Germán-. Confío, sin embargo, en que esta noche, cuando vuelva al baile del Mont-Blanc...

-Escucha, Germán -dijo con viveza Rolando-. Si me traes esta noche sus señas, te daré diez luises.

-¡Bah! -respondió desdeñosamente el criado-. El señor es demasiado bueno. Yo no le sirvo por interés.

-Entonces, ¿por qué?

-Por orgullo. Si el señor llegase a ser el amante de la condesa de Artoff, yo lo tendría a gala.

-Lo seré, tenlo por seguro -replicó ufanamente el aludido, convencido de que si Baccarat había regresado a París de incógnito no era más que por verse con él. Su carta de Heildelberg era como un preámbulo a su amor.

Acababa de arreglarse cuando recibió la visita de su amigo Octavio, el único que ignoraba su nueva pasión por haber estado ausente de París. Octavio iba vestido de negro de pies a cabeza, llevaba luto en el sombrero y tenía el gesto cariacontecido y al mismo tiempo alegre, propio del heredero que empieza a disfrutar de cincuenta y tres mil libras de renta en buenas fincas.

Rolando se consideró dichoso al poder referir por vigésimo primera vez su aventura con la condesa de Artoff y Octavio supo, además, lo que ignoraban los demás amigos: que Baccarat había llegado de incógnito. Noticia que se confirmó cuando, al salir ambos para el club, un recadero entregó una carta a Rolando. No tenía firma, pero decía:

« Si el señor Rolando de Clayet es lo que se cree y parece, o sea, un caballero joven y audaz, digno del apellido que lleva y del amor que ha inspirado, no se negará a ensillar un caballo después de las once de la noche para dirigirse a la barrera de l'Etoile. Desde allí seguirá por la avenida de Saint-Cloud hasta llegar a Passy. Una vez en dicho lugar, irá a la calle la Pompe y esperará...»

-¿Qué te decía yo? -exclamó Octavio, cuando la hubieron leído-. Es ella.

-Pero ésta no es su escritura.

-¡Tú eres tonto! ¿Acaso no hay doncellas que se encarguen de escribir tal clase de cartas?

-Es posible -dijo con satisfacción, mientras llamaba a Germán para preguntarle-: ¿Conoces la letra de esa doncella de quien me hablabas hace poco, la de Passy?

-Creo que sí, señor -respondió con fatuidad Germán-. Y sospecho que ella se ha permitido escribir al señor.

Germán señaló con un dedo la carta y Rolando no dudó más. Baccarat le escribía dándole una cita.

-He ganado la apuesta -dijo Octavio, echándose a reír.

Luego cogió del brazo a Rolando y se lo llevó a almorzar al café de París.

El marqués de Chamery se encontraba precisamente en él almorzando solo y sin

Librodot

tomar parte en la conversación de cuatro asiduos concurrentes que conocían perfectamente al joven Octavio y a su amigo Rolando. Los cuatro celebraron con algaradas la aparición del joven vestido de heredero y supieron, por boca de éste, que Rolando de Clayet tenía concertada una cita para aquella noche con su enamorada, la condesa de Artoff. Cuando terminaron de comer y se levantaban de la mesa, Rocambole cogió del brazo a Rolando y se lo llevó a un lado.

-Amigo mío -le dijo-. ¿Quiere que le diga cuál es el filósofo más notable de los tiempos modernos?

-Desde luego -contestó, asombrado, Rolando-. ¿Quién es?

-Lafontaine, porque entre otras frases de alta sabiduría, como hubiese dicho Rabelais, escribió la historia de cierta piel de oso... -Rolando se turbó hasta ponerse encarnado y Rocambole prosiguió diciéndole-: No sé, amigo mío, si la condesa ha vuelto o no de incógnito por usted, ni tampoco si le espera a medianoche, pero estoy seguro de que si supiera que, por boca de un joven como su amigo, se ha jactado, en el café de París, de estar citado con ella, no acudiría la cita.

-Tiene usted razón -balbució, avergonzado, Rolando-. He hecho mal confiando en Octavio. Es un atolondrado.

Y salió del café de París para reunirse con Octavio, mientras Rocambole pensaba que debía dar una vuelta por Passy para instruir un poco más a su discípula. Esta no era otra que la hermana natural de Baccarat, la desdichada Rebeca, a la que salvara de manos de su antiguo amigo y a quien había instalado, al día siguiente de su encuentro, en un hermoso y confortable pisito de la calle la Pompe. Allí, Rocambole descubrió que la mujer no sólo había cambiado de piel, sino que también había recordado algunos rápidos y lejanos tiempos de opulencia. Sabía hacerse servir y ofreció a Rocambole una buena comida trufada con champaña helado y un burdeos templado a un grado conveniente.

-A propósito -le había dicho Rocambole durante aquella primera cena juntos-. Supongo que habrás creído que iba a convertirme en tu amigo.

-Claro -afirmó Rebeca con una sonrisa franca y desvergonzada, a la vez que llenaba una copa de champagne-. Me parece que tiene derecho a ello, ¿no?

-¿Tú crees?

-Cuando se hacen las cosas a lo grande, como usted sabe hacerlas...

-Pues te equivocas.

-¿Cómo? exclamó, asombrada, Rebeca-. Entonces, ¿qué quiere de mí?

-Hacerte una mujer distinguida y bien relacionada en sociedad. Voy a educarte de acuerdo con el nombre que llevarás de ahora en adelante.

-¡Vaya! -estalló Rebeca en carcajadas-. Ahora, el filántropo va a darme un nombre, como si pretendiera volver al camino de la virtud a las extraviadas en la carrera del vicio.

-No es eso exactamente, pero poco importa. Desde hoy te llamarás condesa de Artoff; es decir, Baccarat -afirmó Rocambole, recalcando las últimas palabras.

Y la falsa Baccarat se disponía a recibir aquella noche al fatuo Rolando de Clayet, quien antes fue a cenar a casa del vizconde de Asmolles. Fabián estaba con Rocambole, y al ver a su amigo con actitud modesta y a la vez orgullosa, le dijo:

-Acabo de saber cosas muy buenas referentes a ti, amigo mío. Chamery acaba de contarme cosas más que extrañas...

-¡Chist! Silencio -interrumpió Rolando-. Es un misterio.

-Tan misterio como el que venga a comer aquí y esta mañana haya almorzado en el café de París -intervino Rocambole, poniendo encarnado al joven-. Creo, amigo mío, que tendrá la suficiente experiencia para saber cómo deben ocultarse estas cosas.

Hasta ahora sólo se muestra como un colegial.

-¡Caballero! -exclamó Rolando, ofendido.

-¡Bah! -intervino Fabián-. Somos más viejos que tú y nos permitirás que te sermoneemos. Lo que dice Chamery es muy acertado. Si la condesa te ha escrito, cosa que dudo muchísimo...

-Aquí está la carta -respondió con vehemencia Rolando.

-Deberías guardártela -acabó el vizconde-. Es feo comprometer a una mujer y, además, te expones a tener un duelo con su marido.

-Me importa poco.

-¿Acaso te atreverías a presentarte ante ella después de matar a su marido? -comentó desdeñosamente Fabián, y al ver que el aludido no respondía, agregó-: ¿Olvidas que soy amigo del conde Artoff y también tuyo? Si la condesa llegase a amarte, me vería en una situación muy difícil.

Rolando de Clayet bajó la cabeza, algo avergonzado, y no se atrevió a rechistar. Fabián apoyó cariñosamente una mano sobre su hombro y dijo con acento paternal:

-Vamos, confiesa que ya has contado tu supuesta felicidad a todos tus amigos del círculo y que éstos se han burlado de ti.

-¿Que se han burlado?

-Claro, hombre. Alguno de ellos te habrá escrito esa carta para divertirse con la loca pasión que te inspira la condesa de Artoff.

-¿Quién se atrevería? -murmuró Rolando, poniéndose pálido mientras Fabián se echaba a reír-. ¿Por qué habrían de hacerlo?

-Porque la condesa quiere a su marido y tiene muy buenos ojos.

-¿El amor es cuestión de vista? -preguntó, desabrido, Rolando.

-Casi siempre. Cuando una mujer tiene buenos ojos puede apreciar las ventajas del hombre a quien ama. Para mí, sólo después de ver con mis propios ojos cómo la que se llamó Baccarat permite que te arrodilles delante de ella, creeré en ese amor. Tú no vales lo que el conde Artoff.

Rolando de Clayet iba a responder con violencia a tan severa lección, cuando se abrió la puerta del gabinete de fumar y apareció Blanca de Chamery.

-Señores -dijo-. ¿Quieren hacerme el favor de venir a cenar?

El impetuoso señor de Clayet le ofreció el brazo al desvanecerse su cólera ante la sonrisa de ángel de la vizcondesa. Y a medianoche se encontraba esperando en la desierta calle la Pompe; una hora más tarde, le dejaba en el mismo sitio el criado de la falsa condesa, después de haber tenido una entrevista con ella. Durante el primer cuarto de hora tuvo confusas las ideas, mas, poco a poco logró ordenar sus recuerdos y analizar sus sensaciones. Estaba tan radiante de felicidad que se llegó hasta el círculo por si encontraba a Octavio. Su joven amigo no estaba allí, por lo que regresó a su casa, contrariado al no haber podido comunicarle su felicidad. Se acostó deseando que Octavio le despertara al mediodía, pero quien lo hizo fue Rocambole. Vestido de marqués de Chamery, se sentó a la cabecera de la cama del señor de Clayet y le dijo:

-Vengo a preguntarle si tiene necesidad de un confidente y, en tal caso, a ofrecerle mis humildes servicios.

Rolando aceptó, encantado. Al fin encontraba alguien a quien poder confiar el secreto que le ahogaba de felicidad.

Dos días más tarde, una distinguida señora, abrigada con ricas pieles, descendió de su berlina de viaje en el patio del palacio del conde Artoff, en la calle de la Pepiniére.

Librodot

Se trataba de Baccarat. La condesa acababa de cumplir treinta años y su frente permanecía blanca y tersa; su mirada, limpia y su sonrisa, encantadora. Cuando se casó con el conde, acompañó a éste en su viaje a Rusia. Luego que, pasados dos años, el matrimonio regresó a París, la ciudad olvidadiza por excelencia, el Leteo moderno, ya no recordaba la funesta celebridad de Baccarat. Todo París acogió a la condesa de Artoff como a una extranjera joven y bella cuya virtud era tan irreprochable como su hermosura. Se la había visto en las fiestas del palacio de Kergaz, en los bailes de la bella marquesa de Van Hop. El príncipe de Kostia, lord Erskine, el duque de Sallandrera y todos los extranjeros de distinción se habían apresurado a agasajarla. Ahora, después de seis meses de ausencia, todo París hablaba de su próximo regreso y la esperaba con impaciencia.

La condesa llegó a las cinco de la tarde. Todos sus criados la esperaban formados en el patio y la saludaron con respetuosas aclamaciones. Su marido aún tardaría unos días en regresar, pues hacía el viaje por el Rhin y por Bélgica, mientras ella había llegado directamente por Estrasburgo. Ordenó que la acompañaran al gabinete de su marido y, después de tomar una ligera cena, se dedicó a abrir la correspondencia que tenía acumulada desde hacía seis meses. En seguida llamó su atención la esquela de defunción del español don José, el sobrino del duque de Sallandrera y prometido de Concepción. Era el único obstáculo que existía entre la joven y su protegido, el duque de Chateau-Mailly.

La noticia de aquella muerte, de la que no conocía ningún detalle, la dejó pensativa. Poco después escribió una breve carta al joven duque para rogarle que acudiese a verla, pues tenía algo importante que revelarle referente a un ignorado pariente que vivía en Odessa. Aquel secreto haría que el duque de Sallandrera le concediese, seguramente, la mano de su hija Concepción.

A la mañana siguiente se fue a visitar a su hermana Cereza, que vivía en el bulevar Beamarchais, aunque su marido conservaba sus talleres en el arrabal de San Antonio. El matrimonio Rolland había progresado. León se había convertido en uno de los fabricantes más ricos, estimados y honorables de la barriada. Su madre había muerto y Cereza sólo se ocupaba de la casa y de sus dos hijos: el niño, de seis años, y una preciosa niña, de tres.

Las dos hermanas se abrazaron con efusión y luego Cereza miró con atención e interés a la condesa.

-Es extraño -murmuró-. ¿Cuándo dices que has venido?

-Ayer tarde, a las cinco -replicó con asombro Baccarat-. ¿Sucede algo?

-Es bien raro, porque aseguraría que te vi hace dos días en París -dijo Cereza, sentándose al lado de su hermana, la cual había cogido en brazos a su sobrino para colocarlo sobre sus rodillas.

-¿Qué dices, mujer? ¿Cómo has podido verme en París? Esta es la primera visita que hago desde que estoy aquí.

-Pues al menos he creído que te veía -insistió Cereza.

-Si que es extraño -murmuró, pensativa, Baccarat.

-Ibas por el bulevar, a las tres, en una berlina con un caballo tordo y te acompañaba un joven.

-¡Estarías soñando!

-Se parecía a ti de tal modo que hasta di un grito de sobresalto.

-No es posible -replicó su hermana-. Anteayer, a esa hora, estaba en mi silla de postas, a tres leguas de Nancy.

-Entonces, ¿a quién vi?

-Sería a otra -añadió Baccarat, quitándole importancia al asunto-. Ya hace cinco o

seis años me dijeron lo mismo en varias ocasiones. Por lo visto, en el Barrio Latino había una mujer que se parecía a mí.

-Sí. Puede ser que haya sido ella.

-¿Tú crees que esas mujeres viven seis años? -exclamó irónicamente Baccarat-. En todo caso, será otra. Todas las rubias nos parecemos mucho.

La condesa de Artoff no dio más importancia a la cuestión y las dos hermanas pasaron juntas el resto de la mañana, sin que Baccarat volviera a hablar de aquel incidente. Cuando su hermana se marchó, Cereza quedó pensando en si la engañaría y existía un nuevo secreto en su vida. Baccarat estaba muy lejos de sospechar que hasta su propia hermana dudaba de ella.

El joven duque de Chateau-Mailly, que había heredado a su viejo tío, aquel que pretendía casarse con la perfumista Malassis, acudió a visitarla a su palacio de la calle de la Pepiniére. Se había convertido en un hombre algo frío y serio que en nada recordaba al joven conde aturdido a quien el inglés sir Arturo Collins había enredado años atrás para que sedujera a la señora de Rocher. El duque estaba enamorado de Concepción Sallandrera y los condes de Artoff habían pedido la mano de la muchacha a su padre, el duque. Mientras vivió don José, el duque, cuya petición fue denegada, se había mantenido distanciado y tratando de olvidar la atractiva sonrisa de la hermosa Concepción. Muerto don José, había recobrado un poco la sonrisa y la esperanza. Pero lo que le descubría la condesa de Artoff le abría todas las puertas.

-¿Y dice que soy pariente suyo? -exclamó en un momento de la conversación.

-Y al parecer, en línea directa -respondió Baccarat, sonriendo-. El caballero de Chateau-Mailly es muy amigo de mi marido. Se veían a menudo y tan pronto se hallaba en nuestra casa como nosotros íbamos a la suya. Nos hacía mil preguntas acerca de usted y le prometimos que el año próximo lo llevaremos a Odessa.

-Iré con mucho gusto -comentó el duque, sonriendo.

-A lo mejor va en viaje de bodas -comentó Baccarat-. Pero antes de seguir adelante, es preciso que me hable de su genealogía. ¿Acaso su tatarabuelo fue maestre de campo de Luis XIV?

-Exacto.

-¿Y no formó parte de la escolta de nobles franceses que siguieron a Felipe V, nieto del gran rey, cuando éste fue a tomar posesión del trono de España?

-¡Caramba! Conoce tan bien como yo la historia de mi familia.

-La conozco mejor, duque, y voy a demostrárselo. Su tatarabuelo se casó en España.

-Con doña Luisa de Roca, hija de un excelente caballero de Aragón. ¿Son parientes los Roca de los Sallandrera?

-No, pero este voluminoso manuscrito que le entrego es una carta del caballero de Chateau-Mailly dirigida

a usted. En ella se aclaran todos los puntos. Me encargó que se lo diera. Se puso a escribirla cuando supo las causas por la que no le aceptaban como marido de Concepción. Creo que está más cerca de ella, sobre todo habiendo muerto don José, de lo que imagina.

-No sé, no sé -comentó el duque, con un vago temor.

-¡Cómo! ¿No comprende que el duque de Sallandrera quiere un yerno de su casta a quien traspasar sus títulos y dignidades? Mi querido duque -añadió Baccarat-, los Sallandrera son todos iguales y no quieren ver extinguido su nombre. Le aceptará entusiasmado el día en que haya visto la carta de su abuelo, y comparado la letra con la de los documentos de familia que posee. El día en que el duque tenga en su poder la declaración del arzobispo de Burgos, amigo mío, sólo dependerá de usted casarse con

la señorita Concepción.

-¡Mire bien lo que dice! -murmuró el de Chateau-Mailly, estremecido de alegría-. No me inspire vanas esperanzas. Si me rechazaran, me moriría o me mataría.

-¡Bah! No sea pesimista. Vuelva a su casa, escriba al coronel de Chateau-Mailly, su pariente, y pídale los documentos que menciona en este manuscrito. Mañana, uno de mis cosacos puede llevar la carta a Odessa.

-¿Y recibiremos los documentos? -Lo más seguro, dentro de quince días.

-¿Debo escribir al duque de Sallandrera para comunicarle este hallazgo?

-No. Es necesario dar tiempo a que se cierre la tumba de don José -añadió Baccarat-. Me refiero al duque y a la duquesa, porque respecto a Concepción estoy convencida de que le horrorizaba su futuro marido.

-¿Lo cree usted? -inquirió el hombre, con los ojos llenos de alegría.

-Estoy segura. Cuando tengamos los dos documentos y la familia del duque haya regresado a París, déjeme obrar y gestionar su matrimonio. Y ahora, adiós. Envíeme esa carta y vuelva por aquí dentro de tres días para comer con nosotros. El conde llegará pasado mañana por la noche.

-Adiós, condesa -dijo el duque, besándole la mano-. Y muchas gracias por cuanto hace. Esta carta de mi pariente es un gran regalo.

Y el duque se marchó, llevándose el manuscrito que contenía la historia de su extraño origen.

Al día siguiente, el hombre de los cabellos rubios y la hopalanda, el hombre misterioso a quien Zampa se había entregado en cuerpo y alma después de la muerte de don José, se encontraba en su salita de la calle Suresnes fumando tranquilamente junto a la chimenea. Al sonar la campanilla de la puerta, se levantó para abrir. Había despedido a su ayuda de cámara, o mejor dicho, lo había cedido al caballero Rolando de Clayet.

Rocambole, después de saber quién llamaba, abrió la puerta a Zampa y, tras correr cuidadosamente el cerrojo, le condujo al interior de la salita. Zampa tenía un aspecto misterioso, aunque en sus labios se dibujaba una sonrisa de complicidad. Se sentó, mientras el hombre de la hopalanda le preguntaba por las novedades.

-Ya sabe que mi actual amo, el señor duque de Chateau-Mailly, me contrató con los ojos cerrados, gracias a la carta de la señorita Concepción -empezó a decir Zampa-. Ha bastado que hubiera servido a don José para que me otorgase toda su confianza.

-Muy bien. ¿Y qué más? -inquirió Rocambole, estremeciéndose de satisfacción.

-En estos tres días que llevo a su servicio, he podido averiguar que ama a la señorita Concepción. Me ha hecho preguntas acerca del palacio de Sallandrera y las costumbres de la familia. Ya no es posible dudar.

-Lo mismo creo, pero como ha sido rechazado, seguramente estará triste.

-Sí. Lo estaba, pero desde anoche se encuentra que no cabe en sí de gozo.

-¡Diablo! -exclamó Rocambole-. ¿Y eso?

-El otro día recibió una invitación de la condesa de Artoff, que acaba de llegar a París, para que la visitase en su palacio de la calle de la Pepiniére. El duque fue ayer a visitarla y regresó al cabo de dos horas, visiblemente agitado y alegre.

-¿Sí? -exclamó, algo intranquilo, el discípulo de sir Williams-. ¿Averiguaste por qué?

-No, mas, probablemente, lo sabremos cuando abra esta carta que el duque escribió antes de acostarse y que me ha encargado llevase a la condesa de Artoff. El señor duque duerme todavía. Se pasó toda la noche leyendo un gran cuaderno que guardó con sumo cuidado en su escritorio.

-¿Se lo había entregado la condesa?

-Lo más seguro.

Rocambole examinó la carta que Zampa debía entregar a Baccarat. Por el volumen se comprendía que dentro había otra carta.

-El señor duque -añadió Zampa, sacando un reloj del bolsillo- también me encargó que llevara esto a su relojero. En la cadena están los dijes, y entre ellos, el sello que utilizó para sellar su carta.

-Eres un criado muy inteligente -señaló Rocambole, entusiasmado por la precaución de su lacayo.

Abrió un cajón y buscó un sobre del mismo tamaño que el de la carta, así como lacre azul del mismo tono del empleado en la carta. Antes de romper el sobre que la contenía, examinó atentamente la letra de la dirección y después la imitó en el sobre blanco.

-¡Caramba! -exclamó Zampa, al ver escrita la dirección de Baccarat-. Es una letra idéntica a la del duque. Seguro que él mismo se equivocaría.

-Imito todas las letras -replicó Rocambole, mientras pensaba que gracias a ello la señorita Concepción había podido recomendarle al duque de Chateau-Mailly.

Escrito el nuevo sobre, Rocambole abrió sin miramientos la carta y comprobó que existía otra encerrada en un nuevo sobre. Desdobló la dirigida a Baccarat y leyó lo siguiente:

«Querida condesa: He pasado la noche leyendo el interesante manuscrito que le entregó mi pariente, el caballero de Chateau-Mailly. Creo que la extraña historia de mi familia va a inspirarme sueños muy extraños. Le escribo a las cuatro de la madrugada, para que mi criado le lleve ésta a media mañana, unida a la que dirijo al antiguo coronel de ulanos. ¡Ah, condesa! Si gracias a este misterioso origen algún día llego a casarme con Concepción, le deberé toda mi felicidad. Pensar en ello me da vértigo y me vuelve loco. Le besa la mano.

»El duque de Chateau-Mailly.»

-Bueno -comentó Rocambole-. Me parece que tendré que abrir la otra carta para encontrar la clave de todo.

La carta dirigida al coronel de hulanos estaba cerrada

con una oblea y Rocambole no tuvo más que poner un poco de agua a hervir y despegarla por medio del vapor. El duque de Chateau-Mailly había escrito

«Querido primo: ¿De modo que no somos Chateau-Mailly más que de nombre, y sangre de los Sallandrera corre por nuestras venas? Seguro que esto asombrará al duque de Sallandrera y mucho más cuando sepa que hasta podemos reivindicar el derecho de primogenitura. A fe de duque, mi querido primo -siguió leyendo Rocambole, que sentía vértigos al conocer aquello-, que ha sido preciso que usted lo afirme y yo lea el manuscrito para que pueda creer tan extraordinaria historia. Confieso que espero con impaciencia esa carta del duque Felipe de Sallandrera reconociendo como hijo suyo a nuestro abuelo, y la declaración del prelado de Burgos confirmando la sustitución del niño.

»Si no amase apasionadamente a la Señorita de Sallandrera, imitaría a nuestro

abuelo. Pero el amor es imperioso y le suplico que lo antes posible me envíe ambos documentos...»

Seguían unas cuantas frases de cortesía y un saludo que Rocambole ya no pudo seguir leyendo. Se había puesto pálido. Aunque la carta no daba la clave del enigma, lo dejaba adivinar.

-Necesito el manuscrito de que habla el duque -dijo a Zampa-. Lo necesito a toda costa y pronto.

-Lo tendrá hoy mismo -respondió el portugués-. El duque va a las carreras de la Marche, donde juega importantes sumas. Supuse que necesitaría dicho manuscrito y saqué moldes en cera de la cerradura del escritorio. Si quiere hacer duplicados de las llaves, pagando bien...

-Estupendo -exclamó Rocambole, cogiendo los moldes y examinándolos-. Toma diez luises y vete a la calle de Lappe, en el barrio de Saint-Antoine. En el número sesenta y ocho encontrarás a un cerrajero de viejo. Pregúntale si hace llaves de cinco luises. Te dirá que sí. Entonces le entregas los moldes y es posible que incluso ya tenga hechas las llaves que necesitamos. ¿Comprendido?

-Está bien -respondió Zampa-. Iré cuando salga de casa de la señora condesa.

Rocambole cerró con cuidado las dos cartas y se las devolvió a Zampa, mientras decía:

-Te espero aquí a las dos.

Zampa se marchó y entregó la carta en casa de Baccarat; después tomó. un coche de punto y se dirigió a la casa del cerrajero. Este era el mismo que había trabajado para el «Club de las Sotas de Copas», forjando y limando cuantas llaves falsas precisó la organización. Disuelto el club, el hombre había seguido trabajando en su oficio y el marqués de Chamery, sin darse a conocer, lo había localizado. El cerrajero respondió afirmativamente a la pregunta de Zampa y, como supuso Rocambole, le entregó en el acto dos llaves que coincidían con los moldes. Zampa le pagó con los diez luises y regresó al palacio de su amo, el duque de Chateau-Mailly. Despertó a éste, que se levantó de buen humor porque había pasado la noche soñando con la señorita de Sallandrera y entrevisto, igual que Rocambole, un extremo de la capa de grande de España sobre sus hombros. El duque, obediente a la moda, se fue a pensar en sus amores en el turf de la Marche, mientras Zampa cogía del escritorio el manuscrito e iba, más tarde, a entregárselo al hombre de la hopalanda, el cual, una vez lo hubo leído, se lo devolvió para que lo restituyera a su puesto.

Rocambole fue inmediatamente a su palacio de la calle Verneuil y subió al cuarto del ciego sir Williams, a quien refirió el contenido del manuscrito redactado por el coronel de ulanos, caballero de Chateau-Mailly.

«Me parece -escribió el ciego en su pizarra- que el duque tiene nueve probabilidades contra una de casarse con la muchacha.»

-¡No digas eso, tío! -exclamó Rocambole, asustado-. Sería capaz de estrangularle.

Sir Williams sonrió con expresión bonachona, luego se encogió de hombros y por último escribió:

«Para que no suceda, es necesario que Baccarat no pueda ocuparse del duque. Debemos precipitar el desenlace de la comedia montada con Rebeca y procurar que el conde Artoff no muera. Si Rolando lo mata en duelo, la condesa lo llorará, y para consolarse de su dolor, se ocupará del duque de Chateau-Mailly.»

-¡Diablos! -exclamó Rocambole, mirándole con asombro-. Entonces, ¿para qué nos sirve tanta comedia?

«Ya lo verás el día del duelo con Rolando de Clayet.»

-Me parece, tío -dijo Rocambole, mirándole atentamente y casi con desconfianza-, que el dolor y los pesares te han echado a perder la cabeza.

El ciego se encogió de hombros nuevamente y su sonrisa, burlona y siniestra, acabó por convencer a su discípulo de que conservaba su malvada inteligencia. Cogió la pizarra y escribió de nuevo:

«Sobrino, eres tonto.»

-¿Por qué? -exclamó, admirado, Rocambole. «Porque necesitas tener los puntos sobre las íes para entender las cosas. Es necesario que el conde no muera. Que se bata con Rolando, pero que se vuelva loco.»

-¿Loco? -Y añadió, burlón y desconfiado-: Si consigues eso, será porque el diablo te dio la receta. Nuevamente, el ciego escribió en la pizarra

«Ya la tengo. Te la enseñaré más adelante.»

-Bien -murmuró Rocambole, considerando que era mejor tener fe en sir Williams, como otras veces-. ¿Quieres alguna cosa más?

«No -añadió el ciego-, pero es necesario pensar que un mensajero habrá salido para Odessa en busca de los documentos. Si llegan dentro de un mes, la condesa tiene que estar cuidándose de su marido loco y de su reputación perdida. No podrá ocuparse del duque, pero le enviará al mensajero para que le entregue los documentos. Con ellos, el duque se casará con Concepción. Es necesario suprimir a ese mensajero y coger los documentos.»

-Tío, para hacer eso hay que matar, y al marqués de Chamery le desagrada hacerlo.

«Ya encontraremos a otro -escribió sir Williams, con un gesto de impaciencia por la interrupción-. Zampa puede hacerlo. Ya veremos. Claro que, suprimidos los documentos, quedan todavía la palabra de honor del señor de Chateau-Mailly, su situación social, su considerable fortuna y su título de duque.»

-¡Diablos! -exclamó Rocambole, viendo la multiplicación de obstáculos-. Lo pones todo muy difícil. ¿Qué vamos a hacer?

«Suprimir al duque.»

-¿Quieres enviarme a presidio? -protestó Rocambole, dando un brinco.

Sir Williams, que se encontraba de buen humor, escribió con sarcasmo en la pizarra

«Hace mucho tiempo que deberías estar en él, hijo mío.»

-¡Viejo canalla! -murmuró, riendo, Rocambole-. Si estuviera allí, no me gustaría tenerte por compañero de cadena. ¡Asustas de puro feo!

Sin pestañear ante el insulto, siguió escribiendo el ciego

«El marqués de Chamery tiene tan poca penetración como el vizconde de Cambolh. Hará bien dejándose guiar por su buen tío sir Williams.»

-¿Para ir a presidio?

«No, para concluir bien este negocio y llegar a los altares con la señorita de Sallandrera. Obedece y no preguntes. Vete a ver a Rebeca y díctale una carta para Rolando en la que le diga que lo espere en su casa, mañana, a las cinco. La que le ama irá a verle durante una hora.»

-¿Eso es todo?

«Por el momento, sí, sobrino.»

Y sir Williams, el mutilado y ciego, cerebro rector del desaparecido «Club de las Sotas de Copas», despidió a su discípulo con un gesto lleno de dignidad.

Rocambole solicitó su coche y pidió que le llevaran a Passy, a la calle de la Pompe, donde la falsa condesa de Artoff esperaba sus órdenes.

CAPITULO X

Rolando de Clayet se encontraba en su casa a las cuatro y media de la tarde, esperando con impaciencia a su amada condesa. Estaba apesadumbrado por no tener en su casa a algún amigo, y de buena gana hubiera pagado diez luises por tener a alguno de ellos escondido en su tocador. Sería tanto como testificar ante todo París que la condesa de Artoff no sólo le amaba, sino que también se dignaba acudir a su casa. La suerte llegó a estar de su parte, aunque ni él ni Fabián de Asmolles, que llamaba a su puerta en aquellos instantes, supieran que en realidad todo era obra de Rocambole.

-¡Caramba! -exclamó Rolando, con la boca hecha agua y el corazón lleno de alegría al verle-. Eres muy amable, querido Fabián. No sabes cuánto agradezco esta visita a un recluso, a un preso del amor condenado a la pena de esperar.

-¡Ah, vamos! De modo que esperas a alguien, ¿no?

-A ella, querido, a la condesa.

-Amigo mío -añadió con amabilidad Fabián-. Estoy convencido de que se han burlado de ti. La mujer de quien hablas, que te ama y a quien crees amar..., no es la condesa.

-¿Ah, no? ¿Quién es, entonces? -protestó Rolando, con soberbia ironía.

-Cualquier bribona que en Baden tomó el nombre de la condesa de Artoff y se está burlando de ti.

-Escucha -replicó, un tanto molesto, el joven-. Si quieres convencerte espera diez minutos y verás a la condesa.

-¡Cómo! -exclamó Fabián, asombrado-. ¿Te atreverías a cometer la imprudencia de permitir que me encuentre con ella?

-¡Rayos! -exclamó Rolando con indignación-. ¿Por quién me tomas? ¿Cómo voy a avergonzar a una mujer... por su debilidad? No, no.

-Muchacho -añadió Fabián, frunciendo el entrecejo-. Si fueras mi hijo, sería capaz de castigarte severamente por lo fatuo e imprudente que te muestras.

-Veo que no me comprendes -replicó Rolando-. No te voy a colocar frente a frente a la condesa, pero voy a enseñártela sin que ella te vea. ¡A ver si te convences!

-Acepto -afirmó Fabián, cuya curiosidad se excitó al oírle.

-Bien, pues pasa al gabinete de fumar; ésa es la puerta y tiene otra salida al pasillo. Cuando llame, pasas ahí dentro, te encierras, escuchas si quieres, miras por el agujero de la llave y en seguida te marchas.

-De acuerdo.

En aquel momento sonó discretamente la campanilla y Rolando le apremió

-Escóndete, ya está aquí.

Fabián, siempre incrédulo, entró en el gabinete de fumar, cerró la puerta y escuchó con atención cómo se abría la puerta del salón y permitía la entrada a una mujer con el rostro cubierto por un velo.

-¡Oh, ángel mío! -exclamó con sentimental énfasis Rolando, mientras tomaba la mano que le tendía la embozada.

-¿Se encuentra solo?

Aquella voz hizo estremecer al vizconde de Asmolles. Sin duda se trataba de Baccarat. Observó. La mujer se levantó el velo y dejó al descubierto su rostro. Fabián retrocedió, asombrado. Volvió a mirar y al fin se dejó caer sobre una silla, mientras

murmuraba

-¡Pobre conde! ¡Qué locura pensar que una cortesana arrepentida podría convertirse en una mujer honrada! Todas son lo mismo: fango seco que reluce al sol luminoso hasta que las primeras gotas de lluvia lo vuelve fango.

La falsa Baccarat, entretanto, se había recostado con indolencia sobre una butaca de la sala. Rolando, junto a ella, la cogía galantemente de las manos, que besaba con infantil avaricia.

-Querido mío -dijo ella, luego de un breve silencio-. Creo que estoy loca al decidirme a venir aquí. ¿Sabes que él llegará mañana?

-¡Oh! -exclamó Rolando, cerrando los puños y muy en su papel de ferviente enamorado-. Odio a ese hombre.

-Yo, también -agregó ella en voz baja-. Pero es mi dueño y mi tirano. Dispone de mí y sería capaz de matarnos.

-¡Que venga, si se atreve! -manifestó con arrogancia el joven.

-Si fuera libre, amigo mío, me querrías menos -añadió la pretendida condesa-. Lo sé bien, es la verdad. El amor no vive, ni subsiste, ni crece más que cuando encuentra obstáculos. Cuanto más alta sea la barrera que el mundo y la ciega voluntad de ese hombre que es mi dueño levanten entre nosotros, más nos amaremos.

-Es posible...

-El amor que vive en la sombra, el amor que se oculta, ese misterioso amor que perdura rodeado de obstáculos -prosiguió ella, con acento conmovido y apasionado-, es la verdadera felicidad. -Y añadió, tomando entre sus manos el rostro del joven-: No puedo

concederte más que una noche. Quizá no pueda ofrecerte otra en mucho tiempo; por eso quiero que sea enteramente nuestra.

-¡Oh, ángel mío! -repitió con énfasis Rolando.

-Hoy es viernes, día de ópera -continuó ella en tono sentimental-. Coge un palco de proscenio y pasemos en él dos horas escuchando buena música.

-¡Oh, qué dicha!

-Sólo he venido a decirte eso. Ahora debo marcharme.

-¿Tan pronto?

-Me espera abajo el coche y en él se halla una mujer que me espía. Hay que evitar sus sospechas. Adiós.

-Pero, ¿dónde nos encontramos? -observó Rolando, un poco aturdido por aquella premura.

-En la Opera. Iré esta noche a las ocho y media y llamaré a la puerta del palco. Adiós, amigo mío. Hasta la vista.

Coquetamente le ofreció su mejilla para que la besase mientras se echaba el chal sobre sus hombros y luego se dirigió hacia la puerta. Allí le saludó graciosamente con la mano, se cubrió el rostro con el velo y dijo, mientras se disponía a descender la escalera:

-No me acompañes. Quédate aquí, te lo ordeno. Hasta la noche, querido.

Rolando permaneció inmóvil durante unos instantes, hasta que la oyó pisar el portal. Luego se escuchó el ruido de un coche que se alejaba al trote y regresó para abrir la puerta del gabinete donde se encontraba Fabián. El vizconde estaba pálido y abatido.

-¿Qué? -dijo Rolando, adoptando una actitud de conquistador-. Confiesa, querido vizconde, que he sido magnánimo. Pude enviarte mis testigos.

-¿Por qué motivo?

-¡Caramba! Me has tratado de fatuo en varias ocasiones.

-Es cierto -reconoció Fabián, apesadumbrado-. Te ruego que me disculpes. Creí que la condesa era incapaz de hacer traición a su marido.

-¡Amigo mío! -comentó con suficiencia Rolando-. El corazón no recibe órdenes.

-Pero yo lo creía, y hace un momento pensaba cómo ha podido amar el conde de Artoff a esa...

-¡Cuidado! -interrumpió Rolando, irguiéndose-. Recuerda que la condesa es mi dama y tengo derecho a defenderla.

-Tienes razón -murmuró Fabián, inclinando la cabeza, y añadió con ironía-: Mil perdones, caballero. -Y como Rolando seguía dándose importancia y atusándose con impertinencia su naciente bigote, concluyó-: ¿Quieres que te dé un consejo?

-Habla.

-Si de veras amas a la condesa, no vayas pregonándolo por todas partes. Esconde tu dicha.

-Te juro...

-Escúchame bien -le interrumpió Fabián, serio-. Si el conde se entera que amas a su mujer y que eres correspondido, no tendrás ni ocho días de vida.

-Cualquiera diría que soy un mozalbete -replicó con desdén Rolando, mientras se encogía de hombros-. Ese príncipe no va a matarme sin que me defienda.

-Está bien. Me voy, y quiera Dios que todo esto no sea nada -dijo el vizconde, a la vez que cogía su sombrero y se marchaba sin dar la mano a Rolando, quien ni siquiera se dio cuenta de ello, a causa de lo contento que estaba.

Fabián de Asmolles regresó a su casa con el semblante sombrío. Estaba triste y tenía el corazón oprimido. El año anterior había intimado con el conde Artoff y lo apreciaba por sus cualidades y su talento. También creía que aquella mujer sublime de arrepentimiento que se había llamado Baccarat estaba convertida en una santa. Pero la verdad es que todo se desvanecía: Baccarat seguía siendo una perdida.

-¡Dios mío! -exclamó el marqués Alberto de Chamery, que se encontraba con su hermana al ver al vizconde-. ¡Estás pálido, querido Fabián!

-¿Tú crees? -comentó el vizconde, estremeciéndose.

-¡Diablos, ya lo creo!

-Alberto tiene razón -añadió Blanca, mirando a su marido-. Estás muy pálido, Fabián. ¡Dios mío! ¿Te ha sucedido algo?

-No, no. Tranquilizaos -replicó, esforzándose en sonreír.

-Algo te sucede. ¿No nos engañas? -insistió Blanca.

-No hay nada que nos interese personalmente. Me he visto obligado a rectificar la buena opinión que tenía de cierta mujer. Nada más, querida Blanca.

La vizcondesa no insistió y cuando Rocambole se quedó a solas con su cuñado, miró a éste y le preguntó

-¿Qué, resultó cierta la noticia que me comunicó esta mañana Rolando?

-Sí, Rolando no ha sido engañado. La condesa ha estado en su casa. La he visto -dijo Fabián.

Y le refirió cuanto había sucedido.

-¿Quieres saber mi parecer? -replicó fríamente Rocambole-. Ese muchacho se puede dar por muerto.

-Eso temo.

-Tenlo por seguro. Es más, te apuesto cualquier cosa a que esta noche, en la ópera, esa condesa es capaz de levantarse el velo.

-¡Eso ya sería el colmo!

-¡Dios mío! -exclamó Rocambole, muy digno-. Una mujer que olvida sus deberes hasta el punto de amar a un fatuo como Rolando es capaz de eso y de mucho más.

Antes de tres días lo sabrá el conde y matará a los dos.

-Tras lo cual se levantará la tapa de los sesos -añadió Fabián, entristecido-. Quiere mucho a su mujer. Un criado, que entró en aquellos momentos, entregó una carta al marqués. Rocambole se estremeció al reconocer la letra y los sellos españoles del sobre, pero la guardó en el bolsillo mientras decía:

-Ya sé qué es esto. Bueno, veremos lo que sucede esta noche en la ópera.

-Sí, esto es terrible -murmuró Fabián, apenado. Rocambole, a quien le latía el corazón violentamente al pensar en la carta que guardaba, pretextó subir a su cuarto a vestirse para la cena y se separó del vizconde de Asmolles. Subió a su dormitorio y se encerró precipitadamente para leer la carta que desde España le escribía Concepción de Sallandrera. Tenía ocho páginas y en ella la joven le daba cuenta del entierro de don José y de los funerales celebrados en Cádiz, con la asistencia de un inmenso gentío. El duque había estado a punto de desmayarse al ver los dos ataúdes juntos, y al final, deshecho en lágrimas, había dicho a su hija que sería necesario buscar un nuevo marido para ella. Su padre había pensado en el duque de Chateau-Mailly, a quien rechazara tiempo atrás, y ante este nombre, Concepción tenía miedo de ser amada todavía y que la pretendiera de nuevo. «Y, sin embargo, ¡Dios mío!, sin embargo, me has salvado y yo...» Rocambole había visto tachada la continuación. Pero el yo te amo aún quedaba legible y en el resto de la carta no se leía otra cosa.

-¡Diablos! -exclamó al concluir la lectura-. Esto progresa. Se ve que la pobre ha dejado hablar a su corazón. Pero si regresan dentro de diez días, tendré que desembarazarme de la encantadora Baccarat inmediatamente.

No lo pensó mucho y subió a ver a sir Williams, que estaba echado indolentemente sobre una butaca mientras un ayuda de cámara le leía los periódicos de la noche. El falso marqués despidió al criado y se sentó al lado del ciego para informarle.

-Querido tío, la comedia ha sido representada admirablemente. Fabián está convencidísimo de que Baccarat ama a ese fatuo de Rolando. Lo que va mal es el asunto de Concepción. Acaba de escribirme y dice que llegará dentro de diez días. Aún me quiere. También me lo dice.

El rostro del ciego expresó profunda satisfacción, y con un gesto le pidió que leyese la carta. Rocambole lo hizo y a cada pasaje interesante sir Williams daba muestras de verdadera alegría.

-Ahora, querido tío -dijo el fingido marqués, una vez concluida la lectura-, ¿qué piensas de todo esto? El ciego cogió la pizarra y empezó a escribir: «Debemos precipitar el asunto de Baccarat y no te preocupes por la llegada de Concepción ni los deseos del duque de Sallandrera respecto al de Chateau-Mailly. Ahora debes buscar al médico mulato que me asistió.»

-¿Para qué?

«Ya te lo explicaré. ¿Sabes qué es la belladona, querido sobrino? Pues debes procurar que la tengamos lo antes posible, porque la belladona no envenena, pero vuelve loco. Una locura momentánea, pero que tiene efectos fulminantes para lo que deseamos hacer.»

-¡Palabra, tío! Lo sabes todo -exclamó Rocambole, admirado-. No sé cómo un hombre como tú no ha hecho carrera.

Sir Williams suspiró y continuó escribiendo en la pizarra:

«La belladona que utilizaremos, si no encontramos otra cosa mejor, volverá loco de atar a quien la tome una hora después de ingerirla. Cierto que con cuidados se sana de tal locura, pero hacen falta los cuidados. ¿Entiendes?»

-Bien. Me parece que comprendo. Quieres que pida a mi médico mulato un brebaje que vuelva loco.

Sir Williams afirmó con un movimiento de cabeza.

-Está bien. Lo conseguiré. Y ahora me voy a cenar con mi familia. Adiós, querido tío. Ya me explicarás cómo emplearemos esa locura.

El marqués de Chamery abandonó la estancia de su maestro y se reunió con su familia en el corredor de palacio. El vizconde de Asmolles, al cabo de unos minutos de charla intrascendente, le reprochó con amabilidad:

-Querido Alberto, estás muy misterioso para con Blanca y conmigo.

-¿Misterioso? -exclamó Rocambole, poniendo cara de asombro-. No lo entiendo. ¿A qué te refieres?

-¡Vamos! Ya sabemos que quieres a la señorita Concepción y ella te... ama.

-¡Qué divertido! -rió Rocambole-. Ya que sabéis tanto, ¿por qué no me dais alguna información acerca de ello?

-Alberto -intervino la vizcondesa, con cariño-. ¿Por qué mientes? Fabián te ha visto recibir una carta de España.

-¡Es inaudito! -replicó el joven, sonriendo-. La familia ya no es familia, ¡es una aduana!

-¡Ingrato! -reprochó con suavidad Blanca.

-Si te empeñas en guardar absolutamente el secreto... -añadió Fabián.

-De acuerdo -admitió Rocambole, con cierto rubor-. Confieso la primera parte de lo que me atribuís. -Es decir, que amas a Concepción.

-¿Y ella? -quiso saber Blanca.

-¿Acaso lo sé yo? -murmuró Rocambole con fatuidad no exenta de modestia-. Las mujeres son tan raras, tan extrañas... Lo que quieren hoy es lo contrario de su deseo de mañana.

-Gracias por lo que me corresponde -cortó la vizcondesa, sonriendo.

-¡Oh, filósofo profundo! -murmuró, en tono burlón, Fabián-. ¿De modo que no sabes si eres correspondido?

-Lo ignoro.

-Pero le has escrito y ella te ha contestado.

-Sí, lo confieso. Acabo de recibir carta suya.

-Alberto -dijo Fabián-. Permíteme que te haga una pregunta. La carta de la señorita Sallandrera, ¿tiene cinco líneas, diez, dos páginas?

-Me parece que tiene cuatro páginas -respondió el joven, con una sencillez que hizo sonreír a la vizcondesa.

-Entonces, no hablemos más -dijo Fabián-. Una joven nunca escribe una carta de cuatro páginas a un hombre que no ama. Ahora, dinos, ¿qué podemos hacer por ti? Quiero decir -prosiguió el vizconde, completando su pensamiento- que no basta amar a la señorita de Sallandrera y ser correspondido. Es preciso hacer un poco la corte a sus padres, los duques, y para eso tu hermana y yo te ofrecemos nuestros servicios.

-No sé -replicó Rocambole, turbándose un poco-. Muchas gracias, de todos modos, pero creo que aún no hemos llegado a ese caso.

-Perdona. Hablemos de negocios, a menos que te opongas -insistió Fabián-. Tienes setenta y cinco mil libras de renta, ¿no es eso?

-Así es.

-Eso es poco para casarse con una Sallandrera.

-¡Bah! Concepción es desinteresada.

-Por desgracia, cuando se trata de casamiento, a las jóvenes no se les consulta nunca acerca de intereses. El desinterés de Concepción no cuenta en este caso.

-Pero, si me quiere...

-¡Ya lo confiesa! -exclamó Blanca, echándose a reír.

-Creo que hay que dirigirse a la duquesa y no al duque. Las mujeres siempre se entienden entre si.

-Aún están en España -dijo Rocambole-. Por lo tanto, creo que podemos aplazar esta conversación, que me parece prematura.

-Como gustes -respondió el vizconde, comprendiendo que su cuñado quería guardar su secreto acerca de Concepción.

Hablaron de otras cosas y al final Rocambole se separó de ellos para ir a la ópera, en donde sabía que la falsa Baccarat se entrevistaría con Rolando.

Cuando llegó al teatro, vio al joven solo en su palco proscenio. En el rostro de Rolando se leían todas las angustias de la espera. No había ni un solo espectador que, al verle estremecerse y girar la cabeza continuamente de un lado a otro, no comprendiera que sufría y pensara que era un desdichado porque la mujer que amaba le hacía sufrir cruelmente.

Rolando vio al marqués y le saludó con un gesto de la mano; luego se llevó un dedo a los labios y le dio a entender que le perdonase por no invitarle a su palco. Rocambole replicó que lo comprendía y vio cómo, a continuación, hacía una pantomima ridícula a unas personas que se encontraban en un palco inmediato al suyo y que él no veía. Pensó en Octavio y en los amigos del club y decidió comprobar si eran ellos, para lo cual salió al corredor y miró por las vidrieras. En el palco a cuyos ocupantes Rolando hacía señas se hallaba Octavio con otros tres socios del club. Rocambole sonrió y regresó a su puesto.

Daban las ocho y media cuando Rolando se volvió precipitadamente hacía la puerta de su palco. Acababan de llamar y él había oído el crujir de un vestido de seda. Rolando abrió la puerta del palco y el marqués de Chamery, Octavio, sus amigos y cuantas personas habían observado la impaciencia del joven, fijaron sus miradas en la mujer que entró en el palco. Llevaba ésta el rostro cubierto con un velo, dejó que Rolando besara su mano y se sentó junto a él. Ni la misma condesa Artoff que se hubiera presentado con el rostro descubierto habría llamado tanto la atención ni provocado el murmullo de escándalo que aquella mujer causó durante las dos horas que duró el espectáculo, a lo largo de las cuales mantuvo siempre el velo echado sobre la cara.

Rolando conservó una actitud de enamorado abrumado por la dicha durante toda la representación y su palco fue el escogido por todos los gemelos de la sala y tema de comentarios. Al terminar el último acto de El profeta, la mujer del velo se apoyó en el brazo de Rolando y ambos abandonaron el palco. Octavio y sus amigos se habían escalonado al paso de Lovelace para contemplar a la pareja, que caminó por el pasillo de la Opera y subió por la escalera del restaurante que había al final del pasillo. Rolando y su misteriosa compañera iban a tomar una ligera cena a base de cangrejos.

-Con todo esto -dijo uno de los jóvenes llevados por Octavio-, aún no le hemos visto el rostro.

-No os preocupéis. Lo veremos en seguida. Si Rolando ha subido al reservado número siete, podremos espiarlos desde el número nueve. Me conozco este establecimiento mejor que el arquitecto que lo construyó -aseguró Octavio, con acento de triunfo.

Subieron al restaurante ye Octavio pidió el número siete. Acababa de ocuparse, por lo que el camarero les

proporcionó el nueve. Cuando les dejó, Octavio se puso un dedo sobre los labios y pidió que hablasen en voz baja. Luego señaló el espejo situado sobre la chimenea y añadió:

-Mirad por ahí.

En un ángulo faltaba el azogue y tras él había un agujero practicado en la pared. Octavio y sus compañeros vieron en el número siete a Rolando de Clayet cenando en compañía de su dama. Esta se hallaba con el velo levantado y Octavio reconoció:

-¡Palabra! Rolando no es un charlatán. Esa es la condesa de Artoff.

-Sí, es ella. No cabe duda -reconoció otro de los amigos.

Rocambole, que había visto a los mozalbetes seguir a la pareja de Rolando y Rebeca, suspiró con satisfacción y murmuró al verlos desaparecer en el restaurante -Esto marcha bien, pero que muy bien. Y se fue a su casa.

A la mañana siguiente, Rocambole se dirigió a la calle Suresnes para recibir la visita de Zampa disfrazado con los cabellos rubios y la hopalanda. El portugués le comunicó que el duque de Chateau-Mailly había recibido una nota de Baccarat informándole de la llegada del conde de Artoff e invitándole a cenar en su palacio para luego acompañarlo al club. Rocambole escribió otra carta imitando la letra de Baccarat y se apresuró a llevársela a Rebeca para que ésta, disfrazada de condesa de Artoff, se personase en el domicilio de Rolando de Clayet a las diez de la noche. Sabía que el joven estaría en aquellos momentos en el club y por tanto no lo encontraría, pero debía ordenar a su mayordomo que le enviase aquella nota para que Rolando se reuniera con la joven y estuvieran juntos un par de horas.

Rolando de Clayet se reunió con Rocambole, a la hora de cenar, en casa de su amigo Fabián de Asmolles, como solía hacerlo todos los sábados. Fabián les manifestó que iría con ellos al club para jugar unas partidas de whist, pero antes acompañaría a su esposa a casa de una amiga, de donde la recogería a las doce.

A las diez de la noche, Rolando y Rocambole entraban en el círculo, en donde aún había muy poca concurrencia. Una docena de jóvenes jugaban a los naipes y fumaban. Octavio se hallaba entre ellos y ganaba. Aprovechó la presencia de Rolando para levantarse y embolsarse las ganancias. La partida se interrumpió para comentar los amoríos de Rolando entre risas y bromas, hasta que apareció Fabián de Asmolles. Todos le profesaban una consideración que llegaba al respeto y las bromas sobre la reputación de la condesa sólo se continuaron a media voz.

El vizconde intercambió varios saludos con distintos amigos y luego se inclinó al oído del falso marqués de Chamery para decirle:

-Creo que ha sido una mala ocurrencia venir al club. Acabo de recibir una nota del conde Artoff anunciándome que se presentará aquí acompañado del duque de Chateau-Mailly.

-Bueno, pero y eso, ¿qué? -dijo Rocambole, como si no hubiera entendido nada.

-Que desearía que el conde y Rolando no se viesen. Este es capaz de cometer alguna impertinencia con él y ello daría que pensar al conde. Si encontrásemos algún pretexto para llevárnoslo...

-Lo veo difícil -indicó Rocambole- Está jugando y creo que pierde.

-Sí, y ya es tarde -reconoció Fabián, al ver en la puerta a dos hombres-. Ahí están.

Rocambole fijó su penetrante y astuta mirada en el conde Artoff y reconoció que lo encontraba distinto al cabo de cinco años. Si él había cambiado tanto, seguramente no sería reconocido. Y sin la menor vacilación siguió al vizconde de Asmolles, que salía al encuentro del conde. Artoff estrechó la mano de su amigo y éste le presentó a Rocambole.

-Querido conde -dijo-, le presento a un resucitado, mi hermano político, el marqués de Chamery, ex oficial de Marina de la Compañía de Indias.

El conde Artoff saludó a Rocambole y le dirigió una mirada tranquila e indiferente. Rocambole no pestañeó. Comprendió que no le había reconocido y aduló amablemente

-¡Ah, señor conde! Fabián no hace más que hablarnos de usted a mi hermana y a mí.

-Es un hombre muy amable y de gran corazón -respondió Artoff, y añadió, tras una sonrisa tan cortés como graciosa-: Merecía la dicha y el honor que ha obtenido al entrar en su familia, señor marqués.

Rocambole se inclinó, mostrando la más amable y falsa de las sonrisas, ya que pensaba en el día que, tratándole sin miramiento alguno, lo encerró en un saco para que sus cosacos lo arrojasen a las aguas del Marne.

-Señores y amigos -dijo el duque de Chateau-Mailly, acercándose a la mesa de juego-. Permitidme que os salude y os presente a un gran señor moscovita que ya ha podido disfrutar de la hospitalidad parisiense: el señor conde Artoff.

Aquel nombre cayó como un rayo en la mesa de jugadores. Había pocos que conocieran al hombre cuyo honor conyugal acababan de desgarrar a dentelladas. Pero todos habían oído hablar del gran señor ruso, muy rico, que se había atrevido a casarse con Baccarat. Aquello, aparte de la aventura de Rolando, ya era suficiente para producir sensación.

-Creo que Rolando ha obrado con mucha ligereza al jactarse de su felicidad -reconoció uno en voz baja, inclinándose al oído de Octavio y después de examinar al conde.

-¡Bah, no te inquietes! Ya saldrá del paso.

Rolando, al oír el nombre del conde, no pudo reprimir un sobresalto. Levantó rápidamente la mirada y se encontró con la de Artoff. Este lo recordaba del baile de Baden, y al verle, le saludó.

-Caballero -añadió el conde, con acento de franqueza y sencillez, que hizo sonreír burlonamente a más de uno-. Perdóneme que no le haya dado las gracias en nombre de la señora condesa de Artoff, a quien salvó de una muerte casi segura en Heidelberg. Me permitirá que una a la suya la expresión de mi más sincero reconocimiento.

-Cumplí con mi deber, señor conde -respondió Rolando, un poco seco y con torpeza, mientras barajaba las cartas con un nerviosismo que a nadie pasó inadvertido.

-Clayet es un necio -susurró Rocambole al oído de Fabián.

-Eso pienso -replicó su cuñado, dando un suspiro. El conde Artoff frunció el entrecejo al darse cuenta del tono seco de Rolando y de algunas miradas burlonas. Recordó que, en Baden, aquel joven se había mostrado muy obsequioso e incluso había dirigido algunas cartas a su esposa, cartas que quedaron sin respuesta.

Fabián sorprendió aquel fruncimiento y presintió que la situación se ponía tirante. Bastaría una impertinencia de Rolando, o una palabra de doble sentido de Octavio, para que los dos hombres se acometieran. Y antes de que aquello pudiera pasar a más, dijo, procurando apartar a Rolando del conde

-¿Quieren que juguemos al whist?

-¡Eso es demasiado tranquilo! -exclamó Artoff, riendo.

-Preferiría una berlanga volante -indicó Rocambole.

-Sí, juguemos -aplaudió el duque de Chateau-Mailly, al ver que el ruso hacía un gesto de asentimiento. Fabián los llevó a una sala inmediata y se instalaron alrededor de una mesa, pero no tardó mucho tiempo en aparecer Rolando. Había sido zaherido por sus compañeros de juego, y como no quería que le tomasen por cobarde, se dirigió al salón verde, donde jugaba el conde con sus amigos. Apareció con una actitud insoportable de conquistador que no agradó a nadie, pero Rocambole, que ya preveía el gesto, sacó su reloj y dijo:

-Mi cuarto de hora ha terminado. ¿Alguien desea ocupar mi puesto?

-Yo -pidió Rolando.

Fabián se estremeció y se sintió a disgusto, pero el joven ya se sentaba a la mesa después de saludar con afectada cortesía al conde Artoff. Octavio se colocó tras de él y Rocambole también permaneció en la sala mientras se reanudaba la partida.

Durante breves minutos, el conde permaneció enfrascado en la partida, sin dar muestras de ver las miradas y cuchicheos que dirigían varios socios. Ganó dos o tres veces seguidas y sólo Rolando le llevaba con insistencia la contraria, lo cual le obligó a fruncir de nuevo el ceño. Fabián, que lo observó, comprendió en seguida que aquél era un indicio grave.

De pronto entró un criado, el antiguo ayuda de cámara de Rocambole. Germán se acercó a su actual amo y entregó una carta a Rolando, quien, muy complacido, pedía permiso para leerla y rompía el sello y el sobre. Este cayó bajo la mesa.

-¡Es de ella! -dijo a media voz Rolando, girándose hacia Octavio, y luego tendió la carta a Rocambole, envanecido por los sarcasmos de sus amigos.

Fabián de Asmolles, indignado, se puso en pie y, violentamente, arrancó la carta de manos de Rolando, que se quedó estupefacto, y le dijo con acento serio y sonriente

-Eres muy fatuo y haces muy mal en comprometer a una bailarina de la Opera.

Rolando, aturdido, no sabía si reírse o incomodarse. El vizconde acercó la carta a la llama de una vela y la quemó en un momento. En seguida dijo, sonriendo:

-Ahora, vete a tu cita, que Chamery te sustituirá. -Y para distraer la atención de Artoff, añadió-: Le toca dar a usted, conde.

-Dispénseme, señor conde -saludó Rolando, levantándose.

-No faltaba más -replicó Artoff, sin desarrugar el entrecejo.

-Este Rolando tiene un descaro sin igual -dijo Octavio, cuando se hubo marchado el amigo-. Logra que le busquen aquí las mujeres más a la moda.

El conde, agitado por un vago presentimiento, se estremeció al oír aquellas palabras.

-¡Una mujer a la moda! -exclamó Fabián, burlón-. ¡Vamos, hombre! Una bailarina flaca y gracias.

-No se trata de una bailarina -replicó Octavio-, sino de una mujer de alta sociedad.

-Es usted demasiado joven para hablar de esas cosas -afirmó Fabián, enfrentándose cara a cara con Octavio-: Permítame que le dé un consejo.

-¿Cuál? -quiso saber, con impertinencia, Octavio.

-Es medianoche -dijo el vizconde, después de sacar su reloj-. A esta hora, los niños de su edad ya deben estar en la cama.

Una hora después había cesado el juego. Fabián y Chateau-Mailly se habían marchado. El conde Artoff leía un periódico inglés, recostado en la misma mesa bajo la cual había caído el sobre de la carta recibida por Rolando. Estaba pensativo y preocupado. Había sorprendido algunas miradas burlonas y no sabía a quién se dirigían. Además, le parecía extraña la acción de Fabián, apresurándose a quemar la carta de Rolando.

Al echarse un poco hacia atrás, bajó la vista y descubrió el sobre. Un impulso de curiosidad le obligó a inclinarse, cogerlo y examinarlo ávidamente. Rocambole, que fumaba a pocos pasos de distancia, le vio ponerse pálido repentinamente y tratar de aparentar una indiferencia total. Sin embargo, Rocambole sabía que acababa de reconocer la letra de Baccarat en un sobre dirigido al señor Rolando de Clayet. La mecha estaba encendida. Pronto saltaría la bomba.

CAPITULO XI

Cuando el conde Artoff llegó a su palacio de la calle de la Pepiniére, encontró a Baccarat recostada en un sofá de su tocador. En el patio había visto la berlína aún enganchada y los caballos sudorosos y cubiertos con mantas. Aquello indicaba su reciente llegada y comprobó que su esposa sólo se había despojado del chal y del sombrero. Su rostro, sonriente, mostraba una gran tranquilidad, y esto le obligó a contener su cólera. Cogió la mano de Baccarat y apenas respondió al expresivo e inocente saludo de la mujer. Se sentó a su lado y permaneció mudo, tratando de contener las terribles angustias que le atormentaban.

-Estás muy serio esta noche -le dijo ella-. ¿Acaso has perdido en el juego, o es que no me quieres?

El conde se pasó la mano por la frente, como si intentase apartar de su mente una visión terrible, y al fin dijo, recobrando su sangre fría:

-Querida Luisa, ¿me permites poner una mano sobre tu corazón?

Baccarat no comprendió aquella frase, pero cogió una mano de su marido y se la llevó al pecho. Su corazón estaba tranquilo, latía con regularidad, y sus labios continuaban con su acostumbrada sonrisa.

-¿Sucede algo, mi querido Estanislao? ¿A qué viene esto?

-Es indispensable que me permitas preguntarte algo.

-Veamos, señor juez de instrucción -bromeó ella-. ¿Qué crimen he cometido?

-No lo sé -replicó él fríamente-. Acabas de llegar, ¿verdad?

-Hace un instante -respondió Baccarat, mirando con extrañeza al conde-. ¿Qué ocurre?

-Vienes de casa de tu hermana, ¿no?

-Sí, pero...

Baccarat se quedó mirando a su marido. Este permanecía pensativo y en seguida comprendió que estaba celoso. Sabía que la imaginación acoge con excesiva facilidad todo presagio de desgracia, y el conde no podía estar eternamente al abrigo de una duda. Se limitó a decirle, sonriendo

-Estás celoso, ¿no? Pregúntame. ¿Qué quieres saber, querido Estanislao?

-Creo que me habías dicho que el señor de Clayet -empezó a decir con cierto embarazo el conde- te había hecho la corte.

-Sí, primero en Baden y luego en Heidelberg. Me sacó del agua cuando no me ahogaba. Sé nadar muy bien -añadió riéndose-. Por lo visto, quería convertirse en mi salvador.

-Eso, precisamente -dijo Artoff.

-El señor de Clayet es un fatuo insoportable -prosiguió ella-. Es capaz de jactarse de los favores que le otorgan y de los que le niegan; por eso no quise recibirle. Claro que, como debo darle las gracias, quería pedirte permiso para invitarle mañana a tomar una taza de café. ¿No tienes invitados al vizconde de Asmolles y a otros amigos?

-Sí. También vendrá el marqués de Chamery. ¿Por qué?

-Así le daremos las gracias. Dentro de ocho días mandará su tarjeta, luego le envías la tuya y acabaremos de una vez. Al menos, eso espero.

-¿Eso es todo? ¿No le has visto después de tu regreso?

-No, que yo sepa.

-¡Qué raro! -exclamó el conde, medio convencido por la tranquilidad de su esposa.

-Veamos, querido Estanislao -dijo ella, frunciendo el entrecejo y tomándole de una mano-. Expliquémonos. ¿Qué has oído por ahí? ¿De dónde vienes y qué te han dicho?

Artoff permaneció en silencio unos segundos, como si pensara qué debía responder.

-Estuve en el círculo de Chateau-Mailly. He visto a ese señor de Clayet, un fanfarrón impertinente, que parecía dispuesto a molestarme.

-¿Y te extraña, sabiendo que se atrevió a escribirme

una carta amorosa? -añadió la joven-. Anda, cuéntamelo todo.

-Con él había otros jovenzuelos, amigos suyos, que alababan su buena suerte y me miraban con ironía.

-¡Ah! Eso es más grave. Ese fatuo es capaz de haberme comprometido, y si es así...

. -Hay más -agregó el conde, con voz temblorosa por la emoción-. Mientras jugábamos le llevaron una carta que, al parecer, era de una dama de la buena sociedad y bastante misteriosa. Tiró el sobre bajo la mesa y quiso dar la carta al marqués de Chamery, que al parecer es amigo suyo. El vizconde de Asmolles intervino entonces, le arrebató la carta y se apresuró a quemarla.

-Eso tiene visos de escándalo.

-Cuando aquellos señores se marcharon, recogí el sobre -añadió Artoff con creciente emoción, mientras lo sacaba del bolsillo-. Fue una curiosidad inexplicable, pero aquí lo tienes.

Baccarat ya se lo había cogido, y nada más verlo palideció, mientras ahogaba un grito, tomó si un reptil la hubiera picado.

-¡Dios mío! Esto es imposible -murmuró anonadada, en tanto se dejaba caer en su sillón-. Es mi letra..., pero yo no he escrito esto.

Su marido, al oír aquello con tanta verdad en su acento y un ingenuo terror en su inocencia, trató de calmarla, apresurándose a reparar su falta.

-Perdóname, Luisa. Perdóname por haberme atrevido a dudar de ti.

-Cualquiera hubiese dudado -murmuró ella al cabo de un instante, luego de abrazar al conde y besarle cariñosamente.

-Ese hombre es un miserable que morirá mañana -replicó con gravedad el conde, mientras la apartaba un poco de sí-. Iré a buscarle, porque esto...

-Quédate y escúchame -dijo ella, recobrando su sangre fría-. Esta letra se parece mucho a la mía, y una de dos: o ese Clayet la ha imitado para jactarse de haber obtenido una cita mía, o es una inexplicable casualidad y otra mujer tiene una letra semejante a la mía.

-¡Eso es imposible!

-No hay nada imposible, Estanislao. Sólo dos alternativas: o el señor de Clayet es un miserable al que debe castigarse a la luz del sol, después de acumular las pruebas de su infamia, o es una traición de la casualidad, y entonces... Mírame y dime si es posible que una mujer a quien elevaste hasta atreverse a aceptar tu apellido sea lo bastante infame para dañar el honor que le devolviste con tu perdón.

Al decir esto, la condesa se inclinó humilde y estremecidamente ante el hombre que la quería y que la estrechó entre sus brazos.

-¡Quisiera que el mundo entero, cuantos se atrevieron a vituperarme, viesen y supieran cuánto vales! -exclamó él, emocionado.

Hubo un momento de silencio y de emoción, hasta que la condesa habló con aquella serenidad y entereza que tanto la había caracterizado en otros tiempos

-Voy a invitar al señor de Clayet para que venga a tomar el té mañana. Le verás y observarás cuanto quieras, y si se atreve a insinuar algo, aunque sólo sea el límite del más profundo respeto, te lo entregaré.

-De acuerdo -aceptó el conde.

Baccarat cogió una pluma y empezó a escribir la siguiente nota:

«Caballero: No he olvidado lo que hizo a orillas del Neckar. ¿Permitirá que se lo recuerde invitándole a venir para darle las gracias mientras tomamos el té en compañía de unos amigos íntimos? Su servidora,

»La condesa de Artoff.»

Cerró la carta, después de enseñársela a su marido, y la puso encima de la mesa del gabinete.

-Mañana se la enviaré con mi ayuda de cámara -dijo el conde, mientras tomaba a su esposa por la cintura y salía con ella del gabinete.

Casi al mismo tiempo se abrió una puerta existente en el fondo, que a través de un pequeño cuarto daba al pasillo. Era el mismo sitio que en otra ocasión utilizó Ventura cuando se dispuso a apuñalar al conde Artoff. El mismo sitio desde donde se enteró que Rocambole había sido arrojado al Marne y tomó la decisión de venderse y contar todo al conde para, con John Bird, destruir toda la maquinación de sir Williams. En ese mismo cuarto ahora se encontraba Zampa, el fiel instrumento de Rocambole, convertido en ayuda de cámara del duque de Chateau-Mailly. Zampa había buscado amistades en casa del conde y, por orden del hombre de la hopalanda y los cabellos amarillos, había espiado a los condes. Se acercó a la mesa, cogió la carta de Baccarat y, con sumo cuidado, despegó el lacre. Copió el contenido y volvió a dejarlo todo como estaba. Después se alejó de puntillas y se dirigió rápidamente a la calle Suresnes, donde ya le esperaba el hombre de la hopalanda. Rocambole leyó atentamente la invitación de la condesa de Artoff a Rolando de Clayet. Despidió a Zampa y se precipitó a casa de Rebeca, en Passy. La muchacha, como hija de Eva que convierte su belleza en profesión, estaba a punto de acostarse, aunque habían dado las dos de la madrugada. Se asombró al ver entrar a Rocambole a aquellas horas, pero el fingido marqués, sin preámbulos, le dijo:

-Pequeña, coge una pluma y disponte a escribir lo mejor que sepas.

-¿Escribir a estas horas?

-Sólo son dos líneas que te voy a dictar en seguida para que tu adorado Rolando las reciba nada más despertarse.

-Está bien -respondió Rebeca, instalándose ante un velador.

Rocambole empezó a dictar:

«Mi querido Rolando: Son las tres de la madrugada, y mientras duerme mi tirano y todo es silencio, dicto estas líneas a mi doncella. ¡Ah, amigo de mi alma! La tempestad se cierne sobre nuestras cabezas. La fatalidad está celosa de nuestra dicha. Ayer cometí una grave imprudencia. Te escribí por no fiarme de mi doncella e hice muy mal. Me dijiste que habías quemado la carta, pero olvidaste hacer lo mismo con el sobre, y éste ha caído en poder del conde. Reconoció mi letra y ha venido a casa furioso. Acababa de separarme de ti y creí que me mataría.

»¡Oh, amigo mío! He tenido que mentir y negar una vez tras otra hasta que al fin

creyó. Sin embargo, la desconfianza anida en su ánimo y me exigió que te escribiera invitándote a tomar el té mañana por la noche. Quiere espiarnos y seguirnos con la mirada. Por eso, Rolando, amigo mío, sé fuerte y mudo. Permanece impasible, como si nunca me hubieras visto.

Yo estaré admirable de ingenuidad, seguridad y frialdad. Si somos hábiles, estaremos salvados.

»Adiós, hasta mañana; o, mejor dicho, no. Mañana seré una extraña para ti, pero en la primera ocasión que la casualidad me permita concederte, nos desquitaremos.

»Adiós. Te amo...»

-No firmes -concluyó Rocambole-. No es necesario. Con esto basta.

Recogió la carta, la dobló y la introdujo en un sobre que la mujer escribió con la dirección. Lo cerró y, tras darle un beso en la frente, le dijo:

-Descansa tranquila, amiga mía. Ya tendrás noticias mías.

Al té ofrecido por la noche en casa de los condes de Artoff asistieron el duque de Chateau-Mailly, el vizconde de Asmolles, el marqués de Chamery y, finalmente, Rolando de Clayet. Rocambole experimentó un ligero estremecimiento al ser presentado a la condesa. Pero Baccarat tenía demasiada preocupación por Clayet para prestar atención al marqués de Chamery. Fabián también se sintió en ascuas durante toda la velada, temiendo que su amigo Rolando cometiese alguna imprudencia. Cuando dieron las doce, decidió retirarse y se llevó consigo al joven. Este dejó bien convencido al conde de Artoff de que no era tan atrevido ni estaba enamorado de su esposa. Consideró una locura ridícula su acaloramiento por la semejanza de su letra y la del sobre.

Al día siguiente, a mediodía, el conde Artoff salió a caballo para dar una vuelta por el bois de Boulogne. Tras rodear el lago, atravesó el Pré Catalán y fue a parar a la puerta de Maillot. Se sentía sediento y decidió detenerse un rato en el pabellón de Armenonville. Desmontó y entregó las riendas de su caballo al lacayo que le seguía, montado, también, en un magnífico media sangre.

Dos jóvenes cuyos caballos piafaban a la entrada del jardín, donde los tenía del diestro un lacayito, refrescaban como el conde en un cenador inmediato, y charlaban. No era posible verlos, pero la voz de uno de ellos pertenecía a Octavio y el conde prestó oídos a lo que decía.

-Hubiera dado cualquier cosa por estar anoche en casa del conde Artoff -decía Octavio.

-Rolando debió estar admirable -alabó su interlocutor, cuya voz era desconocida para el conde.

-Le he visto esta mañana -prosiguió Octavio-, y parece que todo fue bien. Rolando estuvo digno y reservado. La condesa se mantuvo impasible, ni siquiera pestañeó.

El conde se estremecía. Aquellas palabras producían frío en su corazón. Casi rompió el vaso que sostenía su mano, pero aún se contuvo. Le dominaba una ardiente curiosidad y continuó escuchando, mientras contenía la respiración.

-¡Palabra! -exclamó Octavio-. No hay como las mujeres para tener «la frente que jamás enrojece», de que habla el bueno de Jean Racine.

-Sí, tienen mucho aplomo.

-Esta ha estado maravillosa, llena de gracia y despreocupación. Parecía que le viera por vez primera, y apenas le dirigió la palabra.

-Dime, querido, ¿estás seguro de que Rolando no es un fatuo?

-Claro que no lo es -replicó Octavio-. Es realmente correspondido.

-¿Y has visto a la condesa en su casa?

-No, pero la vi en la Opera con él.

-Creo que llevaba velo.

-Sí, pero se lo levantó cuando estuvieron en el restaurante. Además, soy el confidente de Rolando. Me enseña todas sus cartas. Supe antes que nadie cómo le había recibido la condesa en Passy. Ayer por la mañana me encontraba en su casa cuando le entregaron una carta.

-¿De la condesa?

-Naturalmente. En ella le anunciaba que recibiría otra, que sería una invitación. Puedes imaginarte que la segunda era de letra de la condesa.

-¿Y la primera?

-Como las anteriores, la había escrito su doncella. Las mujeres como Baccarat son prudentes.

-Rolando conseguirá que lo maten.

-Ya se lo he advertido.

-No conozco al conde Artoff, pero creo que es un hombre terrible, implacable. Maneja muy bien toda clase

de armas. Y a cuarenta pasos, parte una bala en dos contra el filo de una espada.

-¡Naturalmente! -exclamó, riendo, Octavio-. Cuando se tiene el valor de casarse con Baccarat, es necesario poseer esas habilidades, porque si no...

Octavio no pudo concluir su frase. El conde, que había estado estremeciéndose y sintiendo un sudor helado en medio del desfallecimiento, soltó un grito ronco y salvaje al ponerse en pie, y se precipitó en el cenador de los dos jóvenes. Octavio se quedó aterrado al verle. Artoff lo tomó violentamente de los hombros y lo arrodilló a sus plantas, mientras decía con voz ahogada:

-Soy el conde Artoff, el hombre cuyo honor está mancillando desde hace una hora. Podría matarle en el acto con sólo apretar su cuello entre mis manos. Si le llevase al terreno, le dejaría mortalmente herido, pero aún es un chiquillo y seguramente tiene una madre que lo ama. Le dejaré largos años de vida con una condición.

Ante aquella parrafada y la terrible majestuosidad del conde, los dos jóvenes se sentían sobrecogidos de espanto. Octavio temblaba como una hoja de árbol en otoño y apenas pudo balbucir unas palabras de excusa.

-Caballero -añadió el conde, levantándole-. Júreme que regresará a su casa y se encerrará en ella durante veinticuatro horas. No quiero que vea al señor Rolando de Clayet.

-Se lo juro -balbució Octavio.

-Si falta a su juramento, tendré que matarle. Y no me interesa su vida, sino la de él -añadió el conde, furioso, antes de alejarse impetuosa y terriblemente, como un huracán.

El conde Artoff volvió a montar a caballo y corrió a rienda suelta hasta llegar a la barrera de l´Etoile. Se detuvo, ordenó al lacayo que se fuera con los caballos y luego tomó el primer coche de punto que pasó por allí.

-A la calle de Verneuil, al palacio de Chamery -ordenó al cochero.

Deseaba ver a Fabián, porque recordaba que el vizconde, en un arrebato, había cogido la carta de manos de Rolando y la había quemado. Si había obrado así, era porque conocía el secreto de los amores de Clayet. A pesar de todo, aún quería dudar. Amaba a su mujer y la realidad le exigía acabar con la duda. Fabián de Asmolles le diría la verdad si él le obligaba a ello. Además, no quería regresar a su casa. Temía no poder contenerse y en presencia de su esposa excitarse hasta el punto de cometer

alguna acción que luego le pesara. Encontró a Fabián fumando tranquilamente en el saloncito, después de haber comido con su esposa, Blanca. El vizconde, al verle pálido, comprendió que le había sucedido alguna desdicha. Y temió lo peor cuando, al ofrecerle asiento, Artoff ni siquiera le dio la mano y permaneció en pie.

-Querido vizconde -dijo-. Creo que es amigo del señor de Clayet.

-Sí y no -replicó Fabián, temeroso al oír pronunciar aquel nombre-. Es más joven que yo y nuestros padres eran amigos. Prometí a su tío y tutor que velaría por él en este océano parisiense.

-¿Y desde hace seis años o siete que nos conocemos, ha sido sinceramente amigo mío?

-Creo haberlo sido siempre -dijo Fabián, sonriendo como si esperase combatir la tempestad-. Pero, ¿a qué diablos emplea ese tono tan ceremonioso, mi querido conde?

-Querrá decir solemne -replicó Artoff gravemente-. Pero es el caso que mañana a estas horas habrá muerto uno de esos dos amigos: o Clayet, o yo.

-¿Se ha vuelto loco? -exclamó Fabián, poniéndose en pie.

-Mi querido vizconde, voy a hacerle una pregunta e invoco su amistad para que me responda sin rodeos. -No tengo inconveniente, pero, dígame, ¿a qué viene tanto misterio y tanta agitación?

-¿Se acuerda de la carta que recibió anteayer el señor de Clayet en el círculo, aquella que quemó precipitadamente por temor a que alguien allí presente pudiera enterarse de la verdad? Alguien que, a no dudarlo, tenía que ser el marido de la dama y el único que ignoraba el motivo de aquellas sonrisas y burlas de todos los contertulios...

-¿Adónde quiere ir a parar, conde? -interrumpió Fabián, asustado.

-A la verdad -replicó Artoff, en tono enérgico y desesperado-. El sobre quedó allí y estaba escrito con letra de mi esposa. Ella afirmó que no había escrito aquello y por indicación suya invitamos anoche al señor de Clayet a nuestra casa.

-No sorprendí ni una palabra, ni una mirada que me hicieran sospechar.

-Espere, espere aún, porque esta mañana he oído a cierto jovenzuelo cómo se jactaba de saber y haber visto a mi mujer con Rolando...

Fabián de Asmolles, a medida que le oía hablar, inclinaba la frente y sentía que un sudor frío humedecía sus sienes.

-Amigo mío -terminó el conde, después de relatarle cuanto había escuchado de labios de Octavio-, en este mundo todo es posible, incluso la apariencia de crimen donde en realidad no existe. Hace una hora que estoy atormentándome con miles de preguntas. Pensé que Clayet podía ser un miserable que se jactaba de una imaginaria felicidad y llevaba su infamia a falsificar una letra. Pero recordé lo que usted había hecho y, contra mi voluntad, he pensado que usted conoce la verdad.

-Pretende obligarme a decírsela -balbució Fabián.

-Escuche aún. Si calla, me marcho a casa del señor de Clayet y le levanto la tapa de los sesos. Si me asegura que mi esposa es culpable, me batiré con él y le mataré lealmente. Pero si me dice que ella es inocente, le creeré bajo su palabra.

El vizconde de Asmolles se quedó silencioso, sin saber por dónde escapar. Artoff insistió

-¿No quiere responderme?

-Envíe sus testigos a Rolando -murmuró Fabián, después de lanzar un profundo suspiro.

El conde vaciló un instante ante aquellas palabras. Eran como un rayo que le destrozaba tras caer a sus pies. Murmuró, tratando de recobrarse con gran esfuerzo:

-Está bien, le creo. Pero, ¿tiene alguna prueba que darme? ¿Ha visto a la condesa

en casa de Rolando?

-La he visto.

En aquel instante apareció Rocambole en la estancia. Llegaba de visitar al médico mulato y apropiarse de la belladona que le encargara sin Williams. Su presencia hizo que el conde, hombre abatido, anonadado por la revelación tenida, hiciera un llamamiento a su orgullo y permaneciese en pie para tenderle la mano y saludarle como si nada le sucediera. No obstante, Rocambole percibió su palidez y supo qué le ocurría.

-Querido vizconde -prosiguió el ruso, dirigiéndose a Fabián-. Acaba de demostrarme que es un amigo.

¿Quiere hacerme otro favor? No servirme de testigo en un duelo con un hombre que es amigo suyo, sino...

-Lo era -replicó Fabián-. Ahora, lo desprecio.

-Se trata de algo más sencillo. No quiero volver a mi casa. Permítame permanecer en la suya hasta mañana.

-Señor conde -dijo Rocambole-, aquí está usted en su casa.

Entonces, el conde Artoff se sentó a una mesa y escribió a su esposa la siguiente carta:

«Señora: Dudé ayer, esta mañana y hasta hace una hora. Ya no dudo. No volveré a palacio ni me verá nunca. Mañana me bato con el señor de Clayet. Confío en matarle y una hora después, si no encuentro la muerte que desearía de otra mano, me marcharé de Francia. La amo y la perdono.

»El conde Artoff.»

-Me voy durante una hora -dijo al señor de Asmolles, después de doblar la carta y guardársela-. Hasta la vista, amigo mío. Adiós, señor de Chamery.

Salió, subió en el coche de punto, que le esperaba, y dio la dirección de Rolando de Clayet. Este se hallaba en su casa. Aquella mañana había recibido una carta de la supuesta doncella de la condesa, en la cual le pedía que la esperase en casa hasta las cinco. Rolando no pensó ni en salir. Incluso despidió a su ayuda de cámara para encontrarse a solas con ella. Cuando oyó el campanillo de la puerta se estremeció de alegría, pero al abrir se quedó deslumbrado. En vez de ella estaba el marido.

-Tengo muy pocas cosas que decirle, señor de Clayet -dijo el conde, sin más preámbulo-. Sin embargo, el umbral de la puerta no me parece sitio apropiado para ello.

El conde entró en la primera habitación que halló abierta y permaneció en pie, esperando que Rolando cerrase la puerta y se reuniese con él. El joven, que era muy vanidoso, comprendió en seguida lo que buscaba el conde, y acudió a su encuentro con la cabeza erguida y una sonrisa desdeñosa en los labios.

-¿A qué debo el honor de su visita, señor conde? -preguntó, saludando de nuevo.

-Supongo que muy pocas palabras bastarán para informarle: lo sé todo.

-Estoy a sus órdenes -replicó el fatuo, inclinándose.

-Muy bien -dijo el conde-. Primero, a pistola, y en seguida, a espada. Nos batiremos a muerte.

-Como usted quiera.

-Mañana, a las siete, en el bosque de Vincennes, entre el fuerte y Nogent. No quiero batirme en el bois de Boulogne, ya que podría acudir ella a representar una escena estremecedora. Nos reuniremos en la barrera del Trono a las seis y media.

-Estaré allí con mis testigos -respondió, acompañándole cortésmente hasta la escalera.

-Adiós, caballero.

-Hasta mañana.

Con aquel saludo cambiaron una mirada acerada como la punta de una espada. Se hubieran matado allí mismo, aunque a Rolando le entusiasmaba más comunicar todo aquello a alguien. Y cuando estuvo solo, se apresuró a escribir a Octavio dándole cuenta de su «salvaje duelo, amigo mío, que te dará tono, porque quiero que seas uno de mis testigos».

El conde Artoff, al salir de casa de Rolando, se dirigió a la de Chateau-Mailly, a quien le pidió que hiciese de testigo en el duelo que se celebraría al día siguiente.

-Pero un duelo es una cosa muy triste -comentó el duque.

-Me bato -agregó el conde, con una amarga sonrisa- porque hasta hace poco me consideraba el más feliz de los mortales y ahora creo que soy el más infortunado de todos.

-¡Dios mío! ¿Qué dice?

-Lo que oye. Amaba y no me querían. Pensé que el arrepentimiento produce ángeles y ahora tengo la prueba de que el vicio arrepentido, más tarde o más temprano, vuelve a ser vicio.

-¿Qué está diciendo? ¡Dios mío! ¿Será posible? ¿Acaso la condesa...?

-No me la nombre -interrumpió el ruso con un gesto-. Ha muerto para mí.

Mientras el conde Artoff se movía por París terriblemente agitado por las noticias que le llevaban a enfrentarse con Rolando de Clayet, Baccarat permanecía en su palacio tranquilamente. Sabía que su marido había salido a recorrer París y, como el día anterior, no regresaría hasta la hora de cenar. Por la mañana fue a hacer algunas compras y a eso de las tres, estando en casa, recibió una carta que no tuvo tiempo de abrir porque en aquel instante llegaba su hermana Cereza a visitarla.

-¿Cómo eres tan aturdida? -exclamó al verla-. Ven y explícame por qué me escribes y llegas al mismo tiempo que tu carta.

-¿Mi carta? -repitió Cereza, asombrada.

Acaba de entregármela un lacayo que la ha recibido de parte de la señora de Rolland. No hay más señora de Rolland que tú.

-Eso sí que es extraño -replicó Cereza-. Porque yo no te he escrito. ¿Para qué iba a venir entonces? Baccarat, sorprendida, tomó la carta de encima del mármol de la chimenea, la abrió y buscó la firma Rolando de Clayet. Cada vez más asombrada, se puso a leer la siguiente misiva:

«Angel mío: El hombre que te ama está en ascuas desde hace una hora. Sólo el miedo de encontrarte muerta me impide ir a tu casa. ¡Con tal de que él no se haya entregado a infames violencias! Acaba de salir de aquí. Nos batiremos mañana. ¡Ah! Morir por ti sería la más gloriosa de las muertes, si no tuviera miedo de lo que pueda sucederte cuando no exista. Tendré valor para vencer y protegerte. Escríbeme algo, aunque sólo sea una palabra.» »Rolando de Clayet.»

-¡Dios mío! -exclamó Baccarat, palideciendo-. ¿Estaré soñando?

La carta se le escapó de las manos, y Cereza la recogió para leerla con asombro.

-¡Esto es incomprensible!

-¡Si apenas- conozco a ese hombre! -exclamó Baccarat con vehemencia, después de quedarse un momento mirando, anonadada, a Cereza-. Ni tan siquiera me ha besado la mano. ¡Es para volverse loca!

-Pero, ¿quién es la persona que le ha provocado? ¿Con quién va a batirse?

Baccarat no tuvo tiempo de responder a su hermana. El ayuda de cámara entró con una nueva carta y se la entregó, diciendo que la habían traído de parte del conde. Baccarat la cogió temblando y apenas la leyó cayó de espaldas, dando un grito. Tardó quince minutos en recuperarse. Y, loca de dolor y entre sollozos, pidió a su hermana que la acompañase a casa de Rolando. Cereza trató de consolarla durante todo el trayecto y al llegar ante la casa la dejó en su coche y subió sola al piso del joven. Este quedó un momento sorprendido al no conocerla, pero cuando supo que era la hermana de Baccarat dio muestras de gran alegría y exclamó con ridículo énfasis

-¡Oh, Dios mío! Está viva y salva. Comprendo la emoción de la pobre, su terror. Pero, ¡aquí estoy yo, señora! La amo y la protegeré.

-¡Caballero! -exclamó Cereza, estupefacta-. No sé si esto es una intriga infame o usted el más cobarde de los hombres. Mi hermana no le conoce y jamás lo ha amado.

-¿Qué dice? -replicó Rolando, muy digno y con una sangre fría que aterró a Cereza-. Según parece, Luisa no le ha hecho confidencia alguna. Debí comprenderlo, pero, en fin, señora, no puedo consentir que me traten de cobarde e infame. Su hermana ha sido muy buena conmigo. Desde hace ocho días me recibe en Passy, en una casa misteriosa. Y ha venido aquí tres veces.

Cereza ahogó un grito de espanto. Creyó que tenía ante sí a un loco y salió huyendo. Bajó la escalera y abrió la puerta de la berlina. Cogió a su hermana de un brazo y le dijo:

-¡Ven, ven! Ese hombre afirma que lo has recibido en Passy y que has venido a verle a su casa.

Baccarat saltó como galvanizada. Aquello era demasiado. Se precipitó escalera arriba y encontró a Rolando en la puerta. Este, al verla, salió a su encuentro, gritando de alegría y queriendo abrazarla.

-¡Ah, Luisa! ¡Mi querida Luisa!

-¡Es usted un cobarde! -gritó Baccarat, rechazándole indignada y fuera de sí-. Jamás le he dado el derecho de llamarme Luisa.

Querida amiga -replicó Rolando, afectuoso y desenvuelto-. No estoy loco ni soy un cobarde. He sido torpe al creer que su hermana sabía lo nuestro...

-¿Por quién me ha tomado? -rugió Baccarat-. Entre nosotros no ha existido nada. Jamás...

-Perdone, señora -murmuró Rolando, bajando la cabeza-. ¿Acaso pretende representar la conocida escena de Richelieu con la señorita de Belle Isle? Baccarat lo miró, aturdida, y se dejó caer en un asiento, mientras ocultaba su rostro entre las manos y murmuraba, angustiada

-¡Este hombre es un infame!

-Vamos, querida amiga -prosiguió Rolando, con desenvoltura-. Yo no he estado en la oscuridad, como Richelieu, ni en tu casa de Passy ni en la mía. Fíjate en este almohadón. Aún estuve sobre él hace dos días.

Baccarat, furiosa, se irguió y se le enfrentó airadamente, la mirada centelleante y el cabello en desorden. Levantó una mano enguantada y se disponía a abofetearlo

cuando Cereza la detuvo y exclamó

-¡Calla! Ahora lo comprendo todo. Ha sido esa mujer. Esa que vi el otro día paseando por París.

La condesa miró a su hermana con desconcierto y en seguida comprendió lo que pretendía decir. Sin pensarlo, cogió la mano de Rolando y lo arrastró hacia la ventana. Se colocó de modo que la luz iluminase bien su rostro y le dijo:

-Fíjese bien y míreme. ¿No habrá tomado a otra mujer por mí? No es posible que diga que nos hemos visto. Alguien ha usurpado mi nombre y ha imitado mi letra.

Rolando se quedó paralizado. Había tal acento de convicción en sus palabras que empezó a dudar.

-Es imposible -dijo al fin-. Es usted, no cabe duda. Su rostro, sus cabellos... Además, están las cartas escritas por su doncella: la de ayer, la de esta mañana...

Le presentó la escrita por Rebeca contando lo sucedido entre ella y el conde cuando éste regresó del club, y al verla Baccarat volvió a trastornarse. Dio un grito de angustia y se desmayó. Cereza acudió a sostenerla para que no cayese y empezó a pedir socorro a voces. Rolando trataba de ayudarla y cuando se presentaron unos vecinos, la hermana de Baccarat hizo que sacaran a ésta y la llevasen a su coche. Antes de irse se enfrentó a Rolando, que empezaba a creer que su convicción se debilitaba.

-Confío en que vaya a mi casa dentro de una hora -dijo Cereza, con energía-. Es preciso. Además, se lo ruego. Aquí hay un horrible misterio que debemos aclarar.

-Iré, no se preocupe -respondió Rolando, que pensaba si no se habría vuelto loco.

Aún no había salido de su anonadamiento cuando Rocambole apareció en su piso.

-Mi querido amigo -saludó el marqués de Chamery, sonriente-. ¿Acaso lo ha descubierto todo el conde Artoff? Le veo muy alterado.

-Sí. Nos batimos mañana.

-Lo sabía y por eso he venido a verle. El conde fue a visitar a Fabián y le obligó a confesarle todo. Pero quien tiene la culpa es su amigo Octavio.

-Amigo mío -le interrumpió Rolando, sin dar importancia a lo que decía Rocambole-. La condesa de Artoff acaba de estar aquí. Pensé que me volvía loco.

-¿Cómo es posible? ¿Se ha atrevido?

Rolando relató en pocas palabras lo que acababa de suceder y terminó diciendo

-No puedo creerlo. Es imposible que exista una semejanza tan notable y, sin embargo, la condesa lloraba y se retorcía de angustia. Creo que he sido un imprudente víctima de una comedia, y si es verdad que existe esa mujer que se parece a la condesa..., me levantaría la tapa de los sesos.

-Amigo Rolando, ¿qué edad tiene? -comentó Rocambole, sonriendo con afabilidad-. Creo que le han tomado el pelo esas dos mujeres. Aún es muy joven para tener experiencia en estos ardides. La condesa y su hermana le han engañado.

-¿A mí? -balbuceó-. Pero, ¿qué quiere decir?

-No hay falsa condesa Artoff. Sólo existe una y ésa le ha amado durante ocho días. Ha tenido la torpeza de comprometerla y en dos horas ella se ha vuelto contra usted.

-¿Qué está diciendo?

-Es simple. El conde se enteró de todo y en vez de regresar a su casa escribió a su esposa. Esta ha venido entonces acompañada de su hermana para representar una comedia que les ha salido muy bien. A estas horas usted se halla convencido de que existe otra mujer que se parece a ella y mañana, ante el conde, usted le pedirá disculpas y añadirá que ha sido víctima de una comedia infame. Máteme si quiere, le gritará, pero como hombre de honor, como hombre que va a morir, le juro que la condesa es inocente.

-¿Y por qué eso?

-¿Cómo? Pero, ¿no lo comprende, amigo mío? El conde arrojaría su espada al suelo, no se batirían y ambos se echarían a buscar a esa mujer imaginaria que tanto se parece a la condesa. Después de tres o cuatro días de pesquisas inútiles...

-Existe la casita de Passy.

-¿Dónde? ¿No me contó que siempre le llevaban en una carroza desde la cual no podía ver nada? ¿Quién le dice que no está en Auteuil, en vez de en Passy? El furor del conde se aplacaría en esos tres días y como un marido siempre desea perdonar a su esposa y considerarla inocente...

-Si no aparece la mujer, el conde creerá...

-Mi querido amigo -atajó Rocambole-, la condesa convencería a su marido de que ella es inocente y el único culpable no tiene interés en encontrar a la verdadera mujer, para que muchos sigan creyendo que ella ha sido la amada y usted la salvó con una mentira piadosa.

-¡Eso es una infamia!

-Eso es diplomacia femenina. Y créame, cuando el conde estuviera convencido de esto, no vacilaría en provocarle y matarle, con gran satisfacción de la condesa, que no le perdonará nunca sus indiscreciones.

-Entonces han pretendido burlarse de mí, tanto ella como su hermana. Pueden esperar tranquilas. Mañana me batiré con el conde.

-Defienda bien su pellejo.

-Esté tranquilo. Lo haré.

Cuando Rocambole se separó de él, empezó a escribir a Cereza informándola de que no iría a visitarla por haber averiguado los motivos de la comedia urdida por Baccarat. Ordenó que llevasen la carta a su destino, se vistió y se fue a ver a su amigo Octavio, a quien contó la maquinación de Baccarat. Por temor a que la condesa se presentase de nuevo en su domicilio, decidió quedarse toda la noche en casa de Octavio y de allí salieron cuando se presentó su amigo, el marqués de Beaupres, llevando un par de espadas de combate y una caja con pistolas.

Octavio ordenó enganchar un coche cerrado, porque caía una ligera llovizna, y a las seis y media se presentaron en la barrera del Trono. Al lado de la caseta de consumos vieron un coche, que Octavio reconoció por

los criados y la librea de mañana del duque de Chateau-Mailly.

-Ahí están -indicó a Rolando, que estaba grave serio, pese a esforzarse en aparentar indiferencia-. Te van a matar en un mal día. ¡Qué asco de lluvia!

Estas palabras hicieron latir con más fuerza el corazón de Rolando. Sin embargo, era vanidoso y valiente, y, cualquiera que fuesen sus presentimientos, sabía permanecer impasible.

Una hora antes, el marqués de Chamery, que había cenado la noche anterior en compañía del conde Artoff para que Fabián y Blanca estuvieran solos y la vizcondesa no pudiese sospechar nada, entró en el dormitorio cedido al conde. Este dormía pesadamente y le costó trabajo despertarlo. Rocambole le había administrado, con la bebida, el brebaje de belladona por orden de sir Williams. El conde Artoff se vistió en seguida, y Rocambole le acompañó hasta coger la berlina que le llevaría a casa del duque de Chateau-Mailly. Este le esperaba con un oficial de la guardia, amigo suyo, que también haría de testigo. A ambos les extrañó el estado de alelamiento y la mirada atónita y vidriosa que poseía el conde, mas pensaron que era cosa de la tensión que sostenían sus nervios.

Rocambole fue a la calle Suresnes para cambiarse y disfrazarse de cochero con el fin de sustituir al del duque de Chateau-Mailly, que había enfermado repentinamente.

Llevó al conde y a sus testigos al lugar de la cita y se dispuso a presenciar el duelo. Durante el trayecto, el conde, que debía de estar triste y serio, no hizo más que reírse y al final se quedó sumido en una especie de ensimismamiento que asombró a todos, excepto al cochero del duque.

-Querido tío -decía Rocambole a sir Williams, horas después-. Te aseguro que el regreso de Vincennes ha sido de lo más gracioso que he visto en mi vida. El conde quiso subir en el coche, al lado de Rolando, a quien llamaba conde Artoff, mientras creía que él era Rolando de Clayet. Repitió muchas veces sus excusas y se empeñó en que Rolando le llevase a la calle de la Pepiniére para arrojarse a los pies de la condesa de Artoff y pedirle perdón por haber mancillado su nombre. Baccarat no estaba allí. También está medio loca y moribunda en casa de Cereza.

Sir Williams agitaba la cabeza, divertido como si aquel relato le convirtiera en el hombre más feliz de la tierra.

-Hubo que encerrar al pobre conde en su palacio -prosiguió Rocambole-, haciéndole creer que la condesa había salido y debía esperarla para arrojarse a sus pies. No sé, querido tío. Hice cuanto me pediste, pero tendrás que explicarme qué conseguiremos con la locura del conde.

«Los médicos ordenarán que emprenda un viaje -escribió el ciego en la pizarra-. Y Baccarat se irá de París con él. Ya no podrá estorbarnos. El duque de Chateau-Mailly quedará solo y podremos ocuparnos de él tranquilamente.»

-¡Caramba, tío! Ese plan sí que me agrada. ¿Cómo vamos a deshacernos de él?

«Conténtate con ejecutar mis órdenes -escribió sir Williams- y lo sabrás al final. El duque no impedirá que te cases con Concepción.»

CAPITULO XII

La repentina locura del conde Artoff obligó a Baccarat a tomar las riendas de su vida. Confió su cura a un gran médico y se dispuso a marcharse a Suiza con su marido para tratar de devolverle la razón. Antes, aún quiso hacer algo por el duque de Chateau-Mailly, escribiéndole para notificarle que había recibido unas líneas del coronel de ulanos anunciándole el envío de los documentos por un correo que llegaría días más tarde. También escribía al duque de Sallandrera, interceciendo por él e informándole de su origen, confiando en que los rumores de su desgracia no le afectasen.

Esta carta fue interceptada por Zampa. La dio a conocer al hombre de la hopalanda y Rocambole, de acuerdo con sir Williams, se dispuso a interceptar el correo que llegaría de Rusia con los documentos para el duque de Chateau-Mailly, y recuperar la carta de Baccarat antes de que la recibiese el duque de Sallandrera, el cual según carta de Concepción, ya regresaba a París con su familia.

Rocambole había encontrado casualmente a Ventura, lo había seguido y sabía dónde y cómo se hacía llamar el antiguo traidor del «Club de las Sotas de Copas». Al necesitar a alguien que fuera a España para interceptar la carta al duque de Sallandrera, que seria devuelta a su domicilio de París, sir Williams ordenó a Rocambole que se presentase a Ventura después de amenazarle él con emparedarlo. Ventura, entre morir a manos de Rocambole o marchar a España, prefirió llegarse hasta la aldea de Corta,. cercana al castillo de Sallandrera, en cuya cartería cogió la carta que iba a ser reexpedida a Francia. Asesinó al viejo Murillo, «Pata de palo», simulando que se ahorcaba. Robó veinte mil francos en oro de la saca de correos, y

regresó tranquilamente a París.

La misma noche del crimen, a doscientas leguas de distancia, en la abandonada carretera que conduce a. Melun, cerca del bosque de Senart, Rocambole apuñalaba al correo ruso y se apoderaba de los documentos dirigidos al duque de Chateau-Mailly. Con ellos regresó a París y doce horas después de cometer el crimen se presentó en el cuarto de sir Williams, transformado en el marqués Alberto de Chamery, para decirle en tono de reproche:

-Comprenderás, querido tío, que me has hecho desempeñar un trabajo muy ingrato. Olvidas que él marqués de Chamery es noble de buena cepa y mi caballerosidad es muy alabada por todos.

Una sonrisa vagó por los mudos labios del ciego y se hizo más significativa a medida que hablaba su discípulo.

-Puedes figurarte lo que me costó representar un papel tan innoble, un papel de patán. El marqués de Chamery, un cumplido caballero, un sportman, futuro grande de España, viajó en carro, cenó con un posadero, con su mujer y con la moza de la posada. ¡Qué asco!

El ciego se desternillaba de risa en su sillón, mientras Rocambole proseguía su relato de calamidades.

-Bebí aguardiente de patata con un correo, y hablé de mi mujer, que es frutera en Melun...

«¿Tienes la cartera con los documentos?», escribió sir Williams en la pizarra, interrumpiéndole.

-Ya lo creo. Aquí están.

«¿Mataste de un pistoletazo al correo?»

-No. Eso hace ruido. Le clavé mi puñal en la clavícula y murió sin decir una palabra, ,igual que un espectador que se duerme en el Odeón.

Sir Williams sonreía escuchando a Rocambole, que sacó de su bolsillo los documentos llegados de Odessa.

-Si te parece -dijo Rocambole-, antes de quemarlos nos enteraremos de lo que dicen.

El ciego hizo un signo afirmativo para que el joven leyese y cuando supo el contenido de ambos, se apresuró a escribir en su pizarra:

«No conviene quemar eso. En el caso de que Concepción se eche atrás y todo haya concluido entre tú y ella, el señor de Chateau-Mailly pagaría un millón por esos pedazos de pergamino amarillento.»

-No es mala idea, querido tío -reconoció Rocambole-. Pero será mejor que yo me case con la señorita de Sallandrera. Sí, los guardaré. ¿Tienes algo más que decirme?

Sir Williams negó con la cabeza, y Rocambole lo dejó solo. Bajó a su cuarto con intención de ocultar allí los pergaminos. Pero lo pensó mejor y decidió guardarlos en su piso de la calle Suresnes. Al salir, comunicó a su cuñado Fabián que regresaría para cenar con ellos. Antes, aún fue a dar un paseo por el bosque y cuando regresó le esperaba una carta de Concepción informándole que habían llegado aquella mañana y que le esperaba, como de costumbre, en su estudio a medianoche.

Después de cenar en casa de su hermana Blanca, el marqués se fue a jugar al whist a su círculo. De allí salió a las doce menos cuarto y se dirigió al bulevar de los Inválidos. El negrito le esperaba en la puerta del jardín. Rocambole sabía que la

puntualidad es la política de los reyes y la dicha de los enamorados. A las doce en punto franqueaba la puerta del estudio.

Concepción, sentada en un gran diván, trató de levantarse al verle, pero no pudo a causa de la emoción que la embargaba. Rocambole se aproximó a ella en silencio y se detuvo frente a la joven para contemplarla con atención. La joven lo miraba expectante, emocionada. Abrió los brazos y saltó. El la tomó por la cintura y la besó hasta apasionarse.

Tras unos instantes, ella retiró la boca, jadeando, y permaneció abrazada a Rocambole, que murmuró mientras frotaba su mejilla con la de ella:

-Al fin encuentro mi corazón. Desde hace un mes sólo vivía con el recuerdo.

Concepción lo estrechó contra sí nerviosamente y volvió a juntar sus labios a los de Rocambole. Por un instante les ahogó la pasión, pero ella logró zafarse y dijo con calma engañosa:

-Querido, tú has sufrido menos que yo. Al fin tenías mis cartas.

-Y no podía contestarlas.

-¡Oh! ¡Qué terrible es el silencio! -exclamó la joven, temblando-. No saber lo que hacen o piensan quienes están lejos de nosotros. A veces se teme el olvido y otras se pregunta si todavía existen.

-Concepción, por favor -murmuró apasionadamente Rocambole, tomándola de los brazos-. Sabes que daría la vida por ti.

La joven suspiró. Durante un momento se miraron apasionadamente y cuando él quiso atraerla de nuevo, la muchacha dijo, como si quisiera apartarse del terreno ardiente:

-He llegado a París llena de angustias y de temores. A mi padre le consume la ambición. Todo le parece poco para mí, y quiere que sea duquesa.

-¿Qué quieres decir? -inquirió Rocambole, alarmado y algo molesto por el nuevo cariz de la cuestión.

-Desde que hemos salido de Sallandrera no es el mismo. No es el hombre que se desmaya en los funerales de don José, sino Pablo de Sallandrera, el que sueña en transmitir sus títulos y apellidos a un hombre que sea igual a ni! en nacimiento y fortuna.

-Comprendo -murmuró Rocambole con cierto abatimiento-. Nunca seré a sus ojos más que un pobre caballero, indigno de unirse a su familia.

-No digas eso. Yo te quiero -afirmó ella con viveza. Rocambole se acercó y se sentó a su lado. Se contemplaron largamente en silencio, con ternura. Parecía que la marea de pasión volvía a sacudirlos, pero él se contuvo y dio prueba de abnegación y desinterés.

-Escucha, Concepción. Es mejor que hagas examen de conciencia y preguntes fríamente a tu corazón si este amor que me tienes no es más que gratitud por haberte salvado de don José, como tú dices.

-¡Dios mío! ¿Es posible que pienses tal cosa?

-Por Dios, Concepción, sé fuerte y razonable. Si tu padre sueña con una alianza noble, debes obedecerle.

-¿Es eso lo que quieres? -preguntó la joven, angustiada.

-No se trata de lo que yo quiera, sino de lo que debes hacer. Tienes que olvidarme. Debemos... Concepción exhaló un grito ahogado y se abrazó a Rocambole, murmurando con vehemencia

-¿Quieres matarme hablando de ese modo? -y añadió, mientras él la cubría de besos en las mejillas y en los ojos-. ¿Cómo has podido dudar de mí?

-¡Concepción!

La besó en los labios, acariciándole el rostro, que reflejaba ansiedad.

-Tú sabes que el juramento de una Sallandrera es sagrado. Juré ser tu esposa -dijo con una vehemencia extraordinaria y estalló en sollozos, asiéndose a Rocambole como un niño con pesadillas.

El hombre la abrazó, la besó y le prodigó tiernas caricias intentando consolarla. Todo cuanto había en ellos era lo único que les unía. Cambiaron nuevos juramentos y cuando una hora después el falso marqués de Chamery salía del estudio y atravesaba el jardín conducido por el negrito, los dos amantes se habían jurado huir al fin del mundo antes de separarse.

-Ahora sólo me falta una cosa para ser completamente feliz -murmuró Rocambole, sacando un habano de una lujosa petaca de piel de Rusia-. Que me den un poco de fuego.

Como si el cielo quisiera satisfacer su deseo, surgió un punto luminoso que parecía oscilar, a unos treinta pasos, en el bulevar de los Inválidos.

-No hay por qué tener orgullo a las dos de la madrugada -se dijo, dirigiéndose hacia el farol del trapero-. Pidamos fuego a ese Diógenes. ¡Eh, la del gancho! ¿Puedo encender en su farol?

La trapera se detuvo al oír aquellas palabras y dejó caer el gancho. Rocambole aún se aproximó hasta ella y el farolillo le iluminó el rostro por completo.

-¡Santo cielo! -exclamó la trapera, con voz enronquecida por el alcohol-. ¡Si es mi hijo! Te he conocido -gritó la vieja, abriendo los brazos para estrechar entre ellos a Rocambole, que retrocedía sorprendido-. Eres tú, Rocambole. Te he reconocido, aunque hayas cambiado de cara.

-¡Usted está loca, señora! -protestó el falso marqués, acentuando su voz con tonalidad inglesa-. ¿Por quién me ha tomado?

-¿Loca yo? Nada de eso, hijo. Eres Rocambole, el hijo querido de mamá Fipart.

-¡Atrás, vieja borracha! -rechazó él, al ver que ella intentaba abrazarlo-. No te he visto jamás y libre Dios de ello a un hombre de mi clase.

-¡Ingrato! ¿Es que pretendes darte tono? -replicó la voz aguardentosa-. ¿Te has vuelto tan orgulloso y desconsiderado?

-Pero, ¿qué quieres? -dijo en voz baja, comprendiendo que era preciso capitular-. ¡Calla! No chilles tanto.

-¿De modo que me reconoces? Somos cómo siempre, mamá Fipart y su querido Rocambole.

-Lo mismo que antes -respondió él, arrojándose en sus brazos y añadiendo en voz baja-: Pero no hables alto y apaga el farol. Me persigue la policía.

-¡Si vas vestido como un príncipe!

-Eso no importa -agregó Rocambole, echando una mirada a su alrededor cuando ella apagó la luz-. Ven allá abajo y podremos sentarnos.

-Bien sabía yo que siempre serias el Rocambole de tu mamá -dijo la vieja, emocionada, mientras se prendía del brazo que él le ofrecía.

-Sí, pero ahora cállate.

Caminó con ella del brazo mirando con recelo a todas partes y se dirigió al puente de Passy. Bajaron hasta llegar bajo la bóveda y se sentó en el camino de sirga. Reinaba un profundo silencio, sólo interrumpido por el chocar del agua contra los pilares del puente. Las tinieblas los envolvían y apenas se distinguían en la distancia algunos faroles que alumbraban débilmente las orillas del Sena hasta el puente de la Concordia.

-Ahora ya puedes soltar la lengua. ¿En dónde vives? Hace quince días que llegué a París y te he estado buscando por todas partes.

Librodot

-¿De veras?

-¿Te figuras que uno puede olvidarse de mamá Fipart?

-Pues en cinco años no he sabido nada de ti.

-¡Qué diantre! He estado a la sombra. Cuatro años en Botany-Bay, que es algo así como la colonia de forzados ingleses.

-¿Y has cumplido?

-Aún me faltan veintiséis años, pero me escapé. Estuve nadando durante dos horas y luego me rescató un buque americano.

-¿Y tienes cunquibus?

-Un poco. Trabajo con dos pick-pockets. Y tú, ¿qué haces?

-¡Uf! Me han pasado muchas desdichas. Ya ves, ahora hago de trapera -la vieja suspiró-. ¡Qué mal va todo! Dicen que sir Williams perdió la lengua en la última batalla, al menos así me lo aseguró Ventura.

-¿Ves a Ventura? -preguntó Rocambole, asombrado.

-De vez en cuando tomamos una copa juntos.

-¿Vives con él?

-No. El está en Belhomme y yo en Clignancourt.

-¡Qué demonio, mamá! Me parece que esto va a ser un mal negocio para ti. No te inquietes, vieja mía, que iré a verte. Ahora toma dos luises.

-¿Dos luises? Pero, ¿cuándo vas a venir a verme? Rocambole hizo como que buscaba las monedas y cuando la vieja tendía ávidamente la mano, la abrazó con ternura y dijo:

-¡Mamá, te adoro!

-¡Que me ahogas! -protestó la vieja.

-¡Que va! Te estrangulo.

Y las manos de Rocambole rodearon el cuello de la Fipart y lo apretaron hasta que, al cabo de unos segundos, la vieja dejó de forcejear y quedó inmóvil. Entonces le dio un violento empellón y la arrojó al Sena. Las negruzcas aguas del río se llevaron el cuerpo hacia las redes de Saint-Cloud, mientras el marqués de Chamery regresaba en busca de su carruaje.

A la mañana siguiente, el duque de Chateau-Mailly descubrió, al despertarse, a su ayuda de cámara Zampa sentado a la cabecera de su lecho, con aire misterioso y lleno de humildad. Aquello sorprendió al duque y le dio que pensar. Preguntó inmediatamente:

-¿Qué haces ahí? Tengo la costumbre de llamarte, ¿no?

-Sí, señor. Pero si el señor duque quiere permitirme que hable... y además con alguna libertad, quizá me expresaría con más claridad.

-Veamos, ¿qué pretendes?

-Como el señor duque sabe, estuve diez años al servicio de don José y mi pobre amo se dignó concederme alguna confianza. Así supe muchas cosas referentes a él, a la señorita de Sallandrera y al señor duque.

-¿A mí? -exclamó el duque, sorprendido e interesado.

-Don José no amaba mucho a la señorita de Sallandrera, pero quería casarse con ella, seducido por su título y por su fortuna, lo que no evitaba que su prima lo aborreciese profundamente.

-¿Por qué? -inquirió el duque, estremeciéndose ante la revelación.

-Pues bien -añadió Zampa, después de titubear un poco-. Primero porque amaba al

hermano de don José y después...

-¿Amaba tal vez a otro? -preguntó el duque, temblando.

-No puedo citar su nombre. Sin embargo, referiré al señor duque ciertas circunstancias ocurridas hará unos seis meses, cuando tuve que llevar una carta de mi señor al duque de Sallandrera. Casualmente, desde la antecámara que precedía al despacho oí que hablaba con su hija del gran apuro pasado al tener que rechazar la petición de mano que la condesa de Artoff hacía en nombre del duque de Chateau-Mailly.

-¿Tú oíste eso?

-Y más, señor. Don Pablo afirmaba que sentía gran disgusto al tener que rechazar aquella petición, ya que los Chateau-Mailly tenían gran nombre y fortuna. Pero lo que más me llamó la atención fue que la señorita Concepción no respondió nada. Se limitó a suspirar profundamente y de roja que estaba se quedó pálida.

-¡Ten cuidado! -replicó el duque, estremeciéndose al oír a su ayuda de cámara-. No me cuentes una historia, porque si mientes...

-Digo la verdad -replicó Zampa-. Hace un mes, cuando pedí a la señorita Concepción una carta de recomendación para el señor duque...

-¿Se la pediste tú? ¡Ah!

-Había creído adivinar -añadió el portugués, con una sonrisa ladina en los labios- que ella no me negaría una carta para el señor duque. Y al pedírsela tuve la convicción de ello, porque no pronunció ninguna palabra y me la dio, después de ruborizarse al oír su nombre.

-Y eso, ¿qué prueba?

-Perdón, señor -replicó tímidamente Zampa-. Pero el señor duque me permitirá añadir que, muerto don José y habiendo llegado ayer por la mañana el duque de Sallandrera con su familia... La señorita Concepción aún es soltera.

-¿Qué? -exclamó el duque, después de dar un salto en la cama-. ¿Han llegado? ¿Cómo sabes que el señor duque de Sallandrera está de regreso?

-Por su ayuda de cámara. Me lo dijo anoche y pensé que al señor duque no le disgustaría saberlo.

-Está bien, está bien -dijo bruscamente el duque, disponiéndose a levantarse-. Ahora, déjame y espera que te llame.

Zampa se retiró sin rechistar y el señor de Chateau-Mailly se apresuró a sentarse ante su escritorio, emocionado por la idea de que Concepción pudiera amarlo. Escribió al duque de Sallandrera una breve carta solicitando una entrevista para ampliar detalles, sobre el estrecho parentesco que les unía y del cual ya le habría anticipado noticias la condesa de Artoff. Luego llamó a Zampa para que la llevase a su destino. Este, sin embargo, pasó antes por el pisito del hombre de la hopalanda y de los cabellos rubios para dársela a conocer a éste. Rocambole le ordenó que la entregase, hablara con Concepción y procurase destruir el manuscrito que conservaba el duque de su pariente el coronel de ulanos. Zampa volvió a montar a caballo y partió como una flecha en dirección al palacio de Sallandrera, dejando a Rocambole ensimismado en una laboriosa meditación. Entregó la carta para el duque y, como debía esperar respuesta, rogó al criado de servicio que subiese al aposento de la señorita Concepción y le preguntase si quería recibirle.

La joven siempre había tenido aversión a Zampa. Le consideraba cómplice de don José y experimentaba cierta repugnancia al verle. Sin embargo, un sentimiento de curiosidad hizo que consintiera en recibirle. Zampa entró en el aposento de la joven y se mostró humilde y rastrero ante ella, a quien saludó muy respetuosamente y después, cuando se quedaron a solas, le dijo:

-Señorita, un gran culpable a quien persigue el remordimiento viene a implorar su misericordia y su perdón.

-¿Has cometido algún crimen, Zampa? -preguntó ella, estupefacta.

-Hice traición a la señorita, porque don José me

convirtió en su espía. Y yo sentía tal adhesión por mi amo que hubiera consentido que me despedazasen por él.

-¿Me has espiado?

-Si me permite explicarle... Don José creía que la señorita no le amaba y si se casaba con él era por obedecer al señor duque. También suponía que la señorita amaba... a otro...

Concepción se estremeció al oír aquello. Se irguió en su asiento y miró desdeñosamente a Zampa, el cual prosiguió diciendo

-Me había encargado que acechara por las noches en los alrededores de palacio, porque creía que amaba al señor duque de Chateau-Mailly.

-¡Eso es falso! -replicó con viveza Concepción.

-Así vi una noche que estaba en el bulevar de los Inválidos... -prosiguió el portugués, sin hacerle caso y guardando una pausa al ver que ella se inmutaba. Prosiguió-. El hombre se detuvo ante la puertecita de los jardines de palacio y el negro de la señorita le esperaba...

-¡Miserable! Cállate.

-Dígnese escucharme hasta él fin y tal vez me perdone. Aquel hombre salió una hora después y no era el duque de Chateau-Mailly. No le conocía.

Concepción respiró algo más tranquila.

-Al día siguiente conté a mi amo lo que había visto y se puso contento, porque siempre había aborrecido al duque de Chateau-Mailly.

-¿Y no trataste de averiguar... quién era?

-No, señorita. Aquel mismo día asesinaron a don José. Pero... -titubeó un instante y añadió-: ¡Sé quién asesinó a mi pobre amo! He jurado vengarle -agregó ante la lividez de Concepción, que estuvo a punto de caerse de espaldas-: Por eso he entrado al servicio del señor de Chateau-Mailly. Desde el día en que poseí la prueba, no tuve más pensamiento que vengar a mi amo. Por eso, la señorita me ve a sus pies suplicando...

-Debes de estar loco, Zampa -dijo Concepción, que se había recuperado un poco. Hizo un gesto al criado para que se levantara-. No comprendo qué perdón me pides. Servías a don José.

-Pero me atreví a imitar la letra de la señorita con objeto de entrar al servicio del señor de Chateau-Mailly. Ahora soy su ayuda de cámara.

Un rayo de indignación sacudió a la altanera española

y por un instante estuvo a punto de despedir a Zampa, pero se contuvo y, no sabiendo qué decir, murmuró

-Bien. No desengañaré al duque. Pero, ¿es que pretendes asesinarlo para vengar a don José?

-No. Tan sólo impedir que consiga la mano de la señorita.

-Pero..., ¿aún piensa en ello? -exclamó la joven, poniéndose en pie, nuevamente sorprendida.

-¡Más que nunca! -replicó Zampa-. Y si le contara..., podría demostrar fácilmente cuánta es la infamia de ese hombre.

La joven miró con cierto estupor al criado y no supo si aquel bandido le hablaba con franqueza o estaba engañándola.

-Le ruego que me escuche hasta el fin, señorita, porque es importante -insistió

Zampa-. La condesa de Artoff y el duque se pusieron de acuerdo hace días para encontrar un medio y llegar de nuevo hasta la señorita. Claro que esto fue antes de la catástrofe. -¿Qué catástrofe? No sé de qué me hablas.

-Es verdad. La señorita llegó ayer de España y no sabe nada de la conducta escandalosa de la condesa con el señor Rolando de Clayet, a la que siguió un duelo.

-¿Un duelo? -murmuró Concepción, sumida en un gran estupor.

-Es decir, el conde Artoff se volvió loco al llegar al campo del honor y el duelo no se verificó.

-¡Todo eso es horroroso, inaudito! -exclamó Concepción, que hasta entonces había tenido una inmejorable opinión de Baccarat.

-¡Oh, espere aún! Parece que la condesa y el duque son viejos amigos. Fueron muy íntimos y por eso ella quería casar al duque con la señorita. Pero todavía hay más.

-¿Más? -exclamó con impaciencia la joven.

-Hace ocho días, el duque estaba solo en su casa cuando llegó la condesa, con un velo espeso sobre el rostro y envuelta en un gran abrigo. Estaba yo muy cerca, en un tocador que hay junto al salón de fumar, y pude oír cómo ella le decía haber tenido una gran idea para conseguir que se casara con usted. «Muerto don José, le decía, se podrá hacer que el duque de Sallandrera te admita. Tienes parientes en Rusia y supongamos que uno de ellos escribe una cartita al duque, revelándole un pretendido misterio de familia, y de un modo claro le demuestra que te llamas Sallandrera o tienes derecho a apellidarte asan.

-Pero, ¡eso es una infamia! -exclamó Concepción-. Es absurdo y nadie lo creería.

-Así lo parece, señorita. Pero la condesa habló de un paleógrafo que se encargaría de falsificar ciertos documentos. No pude saber más porque el duque me llamó.

Concepción estaba anonadada y no sabía qué contestar. Aquella revelación, cierta o engañosa, la había dejado aturdida.

-Ahora, señorita, si quiere tener confianza en mí, le juro que arrancaré la máscara al duque de Chateau-Mailly.

Ella no tuvo tiempo de responder. Su doncella entró y dijo a Zampa que el señor duque le esperaba para entregarle la contestación de la carta, En ella, el duque de Sallandrera indicaba que no había recibido ninguna carta de la condesa de Artoff y como ignoraba a qué lazos de parentesco se refería, le rogaba que fuese a verle para celebrar una entrevista.

Zampa cogió el billete del duque y corrió a llevárselo a Rocambole, el cual, al enterarse del contenido de la contestación, deseó con más urgencia que Zampa destruyese el manuscrito del pariente ruso del señor de Chateau-Mailly. Este, al saber que le esperaban en el palacio de Sallandrera, salió a toda prisa sin recoger el manuscrito y dio ocasión a que Zampa, después de robar el dinero que había en el mismo cofre que encerraba el documento, prendiese fuego a todos los documentos y dejase que ardiera el despacho entero.

El señor de Chateau-Mailly explicó al duque de Sallandrera cuanto sabía sobre el origen de su apellido y donde se demostraba, al decir del coronel de hulanos, que eran Sallandrera en línea directa.

-Pero eso es muy extraño -exclamó el duque, después de escuchar con estupor-. Creo soñar...

-Igualmente pensé yo al saberlo.

-Señor, no permita Dios que dude un solo momento de su palabra, pero comprenderá... ¿Está seguro de que no hay una mixtificación?

-¿Es posible?

-¡Quién sabe si ese pariente, cuya carta me gustaría leer, no ha querido burlarse!

-¡Señor duque! Esta tarde, mañana a más tardar, la estafeta de Odessa llegará con los documentos de que hablo. En cuanto a la carta de mi pariente, sólo le ruego que me conceda unos minutos y regresaré con ella. Está en casa.

-De acuerdo. Le espero.

El señor de Chateau-Mailly se levantó y se fue a escape, mientras el duque de Sallandrera, todo satisfecho ante la posibilidad de tener quien perpetuase su apellido, se entrevistaba con su hija Concepción. La muchacha se sintió desfallecer al oír las palabras e intenciones de su padre. Su voz, temblorosa, expiró en la garganta y no supo oponerse a cuanto le decía éste con aire de triunfo y de satisfacción. Sin embargo, la llegada del duque de Chateau-Mailly, pálido y aterrado, le hizo recobrar algo de esperanza. Su padre quedó sorprendido al saber que se había quemado la carta que ansiaba leer con tanto interés. Eh seguida se recobró y dijo al de Chateau-Mailly

-Consuélese, querido duque. La memoria de su pariente no es la carta de mi abuelo ni la declaración del arzobispo de Burgos. Su pariente vive, y aún puede escribir otra.

-Sí, por cierto -replicó el de Chateau-Mailly, sintiéndose renacer-. Por otra parte, el mensajero de Odessa no puede tardar en regresar. Hace más de quince días que salió con el encargo de la condesa.

El señor de Sallandrera miró a su hija, la cual permanecía en el otro extremo de la sala, pálida y agitada. Su padre creyó muy natural su emoción en presencia del hombre que debía ser su esposo, y tendió la mano al duque, mientras le comunicaba en voz baja:

-No es preciso decir que, entre personas como nosotros, la palabra empeñada...

-Vale más que todos los pergaminos del mundo -terminó el de Mailly.

-Tráigame esas dos cartas y... será usted mi hijo -concluyó- el duque, llevándose un dedo a los labios, como si no quisiera que Concepción le oyese.

El joven duque se levantó, saludó y se inclinó delante de Concepción, la cual se dignó levantar los ojos para mirarle con frialdad. Apenas el joven abandonó la sala, el señor de Sallandrera se acercó a su hija con intención de hablarle en términos matrimoniales, pero en el mismo instante apareció la duquesa, acompañada de una señora anciana conocida en el mundo parisiense bajo el título de baronesa de Saint-Maxence.

La baronesa abrumó al duque con sus pésames por la muerte de don José. Se interesó por Concepción, que permanecía fría y reservada, y al final se dedicó a contar todas las maledicencias de salón y los chismes distinguidos más recientes. Cuando el duque y la duquesa supieron con detalle lo sucedido al conde Artoff a causa de su esposa, no pudieron evitar una exclamación de asombro. El señor de Sallandrera, sobre todo, parecía consternado, y de repente, en el momento que la baronesa se disponía a despedirse, preguntó:

-¿Podría decirme qué día se volvió loco el conde Artoff?

-El jueves pasado. Hace exactamente ocho días. Concepción, cuando la baronesa se hubo marchado acompañada por su madre, se enfrentó al duque.

-Padre, ¿le ha contado el señor de Chateau-Mailly que la condesa le había escrito a Sallandrera?

-En efecto. ¿Por qué lo preguntas?

-Hay algo muy extraordinario en todo esto. Seguramente ella escribió antes del jueves basado, o sea hace nueve días. Hace cinco salimos de Sallandrera. Tenía que haber recibido su carta, ¿no?

-En efecto -murmuró el duque, estremeciéndose ante la observación de su hija, que concordaba con su pensamiento.

-Hay otra cosa más extraña -agregó la joven-. Ese incendio en casa del duque, y

precisamente cuando regresaba en busca de un manuscrito que el fuego se había apresurado a devorar. Y por si fuera poco -prosiguió, al ver que su padre se sentía atormentado por sus palabras-, si la condesa de Artoff es realmente la mujer perdida de que hablaba la señora de Saint-Maxence, sus historietas genealógicas de la Rusia meridional pueden ser pura ficción, como lo era su virtud.

El duque no tuvo ocasión de responder. Aquellas palabras lo habían dejado anonadado. Además, Concepción lo abandonó inmediatamente para dirigirse a su estudio y escribir una carta al marqués de Chamery, con el fin de que éste acudiese a verla y la ayudase a poner en claro las ideas que tenía en su cabeza.

CAPITULO XIII

Ventura llegó a París cerca de las diez de la noche y, como durante el trayecto había pensado que no se comprometió a llegar un determinado día, decidió no presentarse inmediatamente a Rocambole. Además, pensó, sir Williams era capaz de vigilar los alrededores de su posada y una vez sabido que tenía la carta, coserlo a puñaladas. Por otro lado, tenía los veinte mil francos en oro que le había producido el ahorcar al cartero de Corta. Con ellos podía intentar independizarse si veía una buena solución en camino.

Se dirigió a Clignancourt, a casa de la viuda Fipart, a quien sabía disgustada con Rocambole por haberla abandonado en la miseria. La vieja lo recibió acostada en una cama paupérrima. Estaba medio moribunda a causa del chapuzón que le dio Rocambole, a quien ahora odiaba.

-De modo que has visto a Rocambole -murmuró Ventura, sorprendido-. Creo que has perdido la cabeza, tía Fipart.

-Sentí sus dedos en mi cuello, y apretaban, apretaban -murmuró la viuda de Nicolo, con un hilo de voz-. Cuando ese monstruo me apretó el cuello, perdí el conocimiento y debió de creerme muerta, porque me arrojó al agua. Afortunadamente me recogió una lancha que bajaba por el Sena.

-¿No te fuiste al fondo?

-No. Me sostuvieron mis faldas y el frío me hizo recobrar el conocimiento. En seguida pedí socorro. La barcaza no estaba lejos y uno de sus ocupantes se apresuró a recogerme.

-Estuviste de suerte. ¿Delataste a Rocambole?

-No soy tan bestia. Pensé que si Rocambole me estrangulaba era por miedo. El granuja no quería que le estorbase en algo importante y por eso pensé que tú

podrías ayudarme. Me pareció que tenía el riñón bien cubierto.

-Es probable -murmuró Ventura, meditabundo-. Y dime, ¿te dijo Rocambole que sir Williams había muerto?

-Sí -respondió la vieja-. ¡Ah, miserable! Querer matar a su madre, a quien le educó como a un príncipe... Ya encontraré a ese bandido de Rocambole y sabremos la manera de que suelte cuartos. Me parece que trabaja por su cuenta.

-Si estuvieses segura -murmuró Ventura, que reflexionaba profundamente-. No temo a Rocambole, sino a sir Williams, y muerto éste... Escucha, vas a dejarme dormir en ese rincón. Estoy sin blanca y me echaron de la posada. Luego ya idearemos algo para sacar tajada a ese desagradecido.

-Como quieras -respondió la viuda.

Ventura se acostó sobre un montón de paja y empezó a pensar que muerto sir Williams no debía temer a Rocambole, ya que éste no podría perseguirlo en Inglaterra y si le daba cinco mil francos por interceptar aquella carta dirigida al duque de Sallandrera sería porque la cartita valía más.

No lo pensó mucho. Después de leer y releer el sobre, se decidió a romper el lacre y enterarse de su contenido. La condesa de Artoff informaba al duque del misterioso origen del señor de Chateau-Mailly. Le recordaba los pasos dados el año anterior para conseguir la mano de Concepción y terminaba anunciando la próxima llegada de dos documentos importantes que serían la prueba para que el español admitiese al duque de Chateau-Mailly.

-¡Vaya! -exclamó Ventura-. No saldremos de la lucha eterna entre Baccarat y sir Williams, o su heredero Rocambole.

Ventura no pudo dormir en toda la noche. No hizo más que pensar, mientras se sujetaba la cabeza entre las manos. Al amanecer, la viuda Fipart se despertó y lo descubrió en su montón de paja, con los ojos fijos en el suelo y las cejas fruncidas. El, al oír el ligero ruido que produjo la vieja, levantó la cabeza y le preguntó

-Di, tía, ¿es verdad que odias a Rocambole lo suficiente para vengarte de él?

-Quisiera comerme su corazón.

-Te conozco y sé que lo olvidarás todo cuando lo veas y vuelva a llamarte mamá y te haga cuatro caricias.

-Lo que es ahora, no hay peligro. Por la cabeza de mi pobre Nicolo, a quien ese bandido hizo guillotinar.

-Pues bien -agregó Ventura-. Te juro por el demonio, patrón de todos nosotros, que Rocambole pasará malos ratos. Pero para eso es preciso que me obedezcas y que el señor Rocambole, que te supone en el otro mundo, no se desengañe pronto de ello. Dejarás esta pocilga y nos iremos a vivir a un palacio. Ya verás.

-¿Le sacaremos dinero? Iba muy bien vestido, con gemelos de diamantes y un solitario en el dedo.

-¡Diablo, qué lujo!

-Bajaba a pie por el bulevar de los Inválidos, pero recuerdo que vi por allí una soberbia berlina con dos caballos, que seguramente lo esperaba.

A Ventura le encantó aquella información. Por la carta sabía que Baccarat deseaba casar al de Chateau-Mailly con la señorita de Sallandrera. Si Rocambole pretendía interceptar aquella carta era porque no quería que se verificase dicho casamiento. Si Rocambole tenía aspecto de gran señor, podía estar soñando en casarse con Concepción, razón de más para interceptar la carta de Baccarat. Luego Rocambole seguía luchando contra Baccarat. Ponerse del lado del antiguo jefe del club de las Sotas de Copas era exponerse a recibir una puñalada en el caso de que notase abierta la carta. Si Baccarat ignoraba la existencia de Rocambole en París, podía gratificarle con cien mil francos por la información.

Abandonó el barrio de Clignancourt para dirigirse al palacio de la calle de la Pepiniére. Allí se informó que los condes no estaban y supo los motivos de la locura del conde y la marcha de Baccarat, acompañándole. Aquello le dejó un poco aturdido, pero le hizo pensar que Rocambole seguía en medio de la intriga.

-Si Baccarat está medio loca y su marido loco del todo, debo dirigirme al señor de Chateau-Mailly. El duque es capaz de escucharme y darme uno o dos billetes de mil francos.

Lo pensó mejor y decidió meterse en el juego por su cuenta. Tal vez sacaría más si lograba vender al duque la mano de la señorita Concepción. Empezó por entrar en un café del barrio de Saint-Honore. Allí pidió el «Almanaque de las veinticinco mil

direcciones» y supo dónde vivía el duque de Sallandrera. Aquello le confirmó en su tesis, puesto que Rocambole fue encontrado por la vieja Fipart en el bulevar de los Inválidos.

-El granuja es el amante de la señorita Concepción -murmuró-. Añora lo comprendo todo. Si se lo cuento al duque de Chateau-Mailly, perderé porque a Rocambole no le debe importar mucho cuando ha sido capaz de vencer a Baccarat, que es más fuerte que el mismo sir Williams. Tendré que servir al duque y hacer mis negocios antes que Rocambole pueda suprimirlo.

Al día siguiente, el duque de Chateau-Mailly estaba en su casa cuando Zampa entró en su despacho para entregarle una carta que acababa de llevar el negro que servía a Concepción. Inmediatamente se puso a leer con gran entusiasmo el billete. Este decía:

«Grandes obstáculos separan a menudo a los que se aman, pero con perseverancia se consigue triunfar. Mi padre aguarda sus cartas con impaciencia, pero ignora que estoy ligada por un juramento y debo, hasta última hora, manifestar repulsión por usted. ¡Hacia usted, Dios mío! A quien amo en secreto desde hace tiempo.

»Cuando pidió mi mano, mi padre me consultó. Le respondí que obedecería, pero con sumisión y tristeza, aunque mi corazón saltaba de gozo. Se preguntará a qué viene esta hipocresía, pero acabo de decirle que me ata un juramento que sólo podré revelarle cuando sea mi esposo. Hasta entonces, es preciso que finja desesperación cuando mi alma se abre a la esperanza; y que no levante la vista para mirarle cuando venga. Hasta es posible que diga a mi padre que le aborrezco.

»¡Ah, Dios mío! Quizá un día le pida una entrevista a solas. Usted vendrá y aunque estemos solos en apariencia, alguien oirá y verá sin que nos pierdan de vista. Entonces le suplicaré que renuncie a mi mano alegando que amo a otro. Usted sonría y persista. ¿Quién sabe? Tal vez llegue al extremo de decir que ha tramado con la condesa de Artoff esa historia de una misteriosa genealogía y que sus documentos son falsos. Sonría también y responda con evasivas. No se indigne, conténtese con decir que me ama. El amor que usted me inspira lo justifica todo. Por favor, le suplico que no haga mención de este billete. No intente adivinar ni sondear este misterio y confórmese con saber que le amo.»

No llevaba firma, pero cada una de las líneas decía que era Concepción quien escribía al duque de Chateau-Mailly. Este, extrañado, leyó y releyó aquello sin conseguir comprender su significado. Pero su corazón saltaba de alegría: Concepción le amaba.

Quemó el billete y llamó a Zampa, el cual entró con una nueva carta. El duque estaba tan entusiasmado que no se fijó en ella. Se limitó a interrogar a su ayuda de cámara sobre si Concepción fue solicitada en matrimonio por otros, además de don José. Zampa, que sabía muy bien la historia, enseñada por Rocambole, habló de un tercer pretendiente, hijo natural de una hermana de la duquesa, al que ésta parecía apoyar en secreto.

El duque de Chateau-Mailly dedujo, por las incompletas explicaciones de Zampa, que su ayuda de cámara se encontraba ligado por algún juramento respecto a

Concepción y que ésta lo estaba, sin duda, a su madre. Aquello podía explicar que quisiera simular que cedía a la imperiosa voluntad de su padre para casarse con él. La explicación le hizo sentirse feliz y como viera que la carta que volvió a presentarle Zampa procedía de Odessa y le anunciaba la próxima llegada del correo con los documentos, se apresuró a enviarla, con otra suya, al duque de Sallandrera.

Antes de salir, Zampa introdujo en el salón del duque a un cochero inglés que se presentaba para solicitar el puesto que iba a dejar vacante el viejo John, que regresaba a Inglaterra. El recién llegado no era otro que Ventura, disfrazado. El duque, tras hablar con él unos minutos, decidió tomarlo a prueba y lo acompañó a las caballerizas para presentarlo a sus compañeros y comprobar si efectivamente podría resultarle. Estaba en ellas cuando Zampa regresó del palacio de Sallandrera con una invitación del duque para cenar con ellos y así poder charlar largamente.

Aquella misma noche, a las doce, Concepción se veía nuevamente con Rocambole en su estudio. Este había ido aquella tarde a visitar a su padre, con ánimo de tantear el terreno. Pero el señor de Sallandrera ya no veía más candidato a la mano de su hija que el duque

de Chateau-Mailly, por lo que Rocambole decidió seguir en su papel de salirse de la vida de Concepción, dudar de las historias que ésta le había referido en versión de Zampa, y no creer mucho en la deshonra de Baccarat ni en el engaño del duque.

-¡Dios mío! -exclamó ella, con acento dolorido ante la actitud que adoptaba el hombre al que amaba-. Pero el duque mintió. Se lo dije ayer.

-Sí..., son cuentos de criados.

-Ese criado es un hombre sincero -insistió la muchacha.

-Bien -dijo Rocambole, después de reflexionar un momento-. Admitamos que el duque ha mentido. Presentará documentos y su padre le creerá.

-Pero esos documentos son falsos. Imagínese que hace fabricar supuestos pergaminos antiguos.

-¡Eso es infame! -exclamó y, como Concepción permaneciese callada, agregó-: Escúchame si de verdad me quieres y tienes confianza en mi, es preciso hacer algo que ponga en evidencia esa patraña del duque.

-¿Cómo puedes preguntarme eso? Habla y te obedeceré.

-Tendrás que quedarte a solas con el duque y enfrentarte a tu padre diciéndole que miente.

-Me atreveré a ello, pero me pedirá pruebas.

-Aquí está la clave -dijo Rocambole, y se levantó para ir a abrir una puerta vidriera que comunicaba con un gabinete y daba a una galería-. Cita al duque de Chateau-Mailly aquí y haz que tu padre se esconda en este gabinete. Entonces, dirígete al duque diciéndole que perteneces a otro. Incluso le dices que conoces su amor desde hace tiempo y le sabes capaz de todo por conseguir casarse contigo. «Sea usted franco, dile, confiese que la historia de ese origen misterioso es una invención de la condesa de Artoff».

-¡Oh! -exclamó Concepción-. ¿Me atreveré a tanto?

-¿No dices que miente? Pues hay que atreverse a todo. Seguramente él lo negará, pero es indudable que quedará lo bastante confundido como para que tu padre empiece a inquietarse y a dudar de sus palabras. Incluso de los documentos que le presente.

-¡Es magnífico! -exclamó, entusiasmada-. ¡Es una inspiración del cielo!

-No, cariño. Sólo de un hombre que te ama mucho y no sabe qué hacer por ti. Te atreverás, ¿verdad?

-Te lo prometo, amor mío. Mañana mismo hablo con mí padre e inmediatamente

escribo al duque.

-Escucha otra cosa -prosiguió Rocambole-. Hoy he visto a tu padre para hablarle de un castillo que pertenece al vizconde de Asmolles, mi cuñado. Lo quiere vender.

-Mi padre nos habló de ello en la mesa. Creo que tiene intención de ir a visitarlo.

-Acompáñale en el viaje. Creo que sería bueno para los dos. Quién sabe lo que puede pasar.

-De acuerdo, le acompañaré. Te lo prometo.

Una hora más tardé, el marqués de Chamery se dirigía a su casa tranquilamente. Estaba seguro de que Concepción haría lo que él le había indicado y ello supondría un buen disgusto para el señor de Chateau-Mailly. Tendría que escribirle de nuevo, aunque lo primero que debía hacer al día siguiente era pasarse por la administración de Correos. Ya había ido tres veces, y Ventura seguía sin dar señales de vida. Si aquel tunante había abierto la carta ya se podía despedir del negocio.

-Decididamente -murmuró-, sir Williams nació con mala estrella. En el último momento, cualquier piedrecilla cambia su triunfo en derrota.

Al día siguiente, el duque de Chateau-Mailly no hacía más que pensar en la invitación para cenar en el palacio de Sallandrera. Le parecía que nunca llegaría la hora de acudir a la cita y ver a su amada Concepción. Pensaba en ello cuando Zampa entró en su salón y, mirándole con una sonrisa misteriosa y llena de malicia, le dijo °.

-El señor duque me dispensará, pero es que la señorita Concepción me mandó llamar, y...

-¿La has visto? -preguntó el duque, poniéndose colorado como un estudiante-. ¿Te ha hablado de mí?

-Naturalmente -replicó Zampa, con la actitud seria y digna de un embajador, mientras le entregaba una carta que sacó de uno de sus bolsillos.

Dicha carta iba firmada con una C y era obra de Rocambole. El duque creyó reconocer la letra de la joven y con gran avidez se puso a leer lo siguiente

«Los acontecimientos se precipitan. La entrevista que debo mantener con usted se celebrará esta noche. Es absolutamente preciso. Después de la comida, cuando se levante de la mesa, le suplicaré que suba a mi estudio. Usted, a quien amo y de quien llevaré orgullosamente el apellido, recuerde mi primera carta, piense bien en todas mis recomendaciones, se lo suplico, y por más penoso que le sea el papel que la fatalidad me obliga a imponerle, tenga ánimo y represéntelo hasta el fin. Nuestra futura felicidad depende de ello, seguramente de manera absoluta. C.

»P. D. Quizá dentro de un momento le escriba un billetito seco y de carácter oficial.»

El duque se quedó pensativo ante aquella carta. Se dijo que haría lo que ella le pedía y como disponía de tiempo antes de presentarse en el palacio de Sallandrera, mandó ensillar un caballo y emprendió un paseo por los Campos Elíseos. Dio la vuelta al bois de Boulogne y regresó por la calle de la Pepiniére. Se detuvo ante la casa de los condes de Artoff con la vaga esperanza de que hubiera llegado el correo de Odessa. El portero le indicó que aún no sabía nada. La idea de un retraso de tres días estremeció al duque. Al final regresó a su casa, donde Zampa le esperaba para vestirle. Le entregó una nueva carta, ésta de puño y letra de Concepción, redactada

muy fríamente y en la que le pedía una entrevista después de la cena. Aquello le inquietó. ¿Quién había delante cuando escribió aquella carta? ¿Quién la presionaba tanto y ejercía sobre ella tan extraña influencia?

Zampa, que había sido elevado a confidente y le proporcionaba noticias de su amada, le insinuó con cierto misterio y adivinando los pensamientos de su amo:

-Seguro que la señorita Concepción da una cita al señor.

-¿Tú crees?

-¡Caramba! -replicó Zampa, guiñándole un ojo-. La señorita Sallandrera necesita ver al señor, encontrarse a solas con él.

-¿Sabes eso? -exclamó el duque, estremeciéndose.

-Sí, señor. Sólo que si el señor duque me permitiese, le daría un consejo .., porque se encontrará esta noche con la señorita Concepción y debe saber, para su gobierno, que los muros tienen ojos y oídos.

El duque miró con inquietud a su criado y lo examinó, caviloso. Al fin dijo, apremiante:

-Veamos; tú sabes más de lo que dices. ¿Por qué no hablas? ¿Qué ocultas?

-Mientras esta mañana estaba en casa de la señorita Concepción, ha entrado la señora duquesa. No se fijó en mí y dijo a su hija en voz baja y en español: «Es preciso que sea esta noche».

-¿Y qué contestó ella? -preguntó el duque, ansioso. -Palideció y después se puso roja. Bajó la cabeza y murmuró: «Bien, le escribiré».

-¿Es eso todo?

-No, señor. La duquesa pronunció el nombre del señor duque, pero como hablaba muy bajo, sólo pude oír: «¡Oh, le aborrezco!»

-¿Estás seguro de que hablaba de mí? -inquirió el duque, extrañado-. ¿Cómo puede aborrecerme?

-Es fácil de comprender -replicó Zampa-. El señor duque estorba a su protegido.

-Sí. Es cierto -murmuró, pensativo, el duque, mientras Zampa concluía de vestirle-. Pide mi carruaje.

El señor de Chateau-Mailly acudió puntualmente a la cena de los duques de Sallandrera. La velada transcurrió con animación y el joven no apreció malestar alguno. La invitación en familia era demasiado significativa para que hubiese necesidad de tratar cuestiones matrimoniales durante la comida. Por su parte, el duque de Chateau-Mailly comprendió que no podía cambiarse ninguna frase relativa a su casamiento antes de la llegada del correo de Odessa, tan impacientemente esperado, y la conversación no salió de los límites de la frivolidad.

Concepción no dirigió ni una sola vez la mirada hacia él, pero al levantarse de la mesa le dijo:

-Señor duque, ¿le gusta la pintura? Hace un momento decía...

-Mucho, señorita -replicó él, adelantándose-. Me encantaría ser admitido a visitar las maravillas de su estudio.

-Entonces, ofrézcame su brazo -dijo Concepción, vivamente emocionada-. Mi padre tiene la invariable costumbre de fumar cigarrillos después de las comidas y será mejor dejar que lo haga.

El duque de Sallandrera hizo un signo de asentimiento y el señor de Chateau-Mailly ofreció el brazo a Concepción. Esta se volvió a su padre de una manera significativa y le miró como si pretendiera recordarle su promesa de espiar la conversación que sostendría en su estudio con el joven duque.

La entrevista fue un tanto afrentosa para el duque de Chateau-Mailly, el cual, alentado por las cartas recibidas, respondió torpemente a una Concepción

verdaderamente indignada y molesta con él. La joven española estaba plenamente convencida de la falsedad de su pretendiente y quería demostrar a su padre, que escuchaba oculto, tal y como ella lo había planeado con Rocambole, la ignominiosa confesión de un ingenuo y enamorado señor de Chateau-Mailly. Finalmente, Concepción, con toda la frialdad que siguió a su primera indignación, le preguntó:

-Caballero, ¿juraría por su honor que tiene la convicción, la certeza, de pertenecer a la familia Sallandrera?

El duque, esclavo de las pretendidas recomendaciones de la joven, volvió a titubear y respondió:

-No puedo hacer ese juramento.

-Está bien, señor duque -replicó Concepción, poniéndose en pie, nuevamente indignada-. Eso me basta -y señaló la puerta con su brazo, al añadir con vehemencia-: Señor duque, aún no soy su esposa y ésta es mi casa. Salga de aquí inmediatamente.

El hombre quedó extrañado, pero convencido de que Concepción seguía representando su papel, se levantó sin decir palabra y se dirigió a la puerta. Se volvió en ella y miró a Concepción.

-Adiós, señorita. A pesar del rigor con que me trata, juro que la adoro, y espero, Dios mediante, que sea mi esposa.

El duque salió y en el corredor le acompañó, alumbrándole, el negrito de Concepción. Al pasar por el primer piso quiso despedirse de la señora duquesa y le dijeron que se había retirado a sus habitaciones. Cuando solicitó ver al duque, le respondieron que había salido urgentemente. Aquello le pareció muy extraño, pero podía ser lógico. Decidió tomar su carruaje y regresar.

Mientras, Concepción había acudido a la puerta del tocador para abrirla de par en par. Su padre salió de allí, pálido como la muerte. Tenía la mirada, baja, como si lo escuchado desde su escondite le hubiese aniquilado totalmente. Luego dejó escapar un doloroso suspiro y murmuró

-Todo ha concluido, Dios mío. Los Sallandrera se han extinguido para siempre. ¡Oh, mi familia! ¡Mi noble y grande familia! Soy su último vástago.

Concepción, al verle ocultar su rostro entre las manos, acongojado por el dolor, se arrojó a su cuello y lo rodeó con sus brazos, cubriéndole de caricias.

-¡Padre mío! Padre.

-Decididamente, hija mía -replicó el duque al cabo de un instante, durante el cual ella estuvo a punto de confesarle su secreto, con ánimo de aliviar su sentimiento-, una especie de fatalidad parece destruir todos mis proyectos de matrimonio. Hasta ahora, dominado por la noble idea de prolongar nuestro apellido, quise unirte a don Pedro, a su hermano y ahora al duque de Chateau-Mailly. Los primeros han muerto y éste es un miserable, indigno de ti. En adelante, hija mía, eres libre de escoger el esposo que te convenga. Estoy persuadido de que lograrás un apellido noble y un gran corazón.

Cuando padre e hija descendieron del estudio, encontraron a Zampa en el vestíbulo. Acababa de llegar y traía un ejemplar de la «Gaceta de los Tribunales». En el periódico se daba, cuenta del hallazgo de un cadáver en el bosque de Senart, cerca de Lieusaint. Al parecer se trataba del correo que el duque de Chateau-Mailly esperaba de Odessa, porque éste enviaba unas líneas al señor de Sallandrera, comunicándole que salía hacia aquel lugar con el fin de identificar el cadáver.

Ventura, convertido en el nuevo cochero inglés del señor de Chateau-Mailly, fue el encargado de llevar a éste a Lieusaint. Antes pasaron por el palacio de los condes de Artoff, donde el duque tomó referencias respecto al correo enviado a Odessa por Baccarat. A media noche llegaron a Montgeron y, antes de la una de la madrugada, se detenían ante la posada donde Rocambole, debidamente disfrazado, se había

encontrado con el correo días antes.

El posadero condujo al duque y a Ventura hasta el granero, donde se hallaba recogido, para su exposición, el cadáver del desdichado. Un gendarme estaba encargado de custodiarlo. El posadero le comunicó quién deseaba examinar al muerto y el duque se inclinó sobre éste, dominando su repulsión, para examinarlo atentamente.

Ventura seguía al duque con aire indiferente y nadie hubiera sospechado la inmensa importancia que tenía para él aquella confrontación. La duda no era posible.

El cadáver pertenecía al correo enviado por Baccarat. Como estaba desnudo, era evidente que el crimen tuvo por móvil el robo. Pero, ¿quién le había robado? ¿A quién podían importarle unos documentos personales?

Apenas el duque tuvo tiempo de formularse aquellas preguntas, cuando Ventura, después de examinar a su vez el cadáver, le dijo en inglés:

-Señor duque, escriba su declaración mientras voy a enganchar.

El de Chateau-Mailly, un poco sorprendido por aquella familiaridad, miró a su cochero sin que éste se inmutase. Al contrario, añadió:

-Puede despedirme, puesto que no soy más que un cochero, pero si el señor duque quiere olvidar un instante mi humilde profesión y dejar que le hable claramente, tal vez no se arrepienta.

-Bueno -comentó el duque, extrañado-. Hable y dígame lo que sea.

-¡Oh, no! -replicó Ventura-. Será mejor que nos marchemos. Es largo e importante. He reconocido al asesino por la herida. Hablaremos mejor cuando estemos en marcha.

-De acuerdo -admitió el duque, volviendo a la posada, donde redactó la declaración para el juez. Reconocía al correo y añadía que el asesino debió de destruir una cartera con documentos, o robado éstos. Luego se reunió con Ventura y volvió a subir a su carruaje, ya enganchado. Cuando dejaron a la espalda las cuatro casas de Lieusaint, Ventura, que iba sentado al lado de su amo, con los brazos cruzados como cochero correcto que no conduce, dijo en buen francés:

-El señor duque debería darme el látigo y las riendas. Lo que voy a decirle es de tal importancia que le distraerá bastante.

-Pero... -quiso objetar el duque, en el colmo del estupor.

-Señor duque -añadió fríamente Ventura-. Estos caballos no deben ser guiados por una persona emocionada, y dentro de un momento usted lo estará.

-¿Emocionado, yo? -exclamó asombrado, el duque-. Pero, ¿por qué?

-Observe que hablo en francés como un verdadero parisiense ¡Como lo que soy! Pero no tema. Permítame manifestarle que no pienso robarle, ni causarle daño alguno. Sólo he entrado a su servicio para servirle, porque conozco la mitad de sus asuntos.

-¿Mis asuntos? -repitió, casi aterrado, el duque.

-Sí, señor. Sé, por ejemplo, que está enamorado de la señorita de Sallandrera...

-¿Qué significa eso? -exclamó el duque con altivez, pero sin desconcertar a Ventura, el cual prosiguió:

-Y también que la condesa de Artoff, una honrada dama que en otro tiempo se llamó Baccarat...

-¿Cómo sabes...? -dijo el duque, estremeciéndose por el acento de Ventura.

-Aún sé más. La condesa de Artoff pidió la mano de la señorita de Sallandrera para usted y se la negaron hace un año, pero ahora...

-¿Qué dices? -exclamó, aterrado, el duque-. ¿Cómo te atreves?

-Señor, olvide por un momento quién es y comprenda que trato de ayudarle. Sé que la condesa se enteró de la existencia de unos Chateau-Mailly rusos, uno de los cuales le contó la historia que prueba que usted es también un Sallandrera.

-Pero, ¿cómo sabes eso? -preguntó el duque, cuyo asombro no tenía límites.

-Por una carta que la condesa dirigió al duque de Sallandrera cuando éste se hallaba en España.

-Pero, ¿tú has leído esa carta?

-Gracias a que no la recibió el duque -comentó Ventura, mientras sacudía un latigazo al caballo-. La tengo en el bolsillo.

-¿Tú? Pero, ¿quién eres?

-Un hombre que desea salvarle de un gran peligro. Sepa, señor duque, que existen personas muy interesadas en que no se case con la señorita de Sallandrera. Claro que usted no las conoce ni puede conocerlas.

-¿Las conoces tú? -preguntó el duque, recordando las recomendaciones de las falsas cartas de Concepción-. ¿Quiénes son?

-Dispense, se lo diré más tarde. Bástele saber que son las que interceptaron esta carta y asesinaron al correo para robarle los documentos que traía.

-¿Quiénes son esos miserables? Y tú, ¿por qué has entrado a mi servicio?

-Para quitarles la careta, señor duque. Conocía mucho a uno de sus amigos, un inglés que vio usted, muy a menudo, en vida de su tío el duque: un tal sir Arturo Collins.

El duque se estremeció al oír aquel nombre. Gruesas gotas de sudor cubrieron su frente al recordar a la esposa de Fernando Rocher y el odioso papel que había tenido que desempeñar, obligado por las intrigas de aquel enigmático inglés.

-Perdone que no le dé más noticias relativas a mi personalidad -prosiguió diciendo Ventura-. Pero bástele saber que esas gentes me encargaron interceptar la carta de la condesa de Artoff...

-¿Conque fuiste tú?

-Claro, señor. Si no, ¿cómo iba a averiguar todo para pasarme desde el campo de su enemigo? Quiero hacer fortuna. Sí, no ponga esa cara. Cada uno se dedica a su profesión y la mía es un tanto tenebrosa. Pero le advierto que sin mí será vencido sin saber por quién y no se casará con la señorita de Sallandrera.

-Con tu auxilio... -murmuró el duque, con una sonrisa desdeñosa.

-Si el señor duque sigue mis consejos y me da plenos poderes, encontrará los documentos y se casará con la señorita Sallandrera. Es un negocio seguro.

-Veamos, ¿qué suma quieres?

-Antes prefiero que me prometa continuar siendo cochero del señor duque. Nadie sabrá lo que hemos hablado esta noche, y luego me dejará obrar libremente.

-Está bien. ¿Cuánto quieres?

-¡Diablo! Voy a cumplir cincuenta y seis años y no soy amigo del trabajo. ¿Qué le parecen veinticinco mil libras de renta? Pero sólo cuando el señor duque se case con la señorita de Sallandrera. Antes no quiero nada.

-Sea -aceptó el duque-, si me encuentras los papeles robados.

-Se encontrarán.

-Y si consigues desenmascarar a mis enemigos y reducirlos a la impotencia.

-El señor duque puede fiarse de mí. A lo sumo, dentro de ocho días ya tendré los documentos. No se preocupe y déjeme obrar -dijo Ventura, y terminó dando un latigazo a los caballos, mientras el señor de Chateau-Mailly se quedaba muy pensativo y no se atrevía a interrogarle más.

CAPITULO XIV

Poco antes de que regresase el señor de Chateau-Mailly a su palacio, el falso marqués de Chamery se encontraba en el cuarto de sir Williams. El ciego permanecía sobre la cama, con un montón de almohadas a su espalda y una pizarra sobre sus rodillas. Rocambole, sentado a su lado, con las piernas cruzadas con displicencia, fumaba un habano en actitud satisfecha. Parecía un hombre a quien la fortuna le había concedido una cita y la esperaba convencido de que acudiría.

Rocambole refería a su maestro la última entrevista tenida con Concepción. Entrevista que se celebró un par de horas después de la dramática escena tenida por la muchacha con el joven duque de Chateau-Mailly en presencia del señor de Sallandrera, escondido en el tocador.

«De modo que el duque ya está descartado», escribió sir Williams en la pizarra.

-Completamente. Los Sallandrera le han escrito una carta anunciándole que se marchan y quedan zanjados los proyectos de matrimonio. Mañana saldrán los duques con su hija hacia el Franco Condado.

«¿Crees que el padre se llevará a Concepción?»

-Acaba de escribírselo a Fabián, mí honrado y tonto cuñado -replicó Rocambole-. Tengo aquí la carta -y leyó-: «Querido vizconde: En nuestra entrevista de ayer no me atreví a precisar nada respecto a la fecha de acompañarle al Franco Condado, a visitar el castillo de Haut Pas, cuyo precio, muy razonable, y su situación me seducían. Preveía graves inquietudes de familia que al fin han sido resueltas y me devuelven la libertad. Estoy, pues, a sus órdenes. Si la vizcondesa le acompaña, mi esposa y mi hija tendrían una alegría inmensa. Su afectísimo, con la consideración más distinguida, el duque de Sallandrera.»

«¿Has visto a Fabián?»

-Acabo de separarme de él y está dispuesto a emprender el viaje mañana, lo mismo que Blanca. Se interesan demasiado por mí.

Sir Williams se quedó pensativo un momento, y Rocambole respetó su meditación. Poco después, el ciego le escribió

«¿Hay noticias de Ventura?»

-Ninguna. Y eso me inquieta.

«A mí también. Ese tunante ya nos vendió una vez y es capaz de repetir la faena. Afortunadamente le será difícil conseguir la clave del enigma. Baccarat se fue, mas por lo que pueda suceder, es preciso acabar pronto con el duque.»

Rocambole se estremeció.

-Supongo, querido tío, que vas a explicarme cuál es tu plan, ya que no quieres que acompañe a Fabián y a Blanca para estar con los Sallandrera. ¿Qué voy a hacer, trabajando de palafrenero a las órdenes del duque de Chateau-Mailly?

«Continúas siendo un joven aturdido. Ten confianza y obedece. Voy a conseguir que descanses sobre tus laureles y no hagas más que gastar concienzudamente tus rentas. Vente, después de comer, y te explicaré tu misión como palafrenero del duque.»

Rocambole se levantó, estrechó la mano de su horrible mentor y bajó a la casa de la vizcondesa de Asmolles para esperar el almuerzo. Aquella noche, vestido de lacayo, fue a entrevistarse, como de costumbre, con Concepción. Al salir por la puerta del jardín estuvo a punto de caerse al tropezar con un trapero que dormía tendido al pie de la acera.

-¡Borracho! -apostrofó Rocambole, siguiendo su camino.

-¡Diablos! -exclamó el falso trapero, levantándose-. Ahora sí que no me engañas, camarada. Tienes la misma voz que cuando me enviaste a España. Te disfrazas de criado y después de medianoche pasas por puertecitas donde te llaman marqués. ¡Demonio!

Ventura se levantó, se echó el canasto al hombro, recogió su farolillo y volvió a encenderlo. Rocambole continuaba su camino en dirección al muelle, llegó al puente de la Concordia, atravesó la plaza y se dirigió a la calle Royal. Entonces, Ventura apretó el paso para no perderlo de vista y a poco de entrar en la calle Suresnes, le vio desaparecer en un portal.

-Bien. Ya sé dónde vives, aunque sólo vengas aquí a cambiar de traje, señor marqués.

Comprobó que, unos minutos más tarde, una luz se encendía en una de las ventanas de la fachada y decidió esperar. Al cabo de una hora, las ventanas seguían con luz. Luego se apagaron y Ventura decidió continuar la vigilancia, pero no vio salir a nadie. Ignoraba que Rocambole solía entrar por un sitio y salía por otro, donde le esperaba su coche.

-Bien -se dijo, al cabo de otra hora-. Ya sé que vive aquí. Mañana le haremos una visita y echaremos mano a esos famosos papeles. Rocambole no es hombre que se deshaga de cosas que valen más que el oro.

A la mañana siguiente se disfrazó de recadero y simuló llevar un mensaje para un marqués que habitaba en el inmueble de Suresnes. El portero sólo le dijo que allí vivía el señor Federico, que había salido de viaje y estaría fuera unos ocho días. Mientras hablaban, Ventura echó un vistazo al patio y descubrió una segunda puerta que estaba abierta. En seguida lo adivinó todo. Se marchó sin dejar la carta y se dirigió a un cuarto que tenía alquilado en el pasaje del Sol, donde en tres o cuatro casas modestas se alquilaban habitaciones amuebladas para obreros, recaderos y algunos empleados de los alrededores. Allí se vistió como un honrado comerciante que visita París con el fin de comprar mercancías. Salió a la calle, tomó un vehículo y se hizo conducir a la calle de l'Eglise, al lado de la Escuela Militar, donde en una bonita habitación ricamente amueblada había instalado a la viuda Fipart.

Desde el momento en que Ventura leyó la carta dirigida por Baccarat al duque de Sallandrera y encontró, gracias a las indicaciones de la vieja Fipart, la pista de la intriga urdida por Rocambole, comprendió la necesidad de alejar de Clignancourt a la vieja en beneficio propio. Podía ocurrir que Rocambole la encontrase y le hiciera confesar dónde se escondía Ventura. Sabía que la vieja se encontraba molesta con su hijo adoptivo y pretendía fomentar su odio para, en el momento oportuno, establecer la identidad de su adversario ante los ojos del duque de Chateau-Mailly. A fin de tenerla contenta, le prometió que le compraría aquella casa y la pondría a su nombre, lo cual satisfizo a la Fipart.

Desde allí, Ventura se fue a su casa, recogió la maleta en que guardaba sus ropas y los veinte mil francos, y se marchó con todo ello al hotel de Chateau-Mailly. Encontró al duque en las caballerizas. Este, al verle, le dijo en inglés:

-He usurpado tus atribuciones. Esta mañana despediste a un palafrenero y yo he tomado a otro.

-El señor duque es el amo en su casa -repuso respetuoso Ventura, aunque pensó en cómo había podido hacerse aquel cambio tan rápido en el que más bien había intervenido Zampa, el ayuda de cámara del duque.

Le presentaron al nuevo palafrenero. Un hombre de unos veinticinco a treinta años, de cabellos rojos y el rostro color de ladrillo. Había sido recomendado a Zampa por el

hombre de la hopalanda y en realidad se trataba de Rocambole, tan bien disfrazado que ni Ventura le reconoció. El tampoco reconoció a Ventura, el cual se había cortado las patillas y el cabello canoso, llevaba una peluca y usaba un corsé para estilizar su figura. Por otro lado, temiendo ambos tener delante de sí a un verdadero inglés, sólo se ocuparon de medir sus palabras y sus gestos para no traicionarse y convencerse mutuamente de que eran auténticos ingleses.

-Ese hombre sabe su obligación, señor duque -dijo Ventura, después de un examen, mientras se alejaba con su amo-. Es una buena elección.

Rocambole se quedó observándolos mientras se alejaban y súbitamente percibió que el cochero que hablaba a media voz con el duque, parecía cojear ligeramente, como un acto mecánico propio de quienes han pasado cierto tiempo en presidio.

-Tendré que aclarar eso -se dijo-. A ver si un cochero inglés ha probado los presidios franceses. Mientras el cochero se alejaba con el duque y no quedaba nadie en la cuadra, Rocambole devolvió al pesebre el caballo que almohazaba y después se acercó al caballo favorito del duque, un árabe llamado «Ibrahim».

-Es lástima matar una bestia tan soberbia. El marqués de Chamery pagaría por ella dos mil escudos. Sin embargo, Rocambole estaba allí para seguir los consejos de sir Williams. Por algo había ido aquella madrugada al muladar de Montfaucon para contaminar de carbunco un alfiler que guardaba con sumo cuidado en una cajita. Cogió la cola del caballo para que no le cocease y le clavó en el vientre el alfiler envenenado. El animal, al sentir el dolor, contestó con una coz que Rocambole esquivó. Luego, éste devolvió el alfiler a la cajita y se dispuso a marcharse, cuando entraron en la cuadra el picador y otro palafrenero. Con la mayor tranquilidad del mundo, Rocambole se puso a limpiar un caballo y quince minutos más tarde apareció Zampa, ordenando que ensillasen a «Ibrahim», porque el señor duque salía a pasear. Una vez se hubo marchado el duque, Rocambole se aproximó a Zampa que paseaba por el patio, fumando y liando cigarrillos con una destreza propia de españoles y portugueses.

Zampa, al verle, adoptó la actitud altanera de un ayudante de cámara favorito del amo ante un humilde palafrenero. Pero sus gestos estaban impregnados del más profundo respeto, ya que presentía que aquel hombre era quien le tenía amenazado con el patíbulo si no le obedecía ciegamente. Cuando lo tuvo a su lado, murmuró en voz baja:

-Espero sus órdenes.

-Dime en dónde acostumbra a estar tu amo cuando descansa en casa.

-En el salón de fumar, que ha convertido en despacho. Está en el primer piso, y siempre va a él cuando regresa de la calle.

-Muy bien. Quisiera que me enseñase ese salón.

-Sígame -dijo Zampa, e hizo pasar a Rocambole por la escalera que bajaba de las, habitaciones del duque a las caballerizas.

-¿Es ahí donde se sienta cuando escribe? -preguntó Rocambole, señalando un sillón. Zampa afirmó Agregó

-Bien. Márchate a la antesala y vigila que nadie entre.

Cuando el duque regresó y utilizó el sillón, apoyó las manos en los brazos de éste e instantáneamente lanzó un grito de dolor.

-¡Es usted un torpe, Zampa! -gritó, encolerizado-. ¿A quién se le ocurre clavar alfileres en los brazos de mi sillón?

El duque enseñó a Zampa, que parecía consternado por su descuido, la muñeca izquierda con una gotita de sangre. El ayuda de cámara se disculpó con el mayor sentimiento y luego bajó a las caballerizas a llamar la atención de un lacayo que el día

anterior había entrado en el aposento del duque para hablar con Zampa. En realidad, pretendía informar a Rocambole de que el pegadas se unieran a una tercera. Además, Rocambole observó que existían algunas manchitas de agua en el pergamino.

-¡Me han robado! -exclamó, apresurándose a coger una plegadera de marfil para despegar las hojas. Dentro halló los recortes de papel que había puesto Ventura.

-¡Oh! Sólo ese demonio de Ventura es capaz de dar un golpe semejante -murmuró-. No me cabe duda. Ventura y el cochero que arrastra la pierna derecha son la misma persona.

Durante unos momentos, Rocambole se atolondró y no pensó más que en salir corriendo tras Ventura. Luego se rehízo, dominó la reflexión y decidió no consultar con sir Williams. Aquello lo resolvería por sí solo, disfrazándose de palafrenero y acudiendo nuevamente al palacio del duque. Seguramente Ventura aún no le había entregado los documentos, debido a que el señor de Chateau-Mailly guardaría cama a aquellas horas.

Volvió a su tocador. Se cambió de traje y diez minutos después, por prudencia, se guardaba en los bolsillos un par de pistolas. El no había reconocido a Ventura y era probable que éste tampoco le hubiese conocido, pero dos pistolas ayudaban mucho en cualquier situación.

Entró en el palacio del duque por una puertecilla de escape, utilizada por todos los criados para sus idas y venidas incontroladas. Se acercó a las caballerizas, procurando que nadie observase su presencia, y vio al picador, al cochero y a uno de los mozos de cuadra, de pie ante el caballo enfermo. Ventura lo examinaba con escrupulosa atención. El picador contaba las fases por las que había pasado la enfermedad del animal y Ventura señaló un punto negro que el pobre animal tenía en la tripa, desde el que partía una inflamación que se agrandaba por momentos.

-Esto es carbunco -dijo.

-¿Carbunco? -repitió, asombrado, el picador-. ¿Cómo ha podido contagiarse? Todos los caballos están sanos. «Ibrahim» no había salido desde hacía tres días.

-¿Confía en todos los mozos de la cuadra? -comentó Ventura, después de fruncir el entrecejo.

-Claro que sí. Del único que no sé nada es del nuevo.

-¿Y el despedido?

-¡Granuja! -exclamó, irritado, el picador-. ¡Claro que ha podido hacerlo para vengarse del despido! Un

animal como ése no ha podido dar más que lo que tenía.

-Es cierto. Si el caballo tiene carbunco, se lo debió contagiar el palafrenero -murmuró Ventura, apoyando un argumento sin réplica-. ¿Ha venido el señor duque a ver al caballo?

-Dos veces durante el día. Estuvo cuidándolo y le secó la baba con el pañuelo.

Ventura se estremeció al oír aquello.

-En los primeros momentos, nadie podía acercarse al animal -siguió informando el picador-. Solamente consintió que se le acercase el señor duque.

-Con tal que no le haya mordido -comentó Ventura.

-Al contrario, le lamió varias veces.

Un sudor frío empezó a humedecer la frente de Ventura. Rocambole, que no le quitaba la vista de encima, fue reconociendo a su antiguo subordinado bajo el disfraz de cochero inglés. Ahora sabía que Ventura aún no había podido ver al duque y no le había entregado los documentos. Lo más seguro era que el señor de Chateau-Mailly estuviera en cama, sufriendo los primeros síntomas de la enfermedad contagiada por el caballo. Se disponía a salir de su escondite, cuando entró Zampa en la cuadra y se

dirigió al lugar ocupado por «Ibrahim», para saber noticias del caballo.

-Ya ve cómo sigue -respondió el picador-. Lo más seguro es que muera al amanecer.

-El señor duque morirá del disgusto -comentó Zampa-. Ahora, ya está enfermo.

-Como viese que Ventura se estremecía y le miraba con interés, igual que el picador, agregó-: No tiene nada de particular. El señor duque está enamorado y no es muy afortunado en sus amores.

El picador y el mozo de cuadra se echaron a reír, pero el cochero permaneció impasible. En seguida preguntó al ayuda de cámara:

-Señor Zampa, ¿puedo ver al señor duque? Podría darle algunas noticias exactas acerca de la verdadera enfermedad del caballo.

-No sé. El señor duque está acostado -respondió el portugués-. Ahora mismo le diré que quiere verle. Zampa salió de la cuadra, atravesó el patio y de pronto retrocedió, al ver qué le salía al encuentro John, el palafrenero, el cual le pidió silencio con un gesto y le obligó a esconderse bajo el hueco de una escalera.

-Escúchame bien -le dijo con rapidez Rocambole-.

Si quieres llegar a mayordomo de la casa de Sallandrera, debes ejecutar mis órdenes al pie de la letra, o todo se habrá perdido.

-Pero, ¿qué es lo que pasa?

-Si el cochero nuevo ve al duque, todo se ha perdido.

-Está bien -concedió el portugués-. No le verá. Le diré que el duque se encuentra demasiado enfermo y no quiere recibirle.

-¿Y cómo sigue el duque?

-Con calentura y el brazo hinchado. Estamos esperando al médico.

-Muy bien. Oye, para llegar a la habitación de tu amo hay que pasar tres salones, ¿no?

-Sí. Una antesala, el salón y el despacho.

-El salón tiene cortinajes, ¿verdad? Y será difícil oír lo que se dice hallándose en el dormitorio. -Habría que hablar en voz muy alta.

-Bien. Entonces sube a ver al duque, dile que el caballo está mejor y no le hables del cochero. Y a la vez, acompáñame al salón.

Rocambole subió la escalera, pisando los talones al ayuda de cámara, y llegó al primer piso. Zampa lo pasó al corredor y abrió el salón. Había en él dobles cortinajes y el suelo estaba cubierto por una tupida alfombra. Rocambole se situó detrás de la puerta de entrada y dijo a Zampa

-Ahora, baja a la cuadra y di al cochero que suba.

-Pero, si hace un momento... ¿Quiere que vea al duque?

-Escucha, animal. Harás que suba por la escalera principal, lo acompañarás con una luz encendida y lo meterás aquí. Luego, apagas la luz y te echas encima de él para sujetarlo bien. ¿Comprendes? Lo demás corre de mi cuenta. Vamos, pronto y sin ruidos.

Zampa bajé a la cuadra y regresó poco después acompañando a Ventura, el cual, sin ninguna desconfianza, pisó la alfombra del salón. En ese instante se apagó la luz y Zampa le sujetó con fuerza los brazos, mientras una mano le tapaba la boca y un puñal se apoyaba en su garganta.

-Soy Rocambole. Si gritas, te mato.

Ventura quedó aterrado al oír aquello y sentir el frío acero sobre su piel. Sólo después de unos segundos pudo balbucir con temblor:

-Perdón. No me mates.

-¡Silencio? -ordenó Rocambole, y se inclinó sobre Zampa, para decirle-: Sujétalo

bien.

Rocambole registró a Ventura y le cogió el puñal que éste le había robado, una pistola y una navaja.

-Ya hemos acabado con las armas, viejo mío -comentó irónicamente-. Supongo que no te quedan más instrumentos y podremos hablar tranquilamente.

-Clemencia -suplicó Ventura, aterrado.

Rocambole dio uno de los puñales al portugués, al cual ordenó que soltase uno de los brazos de Ventura. Con uno de los cordones de seda que servían para sujetar los cortinajes ató los pies de Ventura, así como sus muñecas, éstas a la espalda de su prisionero.

-Así no podrás escapar fácilmente y comprenderás que los que servimos a las órdenes del «capitán» no necesitamos luz para nada. Acostumbramos a trabajar de noche.

-Creo que ahora ya no es peligroso -comentó Zampa-. ¿Qué vamos a hacer ahora?

-¿Estás seguro de que aquí no nos molestará nadie?

-El cuarto del duque está demasiado lejos para que pueda oír algo. Los demás no entran aquí.

-Pues enciende una vela.

Ventura se sobrecogió al reconocer al palafrenero John en aquel hombre que tenía la voz de Rocambole. No salía de su estupor, pero sentía que se le erizaba el cabello y un sudor frío empezó a cubrir su frente. Se aterró más al ver cómo Zampa le obedecía ciegamente y los dejaba solos a una orden de Rocambole. Aquello demostraba que tenía poder.

-Bien, acusado -dijo Rocambole, imitando a un juez-. No voy a ocultar la gravedad de tu situación. Estás condenado a morir: primero, por los delitos de rebelión y abuso de confianza en perjuicio de nuestro respetable amo sir Williams; segundo, por robo cometido en casa del señor Federico. Te llevaste unas cartas de cierta importancia.

Ventura miraba con terror a todas partes, mientras Rocambole seguía sonriendo y, pasados unos segundos, añadía con solemnidad burlona

-Antes de que respondas al interrogatorio, te informaré de la verdadera situación. El duque de Chateau-Mailly, que te ofreció una buena suma por esas cartas, probablemente no podrá utilizarlas. Dentro de unas horas morirá de carbunco. Es mejor que me devuelvas lo

que me pertenece. Si no eres obediente y te empeñas en gritar, te apuñalo. Ni Zampa ni el portero de la calle Suresnes saben quién soy.

-Tú eres marqués -replicó Ventura, recobrando cierta audacia al creer que Rocambole le perdonaría la vida a cambio de las cartas.

-Quieres morir, ¿no es eso? -murmuró Rocambole, levantando el puñal-. Vamos, di mi nombre. Soy marqués... ¿de qué? ¡Pronto!

Ventura leyó su sentencia de muerte en los ojos de Rocambole y se apresuró a suplicar:

-Perdón, perdón. Sé que eres marqués, pero no sé más. Te lo juro, no sé de qué.

-Bien -comentó Rocambole, respirando con cierta tranquilidad-. Ya veo que eres un imbécil y no sabes quién soy ni en dónde vivo. Bien, ahora te mataré cuando quiera. ¡Dame las cartas!

-Están en el forro de mi chaqueta -respondió con rapidez Ventura, aterrado.

Rocambole se apoderó de ellas. Las miró con detenimiento y las quemó a la llama de la vela, tal y como había pensado hacer en un principio si sir Williams no le hubiera ordenado guardarlas. Destruidas las cartas, no tendría que vérselas con un traidor como Ventura.

Librodot

-Esto te demostrará que el duque va a morir de carbunco y ya no necesitará las cartas. Vamos, hazme una confesión completa de tus andanzas.

-¿Me perdonarás la vida... y no me dejarás en la miseria?

-Pides mucho. Habla y ya veremos. ¿Qué hiciste en España?

-Maté al cartero y le robé la carta. Después vine a París, la leí y me enteré de lo que decía.

-Comprendo -dijo Rocambole, con la sangre fría de un hombre resuelto a llegar al último extremo-. Eres un necio. Sólo tienes un medio de salvar tu piel. No te guardes las palabras.

Una vez en el camino de las confesiones, Ventura no omitió detalle y al cabo de diez minutos Rocambole estaba al tanto de lo que él había hecho en aquellos días.

-Bien. Ahora piensa que has despertado de un sueño, que no puedes ser general, sino soldado, y estás a merced mía, y vente conmigo. Porque cuando se tropieza con un tipo como tú, o se le quita de en medio o se utiliza.

-¿Puedo ayudarte en algo? Si es así, te prometo ser fiel en vida y en muerte.

-Ven conmigo a la calle de Suresnes y ya seguiremos hablando.

Lo desató y Ventura le siguió sumisamente. Había visto quemar las dos cartas, sabía que el duque estaba enfermo, que se moría, y su causa ya estaba perdida. Sólo le quedaba salvar el pellejo. Obedeció a Rocambole y escribió una cartita para la viuda Fipart, al dictado de lo que le decía el discípulo predilecto de sir Williams. Una carta para que la vieja acudiese a su antigua casa de Clignancourt. Luego lo ató y amordazó, lo dejó en el pisito y se fue a ver a sir Williams.

-Recordarás, querido tío -le dijo, nada más ver al ciego-, que cuando te descubrí, hace unos meses, bajo los oropeles de un salvaje te hice un discurso muy sensato. Y también recordarás, querido tío, que te probé claramente que, a pesar de tu talento, habías seguido un mal camino. Con tus combinaciones no habías conseguido más que hacerte cortar la lengua y que los salvajes de Australia te pintarrajeasen la piel.

El ciego afirmó con movimientos de cabeza y mostró sorpresa al oír la continuación de Rocambole.

-Pero voy a recordártelo de nuevo y a probar la causa de tus desdichas, tío mío, porque tu error nacía de haber leído un libro de cocina donde se decía que para hacer guisado de liebre hacía falta la liebre. ¡Craso error, querido tío! Porque si no hubieras leído ese libro, hoy no serías Walter Bright, el mutilado, sino el apuesto vizconde Andrés, esposo feliz de la señora condesa Juana de Kergaz, viuda en primeras nupcias de tu entrañable hermano Armando.

Sir Williams no pudo contener un gesto de cólera y empezó a dar muestras de impaciencia.

-Para hacer el mal empleaste a los granujas -continuó Rocambole-. Granujas, en vez de gente honrada. Y por esa razón tú eres el ciego Walter Bright y yo, el marqués de Chamery.

La cólera del ciego fue en aumento.

-Esa lección no te ha enseñado nada, porque has vuelto a emplear tu sistema vicioso y ha faltado muy poco para que fracasara mi boda con Concepción y fuese a presidio después de deshonrar el ilustre apellido que me legaron mis antepasados.

Sir Williams se estremeció y escribió precipitadamente:

«¿Qué ha pasado? ¿Acaso has encontrado a Ventura?»

-Algo más que todo eso. Ventura nos ha traicionado, y si se nos adelanta en veinticuatro horas, nos hubiera mandado al patíbulo. ¡Menudo punto! Menos mal que lo he cogido a tiempo. Y ahora quiero que idees alguna combinación para deshacernos de él, porque me ha dicho que la vieja Fipart estaba dispuesta a llevarme al patíbulo, y

a ésa ya le estoy preparando una buena. El ciego dibujó una siniestra sonrisa en su desfigurado rostro y afirmó con un gesto de cabeza. Rocambole ya no tendría más que poner en práctica las maquiavélicas instrucciones de aquel cerebro asesino.

A la mañana siguiente, el hombre de la hopalanda recibía a Zampa en el pisito de Suresnes. Este le comunicó que el duque iba de mal en peor. Se creía en la necesidad de amputarle un brazo, aunque uno de los médicos afirmaba que no había esperanza.

-Eso está bien -afirmó Rocambole, complacido-. El duque es hombre al agua, pero aún no hemos concluido la función. El señor que desea casarse con la Sallandrera, del que no soy más que un humilde siervo, y del que serás mayordomo en su día, está muy contento contigo y me encarga que te entregue tres mil francos para «alfileres». Bueno, es un decir, por ese alfiler tan bien colocado.

-El señor es muy generoso -comentó Zampa.

-Sí, lo es, pero porque espera un nuevo servicio tuyo. Te encargarás de arreglar las cuentas a ese cochero entrometido que casi echa a rodar el negocio.

-¿Hay que deshacerse de él?

-Justamente. Me aguardarás a las nueve en punto en la barrera Blanche y te conduciré a donde él está.

-Conforme. Allí estaré.

-Coge tu mejor cuchillo catalán -añadió Rocambole, despidiéndole en la puerta. Luego se dirigió a ver a Ventura, que continuaba amordazado en una habitación. Le preguntó-: ¿Tienes apetito?

Ventura respondió afirmativamente con la cabeza. -Te daré un vaso de Málaga y unos bizcochos. No tengo otra cosa aquí, pero ten calma, porque tu cautiverio concluirá esta noche. Mañana te daré cincuenta mil francos y un pasaporte para América.

-¿De varas? -exclamó Ventura, animado al verse libre de la mordaza.

-Sí, aunque debes quitar de en medio a la Fipart.

-Puedes darlo por hecho -contestó Ventura, entusiasmado-. he retorceré el pescuezo con gran destreza. Rocambole le desató una mano para que pudiera tomar el vaso de Málaga con los bizcochos, y cuando hubo acabado, volvió a amordazarlo, entre las protestas de Ventura.

Antes de marcharse, dejándole encerrado, Rocambole se vistió modestamente y se fue en busca de la Fipart. La encontró sentada ante el fuego, tomándose un buen café. Rocambole la abrazó y la dedicó unas cuantas ternezas. Después sacó un periódico del bolsillo y le dijo:

-Mira, aquí viene el anuncio de una casa que vale veinte mil francos. Si te parece bien, te la regalo para que seas agradecida.

-Lo seré hasta la muerte -respondió, entusiasmada, la vieja-. Pero, ¿no te burlas de tu madre?

-¿Burlarme yo? ¡Quia! Sólo que quiero pedirte un favor. ¿Tienes inconveniente en ayudarme a jugar una mala pasada a Ventura?

-¿Quieres que te ayude a freírle?

-Ya veremos eso. Ahora, ponte el sombrero, para que sigas pareciendo una señora distinguida, y vente conmigo. Iremos a ver la casa y después hablaremos de Ventura.

Rocambole y la vieja subieron en el coche que esperaba al primero en la puerta. Emprendieron el camino de Montmartre. Una hora más tarde habían visto la casa en venta y Rocambole prometía al portero regresar al día siguiente para cerrar el trato.

-Y ahora, ¿a dónde vamos? -preguntó la Fipart, muy satisfecha, a su acompañante.

-A tu casa de Clignancourt. Quiero ver si tienes allí una cueva.

-Claro que hay una cueva, y magnífica. ¿Tienes alguna idea?

-Ya la sabrás esta noche. Es maravillosa.

Fueron al barrio de los traperos. Rocambole visitó la cueva y la preparó. Luego acompañó a la viuda a su casa y le dijo, antes de marcharse:

-Ahora, fíjate bien, mamá. Esta noche, a las nueve, regresa a Clignancourt a pie. Procura que nadie te vea.

Allí me esperas y te diré lo que hay que hacer con Ventura.

-¿Y si aparece antes que tú?

-No tengas cuidado. No irá -respondió Rocambole. Y la dejó para ir a cambiarse al piso de Suresnes. Pasadas las ocho de la tarde, la Fipart se apeó del coche junto al Chateau Rouge, cerca del barrio de los traperos. Desde allí fue a pie a través de los campos. La noche era oscura y llegó a su casa sin que nadie la viera. Esperó, entregada a sus ilusiones, pensando en las promesas de Rocambole, a quien quería, hasta que llamaron a la puerta.

-Abre, soy yo -dijo Rocambole, y entró acompañado de Zampa-. Este señor quiere hablar con Ventura. Cerró la puerta y llevó a Zampa hasta el pie de la cueva. Le dijo:

-Voy a decirte lo que debes hacer para que seas mayordomo y quedes libre del garrote.

Esta palabra impresionó a Zampa. Rocambole la pronunciaba siempre con un tono lúgubre y resuelto. -Puedes encender la luz, mamá -dijo Rocambole a la vieja-. Ya no queda ningún trapero en los alrededores y somos los amos del terreno.

A la luz, Zampa pudo distinguir la cueva que existía en aquel tugurio. Rocambole había levantado la trampilla y puso una escalera de mano para bajar a ella. Le dijo:

-Bajarás a esta cueva llena de agua y esperarás a que entre el cochero. El debe quedarse y tú subirás para ser mayordomo. Lo digo, porque es posible que él sepa nadar y puede pedir socorro. Si tú estás en un peldaño y de un navajazo le impides agarrarse a la escalera, todo quedará resuelto.

-Comprendo perfectamente. ¿Qué hago cuando haya muerto?

-Llamas y te abro para que salgas.

-Bien -replicó Zampa, preparándose a bajar-. Ya veo que seré mayordomo.

-Eso vale más que el garrote vil.

Estas palabras hicieron que se apresurase a bajar. Rocambole se llevó a la vieja a un rincón. para esperar en silencio, pero ella le preguntó, algo intranquila:

-¿Cómo va a venir aquí, sabiendo que estoy en la calle de l'Eglise?

-Le prometí cincuenta mil francos si te asesinaba y

escribió esta carta para atraerte hasta aquí. ¿Comprendes?

-¡Ah! Eso ya es otra cosa.

Rocambole apagó la luz y todo quedó a oscuras y en silencio. Al cabo de un rato, se oyó un ligero ruido y en seguida se percibieron pasos que se aproximaban. Se oyó un ligero ruido en la cerradura y se abrió la puerta.

-¿Estás ahí, vieja? -pregunté Ventura, asomándose.

-Sí, aquí estoy -respondió en voz baja la viuda. Ventura cerró tras de sí, sacó una navaja, la abrió y se adelantó, preguntando

-¿Dónde estás, vieja?

-Aquí -respondió la Fipart.

Tres pasos más y al cuarto Ventura cayó en el vacío. Lanzó un grito. Chapoteó en el agua y Rocambole se apresuró a cerrar la trampilla. Después se echó encima y escuchó horribles blasfemias al principio y chapoteo, de agua. Después, todo se fue apagando y en seguida un grito penetrante y el caer de un cuerpo al agua.

-¿Qué hay? -preguntó la Fipart, acercándose desde su camastro.

-Creo que ya está muerto. Enciende la luz. Mientras ella le obedecía, Zampa

golpeaba en la puerta y gritaba

-Ya tiene lo suyo. ¡Abra!

Rocambole levantó la trampilla y contempló el cuerpo de Ventura flotando sobre el agua, enrojecida por la sangre. La vieja se puso de rodillas para velo mejor y dijo:

-¡Granuja! Cuando pienso que quería matarme...

-¡Bah! No hagas caso -replicó Rocambole-. Lo mandé matar porque sabía demasiado y me molestaba. Ella quiso retirarse, como si hubiera tenido un presentimiento, pero Rocambole le puso las manos en los hombros y la inmovilizó. La vieja gritó, pero él le apretó el cuello mientras decía:

-Hay que confesar que el otro día tuviste mucha suerte, pero ahora ya está muerte tu amigo.

-¡Que... me... ahogas..., Rocambole! -resolló la viuda.

-Ya lo sé, vieja, ya lo sé -respondió cínicamente el marqués. Y la dejó sin vida. Añadió, dirigiéndose a Zampa-: Tómala y hazle beber un sorbo de agua dulce, ya que le gustaba tanto el aguardiente.

Arrojó a la Fipart a la cueva. Esta vez, el frío no la hizo volver en sí. Había sido bien estrangulada.

-Bueno. Ya hemos concluido -dijo Rocambole a Zampa-. Puede usted subir, señor mayordomo.

Zampa empezó a remontar la escalera con el cuchillo entre los dientes. Apenas había sacado medio cuerpo de la cueva, cuando Rocambole le asestó una puñalada entre los hombros, al mismo tiempo que exclamaba:

-¡Qué bobos sois! Pero ¡qué bobos!

Zampa soltó la escalera, lanzando un grito de dolor, y cayó a la cueva con los otros. Rocambole sacó la escalera y dejó caer la trampilla, mientras murmuraba, satisfecho

-No sé si habrás muerto como los otros, pero tendrás tiempo de sobra para ahogarte. Sin escalera y con el agua inundando eso, no podrás salir.

Pronunció la oración fúnebre sin emocionarse mucho. Apagó la linterna y abandonó aquellos lugares, diciéndose

-Ha sido un drama interesante y terrible. Haré reír a sir Williams cuando le cuente la historia de estos tres imbéciles: Ventura, que se creía necesario; mamá Fipart, que creía en mi piedad filial, y Zampa, que se figuraba que me agradaría tenerlo por mayordomo cuando me casase con Concepción. ¡Un bestia semejante!

CAPITULO XV

Los condes de Artoff, después de haber estado en Suiza, se instalaron en la Costa Azul. Baccarat había alquilado una pequeña villa en Niza, próxima al mar. Les acompañaba un médico que se cuidaba continuamente del conde, al que aconsejaba aislamiento y tranquilidad.

La casualidad hizo que Baccarat conociese a un ex oficial de marina, inglés, que había servido mucho en la India. Sir Edward, enterado y compadecido del percance sufrido por el conde, recomendó a la mujer que se entrevistara en París con un médico mulato, el doctor Samuel Albot, hombre que había adquirido gran fama en Calcuta, curando la locura adquirida en aquellos climas.

Ante la posibilidad de un pronto restablecimiento de su esposo, Baccarat emprendió el regreso a París con su esposo. En tres días llegaron a Lyon, después de cambiar varias veces de sillas de postas, y desde allí tomaron el tren que les dejaría en la capital. Precediéndoles iba un criado que llevaba una carta para Cereza, en la que Baccarat pedía a su hermana que localizase a un médico mulato en el barrio de Saint-Honoré, para que la recibiese nada más llegar a París.

Una estación antes de llegar a su destino, el tren de Lyon se detuvo, esperando la llegada de otro procedente de París. En él viajaba Rolando de Clayet, el joven que con su irresponsabilidad había causado la desdicha de los condes. El vagón de Rolando se detuvo paralelamente al vagón en que viajaban los condes, y cuando éste partió, descubrió, con gran sorpresa por su parte, la presencia de Baccarat en un compartimiento. Se quedó paralizado, pues horas antes había visto a la mujer en una carroza por la calle Royal y ella le había sonreído y hecho un gesto pidiéndole silencio.

Rolando de Clayet decidió regresar a París para esclarecer aquel misterio.

Cuando Baccarat llegó a su casa de la calle de la Pepiniére, encontró una nota de su hermana Cereza indicándole que se encontraba algo indispuesta, pero que haría lo posible por verla. Baccarat dejó al doctor ocupado en acostar al conde y se fue a ver a su hermana. Esta ya la esperaba con su marido para ir a casa del doctor Albot, quien había sido puesto al corriente de la situación, gracias a las noticias facilitadas por Cereza. El doctor Albot atendió muy amablemente a Baccarat y escuchó con interés los detalles de la extraña locura acaecida a su esposo, y cómo sir Edward, el marino inglés, le había hablado de él.

-Señora condesa -dijo el médico, al conocer la opinión de sir Edward-: La locura puede ocasionarse por medio de dos venenos diferentes: uno puede ser la belladona, y otro, un veneno vegetal, muy conocido en Java, que se llama Dutroa.

-Sí. Creo que ésa fue la palabra empleada por sir Edward al considerar que mí marido pudo ser víctima de un envenenamiento.

-¿Ha estado su esposo en la India?

-Nunca -respondió la condesa.

-¿Y conoce a alguien que haya venido de allí y tratara a su esposo en esos días?

-No. A nadie.

-Es extraño -comentó el médico-. Para creer en lo que dice sir Edward, hay que suponer que el conde fue envenenado durante la noche que precedió al duelo, y esa noche la pasaría en su casa.

-No, señor -murmuró Baccarat-. Mi marido pasó la noche fuera. No sé exactamente si en casa del duque de Chateau-Mailly o en otro sitio.

-¿Ha dicho el duque de Chateau-Mailly?

-Sí. Creo que fue su testigo en el duelo. El podría decirnos...

-Me temo que sea imposible, señora -atajó el doctor-. El duque murió anteayer.

-¿Muerto? Eso es imposible -exclamó la condesa, alarmada-. Si apenas había cumplido treinta años y estaba lleno de vida y de juventud...

El doctor Samuel Albot no respondió. Se limitó a recoger un periódico, lo desdobló y se lo entregó a Baccarat, para que ésta leyese la noticia de la muerte del duque. La mujer estrujó el diario entre sus manos y preguntó con voz conmovida:

-Pero, ¿de qué ha muerto?

-Carbunco, señora. Se contagió cuidando a su caballo predilecto, que estaba contagiado de esa enfermedad. Ya ve que se le amputó el brazo, pero no' hubo medio de salvarle.

La condesa de Artoff se quedó anonadada por unos instantes.

-Creo, señora -dijo el médico, volviéndola a la realidad-, que, respecto a la dolencia de su marido, a pesar de los síntomas e indicios que han llamado la atención de sir Edward, la causa puede ser distinta. Ese veneno no se encuentra más que en Java, a lo sumo en algún laboratorio de gentes de estudio, como yo.

-¡Cómo! ¿Usted tiene ese veneno?

-Traje tres onzas cuando vine a París -respondió el mulato-. Y estoy por afirmar que nadie más que yo lo tiene en toda la ciudad.

Baccarat lo miró con fijeza y él se aproximó a una estantería cerrada con cristal, en la que había diversos tarritos y frascos conteniendo venenos vegetales y minerales. Señaló uno de polvillo rojizo.

-Este es.

-¿Y no han podido robárselo? -preguntó Baccarat, dominada por un vago presentimiento.

-Señora. Eso es absolutamente imposible. Aquí no entra más que mi criado y yo. Cuando salgo, todo queda cerrado, y él es de absoluta confianza.

-Entonces..., no es posible... -insistió, temerosa y tímida, Baccarat.

-No lo creo, señora. Pero, en fin. Podemos comprobarlo y así saldremos de dudas -replicó el doctor, tomando un libro de registro de la biblioteca. Buscó la página en que se mencionaba el veneno y el peso del contenido del frasquito y luego cogió éste para comprobar su peso. El platillo del veneno no descendió y él, en medio de la mayor sorpresa, exclamó-: ¡Me han robado!

Samuel Albot se quedó pálido. ¿Durante qué momento y cuándo le habían robado? Llamó a su criado, un anglo-indio de unos sesenta años, que respondía al nombre de Jung. Este, con un asombro lleno de sinceridad, afirmó no haber tocado allí, ni tenía noción de quién pudiera haberlo hecho.

-Sin embargo, alguien tuvo que cogerlo -insistió el médico-. Recuerda y dime a quién he recibido que pudiera ser sospechoso, o a quién he dejado solo aquí.

-¡Señor! -exclamó con viveza el criado, después de un instante-. Señor, ya me acuerdo. Vino un hombre. Estuvo aquí y se quedó solo.

-Estaría conmigo.

-Y sin usted, señor. Mientras usted corría a socorrer a un criado que había sido atropellado por un carruaje.

-Es cierto -admitió el médico-. Ahora recuerdo que hace un mes o poco más vino a verme un caballero. Estaba hablando con él cuando aparecieron dos hombres en busca de un médico...

-Y..., ¿aquellos dos hombres? -preguntó con ansia la condesa-. Les seguí, dejando en esta habitación, durante unos minutos, a la persona que hablaba conmigo. En la calle había un hombre desvanecido, un criado que había sido atropellado por un coche, pero al que no le encontré herida, ni siquiera contusión. Regresé a reunirme con

mi visitante y, evidentemente, en aquella ocasión me dejé el estante abierto.

-¿Quién era ese visitante?

-¡No! Es imposible -comentó el doctor, con suficiencia-. Es un perfecto caballero y está fuera de toda sospecha. Es un hombre de honor.

-Pero tendría un nombre, ¿no?

-En efecto. Era el marqués de Chamery.

-¿Chamery? -exclamó la condesa, asombrada-. ¿El cuñado del vizconde de Asmolles?

-Por eso le digo, señora.

-Tiene usted razón, señor doctor. Se pueden dirigir las sospechas a todo el mundo,

antes que suponerle a él culpable.

-Sin embargo... -murmuró el doctor, que se había quedado pensativo-. Voy recordando ahora que el marqués y yo hablábamos, precisamente, de la belladona y de ese veneno vegetal recogido en Java. Hasta me parece recordar que mostró vivo interés porque se lo enseñara.

-Pero..., todo eso es absurdo, imposible -exclamó Baccarat-. Seguramente hablaron y...

-Voy creyendo ciertas mis sospechas. Si me han robado ese veneno, fue el marqués quien lo hizo -afirmó el médico-. Y si han envenenado al conde, lo hizo el marqués.

-¡Doctor!

-Bien, poco importa eso ahora -añadió el mulato-. Si su esposo está loco a consecuencia de ese veneno, no pierda cuidado, que lo salvaré. Lo curaré, señora.

Baccarat lanzó un grito de gozo y juntó sus manos, como dando gracias a Dios.

-Señora, vuelva a su casa y tenga fe -añadió el doctor-. Mañana a mediodía iré a su casa y examinaré a su marido, y si verdaderamente existe algún culpable que castigar, ya nos ayudará Dios a ello.

Cuando Baccarat regresaba en el carruaje con su hermana, no hacía más que pensar en las palabras de Samuel Albot.

-No es posible -se decía-. Conozco al vizconde de Asmolles. Toda su familia es noble, caballerosa. Un Chamery no puede ser un envenenador.

-Todo eso es infernal -murmuró Cereza, asustada-. Parece obra del demonio de sir Williams.

-¿Estás loca? -exclamó la condesa, estremeciéndose

al oír aquel nombre-. Sir Williams ha debido morir, y si no ha muerto está reducido a la impotencia. -Y apagando la sonrisa que florecía en sus labios, ordenó al cochero que la llevase a su casa, después de despedirse de Cereza.

Cuando su coche llegó al palacio del conde Artoff, descubrió luces en el salón, pese a lo avanzado de la hora. Su marido ya tenía que estar acostado hacía tiempo y no era posible que alguien estuviera allí. Sin embargo, le dijeron que un hombre y una mujer llevaban buen rato esperándola. Baccarat subió con rapidez, cruzó el vestíbulo y entró en el salón, donde la esperaban Rolando de Clayet y Rebeca.

El joven, que, después de la locura del conde Artoff, se había encontrado repudiado por muchas personas de la buena sociedad, se halló en el dilema de batirse con todos los que censuraban su conducta o salir de París. Cuando aún no estaba decidido hacia dónde emprendería el viaje, le llegó la noticia de que su tío, el anciano caballero de Clayet, acababa de morir en sus posesiones del Franco Condado. Dispuso su marcha, pero antes quiso despedirse de los pocos amigos que aún le quedaban. Al ir a visitar a Octavio descubrió, en un atasco de carruajes en la calle Royal, el vehículo en que iba la que él consideraba condesa de Artoff, a la que nunca más había vuelto a ver. La mujer, después de sonreírle, había dado su dirección a su propio cochero en voz alta para que Rolando la supiera. Horas más tarde, Rolando tomó el tren, pero en otro que se cruzó con el suyo descubrió de nuevo a la condesa de Artoff. Regresó a París y se fue al 53 de la calle de la Pompe, en Passy. Bajo amenaza, terminó sabiendo quién era Rebeca, y también bajo amenaza la llevó a casa de Baccarat para pedir perdón a la condesa por su conducta.

-Caballero -dijo Baccarat, al terminar las explicaciones y tender la mano a su hermanastra-, el daño que me ha causado, y que le perdono de todo corazón, no es nada comparado con el sufrido por un hombre generoso y bueno que me ofreció su apellido y al que amo hasta lo indecible. Ese daño es el que necesita reparación, y usted debe ayudarme a encontrar al autor de esta odiosa maquinación, de la que

ambos hemos sido víctimas.

Rolando se volvió a Rebeca y, después de contemplarla un instante, le dijo:

-He utilizado la fuerza para traerla aquí, pero supongo que, después de esto, hablará.

-Le he dicho cuanto sé -respondió Rebeca-. Pero lo repetiré si con ello puede conseguirse algo. Baccarat escuchó todo el relato con sus más mínimos detalles, pero Rebeca ignoraba la personalidad del hombre que la había recogido y complicado en toda la intriga.

-Según esto -comentó la condesa, una vez concluido el relato y dirigiéndose a Rolando-, usted tenía un ayuda de cámara que aseguraba estar en relaciones con mi doncella. Las cartas que recibía se las entregaba ella, lo cual es falso. ¿Dónde está ese criado, que es cómplice de los intrigantes?

-Huyó después de haberme robado. Eso fue el mismo día de batirme con el conde. No he vuelto a saber nada de él.

-¿Hacía tiempo que lo tenía a su servicio?

-Sólo estuvo unos quince días. Me lo envió un amigo: el marqués de Chamery.

-¿Chamery? -exclamó Baccarat, estremeciéndose. Se quedó paralizada, pensando en aquel hombre. ¿Quién era? ¿Qué le había hecho ella? ¿Acaso él estaba persiguiéndola?

-Señor de Clayet -dijo, cogiendo con viveza la mano de Rolando-. Creo que es usted un hombre de honor. Prometa ayudarme. Jure obedecerme y prométame que nada de lo dicho aquí esta noche saldrá de sus labios.

-Se lo juro por la memoria de mis padres. Pero es indispensable que la rehabilite, señora. Es preciso que diga a todo el mundo...

-No hable. El mundo no debe saber nada, ni que existe una mujer que ha sido confundida conmigo. Mi hermana saldrá mañana de París. Es preciso que nadie la vea. Y en cuanto a mi rehabilitación..., aún no es hora de hacerla. ¡Más adelante!

A la mañana siguiente, Samuel Albot encontró en el periódico a que estaba suscrito un amplio reportaje encabezado por un sugestivo título: «Un drama en Clignancourt». No era hombre que leyese mucho la crónica de sucesos, pero aquél se destacaba por su importancia y por unos detalles que él consideró del máximo interés.

Se relataba el encuentro de dos cadáveres en una cueva anegada de agua de una casa del barrio de los traperos. Había un tercer hombre, al parecer medio loco, que se había encontrado con una herida y medio muerto de horror. Aquel individuo, trasladado a un hospital, había sido reconocido por un enfermo como el ayuda de cámara del duque de Chateau-Mailly Zampa.

Samuel Albot decidió acercarse a la Morgue para examinar los cadáveres del hombre y la mujer encontrados en Clignancourt. El guardián de la Morgue le dejó pasar en cuanto se identificó. Primeramente examinó a la vieja Fipart, estrangulada con mucha presteza. - Y después a Ventura.

-Este acaba de ser identificado esta mañana -le dijo el guardián.

-¿Por algún familiar?

-No, no. Fue un presidiario de Mazas, un tipo que estuvo preso en Poissy con el muerto. Se llamaba Ventura y otras veces Jonás y José Brisedoux. Hace cinco años estuvo como ayuda de cámara de una señora muy amiga de cierto título, que ha muerto. Dijo el nombre del viejo y de la señora, pero los olvidé. Creo que el viejo tenía el palacio en la plaza Beauvau, y ella, en la Pepiniére, o algo así.

-¿En la plaza de Beauvau? -repitió con sorpresa el doctor.

-Sí, señor.

-No sería el duque de Chateau-Mailly, por ejemplo, ¿verdad?

-Sí, sí. Eso mismo. Dijo ese nombre -afirmó el guardián.

Muy pensativo, el doctor Samuel Albot abandonó la Morgue. Le llamaba la atención el hecho de que el ayuda de cámara de la querida del duque de Chateau-Mailly se encontrase con el ayuda de cámara del nuevo duque, que acababa de morir de un modo no muy normal.

Se dirigió al hospital Lariboisiére, donde el loco había sido encerrado en una pequeña habitación bajo, la vigilancia de dos enfermeros. El portugués cantaba y reía. Apenas hablaba y sólo decía palabras sueltas e ininteligibles en su lengua materna. Nada más verlo, el doctor quedó sorprendido por reconocer en él al lacayo atropellado delante de su casa el día en que hablaba con el marqués de Chamery.

A mediodía se personó en casa de Baccarat e hizo

un reconocimiento del conde. Un examen rápido le convenció de que la locura no podía tener más causa que el envenenamiento producido por el polvo de Java.

-Señora condesa -dijo a Baccarat, que le observaba con angustia y ansiedad-, me comprometo a curar a su esposo. Pero ahora quisiera que me respondiese % una pregunta. ¿Eran muy amigos su marido y el duque de Chateau-Mailly?

-Sí, señor. ¿Sucede algo?

El médico se limitó a sacar el periódico que llevaba en el bolsillo y le mostró la noticia referente al crimen de Clignancourt, que Baccarat leyó con gran asombro, sobre todo al encontrar el nombre de mamá Fipart. Su memoria empezó a poblarse de terribles recuerdos, pero su estupor llegó al límite al leer que el loco era ayuda de cámara del duque de Chateau-Mailly.

-Y el viejo apuñalado, ¿quién es? -preguntó, un poco asustada.

-Se llama Ventura, y el loco es el criado que fingió el desvanecimiento frente a mi casa el día en que me robaron el veneno.

La condesa tuvo un estremecimiento y no evitó que escapase de sus labios un nombre

-¡Sir Williams!

Se repuso inmediatamente de su emoción y recobró su presencia de ánimo. En seguida se puso a la altura de las circunstancias y dijo al médico:

-Cuanto me ha dicho, lo que yo sé y esta noticia, vienen a darme una idea confusa y rara de lo que presiento. Anoche, cuando nos separamos, encontré en mi casa al señor de Clayet y a la mujer que se hizo pasar por mí. Y si hay algún miserable en esta intriga, será el desconocido que indujo a Rebeca a hacerse pasar por mí.

-Señora -observó el médico, una vez ella le hubo contado el relato de Rebeca-, ese desconocido, ¿no se llevó a su hermanastra a una casa que debía ser suya?

-Creo que sí, pero ella no sabe cuál es, aunque supone que está en los alrededores de la Madeleine.

-Puede ser la de Suresnes. El marqués de Chamery tiene en ella un pisito de soltero que servía para sus intrigas amorosas.

-¿Le conocen allí por su nombre?

-No. Allí le llamaban el señor Federico.

-¿Está usted seguro?

-Claro. Estuve allí muchas veces. Soy su médico,

aunque en realidad a quien asistí fue a un marinero inglés a quien el marqués profesaba gran cariño. Al parecer, los australianos lo habían maltratado y pinta-rrajeado la piel.

-¿Ha dicho un marinero pintarrajeado por australianos? -preguntó Baccarat,

sorprendida por aquellas palabras.

-Sí, era un tipo semejante a un salvaje- Tenía el rostro horriblemente quemado, la lengua cortada y le faltaba un ojo. El otro lo perdió durante el tratamiento para subsanar su desfigurado rostro.

-¡Es él! -gritó Baccarat-. ¡Es sir Williams!

-¿Quién es sir Williams? -preguntó, asombrado, el mulato por la emoción que embargaba a la mujer.

-¡Oh, doctor! Decirle quién es sir Williams sería contarle una historia muy larga, pero sí le airé que es la base de mis desdichas, de mi arrepentimiento y de mi conversión y la de mi vida entera. Sí, no se asombre. Sir Williams es uno de esos monstruos cuya vida empieza con un parricidio y acaba en el cadalso. No fueron los salvajes quienes le cortaron la lengua.

-¿No? ¿Quién fue, entonces?

-¡Yo!

-¿Usted? -exclamó el doctor, sintiendo un escalofrío al ver la calma de la mujer.

-Sí, doctor. Ya le contaré toda la historia; ahora sólo le diré que sir Williams nació noble y vizconde y se convirtió en capitán de ladrones y de asesinos. Ventura era uno de sus secuaces, y otro, esa mala víbora llamada viuda Fipart. -El doctor no salía de su asombro y no tenía palabras que pronunciar. Ella prosiguió diciendo-: Durante cuatro años me tocó luchar cuerpo a cuerpo, astucia contra astucia, contra ese genio infernal. Lo vencí, pero al cabo de los años parece que sir Williams se está valiendo del marqués de Chamery para deshonrarme, matar moralmente a mi esposo y quién sabe cuánto más hay tras esas tinieblas que lo ocultan todo.

-¿Cómo admitir que el marqués, un caballero, un oficial cuya hoja de servicios es una larga enumeración de hechos honrosos, se ha convertido en el instrumento de un hombre que me pinta tan infernal y diabólico? ¿Acaso no será también una víctima de ese sir Williams?

-Un hombre de bien podrá ser una víctima, pero jamás se convertirá en un envenenador. Y, partiendo de

la hipótesis de que el marinero inglés y sir Williams sean la misma persona, y que el ladrón del veneno sea el marqués de Chamery, es necesario averiguar qué le induce a éste a convertirse en mi enemigo mortal. Aquí empiezan las tinieblas, doctor.

Ambos se quedaron pensativos durante unos minutos y al fin Baccarat rompió el silencio, exclamando

-¿Dice usted que vio a ese hombre que sobrevivió al drama donde perdieron la vida Ventura y la Fipart? ¿Acaso se fijó si podría curarse? Ese hombre, seguramente, nos podría decir lo que no sabemos.

-¿Usted cree?

-Creo que de ahí ha de salir luz. Ese hombre era cómplice del ladrón de veneno, puesto que fingió la caída delante de su casa. Y ha sido reconocido como ayuda de cámara del duque de Chateau-Mailly.

-Sí, así lo ha declarado el mozo de cuadra que se encontraba enfermo en el hospital.

-¿Y no me dijo usted que el duque había muerto hace dos días, de una enfermedad que padecía uno de sus caballos?

-Efectivamente. Es una muerte un poco extraña y sospechosa, al conocer tantas coincidencias -respondió el doctor, un poco temeroso.

-Ignoro qué misterioso lazo unirá a sir Williams con Chamery, o con el criado del difunto duque, pero si ese hombre que se apoda Zampa es el portugués que atendía a don José de Alvar.

-¿El caballero español que murió apuñalado por su querida hace unos meses?

-Exacto. Si es el mismo, creo que la clave está en la señorita de Sallandrera. Don José era su novio y el duque de Chateau-Mailly la pretendía a la muerte de éste. Esperaba unos documentos de Rusia para poder casarse con ella.

-¿Sabe, señora, que está elevándose demasiado en la elección de los culpables? -observó el médico mulato, algo asustado.

-¿Cree usted que puede curarse ese Zampa?

-Claro que sí. Cuándo, no lo sé; pero si usted, que debe tener muy buenas amistades, consiguiera que me confiasen a Zampa para curarlo, el trabajo sería más fácil y la curación, más rápida.

-Si es por eso... -murmuró Baccarat, encaminándose hacia su gabinete-. Venga conmigo. Voy a escribir al conde de Kergaz. El le ayudará en cuanto necesite.

Días más tarde, Baccarat, acompañada de Rolando de Clayet, fue a visitar al doctor Samuel Albot, que se cuidaba de Zampa. La policía se lo había confiado con la esperanza de que pudiera restablecer su estado mental. Zampa, después de un paciente tratamiento, se había recuperado mucho, y el día en que fue a verle Baccarat ya estaba en condiciones de hablar y de razonar.

El doctor lo tenía tendido en un sofá, conservando una inmovilidad letárgica, pero luego lo incorporó y le quitó un vendaje, mientras indicaba a Baccarat y a Rolando que se alejaran a un extremo de la estancia. No quería que Zampa, si los veía, los reconociese de momento.

Transcurrieron algunos minutos en los que el portugués trató de coordinar sus recuerdos. Intentó reconocer el sitio donde se encontraba. Estuvo en silencio unos minutos, sin poder reprimir su asombro, y el doctor Albot, que hablaba portugués, le dijo:

-Se encuentra usted en casa del médico que durante una semana ha estado curándole de un acceso de locura.

-¿He estado loco? ¿No estoy en el agua? -exclamó Zampa, con voz entrecortada por la emoción, y empezó a mirar a su alrededor con insistencia.

El médico se aproximó a la condesa y le dijo en voz baja:

-Parece que va recordando. Le hablaré. -Y se dirigió a Zampa, hablando en voz alta-: Hace unos días le encontraron en Clignancourt, dentro de una cueva llena de agua, junto a dos cadáveres.

-¡Ah! -exclamó Zampa, sobresaltándose-. La vieja la mató el hombre de la hopalanda. El fue quien me asesinó cuando salía de la cueva con el farol y la navaja entre los dientes. ¡El fue!

-¿Con esa navaja mataste a Ventura? -preguntó el médico.

-¿Eh? -murmuró, estremecido, Zampa-. ¿Usted sabe eso?

-Lo sé todo -respondió el doctor.

-Y yo, también -agregó Baccarat, hablando a espaldas de Zampa, el cual se giró a ella, sobresaltado,, cuando ya avanzaba hacia él.

-¡La condesa! -exclamó el criado, que la conocía por haberle llevado cartas del duque de Chateau-Mailly.

-Zampa -dijo Baccarat, después de mirarle un instante con fijeza-. Tú has asesinado a Ventura y envenenaste a tu amo, el duque.

-¡No es posible! No puede saberlo -murmuró el portugués, aterrado-. Usted no puede saberlo.

-Lo sé. Confiésalo. Tú los mataste.

-No, no. Fue él, al duque no lo maté yo. Fue él quien puso el alfiler envenenado en el brazo del sillón. -¿Quién es él? Dilo, Zampa. ¿Quién es?

-El hombre de la hopalanda.

Baccarat pestañeó, intrigada, y cambió una mirada muy significativa con el doctor mulato. Este preguntó:

-¿Quién es ese hombre?

-No lo sé.

-Zampa, hace un momento confesaste haber matado a Ventura. Esta señora y este caballero te han oído -dijo el doctor, señalando a Baccarat y a Rolando-. Esa confesión puede llevarte a la guillotina.

-Si quieres que te perdone y no te entregue a la justicia -intervino Baccarat, al ver el estado de anonadamiento que las últimas palabras habían producido en Zampa-, es preciso que nos digas quién es el hombre de la hopalanda, el que envenenó al duque de Chateau-Mailly y te arrojó a la cueva de Clignancourt.

-Es el hombre de la hopalanda, ya lo he dicho.

-Pero tendrá otro nombre.

-No lo sé. No lo conozco... ¡Sí! Ya recuerdo -exclamó, de pronto-. La vieja a quien estranguló le llamó Rocambole.

Baccarat lanzó un grito al oír aquel nombre y otra vez acudió a su mente el recuerdo de sir Williams. Aquello era un rayo de luz en los tenebrosos acontecimientos de Clignancourt. Rocambole había creído prudente desembarazarse de sus cómplices.

-Creo que ya tengo la verdadera pista de unos malvados a quienes suponía desaparecidos para siempre -dijo Baccarat, dirigiéndose al doctor y a Rolando-. Permítanme que interrogue a este hombre.

Samuel Albot y Rolando de Clayet se miraron sorprendidos. Lo ignoraban todo acerca de aquella intriga

y se preguntaban quién podía ser aquel misterioso asesino llamado Rocambole.

-Zampa -dijo la condesa, dirigiéndose al portugués-, estás en poder de la justicia. Esta te entregó al doctor para que te curase, pero no ha renunciado a ti. El doctor debe entregarte una vez curado, pero escucha lo que voy a decirte.

El portugués se estremeció, quiso hablar, sin duda para implorar perdón, mas Baccarat le impuso silencio con un gesto y continuó diciéndole

-Acabas de confesar que mataste a Ventura y eso basta para subirte a la guillotina; sin embargo, podemos hacer algo por ti si nos dices lo que desearnos saber.

-Perdón, perdón -balbució el portugués, temblando de ansiedad-. Lo contaré todo. Haré lo que me pidan..., pero, si escapo al cadalso, me asesinarán ellos.

-¿Quiénes son ellos?

-El hombre de la hopalanda y su amo.

-Zampa, cuidado con lo que dices. La menor reticencia puede perderte. ¿Quién es el amo?

-Señora, no lo sé -murmuró, angustiado, el portugués-. Le diré cuanto me obligaron a hacer, amenazándome con el garrote vil a que fui condenado en España.

-Vamos, tranquilízate y háblanos desde el principio -indicó Baccarat, presintiendo que aquel hombre hablaba con sinceridad.

Zampa empezó a relatarles todos los pormenores, bajo el deseo de vengarse de Rocambole. Refirió a la condesa y sus dos acompañantes, que le escuchaban estupefactos, sus relaciones con el hombre de la hopalanda, el asesinato de don José de Alvar y el envenenamiento del duque. Pero, al nombrar la calle de Suresnes, el doctor no pudo reprimir un grito de asombro y Baccarat le obligó a guardar silencio.

-Señor de Clayet -dijo la condesa, cuando Zampa concluyó su narración-. Conozco mucho al vizconde de Asmolles y creo que usted también. ¿Sabe qué opinión tiene él formada de su cuñado, el marqués de Chamery?

-Le quiere y le aprecia muchísimo.

-¡Es bien extraño! -murmuró Baccarat, y se volvió a Zampa-. ¿Conoces al marqués de Chamery?

-Sí, señora -se apresuró a decir el portugués-. Le vi en el palacio de Sallandrera y otra vez en el entierro de don José.

-Y antes, ¿no le habías visto nunca?

-Jamás, señora -respondió el portugués, convencido. Baccarat volvió a quedar sumida en las tinieblas de aquel vasto drama. Por un instante, estuvo a punto de creer que tenía la clave del asunto, pero Zampa acababa de hundirla de nuevo. Pidió al doctor que llamase a su criado para llevarse a Zampa y luego quedaron los tres en silenció: Al cabo de unos minutos de cavilación, Baccarat se dirigió al doctor, diciendo:

-Estos acontecimientos, al parecer, no conducían más que a un fin. El papel desempeñado por Rebeca, el envenenamiento de mi esposo, el asesinato de don José y del duque, servían para quitar de en medio a dos pretendientes a la mano de la señorita de Sallandrera, en provecho de un tercero.

-Eso parece incuestionable, señora.

-Sí, pero no puedo suponer que un miserable corno Rocambole obre por cuenta propia. Sería demasiada pretensión aspirar a casarse con la hija de un grande de España. Y, por otro lado, está el marqués de Chamery. Proporciona un ayuda de cámara al señor de Clayet; aparece como único culpable del robo del veneno, y Zampa confiesa que el hombre de la hopalanda le ordenó que fingiese la caída ante su casa. Por último, está el entresuelo de Suresnes, donde Zampa recibía órdenes y donde Chamery es conocido por el señor Federico.

-Después de la explicación de Zampa, no he dudado un instante -afirmó el doctor.

-Pero el marqués pasa por ser hombre caballeresco y leal -intervino Rolando-. Tiene una hoja de servicios admirable. Se portó maravillosamente al batirse con el barón de Chameroy. Todo el mundo le aprecia y su hermana le adora.

-Por eso se estrella toda mi hipótesis -replicó la condesa-. No es posible que todo esto, inspirado por una mente como la de sir Williams, sea en provecho del marqués.

-Sí, es incomprensible -murmuró el doctor-. Pero parece evidente.

-Entonces, tendríamos que sospechar de la misma señorita de Sallandrera -advirtió la condesa-. Una joven digna, de su rango, es como hacerla partícipe del asesinato de don José y del duque.

-¡Esto es un misterio horrible! -exclamó Rolando.

-Sí, es horrible -murmuró, pensativa, Baccarat-.

Porque sólo queda una posibilidad, y esto, señores, les ruego que no lo divulguen y me guarden el secreto. Sólo pensarlo eriza la piel.

-Diga -apremió el doctor-. Por nosotros, nadie sabrá nada.

-Que el marqués de Chamery sea la misma persona que Rocambole.

-¿Cómo puede usted creer...? No es posible -exclamó Rolando.

-No afirmo nada -replicó la mujer-. Daría mi vida por equivocarme, pero recuerdo un caso no muy lejano en que cierto conde de Santa Helena, después de pasar revista con el rey a las fuerzas del ejército, fue interpelado por un hombre cubierto de harapos, que le dijo: «Tú eres Coignard, el forzado, mi antiguo compañero de

cadena»[1]. Si Rocambole y Chamery son la misma persona, pronto lo reconoceré.

-Permítame que le diga, señora condesa, que ya conoce al marqués -advirtió Rolando.

-Sí, le vi una noche en mi casa. La. verdad es que no me fijé mucho en él.

-Pero, su voz... Reconozca que no se puede cambiar...

-No sé, no sé. Me gustaría verle y después...

-Será imposible -observó el doctor-. El marqués de Chamery no se encuentra en París.

-¿Cómo? ¿Adónde ha ido?

-Lo ignoro. Hace tres días envié a mi criado a su casa con intención de preparar una entrevista. Quería aclarar eso del veneno. Y le dijeron que se había marchado, con el marinero ciego, en una silla de postas.

-¡Sir Williams! -exclamó Baccarat con asombro-. No cabe duda. La clave está ahí. Doctor, el señor de Clayet y yo vamos a dejarle. Se ha hecho tarde, pero mañana, a las diez, le espero al lado de mi esposo.

-Señora, someteré al señor conde a un tratamiento que considero infalible para curar su mal.

Al salir de casa del doctor Samuel Albot, Baccarat se despidió de Rolando de Clayet y lo citó para el día siguiente en su domicilio. Esperaba informarse acerca del paradero del marqués de Chamery, y estaba dispuesta a averiguar qué relación existía entre él, Rocambole y sir Williams.

A la mañana siguiente, cuando Rolando entró en el gabinete donde le esperaba la condesa en compañía del doctor Albot, quedó sumamente sorprendido. Baccarat vestía pantalones y había abandonado sus prendas femeninas. Parecía una jovencita de dieciocho años.

-Señor de Clayet -dijo al hombre-. Creo que iba al Franco Condado, cuando su tren se cruzó con el mío. -En efecto, señora.

-Pues bien. Abajo está mi silla de posta. Nos vamos al castillo de su difunto tío. Creo que se halla a tres leguas del que posee el vizconde de Asmolles.

-Sí, señora. Pero...

-El vizconde, los duques de Sallandrera y su hija están allí. El marqués de Chamery marchó hace días a reunirse con ellos. ¿Lo comprende ahora?

-Señora, estoy listo para seguir sus órdenes.

Una hora después, la condesa de Artoff, dejando a su querido esposo al cuidado del doctor Albot, emprendió la marcha, en compañía de Rolando, por el camino de Besançon.

CAPITULO XVI

El castillo de Haut-Pas se encontraba situado en el fondo de una garganta del Jura,

[1] El relato es verídico. Sucedió en la plaza de Vendome, en el año 1818, pasando revista el rey Luis XVIII, y el forzado se hacía llamar conde Pontis de Santa Helena, era caballero de la Cruz de San Luis, comendador de la Legión de Honor y todo un personaje en los salones elegantes de París. Su nombre era Pierre Coignard, fugado del presidio de felón. En Cataluña lo recogió una joven que había asistido a la agonía del verdadero conde. Se le procesó nuevamente, pero había conseguido méritos y honores que sólo le llevaron a galeras. En su suntuoso palacio, tenía la guarida de una serie de pícaros que robaban a las personas que frecuentaban su casa, y actuaban en París bajo sus ordenes. Ponson du Terrail ha debido de tener muy presente esta historia en su obra.

encima de una aldea y como suspendido en la falda de una colina. A sus pies se extendía un amplio valle, con casas diseminadas a ambos lados de un torrente. El castillo era un edificio antiguo, de la época de las Cruzadas, terminado en tiempos de Francisco I y restaurado durante Luis XIV. La fachada sur daba a unos jardines dispuestos en forma de anfiteatro, que bajaban en gradas hasta la orilla del torrente. La norte se cortaba a pico y desde las ojivas se distinguía la base sobre un despeñadero profundo, árido, triste y exento de vegetación. Aquel precipicio había recibido el nombre de «Despeñadero de los muertos», debido a que en la Edad Media el castillo sufrió un asedio de los suizos y sus pobladores fueron suicidándose desde allí antes de entregar la plaza.

El camino vecinal que desde Lons-le-Saulnier, la población más próxima, iba al castillo, cruzaba una aldea después de haber serpenteado bruscas revueltas por la ladera de las montañas. Daba ante el puente levadizo que conducía al patio de honor, donde se encontraban las estatuas ecuestres de los cuatro primeros barones de Asmolles.

El padre de Fabián había habitado el castillo durante muchos años y el interior se encontraba muy bien amueblado y era cómodo. Fabián se quería desprender de él por un mal recuerdo: su madre, muerta de locura allí. Hacía casi diez años que no había vuelto cuando llegó con su esposa y los duques de Sallandrera. En seguida se instalaron todos y empezaron una vida agitada. El duque salía todos los días con Fabián o con un criado para ir a las herrerías que había comprado al otro lado de la montaña. La vizcondesa y las señoras de Sallandrera paseaban continuamente, a pie o. en coche, por los alrededores. Blanca y Concepción se hicieron grandes amigas. Una, porque se creía hermana del marqués de Chamery, y la otra, porque lo amaba.

Cierta tarde, una semana después de su instalación en el castillo, Concepción y Blanca de Chamery paseaban por el jardín, cogidas del brazo, en dirección a la orilla del torrente.

-Querida vizcondesa -le dijo Concepción-. La noto muy misteriosa conmigo desde hace unos días. No sé el motivo, pero siempre me dice que espere, y mi padre tampoco está muy locuaz conmigo. ¿Acaso confabulan algo?

-¡Bah! No haga caso -comentó Blanca, riendo-. Le decía que esperase para que no se desvanezcan sus ilusiones.

-¿Mis ilusiones?

-Sí, mi querida amiga -dijo Blanca-. Y no seré reservada por más tiempo. El otro día estuve hablando con su padre. Aproveché la ocasión cuando me preguntó cómo no se encontraba aquí mi hermano, el marqués de Chamery. Ya sabe que él fue el mediador de la compra.

-¿Habló con mi padre?

-Sí, y está conforme en que usted elija libremente a su esposo.

-¿Qué dice, amiga mía? -exclamó Concepción, ruborizándose al presentir que Blanca estaba al corriente de su pasión por su hermano.

-Le hablé de mi hermano, de los amores tan desdichados que le consumían, y le insinué que por ese motivo no venía. Tal fue el motivo de que por la noche lo mencionase mientras cenábamos. Quería conocer su reacción.

-Me ruboricé, ¿verdad? -murmuró Concepción, con cierta timidez.

-Casi tanto como ahora, amiga mía. Por eso su padre me dijo que debía consolar un poco al marqués y escribirle para que viniese.

-¿Lo ha hecho? -preguntó con viveza Concepción-. ¿Le ha escrito?

-¿Cómo iba a hacerlo? -replicó Blanca, sonriendo maliciosamente-. Usted se me adelantó.

Concepción se arrojó en brazos de su amiga y ambas, entre risas y palabras emocionadas, empezaron a hablarse con mayor confianza. Una ruidosa fanfarria las interrumpió e hizo que prestasen atención a los perros, que, seguidos por dos jinetes, salían de cazar en el bosque y se dirigían al castillo.

-Fabián y el duque regresan -dijo Blanca a su amiga, mientras emprendía el retorno.

-Señoras -dijo el vizconde, cuando las tuvo ante ellos-, pueden felicitar al duque por la cabra montés que ha cazado. Ha sido el héroe de la jornada.

-Y también mañana espero serlo -replicó alegremente el duque de Sallandrera-. Esa pieza no me la pierdo por nada del mundo.

-¿También mañana hay cacería? -preguntó Concepción a su padre.

-¡Y qué cacería! Mañana atacaremos a un oso.

-¿Un oso? -exclamaron con asombro Blanca y Concepción.

-Si -replicó el duque, entusiasmado-. Un cazador

furtivo nos ha indicado que un oso ronda por los alrededores y él mismo nos guiará hasta su guarida.

-Eso es muy peligroso -advirtió Blanca, con voz temblorosa.

-No hay que darle mucha importancia -replicó el vizconde, dando el brazo a su mujer-. ¿Crees que hay peligro para un hombre que te ama?

Emprendían el camino del castillo cuando un ruido de trallazos y de cascabeles llamó su atención. Estuvieron observando un instante el camino y en seguida vieron una silla de postas que se acercaba de Lons-le-Saulnier. El carruaje se aproximó y ellos, al reconocer a su ocupante, salieron al encuentro. Rocambole, más marqués que nunca, elegantísimo pese a su traje de camino, se apeó de la berlina y abrazó a Blanca y a Fabián efusivamente. Nadie hubiera podido decir que no fueran hermanos. Después saludó al duque, y al mirar a Concepción se quedó paralizado. Ella bajó la vista, emocionada, y él se giró hacia la berlina y dijo, mientras la señalaba

-Me traje a mi marinero ciego. No tuve valor para dejarlo solo.

-Has hecho bien -comentó Fabián-. Aquí se encontrará mejor.

-Marqués -dijo el duque, acercándose a Rocambole-. ¿Será mañana de los nuestros?

-Seguramente, señor duque. ¿Qué se hace mañana?

-Cazar un oso.

-¡Magnífico! -exclamó alegremente Rocambole-. Me entusiasma esa cacería.

Al día siguiente, antes de salir de caza, Rocambole subió al cuarto de sir Williams para saludarlo y advertirle:

-Querido tío, como ignoras el sitio donde te encuentras, quiero advertirte. Estás en el segundo piso de una torre del castillo, en la parte norte. Habrás encontrado una buena cama, ¿eh?

El ciego hizo un afirmativo movimiento de cabeza.

-Aunque tu aspecto no es nada seductor, conseguí que comieses con nosotros. Mi hermana te servirá la comida y oirás a Concepción, cuya voz te embelesó tanto. Pero ojo... -Rocambole se interrumpió, porque el ciego, que en verdad se había encariñado con su discípulo, se puso a estrecharle la mano con fuerza para mostrarle su afecto-. Vamos, calma. Ahora no es momento de sentimentalismos. Todos creen que no sabes francés, lo cual te permitirá enterarte de lo que digan de mí durante mi ausencia. Blanca me ha dicho que el duque no me negará la mano de su hija, pero quiero saber lo que opina la duquesa. Te aconsejo que no salgas solo a la terraza. La balaustrada es baja y podrías precipitarte en el despeñadero. No te muevas si no es acompañado del criado. Y ahora, adiós, hasta la noche.

Rocambole bajó al comedor, en donde encontró a Blanca y a Concepción. Cuando el duque y Fabián salieron, estrechó la mano de Concepción y en voz baja habló con ellas algunas palabras. Después se unió a los cazadores y en el patio de honor montó a caballo y se dispuso a emprender la cacería del oso.

Había dos picadores que llevaban traillados a ocho enormes mastines alemanes, de ojos vivos y pelo erizado. Y estaba el cazador furtivo que los guiaría hasta el cubil de la fiera. Esta se encontraba a dos leguas del lugar, en una parte rocosa conocida por el Barranco Negro. Al cabo de más de media hora de camino, el duque detuvo su montura y observó el terreno. Antes de reemprender la marcha, comentó, dirigiéndose al vizconde

-Todo esto es de un aspecto bellísimo, pero no comprendo cómo cazaremos el oso ni me explico dónde pueda estar.

-¿Ve usted aquello? -dijo Fabián, señalando con el látigo el Barranco Negro-. ¿Ve el sendero que bordea el torrente y el puentecillo formado por un tronco? Por allí pasarán los picadores y los perros. Nos encontramos sobre unas rocas que forman una especie de caverna donde debe estar el oso.

-¿Y por allí se halla la entrada?

-Echarán los perros y el oso por entre aquella maleza -dijo Fabián, señalando a su derecha-. Es otra salida. Desde allí le seguiremos a caballo. Si se nos escapa, el picador lo matará al entrar en la gruta.

-Entonces -intervino Rocambole-, yo creo que lo mejor es quedarme aquí. Les dejo mi caballo y espero al oso a la entrada de la gruta.

-¡Cómo se conoce que has cazado en la India! -comentó, riendo, Fabián-. Nosotros no nos arriesgaremos tanto.

El cazador furtivo, después de pasar el puentecillo, se asomó a la gruta y les advirtió, chillando

-¡Está dentro!

El picador soltó dos perros y antes de que resonase el ladrido, Rocambole echó pie a tierra, mientras el duque y Fabián continuaban su marcha al trote.

Rocambole cargó los dos cañones de su escopeta y se asomó para ver el fondo del barranco. Allá abajo estaban los perros lanzando sus ladridos, que despertaban los ecos de la gruta. Luego, por el lado opuesto, entre las malezas, vio aparecer una masa informe, algo semejante a un topo grandioso, que se puso en pie y se lanzó a una carrera ágil como no podía imaginarse, dado su tamaño.

Tras el oso vio aparecer a los ocho perros, que se detuvieron, vacilantes, y luego se lanzaron en una persecución tan unidos que podían cubrirse con una capa. El duque, Fabián y el picador, a unos cien metros de la caverna, espolearon sus monturas y empezaron la caza.

-¿No podría retroceder el oso y regresar por el mismo camino, en vez de dar la vuelta y entrar en la gruta por el puente? -preguntó Rocambole al cazador, que estaba junto a él.

-Es posible, pero no creo que suceda.

-Pues vaya a situarse allá abajo, por si acaso -le indicó Rocambole-. Es buen tirador, ¿no?

-Está bien. Iré al matorral, por si se le ocurre pasar por el mismo sitio -dijo el cazador furtivo, alejándose.

-Y yo, ¿qué hago? -preguntó el picador, que había soltado a los perros.

-Quédate aquí de vigía; yo iré a instalarme a la entrada de la gruta -indicó Rocambole, echándose la escopeta al hombro y empezando a bajar por el estrecho sendero abierto en la roca.

Se situó a la entrada de la gruta, se sentó en una piedra tranquilamente y puso su escopeta y su puñal al alcance de sus manos, mientras se armaba de paciencia para cuando viese aparecer el oso. Al cabo de un buen rato vio un punto negro que saltaba con mucha agilidad. Le seguían los perros y, a poca distancia, el duque a caballo. A unos trescientos metros del puentecillo, el caballo dejó atrás a la jauría y llegó a veinte pasos del oso. El duque disparó y el animal dio un enorme salto. Se detuvo al instante y se puso en pie para hacer frente al cazador. El duque hacía esfuerzos por mantener firme a su montura. Su primer disparo no había tocado al animal, pero el segundo le hizo revolcarse, lanzando roncos aullidos.

El caballo acabó encabritándose, enloquecido por los aullidos del oso, el cual se abalanzó a él e intentó darle un zarpazo en el pecho. El caballo cayó sobre el arzón y aprisionó debajo al jinete. El duque quedó sobrecogido al sentir el cálido aliento de la fiera ensañándose con el caballo. Inmediatamente sonó un disparo y el oso, herido otra vez, abandonó su presa para enfrentarse a su nuevo adversario.

Rocambole, creyendo que tenía tiempo de atravesar el puentecillo y disparar a seis pasos del oso, corrió para prestar nueva ayuda al duque. Pero el tronco empezó a moverse y aquella ligera oscilación le obligó a caminar despacio. Cuando llegó a la mitad del puentecillo, el oso ya estaba al otro extremo del tronco, bloqueándole la salida. El duque de Sallandrera, que se había recuperado y se disponía a cargar su fusil, se quedó paralizado al ver la situación.

Rocambole disparó un segundo tiro en medio del puente, cuando ya el oso empezaba a caminar de manos sobre el tronco. El animal osciló, se detuvo un segundo, lanzando un aullido, y se puso en pie para ir al encuentro de Rocambole, el cual no tenía tiempo de huir ni de cargar la escopeta. Arrojó ésta al vacío y esperó a pie firme empuñando su cuchillo.

Durante un segundo, el duque contempló, temblando, el grupo formado por el hombre y por el oso, estrechados en terrible abrazo. Se balanceaban en el tronco de árbol sobre el precipicio, pero se oyó un sordo rugido, seguido de un grito de triunfo. El oso cayó al precipicio, herido en el corazón, y Rocambole permaneció oscilando sobre el tronco. Recobró un poco la respiración y avanzó hacia el duque, que le esperaba, emocionado, al extremo del puentecillo.

-¡Hijo mío! -exclamó el hidalgo, abrazándole mientras Rocambole, arañado por dos o tres zarpazos, medio se desmayaba en sus brazos-. Hijo mío, sé que ama a mi hija y que ella lo quiere. Hace un instante me juré que si salía con vida...

Rocambole lanzó un grito al oír aquello y se desmayó por completo, mientras el duque, creyéndole herido de gravedad, no hacía más que estrecharlo contra sí.

Cuando se decidió a abrir los ojos, Rocambole oyó decir al duque, mientras hablaba con Fabián:

-Mi querido vizconde, tengo tanto miedo por la vida del marqués, que deseo seguir mi primera inspiración. Ya han muerto dos pretendientes a la mano de Concepción y no quiero que el marqués no se case con ella.

-Pero, señor duque, a mi cuñado no le sucederá nada.

-No se hable más. Mañana, domingo, se publicarán las proclamas en la parroquia y los edictos en la alcaldía. Llamaremos al notario para que extienda el contrato y se casarán el lunes.

Al día siguiente se procedió a las proclamas y por la noche redactóse el contrato de boda. Rocambole juró a Concepción hacerla la más dichosa de todas las mujeres, y al terminar la lectura del contrato firmaron todos, incluso sir Williams, cuya mano guió su discípulo.

La emoción de aquella ruina de bandido que quería a Rocambole como si fuera él

mismo era tal que su mano, siempre segura para apuñalar a traición, tembló al coger la pluma y sus apagados ojos dejaron escapar dos gruesas lágrimas.

«Pobre viejo -pensó Rocambole-. Eres tan cándido que te haces la ilusión de que te casas tú.»

La noche se presentó tormentosa. Todos se habían retirado a sus habitaciones después de un día tan venturoso. Se preparaban para la solemnidad del lunes. Sólo Rocambole permanecía agitado en su dormitorio. Se paseaba de un lado a otro, conmovido por tremendos pensamientos. De un lado estaba su propio interés, y de otro, la repugnancia de su corazón. Ahora iba a ser grande de España. Sería el esposo de Concepción, a quien verdaderamente quería y por la que sentía una tremenda pasión. Pero ser grande de España, marqués y esposo de Concepción obligaba a ser un cumplido caballero. Y su situación no era la de tal.

Al fin se decidió. Se abotonó su bata, se caló bien su gorro griego y se encaminó al dormitorio de sir Williams. El ciego estaba en su cama, pero no dormía. Fuera, empezaba a oírse el bramido de la tormenta.

-No duermes, ¿verdad? -dijo Rocambole-. Yo tampoco puedo dormir. Anda, vístete e iremos a fumar un cigarro a la terraza. Allí hará menos calor. Quiero hablarte de mis proyectos.

El ciego sonrió maliciosamente, como si pretendiera decirle si pensaba volverse virtuoso. Se puso una bata, un pantalón y unas zapatillas. Rocambole le dio un cigarro, lo tomó del brazo y caminó con él hacia la terraza.

-Ven, querido tío, hablaremos de hazañas de guerra y de amor. Anda sin cuidado, que no hay peldaños. ¿Sabes, querido tío, que he tenido un sueño muy agradable?

Lo creo, pareció decir sir Williams, a quien Rocambole vio sonreír a la claridad de un relámpago.

-Nací no sé dónde, probablemente sobre un camastro. Mi padre murió en la guillotina. Me crié en una taberna. Fui ladrón, asesino y qué sé yo cuánto más. Bastaría leer dos páginas de mi vida para enviarme a Tolón por el resto de mis días. Con otras dos pondría mi cabeza a disposición del verdugo. ¡Es horroroso! ¿No comprendes que esas cuatro páginas no puede verlas el marqués de Chamery? Me diste una buena idea hace días. Quité de en medio a Zampa, a Ventura y a mamá Fipart. No podía tener testigos, y tú eres, hoy, el único que sabe quién es el marqués de Chamery.

Otro relámpago iluminó la bóveda del cielo y el rostro del ciego, el cual sonreía como si pretendiese decir que él no le descubriría nunca, porque lo quería como a un hijo.

-¡Qué noche, qué tormenta! -exclamó Rocambole, al mismo tiempo que el eco de los truenos recorría el valle-. El diablo me envía su regalo de bodas. ¿Sabes, querido tío, que estamos en la torre norte del castillo? Todos duermen y ahí abajo no queda más que un grandioso precipicio. La virtud es hermosa, es grande, es necesaria. Quiero ser virtuoso, querido tío. Deseo que Concepción sea la más dichosa de las mujeres. Me hubiera gustado haber nacido marqués de Chamery sin haber sido Rocambole, ni haber conocido a ese abominable canalla llamado sir Williams.

Rocambole se reía a la vez que se expresaba en aquellos términos y el ciego no se incomodó por la frase. Sonreía burlonamente, como si le divirtiera escucharlo en sus desvaríos.

-Creo que el día en que te encontré hice un buen negocio. Te reconocí entre tus plumas de loro. Después me diste buenos consejos y no puede negarse que eres un cerebro privilegiado. Sin embargo, tienes dos grandes defectos: odias a tu hermano, y eso te hace embrollarlo todo. Y careces de moral. Siempre has tenido unos principios

Librodot

deplorables. ¿Te acuerdas de aquel que dice:

«cuando dos hombres son cómplices, el más fuerte debe quitar de en medio al otro»?

Sir Williams hizo un movimiento rápido al oír aquellas palabras, pero Rocambole le sujetó y dijo, riendo:

-¡Imbécil! Déjame reír a mis anchas. Te contaré otra cosa para cambiar de conversación.

Sin embargo, sir Williams intentaba ponerse en pie, conmovido por una vaga inquietud. Con violencia, Rocambole volvió a sentarlo.

-Déjame acabar, querido tío; porque no puedes imaginarte lo que me apena tener que separarme de ti. Te quiero tanto, que sólo la necesidad me obliga a ello. ¿Sabes? El marqués de Chamery deplora haberte conocido, deplora el haber sido el horrible bandido en que tú le has convertido.

El ciego comprendió las intenciones de Rocambole y con fuerza se desasió de sus manos, se levantó y quiso huir. Rocambole volvió a cogerle y le sujetó de pies y de manos.

-Lo que es esta vez, concluyó todo, querido amigo. Adiós para siempre, y recuerda que te lloraré y no me casaré hasta que te entierren.

Sir Williams, que se defendía con rara energía, no pudo evitar que Rocambole lo arrojase por encima de la balaustrada y se precipitó en el vacío, al mismo tiempo que de su garganta se escapaba un aullido de horror. Del fondo del abismo llegó un ruido sordo, e inmediatamente el golpe del cuerpo de peña en peña. Un relámpago restalló en el cielo y con su violácea luz iluminó el «Despeñadero de los muertos». En el fondo se hallaba el cadáver, ensangrentado y deforme, de sir Williams. Rocambole se apartó, horrorizado, y las palabras del ciego resonaron en su mente como cumplida profecía:

«Soy el genio que preside tu buena suerte; el día en que yo desaparezca, se extinguirá tu suerte.»

Aquellas palabras flamearon ante los ojos de Rocambole, el cual, sacudido por un estremecimiento de terror, cayó de rodillas y gritó

-¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo!

CAPITULO XVII

Dos meses más tarde, el conde Armando de Kergaz se encontraba una mañana en su despacho, cuando una carta con el sello de España llamó su atención. La abrió, buscó la firma y vio que se trataba de Fernando Rocher, que desde hacia unos meses se encontraba viajando por la península ibérica en compañía de su esposa, Herminia. La carta procedía de Cádiz y decía lo siguiente:

«Mi querido conde: Si juntos no hubiéramos pasado tantas peripecias dramáticas y tan extraordinarias aventuras, no valdría la pena que le escribiera ésta. Porque, querido conde, lo que voy a relatare es tan extraño como inverosímil.

»Hace unos seis meses me presentaron en las carreras de Chantilly a un joven que se llamaba Federico Alberto de Chamery, hermano de la señorita Blanca de Chamery, que casó hace un año con el vizconde de Asmolles. Ambos lo hemos visto

por París, paseando en su faetón, o en los salones más elegantes. Mi esposa lo conoció lo mismo que yo y he aquí, querido conde, que acabamos de encontrar en Cádiz a un hombre que dice llamarse lo mismo y pretende ser hijo del difunto coronel señor de Chamery, oficial de marina de la Compañía de Indias, y hermano de Blanca de Chamery.

»No se asombre, amigo mío, porque aún hay algo más asombroso. El marqués que vimos en París, cuñado de un cumplido caballero como es el vizconde de Asmolles, es, a juzgar por la historia que nos relatan aquí, un bribón y un buen suplantador. No grite de admiración, mi querido conde, pues quien afirma eso con acentos de sinceridad no es más que un presidiario. Un Hombre que lleva grillete en la pierna derecha y viste el traje de forzado.

»Lo hemos conocido gracias al capitán Pedro Castro, primo hermano del general Castro, en cuyos salones de París hemos bailado este invierno. Es el comandante de marina de la ciudad y tiene a varios presidiarios a su servicio, entre ellos a éste, al cual llaman "el marqués". Herminia se interesó con su historia, y al final consentí en hablar con él. Tengo la impresión, por lo que nos contó y la manera en que lo hizo, que decía la verdad.

»Verdadero o falso, el marqués de aquí pretende que su familia poseía en Turena una finca llamada "El Naranjal". Recuerda que en el salón del castillo había un retrato suyo de cuando era niño y tenía unos nueve años. Vestía un traje escocés, llevaba una gorrita con una pluma de halcón, un plaid con cuadros azules y blancos del hombro a la cintura, y las piernas al aire desde las rodillas.

»Buenos detalles para saber si es cierto, ¿no? Pero, además, este "marqués" posee un antojo en su pierna izquierda, como si fuera una mancha de vino, que el pintor tuvo el capricho de reproducir en el retrato.

»Ya comprenderá, querido conde, que si este detalle es cierto, no cabrá la menor duda, ya que poco después el niño desapareció de la casa paterna y nuestro pretendido "marqués" aún no sabía que su madre ha muerto, ni que su hermana está casada con el vizconde de Asmolles.

»Se me ocurre preguntarle: ¿Es realmente el verdadero marqués de Chamery el que hemos conocido en París? ¿Constituye mucho atrevimiento solicitarle que compruebe qué hay de verdad en ese retrato, y pedirle consejo acerca de lo que debemos hacer por este protegido de Herminia?

»Le abraza cordialmente su amigo »Fernando Rocher.»

El conde de Kergaz se quedó perplejo después de leer aquella carta. Todas las teorías y presentimientos de Baccarat acababan de cumplirse. Rocambole suplantaba al marqués de Chamery. Baccarat lo había descubierto cuando asistió al entierro de sir Williams. No quedaba más que comunicarle dónde estaba el marqués que desde hacía unos días buscaban en España.

La condesa acudió a entrevistarse con Armando, a solicitud de éste, y leyó la carta que había escrito Fernando Rocher. Quedó sorprendida al concluir su lectura, pero también satisfecha.

-¿Qué le parece? -preguntó el conde.

-La señora de Sallandrera aún continúa en España, el verdadero marqués está allí y no me queda más remedio que ir a Cádiz.

-¿Cómo? ¿Así?

-Marcharé mañana. Hablaré con el doctor Samuel Albot y, si quiere acompañarme,

también llevaré a Zampa, el que fue ayuda de cámara de don José. Puede ser muy útil.

-Escribiré a Fernando Rocher.

-No merece la pena. Llegaré a Cádiz casi al mismo tiempo que la carta. Sólo quisiera una carta para el cónsul de Francia en Cádiz.

-Se la enviaré esta noche. Pero, ¿y el retrato de que habla?

-También lo conseguiré -replicó, animosa, Baccarat-. Y ahora, amigo mío, hasta pronto. Le escribiré desde Cádiz.

Baccarat salió para regresar a su casa y allí escribió una nota, dirigida al doctor Albot, para que éste fuese a verla después de cenar. El médico mulato se personó en la casa cerca de las nueve y la condesa de Artoff lo recibió junto a la chimenea de un gabinete. Le invitó a sentarse y en seguida le dijo:

-¿Se acuerda, doctor, que hace dos meses fui a Haut-Pas en compañía del señor de Clayet, y desde entonces no he querido hablar nada del asunto que nos llevó allí? -En efecto. Su voluntad fue una orden para mí.

-Pues bien, llegó el momento de darle una explicación sobre lo sucedido allí y cuanto se ha derivado , de aquello. Creo que ha llegado la hora de que podamos hacer algo.

Baccarat empezó a relatarle todo con cierto detalle.

Apenas llegados al castillo de Clayet, Baccarat indicó a su acompañante que fuera en busca del vizconde de Asmolles y del marqués para verlos. Rolando salió dispuesto a inventarse una disculpa y conseguir la entrevista, pero en el camino se encontró con el cazador furtivo que le reconoció en seguida y le habló de la cacería del oso. La hazaña del marqués había precipitado el casamiento con la hija del duque español. El día anterior se habían leído las amonestaciones en la misa y suponía que la boda fuese aquella mañana.

Rolando, desconcertado por la noticia, continuó hacia el castillo de Asmolles, pensando en cómo lograría llevar al marqués a presencia de Baccarat. Llegando al castillo se encontró con el médico del pueblo vecino, el cual le comunicó que acababa de asistir a la muerte del duque de Sallandrera. Aquella noche había tenido un ataque de apoplejía y sólo pudo llegar cuando expiraba. También le dijo que se había encontrado el cadáver despeñado del marinero ciego. El castillo estaba de luto y de momento no habría boda.

Dejó que el médico se fuese a visitar a otro enfermo que también se le moría y regresó junto a Baccarat para informarla de cuanto había averiguado. Después de aquello ya no era preciso alarmarse. Muerto el duque no se celebraría la boda. Pero la condesa quiso comprobar la veracidad de aquellas noticias, por lo que se disfrazó de pastorcillo y acudió al día siguiente, con un cabrero cojo, al castillo de Asmolles. En la capilla del castillo encontró a un seminarista que rezaba por el eterno descanso del marinero ciego. Baccarat se aproximó al muerto y lo miró un momento. Retrocedió, asustada. Aquel rostro lleno de costurones y de aspecto repulsivo era el de sir Williams.

Al duque de Sallandrera no le enterraban allí. Sus restos serían conducidos a España para que descansasen en el panteón de la familia. Su esposa y su hija los acompañarían, quedando aplazada por tres meses la boda con el marqués de Chamery.

Pero Baccarat no estaba completamente satisfecha con lo averiguado y por ello se introducía en un lugar y en otro del castillo. Esperó hasta la hora del entierro. Sabía que Rocambole no podía dispensarse de asistir a los funerales del hombre que lo había sido todo en su vida. Y a las ocho en punto vio al vizconde de Asmolles y al marqués de Chamery situarse detrás del ataúd para acompañarlo luego a su última morada. Baccarat se fijó con atención en aquel joven de rostro pálido y trastornado. Su

apariencia fue toda una revelación. Era Rocambole, el discípulo de alma atormentada, que en el último momento, en la hora del triunfo, consideró prudente matar a sin Williams.

-¡Caramba, señora! -exclamó el doctor, que con interés había seguido el relato-. Gracias a Dios y a su hábil perseverancia, lograremos librarnos de ese hombre.

-Tenga paciencia, doctor, y espere que llegue al final. No basta que haya reconocido a Rocambole, es preciso desenmascararlo. Y con esta idea regresé. No se podía hacer mucho, pero en París supe cómo había llegado el marqués de Chamery. Me entrevisté con el conde de Kergaz y ambos pusimos mano a la obra. Supimos que era el único superviviente de un brick llamado «La Gaviota», que había naufragado en las costas de Honfleur. En Londres nos informaron que el marqués había estado allí y el Almirantazgo había visado sus pasaportes. Un teniente que había servido con él, nos dijo que lo había acompañado hasta el mismo barco. Lo cual quería decir que Rocambole debió de conocer al auténtico marqués en el barco, o en las costas francesas. En el Havre nos informaron mucho sobre el naufragio. Habían recogido muchos cadáveres, pero en Etretat había aparecido el único superviviente: un joven que sólo se entretuvo en comprarse una camiseta., una blusa y un pantalón. La familia que lo vio salir a nado descubrió días más tarde que no habla sido el único superviviente. Habían encontrado en alta mar a un bergantín que navegaba bajo pabellón sueco. Subieron a venderles pescado y entonces el capitán les enseñó a un joven.., medio desfallecido, que habían recogido del hoyo de un islote, cuando una lancha perteneciente al bergantín se acercó a éste con tres hombres de la tripulación para recoger mariscos. Este bergantín, que se dedicaba a la trata de negros, fue apresado por una fragata española frente a las costas de Guinea. El capitán y once de los tripulantes fueron condenados a galeras. Es muy posible que aquel joven fuese el marqués de Chamery. Rocambole también era joven. Y un joven llegó a tierra a nado desde el islote. ¿Comprende las situaciones de esta trama, doctor?

-¿Quiere decir que el marqués de Chamery puede ser

uno de los apresados y juzgados por el tribunal militar español?

-En principio, el conde de Kergaz y yo nos resistimos a creer que pudiera ser un negrero. Pero no hay que olvidar las circunstancias en que el marqués llegó a bordo del bergantín, y que era oficial de marina de la Compañía de Indias. Si pretendió escudarse en su personalidad, mayor motivo para que el capitán lo retuviese.

-Pero no lo han sabido, ¿verdad? -inquirió el médico mulato-. El tribunal tendrá los nombres, aunque seguramente él estará con otro.

-Hemos escrito a España para dar con el paradero del marqués, pero la casualidad ha querido favorecernos por otra parte y unos amigos han encontrado en Cádiz a nuestro hombre.

-¿Qué me dice? -exclamó el doctor asombrado. -Mañana emprenderemos viaje a Cádiz, y quisiera saber si Zampa podrá acompañarnos. No debemos esperar más noticias. La viuda de Sallandrera y su hija están en España, y el verdadero marqués también.

-Zampa se halla en libertad bajo fianza. Pero ahora le pregunto, ¿ha pensado en el conde, en su marido?

-Por supuesto. Vendrá con nosotros.

-Imposible. Sería una imprudencia. Un viaje semejante le ocasionaría una recaída. Será mejor que mi ayudante, que le atiende desde hace unos días, continúe el tratamiento. Supongo que no durará mucho nuestro viaje.

-Quince días a lo sumo.

-Entonces puedo acompañarla -dijo el doctor, poniéndose en pie para despedirse-.

Le enviaré a Zampa para que se ponga a sus órdenes. Ya está completamente curado.

La condesa de Artoff y el médico mulato salieron de París a las ocho de la noche del día siguiente. Les acompañaba Zampa, vestido de lacayo y ocupando la trasera de la silla de postas de la condesa. Esta había cambiado su traje por uno masculino y con el cabello cortado como el de un hombre pensaba hacerse pasar por un hijo de familia nacido en las colonias y viajando por Europa con su preceptor y con un criado.

Veinticuatro horas más tarde atravesaban la región

de Blois y se dirigían al castillo del «Naranjal» a la puesta del sol. De pronto, la silla de postas que seguía su camino al trote largo, volcó junto a la zanja. Unos leñadores que trabajaban en el parque acudieron corriendo y saltaron al foso. Se quedaron muy asombrados al ver salir intactos al doctor y a la condesa, que tomaron por un joven. Zampa salió del cauce mojado y lleno de barro. Antonio, el anciano mayordomo del «Naranjal», acudió en seguida a atender a los viajeros. La silla tenía roto un eje. Y el viejo mayordomo, en vista de que los señores conocían al marqués de Chamery, al vizconde de Asmolles y eran amigos de la señorita Blanca, les invitó a pasar la noche en «El Naranjal». Poco después estaban cenando y Baccarat hizo unas cuantas preguntas al mayordomo.

-¿Viene con mucha frecuencia el marqués de Chamery? -preguntó.

-Nunca, señor -respondió Antonio-. Al menos desde que regresó de la India.

-Entonces, le daré una buena noticia. Lo más seguro es que llegue aquí mañana.

El mayordomo hizo un gesto de asombro, y Baccarat continuó diciendo

-Anteayer le vi en mi club y me dijo que vendría a visitar sus tierras de Turena. Supongo que mañana estará aquí.

-En efecto, el señor marqués no tiene en Turena más castillo que «El Naranjal».

-Con mayor motivo. Si sale esta noche, mañana estará aquí.

-¡Oh, Dios bendito! -exclamó el anciano Antonio, súbitamente emocionado-. ¡Al fin voy a ver a mi querido Alberto! Dispénsenme los señores, como le vi tan niño..., lo mismo que en ese retrato.

La condesa se levantó y cogió un candelabro para acercarse al retrato que señalaba Antonio. Lo examinó con atención y comprobó que era el mismo que mencionaba la carta de Fernando Rocher. Existía el antojo de que hablaba el presidiario de Cádiz.

-¡Caramba! -exclamó Baccarat-. ¿Es éste el mar. qués?

-Sí, señora. Cuando tenía poco más de ocho años.

-Amigo mío, hay que confesar que está muy cambiado. Jamás lo hubiera reconocido.

-¡Qué caramba! -protestó el mayordomo-. Hace veinte años de eso, y es muy raro que los hombres se parezcan a los niños.

Baccarat volvió a la mesa y el mayordomo se marchó muy contento al saber que su amo iba a llegar pronto. En el mismo momento entraba Zampa, cambiado de traje, para recibir órdenes de su nueva señora.

-Atiende -le dijo rápidamente la condesa-. Ya que en tiempos fuiste ladrón y de los hábiles, necesito que robes este retrato.

-Sí, señora -murmuró Zampa, poniendo cara de asombro.

-El doctor y yo pasaremos la noche aquí. A las cuatro de la mañana nos pondremos en camino y para entonces este retrato tiene que estar en nuestro equipaje. ¿Entendido?

-Así se hará -respondió Zampa, con la confianza del hombre que está seguro de su habilidad.

Librodot

A las cuatro de la mañana, Zampa llamó quedamente a la puerta del dormitorio de Baccarat. Esta ya estaba arreglada. Bajó al patio, en donde encontró enganchado el carruaje. El doctor también estaba preparado. Casi al mismo tiempo apareció, apresuradamente y a medio vestir, el mayordomo. Baccarat lo saludó muy cortésmente, le dio diez luises e hizo señal a Zampa para que se encaramase en su asiento, mientras gritaba al postillón:

-¡En marcha!

La silla de postas arrancó, bajó la avenida para ganar la carretera y el mayordomo regresó al castillo, pensando menos en los diez luises que en la llegada de su amo. Entró en el salón para cerrar puertas y ventanas y descubrió que no estaba el retrato del niño marqués.

-¿Sabe, señor Antonio -dijo un criado, entrando en aquel instante en el salón-, que ese jovencito parecía más bien una mujer?

-¡Bah! -replicó el mayordomo, malhumorado-. ¡Que sea hombre o mujer importa poco! Lo peor es que se ha llevado el retrato.

Salió corriendo del salón, pero la silla de postas ya no se veía ni se oían los cascabeles de los tres percherones que tiraban de ella. El viejo Antonio estaba anonadado.

El vizconde Fabián de Asmolles y el falso marqués de Chamery ocupaban la silla de postas que se dirigía a «El Naranjal». Rocambole no era ni la sombra de sí mismo. Pálido, con la mirada apagada y la frente contraída, distaba mucho de ser aquel triunfador, sonriente y seguro, que meses antes había firmado su contrato nupcial con la señorita de Sallandrera. El vizconde trataba de sacarlo de su postración y le animaba con cariñosas palabras, pero Rocambole se refugiaba en su tristeza y en sus presentimientos. La misma noche de la muerte de sir Williams había tenido su primera gran pesadilla con la aparición del espectro del baronet. Rocambole ya estaba convencido de que su buena estrella, como había predicho sir Williams, había desaparecido con la muerte de su maestro.

A la entrada de Blois, el carruaje tuvo que detenerse a causa de una gran muchedumbre, cada vez más compacta, que bloqueaba las entradas de la población. Al parecer iban a guillotinar al asesino de una pobre mujer que le sirvió de madre. La noticia estremeció a Rocambole hasta el punto de ponerle lívido como un espectro, mientras su corazón latía con extraordinaria fuerza.

La multitud, cuyos murmullos parecían el sordo rasgar de un mar agitado, enmudeció instantáneamente y el océano de cabezas se inmovilizó. El patíbulo estaba ante todos y aunque el vizconde cerraba los ojos y rezaba por el desventurado, Rocambole no podía apartar su vista del siniestro espectáculo. Sudaba y se sentía temblar, pero allí estaba el patíbulo, los ayudantes del verdugo y luego una cabeza rubia y pálida en la que imperaba, pese al terror, la juventud. Allí estaba él, subiendo lentamente las escaleras, ayudado por el verdugo y por el capellán. Y al reo lo pusieron ante la guillotina y luego le inclinaron hacia delante. Hizo un movimiento de báscula y puso la cabeza bajo la cuchilla. Y en el mismo instante, Rocambole quedó cegado por un destello al que siguió un ruido sordo, siniestro, que fue aclamado por la multitud con un murmullo inmenso. Rodó la cabeza del reo y Rocambole se desplomó sin conocimiento en el fondo del coche.

El vizconde de Asmolles se asustó al descubrir desmayado a su cuñado y ordenó que los condujesen a toda prisa a un hotel. Avisó a un médico para que atendiese al falso marqués, pero éste apenas se reponía. Aún siguió unas cuantas horas bajo el efecto de la impresión. Y en su crisis volvió a enfrentarse con el espectro de sir Williams. La guillotina surgió ante él y la imagen de la viuda Fipart, estrangulada,

empezó a hacerle delirar.

Fabián, al pie de su cama, permanecía inmóvil, sin atreverse a aproximarse a él. Le oía hablar disparatadamente, sin comprender nada de cuanto decía, pero el delirio cesó y Rocambole se mostró más animoso al comprobar que su pretendido cuñado había sido incapaz de coger la clave de sus secretos. Bajó con él al comedor general y cenó en mesa redonda con una serie de colonos ricos, hidalgüelos, fabricantes y comerciantes, reunidos allí por ser día de feria. Se animó bastante y dio por olvidada su angustia anterior, hasta que a los postres llegó un comisionista vivaracho y tomó la palabra para decir:

-Aquí, donde me ven ustedes, asistí a la captura del famoso Cogniard.

-¿Cogniard? ¿Quién es Cogniard? -preguntaron varios.

-Aquel fugado de presidio que se hizo pasar por el conde de Santa Helena, al que dicen que había asesinado.

Nuevamente, Rocambole se puso lívido. Temió descubrirse o desmayarse y se puso en pie bruscamente, mientras con voz insegura decía a Fabián:

-Vámonos. Estas gentes me aburren tanto como la lluvia en otoño.

El señor de Asmolles, que estaba muy lejos de sospechar la semejanza que existía entre Cogniard, el evadido de presidio, y aquel que se hacía pasar por su cuñado, no hizo caso de la conversación ni de la repentina emoción del marqués. Salieren del comedor y una vez en el patio, subieron a la silla de postas para continuar el camino hacia «El Naranjal». En la finca los recibieron con gran alegría. El anciano Antonio no se encontraba allí por haber acudido a la población cercana para denunciar el robo del lienzo. Pero el asombro de Fabián y de Rocambole fue mayor cuando supieron que los pretendidos amigos que se habían llevado el retrato habían anunciado la llegada de ellos.

-Pero, si hace tres meses que no he puesto los pies en mi club -aseguró Rocambole, asombrado.

-Es preciso confesar -dijo Fabián- que tienes amigos un tanto extraños. ¡Mira que venir a tu casa y robar tu retrato!

-Pero, ¿cómo era ese joven? -preguntó Rocambole, intrigado.

-De mediana estatura, rubio, delgado. El señor Antonio tiene su tarjeta. Pero si el señor marqués me permite una confidencia, le diré que el ladrón daba mucha importancia al retrato. Y era capaz de cualquier cosa por apoderarse de él.

-¡Demonio! ¿Cómo puede ser eso?

-Dispense el señor marqués -insistió el criado-. Pero creo que el señor ha inspirado una gran pasión y ese joven rubio, más parecía una mujer que un hombre.

Rocambole no sonrió al oír aquello. Sufrió mortales angustias, porque en seguida relacionó la descripción de aquel joven con Baccarat.

-¿Conque inspirando pasiones tormentosas? -exclamó Fabián, cogiéndole del brazo y riendo-. Pero, desdichado, si vas a casarte con Concepción, y...

Fabián no pudo concluir, porque un galope de caballo le interrumpió. José, el criado, anunció la llegada del mayordomo. Fabián decidió salir a su encuentro, mientras Rocambole subía a su habitación con el criado. Desde la ventana, el falso marqués vio la llegada de Antonio y cómo éste saludaba a Fabián. Traía una carta que había recogido en la administración de correos y que iba dirigida al marqués. Procedía de España, y Rocambole ordenó a José que fuera a recogerla. Por un momento abandonó terrores y remordimientos. Lo olvidó todo al romper el lacre y se puso a leer la carta de Concepción. Le escribía desde «La Granadilla», una finca de la familia, próxima a, Cádiz. Le recordaba mucho y estaba deseando verle. Con su madre estaba haciendo lo posible para apresurar la boda, después de haber

permanecido cinco semanas en el castillo de Sallandrera, guardando riguroso luto por el padre muerto. En los funerales, un tío suyo, el arzobispo de Granada, dijo que, a voluntad del fallecido duque, podía obtener que la reina autorizase a su esposo a heredar su apellido, su grandeza y su título, además de nombrar plenipotenciario en el Brasil al marqués de Chamery. Dicho cargo pensaba otorgarlo la reina al difunto duque, pero ante su repentina muerte, pasaría al esposo de Concepción, una vez realizado el casamiento. Por tal motivo y haciendo caso al arzobispo, las dos mujeres habían acudido a «La Granadilla», donde la reina, en su viaje a Cádiz, se detuvo un par de horas para saludar a la viuda duquesa de Sallandrera y comunicarle que nombrara dama de honor a la señora de Chamery-Sallandrera.

«Amigo mío -terminaba la carta Concepción-, estas palabras y, sobre todo, tal apellido, estuvieron a punto de hacerme morir de alegría.

»A los pocos días de haber pasado la reina, llegó mi tío el arzobispo, que posee en Cádiz una casa en la que viviremos mientras la reina permanezca en la ciudad. Desde ella pienso escribirte dentro de tres días. Sea como fuere, querido amigo, prepárate para venir a España. »Aquí y en todas partes, tuya,

»CONCEPCIÓN.»

Aquella carta, leída con profunda emoción, sirvió como reactivo contra las agonías y los vagos temores. Concepción le amaba, la reina de España lo nombraba para una misión diplomática, y sus enemigos estaban muertos. ¿Qué podía temer?

Descendió a la planta baja, donde Fabián se hallaba con el mayordomo. Este, tras explicarle los pormenores del robo, acabó dándole la tarjeta que los extraños visitantes le habían entregado. Y Fabián la leyó en el mismo instante que Rocambole entraba en el salón. La tarjeta decía: «El marqués don Iñigo de los Montes». Aquel nombre puso lívido a Rocambole. Era el mismo que él había utilizado para seducir a la señora de Kergaz.

-He aquí un título divertido y desconocido -dijo Fabián, volviéndose a Rocambole-. ¿Conoces al marqués de los Montes?

El anciano mayordomo al ver a Rocambole, se acercó a él, gritando

-Mi amo, mi querido amo.

-¡Ah! Estás ahí, amigo mío -exclamó Rocambole, poniendo toda su emoción en las palabras-. No tengas cortedad y abrázame.

Estrechó en sus brazos al viejo, el cual no hacía más que empujarle para situarlo bajo la luz de los candelabros y examinarle con detenimiento.

-Venid, venid -decía-. Quiero ver si os reconozco, - señor Alberto.

-Mi viejo amigo -murmuró, condescendiente, Rocambole-. Yo te hubiera reconocido en seguida.

-Pero es extraño -dijo Antonio-. Jamás lo hubiera reconocido, señor Alberto.

-Olvidas que era un niño de ocho años cuando dejaste de verme. Tú, sin embargo, no has cambiado. Ni envejeces.

-Tengo sesenta y ocho años bien contados -replicó Antonio, sin separar la mirada del rostro de Rocambole-. ¡Es raro! No os parecéis en nada al Alberto de otros tiempos.

Rocambole, cuyo corazón empezaba a latir con violencia, pensaba que aquel viejo

imbécil iba a destrozarle si continuaba así. Fabián se acercó a ellos y volvió a preguntarle si conocía al de los Montes.

-No, no. No conozco a nadie que tenga esas señas -respondió el falso marqués, deseando salir de aquella situación.

-José asegura que era una mujer -dijo Antonio. -Sea lo que fuere, has dado un mal paso, amigo mío -replicó Rocambole-. No era preciso dar parte al comisario de policía.

-Soy de la misma opinión -indicó Fabián, y entregó a Rocambole la tarjeta que Antonio le había dado. Rocambole se quedó perplejo al verla. Era una de las que él había utilizado años antes: las mismas armas, el mismo tamaño e idéntica letra, en su cartulina bristol, un poco amarillenta ya por el tiempo transcurrido. Dos horas más tarde, Rocambole se paseaba nerviosamente por su dormitorio. Aquella tarjeta y el robo del retrato eran demasiado significativos para dejarle tranquilo. Por un lado, se levantaba la evidencia de que Baccarat estaba tras sus pasos, mas por otro lado, podía ser el verdadero marqués de Chamery. Aquel jovencito que dos años antes había dejado abandonado en un islote.

Estaba enfrascado en sus cavilaciones, cuando se abrió la puerta del cuarto y entró Antonio. Ya había pasado la medianoche y Rocambole se asombró al verle allí.

-No necesito nada, amigo mío -dijo, haciendo esfuerzos por mostrarse tranquilo y sonriente, pero al ver que el viejo parecía asustarse, agregó con la máxima amabilidad-: Bien, quédate y siéntate conmigo. Hablaremos un poco.

El anciano mayordomo se aproximó a él y se sentó, sin dejar de mirarle atentamente.

-Me asombra lo cambiado que está, señor Alberto -insistió Antonio-. Generalmente, en los rasgos del hombre siempre queda algo del niño. Pero por más que busco... Su sonrisa no es la misma, ni su mirada. Tenía los ojos azules y ahora son grises. Cualquiera diría que en la India le han cambiado, como trueca los niños una nodriza.

Rocambole se sintió palidecer bajo las miradas del - viejo y con una sonrisa fúnebre se sentó en una butaca y dijo a su interlocutor, rechinando los dientes:

-¡Viejo loco! Mira, hazme el favor de servirme de ayuda de cámara. Quítame las botas, que me hacen sufrir mucho.

Antonio se arrodilló delante del sillón, dobló el pantalón y lo echó hacia arriba para quitarle las botas. Pero, al ver desnuda la pierna, se quedó paralizado y dio un grito de sorpresa.

-¿Qué te sucede ahora? -preguntó Rocambole.

-¡Cómo! ¿No es ésta su pierna izquierda?

-¿Le ocurre algo?

-Que en esta pierna tenía un...

Rocambole hizo un movimiento brusco, y Antonio lo miró con recelo.

-¿Qué crees? -dijo con brusquedad al criado-. Las cicatrices también desaparecen con el tiempo.

Antonio lo miraba con fijeza. Pensaba en las palabras de aquel extraño viajero y en las apreciaciones que él mismo estaba comprobando.

-No se trata de ninguna cicatriz -dijo violentamente-. Era un antojo violáceo y ésos nunca desaparecen.

-¡Mentecato! ¿Cómo te atreves a desmentirme? -exclamó Rocambole, colérico.

-Usted no es el marqués de Chamery. No es mi amo.

-Creo, viejo gruñón, que te arrojaría por la ventana si no te quisiera tanto ni hubieras sido conmigo tan cariñoso en mi infancia -comentó Rocambole, escogiendo

su mejor expresión, mas Antonio había tomado una actitud hostil y exigió

-Si es el marqués de Chamery, enséñeme el pecho. ¡Vamos, enséñemelo!

-¿Qué dices, insolente? ¿Te atreves a darme órdenes?

-Si miento, puede castigarme -replicó el anciano-. Pero quiero saber la verdad. Si no lo hace, gritaré y sostendré delante de todos...

Rocambole, sin pensarlo más, se arrojó sobre el viejo y le asid del cuello. El anciano se defendió con energía, pero Rocambole estaba dispuesto a deshacerse de aquel testigo inoportuno. Antonio fue perdiendo fuerzas y, pasado el primer acceso de furor, Rocambole pensó que no podía estrangular al mayordomo sin levantar sospechas. Y empezó a aflojar la presión de sus dedos. Metió la cabeza del anciano bajo los almohadones, para que no pudiese gritar, y después, sujetándole con la mano izquierda, con la derecha cogió su alfiler de corbata y se lo clavó en la nuca. Fue tan violenta la sacudida nerviosa del desdichado anciano, que Rocambole cayó despedido en medio de la habitación.

Recogió el cadáver. Lo llevó con sumo cuidado a su dormitorio. Lo desvistió y lo acostó en la cama, después de ponerle el gorro de dormir y el camisón. Rompió la faja del periódico a que estaba suscrito el viejo, lo arrugó un poco y acercó la mesilla a la cama para hacer creer que el mayordomo había leído antes de dormirse.

Surgió una dificultad que le hizo detenerse. ¿Cómo salir de allí, dejando la puerta del dormitorio cerrada por dentro? Examinó las tres salidas: la principal daba al corredor y era la que debía cerrar; otra daba a un gran salón y se cerraba por medio de un pestillo sólo manejable desde el interior; la tercera la habían bloqueado con un armario. Cerró con llave la primera, desde el interior, y utilizando una navaja descorrió el pestillo, abrió la segunda puerta y bloqueó el pestillo con la hoja del puñal, mientras cerraba la puerta. Quitó el acero y el pestillo volvió a cerrar la entrada.

A la mañana siguiente, Antonio era encontrado muerto en su cama. Dijeron que había muerto de apoplejía, de la emoción de haber visto a su querido Alberto. Rocambole no lo puso en duda.

Ocho días después del entierro de Antonio en «El Naranjal», Rocambole se encontraba en París y había acudido, con el vizconde de Asmolles, a la Embajada de España para firmar los documentos necesarios para su naturalización. En la Embajada encontraron al general Castro, primo del capitán de fragata Pedro Castro, que tenía a su cargo la comandancia de Cádiz. Al saber que el marqués iría a Cádiz, le prometió una carta para su primo y además le contó una extraña historia que le había escrito su primo sobre un presidiario que decía llamarse marqués de Chamery.

-Como verá -concluyó el general-, la cosa tiene gracia. El muy granuja consiguió hacer creer a mi primo que en realidad era marqués. Y eso que yo le escribí diciendo que era un impostor, porque días antes el verdadero marqués había estado bailando en mis salones.

-Desde luego, tiene gracia -simuló reír Rocambole-. Casi parece un cuento de hadas. Pero ahora que me ha ofrecido una carta para su primo, extiéndala a otro nombre. Por ejemplo, conde Polaski, así podré ver sin dificultades a mi sosias.

Sonriáse el general y estrechó la mano que Rocambole le tendía. El vizconde de Asmolles, que hablaba con el canciller en otro extremo del despacho, se volvió a su cuñado, que se había puesto en pie, y le dijo:

-Vamos a la Prefectura en busca de los pasaportes. Pocos minutos más tarde estaban en el Quai-des-Orfevres. Allí se cruzaron con un compañero de estudios de Fabián que acababa de ser nombrado juez de instrucción y que se lamentó, con ellos, de empezar sus funciones con un asunto tenebroso.

-Pero, ¿qué asunto es ése? -le preguntó Fabián, riendo.

-El del barrio de los traperos de Clignancourt. Pero, ¿es que no lo sabes? Hace poco más de dos meses encontraron en una cueva el cadáver de una vieja y el de un hombre cosido a puñaladas.

-¡Qué horror!

-Además, había un tercer hombre medio muerto de miedo y que se ha vuelto casi loco, al que también habían apuñalado y echado al agua.

-¿No se fingirá loco por haber matado a los otros?

-Vete a saber. Es un portugués que atiende el doctor Samuel Albot. Créeme, amigo, esto es un misterio que me obliga a empezar mal.

-¿No es ése tu médico? -preguntó Fabián, volviéndose a Rocambole.

-Sí, en efecto -replicó el aludido, haciendo esfuerzos para no traicionarse-. Es una persona muy hábil.

-Veremos -dijo el magistrado-. Porque hasta ahora no he podido solucionar nada. Y ahora os dejo, porque me están esperando en el tribunal. Adiós.

-Hasta la vista -dijo Fabián, estrechándole la mano.

El coche del magistrado siguió su camino y poco después el marqués de Chamery tenía su pasaporte en el bolsillo, sin que por ello dejase de pensar que Zampa no había muerto, que habían robado el retrato y que Baccarat debía de hallarse tras su pista.

Al día siguiente se dispuso a recoger todos sus disfraces de la casa de Suresnes. Luego trató de entrevistarse con el doctor Albot y con gran sorpresa supo que se había marchado. Le indicaron que en casa del conde de Artoff tal vez podrían decirle dónde estaba. Aquello siguió despertando sospechas y asombro en Rocambole, el cual se presentó en la calle de la Pepiniére como un oficial ruso amigo de los condes. Averiguó que el conde estaba en Fontenay-aux-Roses, pero qué no lo atendía el médico mulato. Hacía diez días que éste se había ido con la condesa, sin decir adónde iban.

Rocambole dedujo en seguida, por las fechas, que la condesa, el doctor y Zampa habían estado en «El Naranjal» y que ellos habían robado el retrato. Regresó a su casa y allí se puso a escribir a Concepción. Le comunicaba la desaparición del retrato de «El Naranjal», en previsión de que algo insospechado pudieran hacer con él ante ella. También le anunciaba su inminente viaje a Cádiz, pero daba como fecha de llegada unos días más tarde de los previstos, con el ánimo de llegar de incógnito y comprobar si el presidiario no le estorbaría en sus propósitos.

Después de escribir dicha carta y durante el resto del día, el pretendido marqués de Chamery no se ocupó más que de su viaje, ni se separó un momento de los vizcondes de Asmolles. Al despedirse de Blanca, casi estuvo a punto de llorar con ella.

CAPITULO XVIII

En Cádiz, mientras tanto, se celebraba un fastuoso baile de máscaras en el palacio del Ayuntamiento, a beneficio de los pobres. La reina, que estaba en Cádiz desde hacía unos días tomando sus baños de mar, ofreció asistir a él un momento a las doce de la noche.

Desde las nueve de la tarde una larga fila de coches se hallaba formada en los alrededores del Ayuntamiento, coches que iban deteniéndose delante de la escalinata para que de ellos bajaran elegantes caballeros y hermosas damas. De uno de ellos

descendió un gran señor de la corte de Luis XV, el cual daba el brazo a una linda marquesa de la misma época. Les acompañaba un joven rubio, vistiendo el uniforme azul y blanco de los cadetes de la guardia imperial rusa. Como sus compañeros, no llevaba careta. Los primeros eran los señores de Rocher y el cadete era Baccarat.

Los salones del Ayuntamiento estaban animadísimos con la presencia de gran cantidad de invitados. Todos vestían trajes vistosos y ricos de las épocas, países y reinados más dispares. Había un joven que excitó la curiosidad general, ya que pese a su desenvoltura y sus distinguidos modales, vestía el pantalón gris, la blusa roja y el casquete de los presidiarios.

-He aquí un hombre caprichoso y original -decían por todas partes, al verle oculto tras su careta. -Apostaría cualquier cosa a que es un inglés -dijo una jovencita romántica-. Sólo un inglés es capaz de semejante excentricidad.

-¡Eh, comandante! -llamó una señora al capitán de fragata Pedro Castro, que en aquel instante pasaba por su lado-. ¿Acaso invitó a alguno de sus reclusos?

-A los más obedientes, señora condesa. Pero no tema nada, sólo son asesinos.

Y el comandante siguió por el salón, mientras el presidiario paseaba lentamente, observando con detenimiento a todos los invitados. El cadete ruso se aproximó a él y le tocó en el hombro, a la vez que le decía:

-¿Juega al bacará?

-Sí -respondió el presidiario.

El cadete se apoyó en su brazo e hizo que le siguiera a otro salón, donde no se bailaba y se conversaba animadamente. Entonces, le señaló a una mujer que llevaba un dominó negro y permanecía sola y silenciosa. Ambos se aproximaron a la mujer del dominó, la cual, al ver al presidiario, se estremeció.

-No tema nada, señorita -indicó el cadete-. Los presidiarios que vienen al baile son inofensivos -la del dominó esbozó una sonrisa y el cadete agregó-: ¿Es verdad, hermosa señora, que ha llegado de Francia no hace mucho?

-¿Me conoce? -preguntó la del dominó, con un gesto de sorpresa.

-Sí. ¿Quiere que le diga su nombre, señorita Concepción? Sé que viene de Francia y por eso me he atrevido a hablarle.

-¿Es usted francés? -preguntó Concepción, mirando con fijeza al cadete, cuya voz le parecía conocida.

-Soy ruso y utilizo como disfraz mi uniforme. Pero mi amigo... -cogió de la mano al presidiario y lo presentó-: Mi amigo sí lo es y pertenece a linajuda nobleza.

-Entonces, es usted francés, señor -murmuró Concepción, con voz suave y melancólica, invitándole a sentarse a su lado.

-Sí, señora.

-¿Y sin duda acaba de llegar de París?

-Hace veinte años, señora, que por desgracia no veo París. Abandoné mi patria a los diez años.

-¿Y desde entonces vive en España?

-¡Oh, no! -exclamó, estremeciéndose, el presidiario-. Hace sólo once meses que estoy en Cádiz. Pero antes...

-Le escucho, señor -insistió Concepción, al verlo vacilante.

-Señorita, muchas veces, entre la multitud, una mujer lleva traje de luto como el suyo, y un hombre, como yo, no puede llevarlo, pese a que un duelo vaya en el fondo de su corazón.

-¿Quiere decir que ha sufrido mucho? -preguntó

ella, seducida por la melodiosa y melancólica voz del presidiario.

-Aún sufro, señorita, y le diré, en parte, el motivo -prosiguió el joven, en un tono

más alegre-. Solicité el favor de verla porque me es tan grato hablar de la patria y de aquellos a quienes dejé en ella... Me dijeron, señorita, que era usted tan amable como hermosa, y no vacilé en llegar a conocerla. Soy un pobre desterrado y en París se encierra el único cariño que me queda en este mundo.

Hubo una breve pausa. Concepción se sintió cohibida en principio, al ver que la tomaba por confidente, pero en seguida la curiosidad le hizo preguntar en tono afectuoso:

-¿Puedo serle útil, contarle algo, señor?

-Háble me de París -rogó, emocionado, el hombre-. Me hace feliz hasta pronunciar su nombre.

La joven y el presidiario hablaron largo rato de Francia, de París, de las costumbres francesas del día, y a cada palabra de Concepción, el presidiario hacía una nueva pregunta, o exclamaba con asombro ingenuo. A ella le atraía su candorosa avidez de saber, de evocar, su suave voz, poderosamente simpática y la sencillez de sus distinguidos modales.

De pronto, al dar las doce, el presidiario se levantó precipitadamente. Se disculpó y dijo que regresaría dos horas más tarde. La saludó con profundo respeto y se marchó sin dar más explicaciones. Concepción se disponía a abandonar el saloncito, vivamente impresionada por la actitud del presidiario, cuando el cadete de la guardia rusa se acercó a ella y le dijo en francés:

-¿Está sola, señorita? ¿Qué ha hecho de mi amigo?

-Se ha marchado -respondió Concepción, estremeciéndose-. Y muy bruscamente, por cierto.

-¡Ah, sí! Conozco el motivo, pero es un secreto que no me pertenece -dijo a la joven-. Si me pidiese que le revelara los propios, seguramente haría una excepción.

-¿Tiene usted secretos? -comentó, distraída, Concepción.

-Poseo algunos, muy extraños e interesantes. Hasta es posible que tengan relación con los suyos -y como Concepción le mirase, muy sorprendida y a punto de replicarle, agregó-: No olvide que en París nos hemos encontrado en los salones que ambos frecuentábamos.

-¡Ah! ¿Luego es cierto que nos conocemos? -preguntó, sorprendida, la joven, aunque parecía dudarlo.

-Y también he conocido a muchas personas que usted trataba, incluso las más íntimas.

-¿De veras? -exclamó Concepción, intrigada. -Hasta podría contarle parte de su historia. Sé, por ejemplo, cómo murió don José, su prometido. Concepción ahogó un grito de angustia, palideció bajo su careta y preguntó con inquietud:

-Pero, ¿quién es usted?

-También sé cómo murió el duque de Chateau-Mailly -insistió el cadete.

-¿Ha muerto el duque? -exclamó Concepción asombrada-. ¿Cuándo?

-La noche del día en que usted emprendió viaje con su familia para el Franco Condado.

-No le entiendo -murmuró, alarmada y molesta, Concepción-. ¿Quién es usted? ¿Qué pretende?

-Mi apellido es Artoff.

-¿Artoff? ¿Pariente de los condes de Artoff...?

-El más inmediato de ese desventurado conde al que, según dicen, engañó su esposa -replicó el cadete-. Lo conoce, ¿verdad? Se volvió loco cuando iba a cruzar su acero con Rolando de Clayet.

-Sí, en efecto. Supe todo eso -y añadió, con ligero tono de burla-: ¿Acaso le

informó la condesa?

El cadete percibió que el nombre de la condesa no había causado buena impresión a la joven, y le dijo:

-¿Me permitirá, señorita, que le diga algo que ignora?

-Como guste -respondió Concepción con indiferencia.

-Permítame que le ofrezca mi brazo y la acompañe al jardín para ver a una persona que usted está muy lejos de suponer que se encuentra en Cádiz -añadió el cadete.

-Creo, señor, que es usted extremadamente misterioso -replicó Concepción con impaciencia.

-Ya le dije que conocía algunos de sus secretos, y sé que ayer escribió a su futuro esposo, el marqués de Chamery.

Concepción ahogó un grito. Su corazón empezó a latir con fuerza y su mano tembló sobre el brazo del cadete ruso. Apenas giró la cabeza para mirarle y le siguió hasta una gran escalera de mármol que bajaba a los jardines. Por un instante pensó que deseaba mostrarle al que pronto iba a ser su esposo. Iba un poco emocionada, pero con interés. Atravesaron parte del jardín y entraron en un pabellón, donde la de Sallandrera se desilusionó al descubrir a una mujer disfrazada de gitana. Esta, a una señal del cadete, se despojó de la careta y Concepción exclamó, asombrada:

-¡La condesa de Artoff!

-Mírame también a mí -agregó el cadete, riendo y descubriendo su rostro.

Concepción se quedó asombrada y con la boca abierta. Delante de ella estaban dos mujeres: las dos eran la condesa de Artoff; una, de gitana y la otra de cadete.

-¿Qué broma es ésta? -preguntó Concepción, sin saber a cuál dirigirse-. No estoy soñando, ¿verdad?

-Apuesto, señorita, a que no acierta quién de las dos es la verdadera condesa de Artoff.

-¿Pretende volverme loca? -balbució la joven.

-Esta señora que está aquí -dijo el cadete- es mi hermana Rebeca. Ella puede informarla de que el señor Rolando de Clayet no me amó a mí, sino a ella.

-Es cierto -dijo la gitana.

Concepción se quedó mirándolas alternativamente y en silencio. No comprendía nada, pero en su ánimo iban disipándose las tinieblas y empezaba a adivinar lo que sucedía.

-Perdóneme, señora -dijo al fin, tendiendo su mano a la condesa-. Creo que he sido injusta al juzgarla.

-Todo el mundo me juzgó severamente -replicó la condesa, con una triste sonrisa-. Pero ahora no es el momento de que rectifique, sino de llevar a cabo una misión más importante.

-No la comprendo. Si su hermana...

-Más adelante hablaremos de ello -respondió con gravedad Baccarat, disfrazada de cadete-. Ahora quisiera saber si mañana a las doce puede estar en la terraza que da sobre el mar de la finca de su tío el arzobispo.

-Estamos viviendo en la finca. Pero puede decirme...

-Todavía no, señorita. Conténtese con saber que, contra su voluntad, figura en una terrible historia.

-¡Dios mío! ¿Qué pretende decir? No me asuste.

-No lo pretendo, pero debe saber ciertas cosas -dijo el cadete, poniéndose la careta y haciendo una señal a Rebeca-. Ahora debemos marcharnos. Y no olvide que ese joven disfrazado de presidiario volverá al baile.

-No existe ninguna relación entre él y yo -replicó Concepción.

-A primera vista, no. Pero cuando venga aquí, dígale que yo le autorizo a que le cuente una parte de su historia. Ya verá cómo le interesa. Hasta muy pronto, señorita -saludó con amabilidad Baccarat, y con su hermana abandonó el lugar.

Concepción se quedó anonadada. Su asombro no la dejaba dar crédito a lo que había visto y oído. ¿Qué significaban tantos misterios? ¿Qué pretendían decirle? Se sentó en el diván y ocultó el rostro entre las manos, abrumada por las emociones experimentadas en tan poco tiempo. Oía el lejano murmullo de la fiesta e intentaba acordarse del hombre amado, pero la imagen del presidiario se interponía con una fuerza misteriosa que sólo la dejaba oír su suave voz.

Se sobresaltó al escuchar un ligero ruido. Levantó la cabeza y descubrió al presidiario en el umbral de la puerta. No llevaba careta y su rostro era agradable. Le produjo una buena impresión, con su rubia y sedosa barba, y sus azules ojos, de triste mirar.

-Señorita, hace un momento la condesa de Artoff me indicó que la encontraría aquí -se detuvo, un poco emocionado, y respetuosamente le besó la mano al ver que ella lo alentaba con una sonrisa.

-Si, le esperaba -comentó la joven-. Algunas de sus palabras y ciertas cosas que dijo la condesa han despertado mi curiosidad. Creo que ella le autoriza para que me cuente algo de usted -dijo, indicando al penado que se sentara a su lado.

Apenas éste lo hizo y se dispuso a hablar, cuando en el umbral apareció un hombre uniformado, con un galón en la gorra y un garrote en la mano. Su aspecto asustó a la joven, porque lo reconoció como a uno de los capataces de presidio.

-¡Eh, número treinta! -dijo el capataz, dirigiéndose al presidiario-. No te olvides de regresar a las cuatro. Te queda poco para seguir haciendo de marqués.

Concepción. miró con extrañeza al hombre que tenía a su lado, mientras el capataz se iba, y el presidiario se apresuró a decir:

-No se asuste, señorita, y disculpe tal atrevimiento. Ese hombre es el encargado de mi custodia. Mi traje no es un disfraz. Sólo las circunstancias me obligan a llevarlo. Por eso quisiera hablarle, si no tiene inconveniente.

La joven, que se había asustado un poco, comprendió que aquel hombre, aunque presidiario, realmente poseía modales y lenguaje de caballero. La condesa tenía interés en que hablase, pues le dominaba una verdadera curiosidad por saber qué había tras aquel hombre tan simpático y a la vez tan desgraciado.

-¿De qué maquinación se le acusa? -preguntó-. Nadie diría, al oírle, que es un criminal, o un hombre digno de presidio.

-Es usted muy amable, señorita, al no considerarme culpable -exclamó el presidiario, con evidente alegría-. Seguramente, al contarle mi historia, me ayude a quedar en libertad y a rehabilitarme.

-¡Dios mío! No sé si mi influencia llegaría a tanto, porque la reina...

-No es en manos de la reina donde está mi libertad, sino en las suyas, señorita.

La joven quedó muy sorprendida. Aquello era más de lo que esperaba, y sin contener su vehemencia, pidió:

-Explíquese, por favor. Explíquese.

El presidiario, sin descubrir quién era realmente, fue relatándole la historia de cómo llegó a Cádiz desde un islote situado ante las costas francesas. Le habló de su familia en París y de los intentos hechos para ponerse al habla con ella. El capataz volvió a por él y la historia se interrumpió bruscamente. Concepción, sin sospechar que estaba escuchando al verdadero marqués de Chamery, ni explicarse el motivo de aquella historia, regresó a los salones, algo preocupada, para buscar a su dama de compañía y regresar a la finca de su tío. De pronto se encontró frente a frente con un

lacayo que llevaba la librea del alcalde de Cádiz y exclamó, sorprendida -¡Zampa! ¿Cómo estás aquí?

-Soy ayuda de cámara del señor alcalde -respondió el portugués, sorprendido al verla-. Como murió el señor de Chateau-Mailly...

-Pero, ¿es cierto que murió el duque? -preguntó ella, estremecida.

-Hace dos meses, señora. Vino en todos los periódicos.

-¿Y de qué murió?

-Al parecer, de carbunco. Lo explicaba la Prensa. Su caballo preferido estaba contaminado y el señor duque se contagió al cuidarlo. Eso dijeron.

-¡Es horroroso!

-Mucho más que eso, señora -agregó Zampa, con acento misterioso-. Porque una mano asesina contaminó al caballo y después al señor duque.

-¿Qué estás diciendo, Zampa?

-Ya le dije en una ocasión que aborrecía al duque, porque sabía que la señorita no lo amaba.

-Miserable -gritó quedamente la joven, con indignación y horror-. Si crees que me serás más agradable cometiendo un acto semejante, te equivocas. Si fuiste tú el culpable de su muerte, serás castigado.

-No lo hice por servir a la señorita -replicó Zampa, con una calma escalofriante-. Ni tampoco por vengarme de un agravio personal. El duque era un gran señor y no un advenedizo. Era muy bueno conmigo.

-¿Qué hablas, desventurado? ¿Cómo te atreviste, entonces...? -dijo ella, asombrada.

-Fue el miedo. Existía un hombre que averiguó lo que únicamente sabíamos Dios, don José y yo. Alguien que sabía la condena de muerte que me esperaba en España.

-¡Qué espanto! -murmuró Concepción, aterrada por aquellas revelaciones-. ¿Quién ha sido ese miserable?

-No sé su nombre; mejor dicho, no lo sabía entonces.

-¿Quién es? -exigió ella.

-Si desea saber algo más -repuso Zampa, ceremonioso-, sería mejor que se dirigiera a la condesa de Artoff. Ella conoce toda la historia.

Zampa saludó respetuosamente y se alejó, dejando anonadada a la joven. Durante un momento se sintió presa del vértigo. Se preguntaba si todo aquello no era una horrible pesadilla: la condesa, el presidiario, la muerte del duque, Zampa... Afortunadamente, su dama de compañía la encontró y la sacó de sus atormentadoras cavilaciones. La fiesta casi había concluido. El alcalde despedía a los últimos invitados. Le saludaron y tomaron su carruaje para regresar a la finca del arzobispo. La doncella, que esperaba a Concepción para desnudarla, le entregó un voluminoso rollo de papeles que había llevado para ella. Intrigada y sorprendida por tanto misterio, la joven se apresuró a romper el envoltorio y leyó en la portadilla, escrito en francés, el siguiente título: «Historia del conde Armando de Kergaz, de su hermano sir Williams y de Rocambole, discípulo de este último».

-¿El que trajo esto no dejó ninguna nota? -preguntó Concepción a la doncella.

-No, señorita. Sólo dijo que era preciso que leyese esos papeles cuando volviese del baile.

-Está bien. Desnúdame.

Apenas se había acostado y abierto el manuscrito, cuando descubrió una nota escrita a lápiz y con letra desconocida que le suplicaba «en nombre de lo más sagrado» leer aquellas páginas. El manuscrito relataba la historia del conde de Kergaz desde la muerte de su padre, coronel en Rusia, hasta el castigo impuesto por Baccarat a sir Williams. No se hacía mención de la reaparición de Rocambole, y como de todos

los personajes que allí se mencionaban sólo conocía a la condesa, Concepción se preguntó al terminar la lectura:

-¿En qué puede interesarme todo esto? ¿Acaso pretenden volverme loca?

Como ya eran las diez de la mañana y leyendo había perdido el sueño, deshecho aquel manuscrito de crímenes y dramas sombríos, acabado de leer, se levantó y se asomó a la ventana. Desde ella se veía el mar, tranquilo. Aquella calma empezó a invadir su corazón, y su espíritu y su imaginación volaron hacia el pasado, hacia el hombre que amaba. En seguida se puso a contar los días que habían pasado desde su última carta y consideró que ya debería tener respuesta.

En la lejanía apareció una barca que la distrajo con sus bordadas al acercarse a tierra., Se volvió en busca de un anteojo y se puso a mirarla con atención. Era el pailebote del capitán del puerto, tripulado por presidiarios. La curiosidad le hizo buscar entre ellos al que había conocido la noche anterior y con sorpresa lo encontró al lado del capitán de fragata Pedro Castro, que empuñaba el timón. A su lado ordenaba la maniobra de la embarcación.

Se quedó observándole algo anonadada y fascinada. Aquel hombre, de pronto, se había metido en su vida y empezaba a distraer su imaginación. Empezó a preguntarse por qué se interesaba por él, qué le atraía del joven. Terminó diciéndose que era una loca. La compasión la hacía desvariar demasiado. Súbitamente descubrió que la embarcación se detenía casi a sus pies. Vio al capitán y sobre todo al presidiario, y se estremeció al ver que el hombre la miraba con aquellos sus ojos azules, tímidos y suaves.

-Señorita -la saludó el capitán, poniendo el pie en la terraza-. La vi al regresar de mi paseo matinal y no he podido resistir el deseo de presentarle mis respetos.

Concepción le saludó y dejó que besara su mano. Pero no apartó su mirada del presidiario. La duquesa, que acababa de salir a la terraza, se puso a hablar con el capitán. Luego, Concepción volvió a acompañar al capitán al pie de su embarcación y cuando se iban no saludó con el pañuelo al capitán, sino al presidiario.

-Señorita -dijo la doncella, sacándola de sus abstracciones-. Carta de Francia.

La joven dio un grito, se olvidó instantáneamente del presidiario y con alegría se apoderó de la carta. Era de Rocambole y decía, entre otras cosas, que habían robado un retrato suyo en «El Naranjal».

-No comprendo por qué se ha de detener ocho días más en París -comentó con su madre la joven, una vez leída y releída la carta.

-Es raro -admitió la duquesa-. Debía de figurarse que estando aquí la reina, es preciso presentarlo oficialmente cuanto antes. En fin, sólo son ocho días más.

-¡Qué largo tiempo! -exclamó Concepción.

-¿Tanto le quieres, hija?

La joven se sintió arrebolada. Bajó la cabeza y salió apresuradamente a la terraza. Se apoyó en la balaustrada y pensó que la alegría de saberse pronto junto al marqués de Chamery no acababa de disipar aquella vaga tristeza que empezaba a dominarla y que siguió asediándola durante el resto del día.

A medida que transcurría el día, Concepción se fue sugestionando más con los extraños acontecimientos surgidos la víspera. El presidiario y las palabras de la condesa de Artoff estaban obsesionándola y llegó al punto de preguntarse si no estaba volviéndose loca al pensar en un hombre al que apenas conocía, sobre todo cuando en realidad amaba a otro.

A aquella extraña inquietud se unía una curiosidad mezclada con un terror incomprensible. Se dijo que no debía hacer caso de las palabras que la condesa le había dicho respecto a sus secretos y a la larga historia en que, a su pesar, se

encontraba inmersa. Pero la condesa le había pedido que la esperase a las doce en la terraza de su villa, y eso ya era suficiente para hacer que su corazón latiese desacompasadamente. ¿Qué había en tanto misterio?

A la hora convenida, Concepción vio acercarse una lancha que atracó al pie de la escalinata. De ella descendió una mujer llevando en su mano un objeto largo y redondo, y en la barca se quedó su acompañante esperando.

-¿Es usted, Concepción? -preguntó Baccarat, subiendo la escalinata.

-Sí, condesa -respondió la joven, reconociendo a Baccarat.

-Veo que está sola. Yo también vengo sola. Deseaba que Zampa me acompañase, pero he estado esperándole y no se ha presentado.

-¿Tenía que venir Zampa? -preguntó la muchacha, algo inquieta y molesta por el recuerdo de aquel lacayo que siempre le resultó desagradable.

-El se halla enterado de muchas cosas que le habría contado mejor que yo. De todos modos...

-Permítame que le haga una observación, condesa. Según parece, el señor duque murió y, por añadidura, envenenado. Lo compadezco, pero no estoy obligada a derramar abundantes lágrimas por quien, para conseguir mi mano, apeló a ciertas argucias y...

-Es posible que así parezca -replicó Baccarat, interrumpiéndola-. Mas por eso mismo estoy aquí. Si me lo permite, quisiera aclararle ciertos pormenores.

Baccarat, pese a la resistencia de Concepción, fue poniendo al descubierto toda la trama empleada por Rocambole para casarse con ella, sin descubrirle que se hacía pasar por el marqués de Chamery, a lo que exclamó la joven un poco horrorizada:

-¡Qué audacia! ¡Casarse conmigo!

-Rocambole fue un ingrato. Asesinó a su protector y con su muerte han desaparecido todas las probabilidades de triunfo.

-Señora. Todo eso es extraño, inaudito, monstruoso. Creo que soy una loca por escucharla, pero no quiero pecar de necia. Admitamos que sea verdad que esos bandidos han maquinado tanto para pedir mi mano, que ese Rocambole haya pretendido aspirar a casarse conmigo...

-Prometió escucharme, ¿no es cierto? -insistió Baccarat, a quien la altivez y el desdeñoso silencio de la joven no irritaron.

-Y se lo prometo nuevamente. Hable, señora. Baccarat continuó aclarando el misterio y utilizó la anécdota del presidiario Cogniard haciéndose pasar por el conde de Santa Helena, para concluir diciendo:

-El joven que vio anoche con traje de presidiario es a quien robaron nombre, fortuna y familia: el verdadero marqués Alberto Federico de Chamery. Usted ama a Rocambole.

Concepción de Sallandrera no dio ni un grito. Retrocedió un paso, abrió los brazos y se desplomó, desmayada. Al instante se abrió una puerta y apareció la duquesa a medio vestir.

-¡Lo escuché todo! -exclamó, dirigiéndose a la condesa-. ¡Acaba de matar a mi hija!

-Sólo ha sido un simple desmayo, señora duquesa -replicó Baccarat, sosteniendo la desafiante mirada de la viuda-. Y todo esto debemos solucionarlo nosotras solas.

Cuando Concepción se hubo repuesto y se disponía a emprender un ataque furioso contra la condesa, ésta le dijo que tenía pruebas de todo lo que afirmaba y que se las mostraría. Antes le habló de los intereses de las familias que había dentro del asunto. Familias que en realidad ignoraban aquella horrorosa maquinación y cuya buena fe, como la de ella, había sido sorprendida. Como igualmente habían sorprendido la

buena fe de todos utilizando a su hermana Rebeca para desacreditarla ante su marido y causarle el daño que sufría.

-La señora de Asmolles no debe enterarse de nada -pidió Baccarat-. Y ahora vea un retrato del marqués de Chamery cuando era niño y que Zampa robó de «El Naranjal» cuando veníamos hacia España.

La prueba era abrumadora. El retrato tenía un gran parecido con el presidiario, pero estaba dedicado al marqués y fechado en «El Naranjal» por el pintor. La carta que Concepción había recibido aquella mañana de París, firmada por el marqués, hablaba de un retrato robado en «El Naranjal».

Empezaba a alborear, cuando la condesa saltó a la barca y se reunió con su acompañante para regresar a tierra. Fernando Rocher, que la esperaba en el puerto, le preguntó con mucha curiosidad:

-¿Qué hay? ¿Lo sabe?

-Todo y no se ha muerto. Un poco disgustada sí lo está, pero la calentura se le pasará y, lo mismo que lo

amó, odiará a ese abominable Rocambole. Su lastimado orgullo no le permitirá tener compasión de él.

-Lo bonito sería que se enamorase del verdadero marqués.

-Antes de ocho días lo amará, o al menos se casará con él. No es un muchacho mal parecido. Ahora debemos encontrar a Zampa, no le haya dado por traicionarme.

Descubrió al lacayo al llegar a su casa. Estaba dormido en el hueco de la puerta.

CAPITULO XIX

Aquel mismo día, poco después de las seis de la tarde, llegó al patio del hotel de los Reyes Magos una silla de posta arrastrada por cuatro mulas enjaezadas con muchos cascabeles. La ocupaba un personaje de aspecto extraño que vestía una hopalanda y tenia el cabello amarillo. Uno de sus cuatro lacayos se encargó de manifestar al dueño del hotel cuáles eran los títulos de su amo, al que presentó como barón Wenceslao Polaski. Una vez instalado el noble extranjero en su habitación, abrió el balcón para asomarse y contemplar con calma la tranquila ciudad. Hizo varias preguntas a su criado, el cual hacía de intérprete ante el dueño del hotel, y se enteró de que la magnífica casa de campo que veía al fondo de la ciudad, a la derecha, junto al mar, pertenecía al arzobispo de Granada. Luego entregó al lacayo la carta de recomendación del general Castro y éste se la pasó al dueño del hotel, diciéndole que la enviase al capitán Pedro Castro.

Poco más tarde, el barón Polaski decidió salir a dar un paseo por la ciudad. En el momento en que atravesaba el patio para salir a la puerta, se cruzó con una pareja que le hizo estremecerse y pensar bien dónde estaba. Les dio la espalda con mucha viveza y salió a dar una vuelta para regresar a cenar al hotel. Mientras lo hacía, le presentaron el libro de registro. Su criado interpretó las palabras del dueño para que inscribiese en él su nombre. Y al tiempo que lo hacía, Rocambole, pues de él se trataba, descubrió el nombre de la pareja que había cruzado al salir: «Fernando Rocher y señora, de París».

Experimentó una gran emoción, pero no lo demostró. Continuó en su papel de gran señor y declinó en su lacayo la labor de entenderse en español con los que le rodeaban. Una vez en su habitación, empezó a monologar en francés para desquitarse de su prolongado mutismo. Estaba en ello cuando llamaron a la puerta y ordenó que

pasaran. El intérprete introdujo a un lacayo con una carta de parte de don Pedro Castro.

La luz iluminaba por completo el rostro del recién llegado y el barón de Polaski se encontraba sentado casi en la penumbra. Se alarmó al descubrir a Zampa y tuvo una primera reacción de esconderse, pues se hallaba en Cádiz con el mismo disfraz con que le conocía el portugués. Lo pensó mejor e hizo un gesto a su lacayo para que los dejase solos y se levantó. Al exponerse a la misma luz que Zampa, éste se quedó boquiabierto. Iba a gritar, cuando Rocambole le amenazó con un revólver y le indicó silencio con un gesto de la otra mano.

-Creo, amigo mío -le dijo en seguida Rocambole, en buen francés-, que somos antiguos conocidos y tenemos muchas cosas que decirnos.

-Es muy posible -reconoció Zampa, que empezaba a temblar ante tan inesperada aparición.

-Bien, siéntate y domina un poco tu emoción. Estamos solos y cuando no se acierta a la primera se intenta una segunda -dijo, riendo, Rocambole-. Claro que hoy no tengo ganas de matarte. El diablo te salvó la primera vez, porque sabía que necesitaría de tus servicios.

-El diablo tenía razón -se apresuró a decir Zampa.

-No creas que había decidido eliminarte -añadió con cinismo Rocambole-. Escuché un ruido, se acercaba alguien... Tú hubieras hecho lo mismo. Tenía que salvarme.

-El señor olvida que yo sabía su verdadero nombre. Aquello fue lo que me perdió -replicó, casi ceremoniosamente Zampa.

-¡Ah! De modo que sabías mi verdadero nombre.

-La viuda Fipart le llamó Rocambole.

-¡Bah! Un apodo.

-Seguramente. Pero si hoy disparase, alguien más

podría quitarle la peluca rubia, la barba e incluso ese tinte amarillo que oculta al marqués de Chamery. -¿Sabes mi nombre? -exclamó Rocambole, sobresaltado.

-Deje en paz el revólver -comentó risueño Zampa-. Sé que pretendía casarse con la señorita de Sallandrera.

-¿Y qué más sabes? -amenazó Rocambole, encañonándole con firmeza.

-Si me mata, señor, ignorará lo que puedo hacer en su favor, que no es poco, dadas las circunstancias actuales -insinuó burlonamente Zampa.

-¿Qué pretendes decir? -inquirió Rocambole, notando que se le erizaba el cabello ante la ironía del portugués-. ¿Quieres dinero?

-Haría falta mucho -replicó Zampa, riéndose descaradamente-. Pero el señor ha sido afortunado llegando hoy, precisamente. Mañana habría sido demasiado tarde.

-¿Tarde? ¿Qué sabes tú de todo esto?

-Que el señor marqués de Chamery está en el presidio de Cádiz y mañana lo sabrá la señorita Concepción -y como viera que Rocambole quedaba mudo y asombrado, agregó-: Siéntese y hablemos.

-Está bien -replicó con impaciencia el discípulo de sir Williams-. Tutéame si quieres, pero habla. -Hay una mujer que sigue tus huellas y a cuyo servicio entré para descubrirte. Seguro que conoces a la condesa de Artoff. Ella me obligó a robar tu retrato en el castillo de «El Naranjal».

-Me lo suponía. Y ¿qué hiciste con ese retrato, miserable?

-¡Qué diantre! Se lo di a ella. Me pagaba bien y estaba enterada de mis asuntos. Tú intentaste matarme, ¿no?

-¿Está en Cádiz la condesa?

-Con el retrato que piensa enseñar a tu querida Concepción esta noche, junto con

otras pruebas.

-¡Condenación! -exclamó Rocambole-. Estoy perdido.

-Aún no, si yo te ayudo.

-¿Ayudarme? ¿Por qué?

-Quiero ser mayordomo en el palacio de Sallandrera, y con el verdadero marqués la cosa me parece algo imposible.

-Explícame en seguida qué bulle por tu cabeza. Tú no eres de los que se conforman con una palabra.

-El señor sabe ponerme en su sitio -repuso Zampa, ceremonioso-. Y si el señor duque de Sallandrera Chamery me firma un compromiso...

-¿Qué clase de compromiso quieres? -preguntó Rocambole, intrigado, por el cariz que Zampa iba dando a la cuestión-. Explícate.

-Es muy sencillo. Una declaración diciendo que has robado al verdadero marqués y que te llamas Rocambole.

-¡Estás loco, amigo mío!

-¡Qué diantre! -replicó Zampa-. No queda más remedio. La condesa tiene el retrato, las cartas que recibió el duque firmadas con una C, y yo debo declarar ante la señorita de Sallandrera. De cualquier modo, es el presidio.

Rocambole se puso lívido. Se estremeció violentamente y luego sacudió un puntapié al piso, para exclamar con vehemencia

-¡Es mi cabeza lo que quieres, miserable! Y olvidas que puedo meterte una bala en la tuya.

-Sí, pero no adelantarías nada. Las cartas seguirían en poder de la condesa y ella, que sabe toda la historia y tiene el retrato, te llevaría a presidio.

-Bien. Estoy dispuesto a cumplir y a nombrarte mayordomo.

-También antes tenía la promesa y me quedé en una cueva, por ello quiero ese papel con tres líneas de tu letra.

-Pero, ¿qué quieres hacer con ellas?

-Tenerlas como testamento. Las entregaré en un sobre lacrado a un notario y le diré que todos los meses le pasaré visita. Si uno no voy, debe suponer que he muerto y ha de abrirlo.

-¿No te propones encerrarme en alguna trampa? -inquirió Rocambole, mirándole con fijeza a los ojos. -¡Diantre! El verdadero marqués no hará por mí ni la centésima parte de lo que tú puedes hacer. ¿Acaso crees que no me entregará a la justicia, después de quedarse con todo?

-Sería natural -replicó Rocambole, después de una breve meditación-. En fin, supongo que tú no te negarás a escribirme otras palabritas, acusándote de haber cometido dos crímenes...

-Si eso hace feliz al señor marqués... Dame la pluma.

Zampa escribió lo que le pedía Rocambole y lo firmó con su verdadero nombre, pero no se lo entregó. Esperaba cambiarlo por la declaración de Rocambole. Este comprendía que no había más remedio que contemporizar con Zampa si quería que el criado se apoderase del retrato que tenía la condesa y de las falsas cartas de Concepción. Matarle sería tanto como advertir al enemigo de su presencia en Cádiz. Baccarat había salido de París con el médico mulato y éste debía de ayudarla. Escribió la nota y se la entregó a cambio de la firmada por el portugués.

-Ahora -dijo Zampa, poniéndose en pie-, debo marcharme para ocuparme de tus negocios. Mañana tendrás el retrato.

-¿Y el presidiario? Hay que desembarazarse de él.

-Lo haremos. Mañana por la noche podrá ser un momento propicio. Don Pedro es

un hombre muy fino y en su respuesta es seguro que te invitará a comer en su casa. Luego darás un paseo en su embarcación y como en ella está el verdadero marqués de Chamery...

-¡Calla, desgraciado! No hay más marqués que yo. -Todavía no, pero más adelante es posible. Adiós. ¡Ah! Dame tu revólver. Tal vez me haga falta. Mañana te lo devolveré.

Rocambole le miró y se quedó pensativo. Con revólver o sin él, estaba en manos de aquel miserable. Se lo entregó y éste se marchó sin darle más explicaciones.

Zampa se apresuró para llegar al puerto antes de que saliese Baccarat para celebrar la entrevista con Concepción. Si iban solos en la barca, podía intentarlo. Ahogarse era fácil y como la señorita de Sallandrera no sabía nada, él podía considerarse mayordomo de los nuevos duques.

Llegó al puerto cuando casi iban a dar las doce. No se veía a nadie. Estaba desierto. Le pareció que a lo lejos bogaba una barca. Le disgustó la idea, pero se resignó y caminó hacia la casa de Baccarat. Había que abandonar el barco que hacía agua.

A la mañana siguiente, el barón de Polaski se dirigió en su coche al palacio de capitanía. El capitán le había ido a visitar muy temprano para invitarle a almorzar en su casa y renovar de viva voz los ofrecimientos hechos la víspera por carta.

El capitán salió al encuentro del barón en el descansillo de la escalera y lo acompañó a un salón en la planta principal. Allí le rogó que le disculpase un segundo para ir a dar unas órdenes y le ofreció unos periódicos ingleses. Ambos conversaban en inglés. Apenas se retiró el capitán, apareció Zampa vestido de gran librea y anunció al barón que todo estaba arreglado para aquella noche, como le había indicado en la carta que le escribiera aquella mañana. Luego le dio los detalles.

Durante la comida, el barón Polaski manifestó deseos de dar un paseo en barca por el puerto y el capitán puso a su disposición un bote. En éste iría un presidiario y su criado para ofrecerle más confianza al lado del recluso. Zampa, al saltar a la barca, entregó el revólver a Rocambole. A remo salieron del puerto y luego el presidiario pidió permiso a Zampa para izar la vela. Una brisa bastante fuerte llevó la embarcación mar adentro y allí Rocambole, escudándose tras el cuerpo de Zampa, disparó por tres veces sobre el marqués de Chamery. El presidiario intentó llevarse las manos al pecho, en un gesto de desesperado dolor, y cayó al agua llamándoles asesinos.

Bien -exclamó Zampa, al ver cómo se lo engullía una ola-. Ahora ya eres marqués.

Rocambole experimentó una extraña sensación de alegría y de orgullo, y se inclinó sobre la borda para mirar las aguas, mientras Zampa se cuidaba del timón y maniobraba con la escota para orientar la vela al viento. Regresaban cuando Zampa le dijo:

-Ven a sentarte a mi lado y encárgate del timón. Tú entenderás de esto, ¿no?

-Fui remero en Bougival -afirmó Rocambole, satisfecho, mientras tomaba la caña-. Dime, ¿qué pasará con el presidiario?

-¡Puaf! Ha muerto. Diremos que le mataste y el capitán te lo agradecerá. Un presidiario más o menos poco importa. Intentó atacarnos, ¿no?

Rocambole se quedó perplejo. Aquel Zampa discurría de manera prodigiosa. ¡Y pensar que lo había tenido por un tonto! Debió pensarlo mejor antes de apuñalarlo en Clignancourt.

-Ahora, señor duque de Sallandrera Chamery -dijo Zampa, con afectación-, hablemos de nuestros negocios. La condesa se marcha esta noche de Cádiz. Su marido

está muriéndose en París y Concepción no ha visto tu retrato.

-Me parece que embrollas mucho las cosas. No entiendo bien todo lo que dices.

-Es fácil, marqués. Por ti represento un doble papel. Estoy traicionando a todo el mundo. Además, la condesa no presentó el presidiario a la señorita de Sallandrera, al menos como verdadero marqués. Quería desengañarla poco a poco. Yo tenía que aclararlo todo, dar el golpe final, presentar el retrato y declarar cuanto sabía. Pero anoche no llegué a ver a la señorita Concepción y el retrato te lo di esta mañana con la carta.

-¿Estás seguro de que Concepción no sabe nada?

-Fui a verla esta mañana, con el pretexto de ponerme a las órdenes de mis antiguos amos, y suplicar humildemente a la señorita que me tomase a su servicio.

-¿Y te aceptó?

-¡Oh, no! Dijo que debía dirigirme a ti en atención a que todo estaba dispuesto para el casamiento. Ella ignora que estás aquí, paseándote bajo la peluca y la hopalanda del barón Polaski.

-¿Cómo sabes que me cree en París?

-Porque me encargó que llevase una carta al correo. Va dirigida a ti en tu hotel de la calle Verneuil.

-¿Y qué has hecho de ella?

Zampa buscó en su bolsillo y sacó la carta para entregársela.

-¿Cómo diablos te atreviste a abrirla? -exclamó, en un arranque de ira, al verla abierta.

-¡Diantre! Tus negocios son los míos. ¿No quedamos en eso? Es justo que esté al corriente de todo.

-Debería romperte la cabeza. Aún me quedan dos tiros.

-Y el papel que deposité en casa del notario, ¿qué? Adiós grandeza y adiós ducado.

-¡Eres un buen pillo! -refunfuñó Rocambole-. Coge la caña y deja que lea la carta bajo el farol.

La carta decía que se iban para Sallandrera, en donde el arzobispo quería que se celebrase la boda. Rocambole debía estar allí el día catorce, fecha dichosa para la familia. Si llegaba el trece, debía presentarse en la casita del guardabosque, porque a su tío no le agradaba que el novio durmiese en el castillo antes de la boda. El guardabosque tendría órdenes para recibirlo como era debido.

-Habrás sacado alguna conclusión después de leerla, ¿no? -preguntó a Zampa.

-Sí, que estamos a treinta y el catorce serás el marido de Concepción.

-Conformes, mas, ¿por qué no he de ver a mi novia hasta el último instante?

-Se conoce que ignoras quién es el arzobispo. Está un poco chiflado y se cree que estamos en tiempos de Felipe II. Sería capaz de no casaros por haber pasado la noche bajo el mismo techo que la novia.

-¿Conoces el castillo?

-Sí, y la casita del bosque. Estuve allí tres meses con don José. Es un pabellón encantador. Estarás muy bien en él.

-Pero la casa del guardabosque... No crees...

-¿Ahora vas a echártelas conmigo de marqués? Mira, quédate en Cádiz unos días y luego nos marchamos tranquilamente. En el camino ya te convertirás en marqués de Chamery.

Minutos más tarde se hallaban de regreso. El capitán se encaró con Zampa al ver que faltaba el presidiario. La explicación era convincente, pero lo fue más cuando supo que el barón había disparado sobre el que intentaba evadirse. Incluso le felicitó, y el relato apareció al día siguiente en la Prensa local.

-¡He aquí cómo se escribe la historia! -exclamó Rocambole al leerlo, mientras se echaba a reír.

Cinco días más tarde, el barón Polaski se despidió del capitán Castro y emprendió el camino hacia Sallandrera. En la primera posta de relevo se encontró con Zampa, que había abandonado su librea para vestir un traje de honrado burgués. Al verle, el barón ordenó abrir la portezuela y el futuro mayordomo se apresuró a instalarse en el interior del coche, escandalizando con semejante acto a los cuatro lacayos. Desde entonces, la silla de postas continuó su camino, sin parar más que el tiempo preciso para los relevos.

-Ya supondrás, amigo mío -dijo Zampa, cuando entraron en Pamplona-, que no vas a llegar a Sallandrera así. Es mejor descansar una noche y largamos después sin tus lacayos.

-No es mala idea -replicó Rocambole-. Quedémonos aquí.

Se instaló en la fonda del «León de Oro» y ordenó que le sirviesen la cena en su cuarto. Hizo que Zampa se sentase a su mesa, con gran escándalo entre sus lacayos. Después, Zampa se marchó y regresó al cabo de una hora, para anunciar a Rocambole que tenía caballos ensillados en otra posada. Rocambole se transformó en el marqués de Chamery y abandonó al viejo barón polaco en la posada para irse con Zampa, ante todos sus lacayos, a la posada de la Infanta, al otro extremo de la ciudad, donde Zampa había preparado unos caballos.

-¿Quieres que bebamos una botella de vino de Navarra antes de marcharnos? -le indicó Zampa, cuando estuvieron en la posada.

-¡Eres un borracho! Hemos comido opíparamente, has bebido vinos franceses de a doblón, y aún pretendes beber más vino ordinario.

-¡Qué diantre! -exclamó Zampa-. Soy como los obreros parisienses. Después del Burdeos, me gusta el vinillo azulado de las tabernas.

-¡Bien! Sea por el vino peleón -admitió con indiferencia Rocambole.

Después de la primera botella bebieron una segunda. Zampa empezó a mostrar signos de embriaguez, y Rocambole se dispuso a aumentarlos con intención de saber toda la verdad. Le llamó mal amigo y consiguió que Zampa le enseñase el papelito que él le había escrito declarándose impostor.

-Y para que veas que tengo confianza en ti -concluyó el portugués, tartamudeando-, quemo tu firma. -¡Serás mi amigo, más que mayordomo! -exclamó Rocambole, abrazándole y sosteniéndole para que no cayese al suelo.

-¡Ea! Vámonos -dijo Zampa-. Necesito que me dé el aire.

Rocambole lo cogió del brazo y poco después le ayudó a subir al caballo para emprender el camino hacia el castillo. Al montar al portugués, descubrió un par de pistolas en el arzón de Zampa y se las cogió disimuladamente. Después le invitó a pasar delante para que le indicara el camino, pero el portugués se negó a ello, pretextando que había espacio para cabalgar emparejados.

A medida que cabalgaban bajo la luna, que iluminaba el campo y la noche, Zampa se despejaba y hablaba incansablemente. Decía estar animado y que el vino siempre le ponía así. Le describía los parajes por donde pasaban y le habló del «Hoyo del Caballero Traidor», una leyenda que se remontaba al tiempo de las Cruzadas.

-¿Y es muy grande ese agujero? -preguntó Rocambole.

-Lo suficiente para que desaparezca un caballo con su jinete. Lo verás antes de media hora, aunque puede ser que la maleza y la luna no te dejen vislumbrar el fondo.

-Es lástima -murmuró Rocambole, espoleando su montura.

El camino se había estrechado un poco y durante un buen trecho Zampa se puso delante. Rocambole empezó a acariciar las culatas de los revólveres. Luego, Zampa, que se había encerrado en un mutismo total, se detuvo y dijo:

-¡Eh! Mira el agujero. Ya hemos llegado. ¿Quieres echarle un vistazo?

Rocambole miró hacia la izquierda, señalada por el brazo extendido de Zampa, y respondió

-No veo nada. ¿Crees que hay algo entre esa maleza?

-¿Es que no te fías? -dijo Zampa-. Ven y verás. Zampa se apeó, tomó de la brida al caballo y se

inclinó para recoger una piedra. Se giró a Rocambole, el cual inició el movimiento de desmontar. Zampa tiró la piedra entre las malezas y no se oyó nada.

-¿Tan profundo es? -preguntó Rocambole, ya desmontado.

-Ya te dije que podía engullirse a un jinete con su caballo -y Zampa se inclinó para recoger una nueva piedra-. Ya verás cómo no oyes el ruido.

Apenas se había incorporado, cuando brilló un fogonazo, y Zampa lanzó un terrible grito. Rocambole disparó por segunda vez y Zampa osciló un instante al borde del precipicio. Después cayó aparatosamente en la sima.

CAPITULO XX

El día catorce, a las ocho de la mañana, el guardabosque entró en el aposento de Rocambole y despertó a éste, tras sacudirle bruscamente.

-La ceremonia es a las nueve, señor marqués.

El aludido saltó con ligereza de la cama, mientras se recriminaba haber dormido profundamente después de haberse emborrachado con una opípara cena.

-Ahora, si el señor marqués me lo permite -dijo el guardabosque-, le informaré respecto al ceremonial. En España, cuando se casan los grandes señores...

-Esas serán cosas de mi tío el arzobispo, ¿no?

-Sí, señor -rió el guardabosque-. Quiere que el señor marqués se case como en la Edad Media.

-¿Van a ponerme una armadura?

-¡Oh, no! A la misa nupcial asistirán monjes que no le abandonarán hasta terminada la ceremonia -decía el hombre, mientras Rocambole se asomaba a la ventana y echaba un vistazo al castillo, que se levantaba a un centenar de metros-. Su Ilustrísima quiere que el casamiento se parezca al de doña Cunegunda de Sallandrera, que en la época de los Reyes Católicos se casó con el marqués de Vargas.

-¿También entonces vinieron los monjes a buscar al marqués?

-Y le vendaron los ojos antes de ponerle el traje nupcial: una simple túnica de lana y encima un hábito monacal.

-Me parece que el bueno del arzobispo no está en sus cabales.

-Lo mismo opino, señor, y también la señorita piensa como nosotros. Ayer escuché que ella le reprochaba que olvidase la época en que vivimos, pero Su llustrísima frunció el ceño y doña Concepción optó por callarse. Tenga, me dieron este billetito para usted. Rocambole desplegó el papel que le entregaba el guardabosque y leyó lo siguiente:

«Tómalo con paciencia, amigo. Sólo faltan unas horas para ver al marqués de Chamery casado con la señorita de Sallandrera.»

-Bueno -exclamó-. Si ella lo consiente, ya pueden vendarme los ojos.

-Le quitarán la venda en la capilla -indicó el guardabosques-. Antes le llevarán por un subterráneo que se construyó en la Edad Media. Aquí llegan los monjes.

Aparecieron cuatro encapuchados que impresionaron a Rocambole por su fantasmagórico aspecto. Apenas pudo verles los rostros. Uno de ellos le vendó los ojos y él pensó, riendo, que le iban a iniciar en la masonería. Los monjes entonaron un cántico gregoriano, como si estuvieran en vísperas. Uno de ellos le despojó de la levita y le puso la blusa de lana. Encima le echaron otro traje y luego le cogieron de los brazos y le obligaron a caminar. Después de andar por terreno llano empezó a bajar una escalera. Notó más frío el aire y pensó que atravesaba el subterráneo. Volvió a subir otra escalera y al final oyó ruido de puertas y de cerrojos. Volvió a subir escaleras y así estuvo casi una hora. Le acompañaba continuamente el fúnebre cántico. Acabada la escalera, volvieron a oírse cerrojos y puertas y después una voz le ordenó que se quitara la venda. No se hizo repetir la orden. Aquellos cánticos le habían impresionado.

La estancia donde se encontraba no le levantó el ánimo. Al contrario, aumentó sus vagos temores. Era ojival y reducida. Había un reclinatorio enfrente de un cuadro de Velázquez que representaba la boda de Vargas, a juzgar por la leyenda colocada al pie. A su derecha y entre dos pilares, existía otro cuadro reproduciendo todas las torturas inventadas en la Edad Media.

Rocambole se volvió, a causa de la mala impresión, y descubrió que sólo quedaba un monje. El cuadro de la Inquisición se levantó como un telón y vio una especie de celda en la que se hallaban los otros tres monjes rodeando un hornillo en el que enrojecía un anillo de hierro. A su lado había un yunque y sobre él un martillo. Al instante desapareció la visión. El lienzo volvió a caer y, sin haberse repuesto del susto, Rocambole vio levantarse el cuadro que representaba la boda.

Apareció una capilla iluminada por miles de cirios. Un sacerdote esperaba, al pie del altar, a los contrayentes. Se abrió una puerta al fondo de la capilla y Rocambole vio, con esperanza renacida y el corazón latiéndole violentamente, a una joven vestida de blanco dando la mano a una mujer con atuendos negros. Era Concepción, acompañada de su madre. En el mismo instante que la joven avanzaba, descendió el lienzo y la visión desapareció.

Rocambole se giró hacia el monje para protestar y éste se levantó el capuchón que le cubría el rostro.

-¡Zampa! -exclamó el falso marqués, en el colmo de los asombros.

Durante más de cinco minutos, el discípulo de sir Williams se quedó petrificado, sin hablar. Aquella visión le había erizado el cabello como si la hubiera visto surgir de la tumba. Retrocedió, aterrado, e intentó huir por alguna salida, sin conseguirlo. Todo estaba cerrado, y Zampa se rió con cruel escarnio.

-Y bien, maestro, ¿qué te parece la comedia? -preguntó Zampa, sin dejar de reírse-. Creías que iba a quemar tu declaración y a emborracharme como un incauto, ¿verdad? ¡Necio! ¿Cómo podías creer que era capaz de olvidar mi venganza?

Rocambole lo miraba sobrecogido. No sabía si dar crédito a su vista o a lo que oía. Zampa reía, y reía a sus anchas, mientras él estaba lívido.

-Si continúas gritando, te delatarás -dijo Rocambole, haciendo un esfuerzo por mostrarse sereno-. Concepción se halla al otro lado del cuadro y puede oírte.

-Pero, ¿crees que te está esperando?

-La he visto cuando iba al altar -replicó Rocambole, asustado y con la frente humedecida de frío sudor-. Si te callas, te daré cuanto pidas. Déjame ir y tendrás toda mi fortuna.

-Es verdad -replicó burlonamente el portugués-. Me olvidé que ibas a casarte y llevas el traje impuesto por el arzobispo, tu tío -rió Zampa, mientras le despojaba de la túnica que cubría la blusa.

Rocambole ahogó un terrible grito. Su camisola era roja, como la de los presidiarios.

Zampa, divertido, apretó un resorte que levantó el cuadro de la boda y mostró nuevamente la capilla. Esta vez se hallaba abarrotada de gente y en el altar estaban arrodillados Concepción y el marqués de Chamery. El verdadero, el que Rocambole creía en el fondo del mar, muerto de dos disparos.

-Comprendo que te asombre todo esto, querido -dijo hiriente, Zampa-. Fue una comedia muy bien representada: las pistolas sin balas, el muerto que se ahoga, mi borrachera, el «Hoyo del Caballero Traidor» y hasta la boda al estilo de la Edad Media. Te aseguro -continuó Zampa, riendo- que no sabes lo sedienta de venganza que está una mujer de la clase de Concepción al saber que estuvo a punto de casarse con un asesino y ladrón.

Aquellas palabras hicieron comprender a Rocambole que no sólo se le había escapado Concepción, su dote y su marquesado, sino que también se marchaba su vida. Ya todo estaba perdido. Sintió miedo. Un miedo como jamás había tenido y se encontraba a punto de implorar clemencia cuando Zampa hizo funcionar el otro resorte y el cuadro de la Inquisición desapareció para ofrecer la tétrica visión de los monjes en torno al hornillo. Pero Rocambole aún descubrió algo más. Era un nuevo personaje. Otro monje que apareció tras los primeros y que, al reconocerlo, fue para él como el verso de Dante ante la puerta del Infierno: «Abandona toda esperanza».

Baccarat, vestida de negro como un juez, volvía a representar el mismo papel que años antes al condenar a sir Williams a bordo del «Fowler».

Rocambole se irguió de repente y, en un arranque de energía, mirando a la mujer, exclamó:

-¡Ya sabía yo que todo esto era cosa suya! Este hombre no podía engañarme.

-Rocambole, no blasfemes ni te burles -replicó Baccarat-. Ha sonado la hora de tu castigo.

-¡Pues bien! Matadme. Fui marqués, me amó la hija de un grande de España, una vizcondesa me llamó hermano, y a los ojos de todo París hice pasar por una perdida a la condesa de Artoff. El ángel del arrepentimiento, como la llamaban. Y su marido está loco. Bien, máteme. ¡Vengué mi muerte por anticipado!

-Estás equivocado, Rocambole -dijo calmosamente Baccarat-. No te matarán. Sólo van a ponerte un grillete en el tobillo y a enviarte a presidio. Por tu culpa

estuvo en él el verdadero marqués de Chamery, y nada más justo que ocupes su puesto.

Rocambole intentó sublevarse al comprender toda la verdad, pero el verdugo y sus ayudantes lo cogieron con fuerza y le obligaron a recibir en la pierna el humeante grillete.

-¡Apelaré a la justicia, a los tribunales! -chilló-. Quiero que me condenen, pero que sean los jueces quienes lo hagan.

-Estás condenado, Rocambole. La ejecución se hace a puertas cerradas porque es

preciso que no sufra el honor de dos familias honradas. Tú irás a presidio y pretenderás ser el marqués de Chamery, pero esa historia ya la conocen todos, ¿comprendes?

-Me reconocerán, porque el otro no se parece a mí. -Te equivocas. Es frecuente que un presidiario que se evade se desfigure la cara, como tú habrás hecho. Rocambole volvió a debatirse con violencia en manos de sus aprehensores. Gritó, pero fue su último grito. Un lienzo, humedecido en un líquido, cayó sobre su rostro y le obligó a agitarse de dolor. Duró sólo un instante, pero le abrasó hasta dejarle sin voz. Zampa le presentó un espejo para que se mirase y apenas si pudo reconocerse.

En aquel momento, las campanas de la antigua abadía de Sallandrera repicaron alegremente, mientras el marqués de Chamery cruzaba la nave dando el brazo a su esposa, Concepción.

EPILOGO

Cinco años después, la señora condesa de Artoff, que se encontraba en Odessa con su marido, completamente repuesto, recibió la siguiente carta de Concepción

«Mi querida condesa: Esta carta precederá unos días a nuestra llegada a Europa. Alberto y yo regresamos. Mejor dicho, hemos pedido que nos dejen volver. Mi marido está desconocido, hasta el mismo capitán del buque que nos trajo a China hace cinco años y que ayer vino a comer con nosotros, apenas le reconocía. Además, en una cacería sufrió el zarpazo de una fiera que le desgarró un poco una mejilla. Creo que podemos volver a Francia. Alberto es tan gallardo y apuesto que Blanca y Fabián no se darán cuenta de la sustitución. Además, se sabe de memoria lo que hizo aquel miserable que ni me atrevo a nombrar.

»¿Está usted en París o en Rusia, mi querida condesa? No lo sé, pero como Alberto y yo le debemos nuestra felicidad, dónde quiera que esté iremos a visitarla en seguida. Aún tardaremos seis meses. El tiempo que tarde la travesía. En España nos detendremos poco. Lo necesario para, que Alberto solucione su cargo en la Embajada y recoger a mi madre, que nos espera para finales de septiembre. Alberto tiene grandes deseos de ver a su hermana.

»Hasta muy pronto, querida condesa. Muchos recuerdos a su marido. Su amiga,
»CONCEPCIÓN.»

Blanca de Chamery, vizcondesade Asmolles, también escribía a la condesa de Artoff en Odessa. Su carta decía:

«Querida condesa: Mi corazón rebosa de alegría. Mi hermano regresa. Me anuncia su próxima llegada con su buena y encantadora esposa. Creo que el buque en que vienen llega a Cádiz a finales de setiembre. Fabián y yo emprendemos hoy mismo el viaje para ir al encuentro de mi querido Alberto. Estaremos allí dentro de cinco días.

»Adiós, condesa. Venga a París este invierno. Hace tiempo que no les hemos visto, ni a usted ni al conde, a quien Fabián aprecia como si fuera un hermano.

»Siempre suya,

»BLANCA DE ASMOLLES.»

Concepción, duquesa de Chamery Sallandrera, escribió desde la fragata «Cervantes», anclada en la rada de Cádiz, a Blanca de Chamery, en el hotel de los Reyes Magos, lo siguiente

«Querida hermana: Desde ayer estamos en el puerto de Cádiz sujetos a cuarentena. No podremos desembarcar hasta que pasen ocho días. Sin embargo, el capitán nos ha dicho que podremos vernos antes de que haya transcurrido dicho plazo de tiempo. Toma a su cargo el infringir esa terrible ley de la cuarentena, ya que todos los pasajeros y equipajes, a bordo del "Cervantes", gozamos de perfecta salud.

»Acaba de escribir al comandante del puerto. Ya no es el capitán Pedro, primo del general que conocimos en París. Se trata de un oficial de marina que sirvió con él durante muchos años a bordo del mismo buque. El se encargará de traeros a bordo en su canoa esta tarde o por la noche.

»CONCEPC ÓN. »

La tarde de aquel día en que llegó esta carta al hotel de los Reyes Magos, el vizconde Fabián de Asmolles y su esposa bajaron al puerto para reunirse con el capitán Gómez, nuevo gobernador marítimo de Cádiz. El capitán les saludó con la cortesía familiar de las personas que ya se conocen. La víspera se había entrevistado con Fabián, a quien prometió que haría lo posible por suavizar la cuarentena, y aquella mañana había recibido la carta de su amigo, el capitán del «Cervantes», por lo que envió recado a los vizcondes de que los esperaba a las cinco en el puerto.

-Señor vizconde -dijo el capitán Gómez-. Mi viejo amigo, el capitán del «Cervantes», va a conseguir que cometa una falta grave contra lo que previenen los reglamentos de la marina. Sólo puedo atenuar esta infracción aplicando el principio de «falta confesada, medio perdonada». Iremos al «Cervantes» ocultándonos todo lo posible.

-Me parece un poco difícil a esta hora -comentó Fabián, riendo.

-¡Ah, ah! Tengo mi pequeño plan. ¿Ve aquel islote

que hay a la de derecha del barco? -señaló el capitán, extendiendo el brazo.

-Sí -respondió Blanca.

-Allí hay una brigada de presidiarios que hace jarcia. También hay una gruta con estalactitas que tienen un aspecto muy curioso. ¿Quieren que les acompañe a admirar la gruta?

-Si usted cree... -murmuró el vizconde-. Será curioso verla.

-Sí, porque nos permitirá regresar de noche y acercarnos sigilosamente al «Cervantes» -concluyó el capitán, con una traviesa sonrisa de complicidad.

Ofreció la mano a la vizcondesa para que ésta bajase a su esquife y a la voz de ¡avance!, los doce presidiarios se encorvaron sobre los remos e impulsaron la

embarcación fuera del muelle. Cuando desembarcaron en el islote, los presidiarios se encontraban sentados en grupos a la orilla del mar, comiendo su cena y charlando animadamente. Al ver al comandante del puerto se pusieron en pie y se descubrieron en señal de respeto.

-¡Buen provecho! -decía el capitán cuando se los cruzaba, mientras llevaba del brazo a Blanca.

A unos treinta pasos del grupo encontraron a un presidiario tendido en el suelo que intentó ponerse en pie entre gemidos de dolor y vanos esfuerzos.

-¿Quién es este hombre? -preguntó el capitán a uno de los capataces.

-Es el «marqués», mi comandante -respondió el capataz-. Se rompió una pierna hace poco. Esta tarde habrá que enviarlo a la enfermería.

-¿Este es el «marqués»? -Sí, mi comandante.

-¿Tiene marqueses en presidio? -preguntó el vizconde, sonriendo.

-¡Oh, no! -respondió el capitán-. Es un falso marqués, pero es de Francia.

-¿Qué crimen ha cometido?

-No lo sé con certeza. Los capataces saben su historia. Creo que se evadió hace cinco años y se desfiguró para que no le reconocieran-. Ocho días después volvieron a cogerle.

El forzado gimió de dolor.

-¡Pobre hombre! –exclamó Blanca, conmovida. I’ sin dejar el apoyo del brazo del capitán, se acercó al

detenido, el cual, la contempló con ansiedad y luego miró a Fabián antes de lanzar un grito.

-¡Pobre hombre! –dijo a su vez el vizconde-. Da pena verlo. Parece sufrir mucho.

-Comandante –dijo Blanca, con voz conmovida-. ¿Va a dar orden para que lo lleven a la enfermería y lo asistan?

-Naturalmente.

Blanca sacó de su bolso unas cuantas piezas de oro y se inclinó sobre el presidiario para entregárselas, mientras decía

-Tenga ánimo. Dios es bueno y perdona.

Al oír aquellas palabras, que la vizcondesa dijo apoyada en el brazo del capitán antes de alejarse, el preso lanzó un gemido y se retorció de angustia. Aquella mujer que se alejaba y que le había dado una limosna mientras le hablaba del perdón divino, en otros tiempos le había llamado hermano.

Rocambole abandonó, por un momento la presencia de sus sufrimientos físicos, olvidó las espaldas acardenaladas por las varas de cabos y capataces, y tuvo un desvanecimiento en el que la deslumbradora visión de París, los Campos Elíseos, el bulevar de los Italianos y aquel mundo deslumbrante de luces, ruido y placeres en que vivió, le cegó totalmente. Después, dos gruesas lágrimas se escaparon de sus enrojecidos ojos y exclamó con desesperación:

-¡Blanca no me ha reconocido! Lo que sufrí hasta ahora no es nada. ¡He aquí mi verdadero castigo!

FIN